



UNIVERSIDAD DE OVIEDO

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

**EDUCACIÓN PARA LA LIBERTAD EN
EL PENSAMIENTO DE JOHN STUART
MILL**

TESIS DOCTORAL

Autor: Juan Ramón Fuentes Jiménez

OVIEDO 2009

A mi padre, a mi madre, con gratitud: por haberme creado; por ser testigos de mi devenir sin interferirme, sin dominarme; por haberme educado para ser libre.

Í N D I C E

Indice

INTRODUCCIÓN	1
1) Sentido de la Educación en J. S. Mill	3
2) Justificación de la Tesis Doctoral	7
3) Motivo de la presente investigación y estado actual de la cuestión	11
CAPÍTULO 1: LA ANTROPOLOGÍA DE J. S. MILL	13
1.1.- Caracteres Generales	15
1.2.- Particularidades de la antropología de John Stuart Mill	17
1.2.1 Concepto de Originalidad	17
1.2.2. Libertad y Progreso	22
1.2.3. El hombre interesado por los demás. La Alteridad.	30
1.3.- Concepto de Individuo	34
1.4.- Dimensión Social del Individuo	48
1.5.- El Individuo y El Estado	58
1.6.- Dimensión Religiosa del Hombre	67
1.6.1. Aspectos positivos de la Religión	67
1.6.2. Objeciones a la Religión Cristiana	74
1.6.3. Propuesta de una nueva Religión de La Humanidad	82
1.7.- Antropología Compleja	84
CAPÍTULO 2: ÉTICA Y REALIZACIÓN DEL HOMBRE	91
2.1.- Realización del Hombre	93
2.2.- ¿Qué es la moral utilitarista?	95
2.3.- Moral y Religión	104
2.4.- Moral y Sentimientos	119
2.5.- Moral y Diversidad	133
2.6.- Relación de la Moral con las costumbres y tradiciones	139

2.7.- Moral y Opinión Pública	150
CAPÍTULO 3: MORAL Y VIRTUD: EL HOMBRE VIRTUOSO	155
3.1.- La Virtud	161
3.2.- Voluntad, Deseos y Hábitos	168
3.3.- Virtud y Felicidad	173
3.4.- Felicidad y Religión	186
3.5.- Justicia y Derecho	198
3.6.- Conclusiones	205
CAPÍTULO 4: LIBERTAD HUMANA EN LOS ÁMBITOS IN- DIVIDUAL Y SOCIAL	209
4.1.- Concepto de Libertad, según J. S. Mill	211
4.2.- Libertad como autonomía personal	221
4.3.- Libertad para determinar la propia exis- tencia como proyecto individual	227
4.4.- Libertad individual y poder estatal	232
4.4.1. Libertad y Poder	232
4.4.2. Libertad individual y Poder	241
4.4.3. Relación entre individuo y poder	245
4.5.- Aceptación de la Diversidad	249
4.6.- Libertad, Felicidad y Democracia	256
CAPÍTULO 5: ESPACIOS DE LA LIBERTAD HUMANA	273
5.1.- Verdad Relativa, Infalibilidad e Intransi- gencia en el pensamiento libre	275
5.2.- Respeto a la Pluralidad	291
5.3.- Libertad y Respeto a las minorías	297
5.4.- Libertad de Conciencia	303
5.5.- Libertad de Pensamiento	306
5.6.- Libertad de Expresión	313
5.7.- Libertad del Individuo en Gustos, Inclina- ciones y Asociación	325
5.8.- Libertad, Justicia y Felicidad	330

CAPÍTULO 6: EDUCACIÓN PARA LA LIBERTAD	341
6.1.- Concepto de Educación. Importancia y Filosofía en que se funda	343
6.2.- Objeto de la Educación: formar hombres maduros y libres	352
6.3.- Formación de la conciencia y educación en valores de la persona	360
6.4.- Educación para la Libertad de pensamiento, expresión y acción	367
6.5.- Educación en el esfuerzo y la disciplina	376
6.6.- Educación para vivir en sociedad	378
6.7.- Educación y Progreso	390
6.8.- El Estado y la Educación	399
6.9.- Democracia, Educación, Elitismo	404
6.10.- El Estado debe fomentar la educación	418
6.11.- Otros agentes de la Educación	426
6.12.- Conclusiones	438
CAPÍTULO 7: APRECIACIÓN CRÍTICA	443
7.1.- Autoconstrucción del hombre en libertad	445
7.2.- Virtudes morales y realización del hombre	449
7.3.- Ambigüedad sobre la libertad	459
7.3.1. Consideraciones conceptuales sobre la libertad como no interferencia frente a la no dominación	459
7.3.2. Un viejo problema filosófico en torno a la libertad en Mill: ¿Libertad o determinismo en Stuart Mill?	465
7.3.3. El problema de la verdad en relación con la libertad de expresión	468
7.3.4. Crítica del derecho a votar entendido como prolongación de libertad de expresión	471
7.4.- Interrogantes sobre la Educación	476

7.4.1. Importancia de a razón y la conciencia individual en la educación	476
7.4.2. La dimensión educativa de la vida pública	482
7.4.3. La crítica a la democracia representativa	486
7.4.4. Crítica a la relación entre educación y progreso. Gobierno de élites	488
7.4.5. Crítica a la suspensión del derecho a votar y su relación con la educación	494
7.5.- Libertad, Educación y Democracia, ejes filosóficos de Stuart Mill	498
7.6.- Aplicaciones a la actualidad	500
CONCLUSIONES	507
BIBLIOGRAFÍA	515

INTRODUCCIÓN

1) Sentido de la educación en J. S. Mill.

Cuando se lee la obra de John Stuart Mill, una de las primeras impresiones que se perciben para el lector es la nítida conciencia que el autor tenía de estar viviendo y experimentado un mundo, una sociedad que se encontraba en crisis. La vida de Stuart Mill se extiende desde inicios del siglo XIX hasta el último cuarto del mismo. Este dato entiendo que es de un relieve fundamental, por cuanto que supone que nuestro autor vive en una sociedad, la británica decimonónica, que estaba experimentando una serie de cambios a nivel político, social, filosófico, biológico, artístico, económico. En definitiva, la humanidad y la sociedad de su época estaban en cambio. Para una mente fina y sensible como la de Mill todo esto que acontecía a su alrededor no podía pasar desapercibido; y ello le lleva a una honda reflexión filosófica.

La etapa histórica que vive nuestro autor es la llamada Edad Moderna. ¿Cómo la comprendió y la sintió nuestro autor? ¿Cómo pretende afrontarla? ¿Qué alternativas ofrece la filosofía de Mill ante los cambios socioeconómicos que se suceden? La época de modernidad milliana es una época en que la Ilustración está en pañales, acaba de surgir; por ello, la época moderna de Mill verá en la razón el elemento explicativo de todo. Su formación profundamente empirista nos muestra a un filósofo sensibilizado con la razón analítica, observacional, crítica, empírica; pero también Mill hecha en falta otro elemento configurante del individuo, el sentimiento. Mill trata de comprender la realidad, de afrontarla, desde la simbiosis entre racionalismo y romanticismo. Creo que se puede decir que si Kant supuso la síntesis de racionalismo

y empirismo, Mill trata de sintetizar la razón y el sentimiento.

La sociedad y la época a la que le toca asistir a nuestro autor está presidida por cambios políticos, la caída de los absolutismos, el nacimiento de las sociedades modernas, la aparición del ciudadano como sustituto del súbdito, las convulsiones sociales y económicas provocadas por la Revolución Industrial y las sucesivas revoluciones sociales y populares que se dan; el intento de restaurar el absolutismo, el resurgimiento de la democracia como modo de organizarse políticamente. Todo ello no es dejado de lado por Mill y él trata de acometerlo con una aportación especial: el ser humano es el sujeto de todas esas situaciones que hemos apuntado, de la democracia, del empleo, de la sociedad, de todo lo indicado antes, en suma. ¿Cómo entiende al hombre Mill? Libre, he ahí su esencia. Será desde ahí desde donde Mill, como Kant, enfatiza la dignidad personal, la libertad y que la sociedad es el mejor lugar donde el individuo, los individuos, pueden alcanzar el fin por naturaleza, la felicidad.

¿Cuál va a ser el principio que supere toda esa realidad desigual, parcial, opresiva, dogmática, prejuiciosa en que ha vivido el individuo? La educación. Podemos decir que Mill realiza una crítica a su sociedad que tiene como punto de apoyo la educación. Esto es lo que intento mostrar a lo largo de las páginas de esta tesis: igual que Arquímedes pedía un punto de apoyo para mover el mundo, Mill toma como punto de apoyo la educación para mover, cambiar, transformar la realidad.

Así, puede afirmarse que Mill desde ese apoyo que es la educación se muestra crítico en el sentido más terrenal,

pero creo que también en sentido trascendental, porque la educación para la libertad que Mill presenta es tal que pretende mover en el interior, en la urdimbre más profunda del ser humano. En este sentido, creo oportuno apuntar que teniendo en cuenta la etimología del término educación, éste significa tanto "conducir" como "sacar de", "extraer". Y justamente va a ser para Mill éste el significado clave de educar; por ello insistiré en la idea de *educere*, como "sacar del interior del individuo lo mejor que hay en él" Con ello Mill lo que muestra es la referencia a la interioridad del individuo, su situación interior, desde la cual, como fuente, va a brotar el hábito, las formas de vida que determinan que un individuo sea educado.

La educación para la libertad que pretendo mostrar en el pensamiento de Mill es de un tenor tal que implica modificación del hombre, ser en permanente cambio. Esa modificación pretende un mejoramiento; y eso es lo que pretende la educación para la libertad; pretende un desenvolvimiento de las posibilidades del ser. Teniendo esto presente, la educación es acción -remite a la ética a la moral- y es efecto. Digamos que la educación no crea un nuevo individuo; actúa sobre un individuo que ya existe anteriormente al proceso educativo; por ello, el efecto de la educación no remite a la aparición de nuevos seres, sino a que aparezcan nuevas formas, nuevos modos de ser en el hombre, más perfectos, más humanos, más solidarios, más respetuosos.

Pero si esto es así, si el individuo puede perfeccionarse es porque Mill presupone un individuo finito, diverso, distinto, original en una realidad incompleta; digamos que para Mill las nuevas formas que

proporciona la educación al individuo llenan el vacío de la finitud humana. Por tanto, toda educación es perfección¹.

Otra idea que trato de mostrar es la que se refiere en nuestro autor a que la educación no es sólo perfeccionamiento del individuo; es también formación. Con ello se pretende mostrar la importancia que Mill otorga a la dimensión formativa, cognoscitiva, instructiva de la educación. En este sentido me parece oportuno apuntar que formar no es más que dar forma a lo informe o a lo que está incompleto. Por ello, cuando se presenta a educación como formación lo que subyace es la idea de que aquélla es un medio para dar formas más perfectas a los educandos.

En suma, en Mill, la educación para la libertad y de la libertad muestra su manifestación más elocuente en la capacidad electiva del individuo. Desde aquí se trata de enseñar, educar para elegir bien. Así, cuando la libertad se realiza desde las elecciones que hace el individuo, no entre posibilidades presentes, sino entre posibilidades que se han de descubrir, entonces se habla de iniciativa personal, autonomía, individualidad; y así topamos con un nuevo objetivo en la educación para la libertad. En definitiva, la libertad es la expresión más clara de la dignidad de la persona; una persona que se muestra superior al mundo en que vive desde dos vertientes: conocimiento y acción; y ello porque sólo el hombre puede conocer, únicamente el individuo puede obrar desde una idea

¹ Cfr. V. GARCÍA HOZ, *Principios de Pedagogía Sistemática*, p. 17. Recoge el autor el detalle de que existen ciento ochenta y cuatro definiciones autorizadas de la palabra "educación", una de las cuales la aporta James Mill, padre de John Stuart. Esa definición del padre de Mill relaciona la educación con la idea de perfección. Es de notar la influencia en este sentido de James Mill sobre John Stuart.

preconcebida. Creo que en Mill, curiosamente como en Kant, el hombre es conocimiento, acción y esperanza, esperanza de un mundo mejor.

2) Justificación de La Tesis Doctoral.

Con el Trabajo de Tesis Doctoral que se quiere presentar se pretenden mostrar diversos objetivos, pero el principal de todos es poner de manifiesto y explícitamente la importancia de la educación en el pensamiento del filósofo inglés John Stuart Mill. En el pensamiento del autor en cuestión, subyace permanentemente una idea de educación que tiene en cuenta a esta como el modo o forma en que podemos hacer visibles al exterior los talentos de que dispone cada individuo, y puestos al servicio del bien común proporcionará una sociedad más feliz. De esta forma podemos afirmar que en el pensamiento de Mill están presentes los puntos más clásicos de la reflexión filosófica a cerca de la moral, esto es: virtud, moral, felicidad, bien. Todos esos aspectos son secundarios al principal que se pretende exponer en la Tesis, el de la educación. Es desde la educación desde donde el individuo se va perfeccionando como ser moral que busca la felicidad suya y también la del conjunto social, esto es el bien general, el interés de todos.

Al hilo de esa idea de educación, se pretende mostrar la vinculación que hace el autor objeto de investigación con una dimensión fundamental del ser humano, a saber, la libertad. Desde aquí, se trata de poner de manifiesto esa relación entre ambos aspectos y cómo el pensamiento de Mill tiene presente que la construcción de una sociedad adulta pasa por educar a sus individuos en todas las instrucciones que sean necesarias, pero siempre teniendo como eje

principal el valor de la libertad. El proyecto de Mill en este aspecto resulta importante en su pensamiento filosófico puesto que la educación es para él sinónimo de libertad y la falta de educación, la ignorancia, es en realidad esclavitud y signo de pobreza intelectual y moral en quienes se encuentran en esta situación, con las consiguientes repercusiones a nivel social. Sólo una adecuada formación, una conveniente instrucción todo ello en el seno de un proyecto de educación que apuesta por el desarrollo libre del individuo, tendrán como consecuencia una sociedad adulta, libre.

En la Tesis se pretenderá recoger el tratamiento de la libertad que está a la base del pensamiento del autor. Vinculada a la educación, tal como hemos dicho más arriba, la libertad se quiere presentar en el pensamiento de John Stuart Mill como una paradoja, puesto que parece que esa libertad que nos deja a la intemperie en el mundo muestra su dimensión de grandeza porque nos permite apuntar la faceta más humana del individuo, la electiva; pero también muestra su dimensión menos grandiosa, puesto que del ejercicio de esa capacidad electiva se sigue siempre el que el individuo tenga que habérselas, en soledad, con las distintas posibilidades; por ello tendrá que calcular siempre las consecuencias de sus acciones, tendrá que tener en cuenta que es un ser social, que existen los otros. Todo esto sólo es posible si tenemos en cuenta que el individuo es un ser racional; que posee una instrucción; que tiene una educación racional, empírica, pero también emotiva.

Teniendo en cuenta todo lo antes expuesto y teniendo presente este objetivo fundamental de la tesis, ésta apunta otros objetivos que podemos denominar secundarios al

principal que se expone. De este modo podemos citar otros objetivos de la Tesis, como son:

1º) La idea de hombre que maneja Stuart Mill en su antropología: la dimensión individual como fundamental en el hombre que apunta al reducto más íntimo en el que nadie puede entrar y que nos muestra que el hombre para Mill es fundamentalmente libertad; su dimensión de alteridad y relación con el otro únicamente limitada precisamente porque el otro es un ser tan libre como yo; su dimensión social, de relación con la sociedad y el Estado, el cual sólo puede interferir en mi libertad cuando del ejercicio de esta se pueden seguir consecuencias negativas para el otro y ciertamente el Estado tiene obligación moral de proteger al otro que puede verse interferido por mí; el aspecto de la felicidad como elemento básico a satisfacer de modo individual y social; la dimensión trascendente del individuo que lleva a abordar la idea de religión en Stuart Mill desde una perspectiva de superación del ateísmo en que le educó férreamente su progenitor.

2º) La idea de ética o doctrina moral de Stuart Mill, desdoblándola primero en la ética propiamente dicha como actuación o realización del hombre; y después esa dimensión moral como concerniente al hombre virtuoso. Aquí se muestran aspectos clásicos como la teleología, donde se muestra la primacía de la razón práctica sobre la teórica o especulativa; la felicidad, como el auténtico fin del ser humano y de la sociedad; la virtud, entendida como una cuestión secundaria a la educación que es enseñable y por lo tanto aprehensible por parte del individuo; la ley, como elemento que ha de someternos a todos en una sociedad que se diga adulta; la diversidad, como elemento fundamental que tiene implicaciones a nivel epistemológico, ontológico,

ético y político; la libertad, como la auténtica esencia del ser humano, el cual posee un reducto íntimo en el que nadie puede entrar, esa es la libertad, una libertad que quiere combinar el aspecto racional y emotivo. Todo ello teniendo presente la idea de hombre como ser racional y libre expuesta en el apartado anterior; ser racional que se configura por medio de sus actos y conductas y todo ello con un fundamento utilitarista, criticable.

3º) La idea de libertad en Stuart Mill que se articulará en dos capítulos, uno referente a la libertad de la persona como ser individual y social; y otro que recoge determinados espacios de la libertad, tales como el pensamiento, la expresión, la asociación, la conciencia. Este tratamiento de la libertad en cuanto esencia del ser humano comporta plantearse también otros objetivos, como los siguientes:

1. La conciliación entre el individuo y la sociedad en el aspecto de la libertad, esto es, los intereses del individuo y los de la sociedad de la que él también forma parte.

2. El papel de la educación como elemento fundamental para hacer sociedades libres, dado que en el pensamiento de Mill parece que se da la igualdad entre educación y libertad.

3. Desde la educación, el fomento de la libertad de pensamiento, de expresión de ideas, de asociación, la diversidad en definitiva y diversidad entendida en todos los campos propios de reflexión filosófica, tales como la teoría del conocimiento, la ontología, la moral, la política.

4. La relación entre la virtud, la educación y la libertad, como elementos configurantes del ser humano fundamentales para una sociedad adulta.

5. El fomento del Estado y de la sociedad de la libertad individual como algo que traerá más beneficios que perjuicios en la sociedad gracias a la libre circulación de ideas, pensamientos, y en contra del control de pensamiento, de ideas, control de los medios de comunicación y similar.

Finalmente abordaré la cuestión de la educación en relación con la libertad, al objeto de mostrar cómo la filosofía milliana aporta un nuevo elemento que le permita al individuo alcanzar la felicidad en la sociedad, la educación para la libertad. Concluiré con una serie de valoraciones en torno al pensamiento de Mill y una apreciación crítica.

Con todo, el objetivo, como señalé al principio, es mostrar que la educación para la libertad es un punto fundamental del pensamiento del autor. Stuart Mill cree que es educando en la libertad y para la libertad como se pueden obtener individuos realmente adultos, espontáneos, talentosos, que pueden contribuir a edificar una sociedad que sea realmente más libre, más responsable, más tolerante.

3) Motivo de la presente Investigación y Estado actual de la Cuestión.

A la hora de justificar el por qué de esta tesis doctoral, la razón que lleva a realizar este trabajo es

fundamentalmente el hecho constatado de que hasta el momento no existe ningún trabajo de investigación de este tenor sobre John Stuart Mill. Con ello quiero expresar que no hay ninguna aportación al pensamiento de este filósofo que ponga en relación la educación y la libertad, ambas ligadas, como aspecto del pensamiento filosófico de Stuart Mill.

La afirmación arriba recogida queda constatada tras diversas consultas realizadas al respecto. Desde aquí puedo afirmar con certeza que actualmente las tesis doctorales llevadas a cabo sobre este autor versan sobre: aspectos científicos; aspectos científicos que relacionan al autor con otros autores; aspectos referidos al determinismo y la libertad; cuestiones referentes a las ciencias morales como eje fundamental del pensamiento milliano; aspectos referentes a las élites y la política, dentro del marco de la filosofía política; la teoría de la justicia; los derechos morales; la libertad y la utilidad; el consecuencialismo; la libertad de expresión.

Por todo ello, considero que el trabajo que se pretende elaborar y presentar está justificado, por cuanto que pretende rellenar un campo de conocimiento hasta el momento no cubierto por nadie en el pensamiento de este filósofo. Creo que puede ser una aportación intelectual y científica, dentro de la Filosofía, en los asuntos referentes a la educación y a la libertad, y con ello se puede llegar a cubrir un área hasta ahora no cubierta en torno a este autor.

**CAPÍTULO 1: LA ANTROPOLOGÍA DE JOHN
STUART MILL**

1.1.- Caracteres Generales

A la hora de enhebrar el discurso sobre la importancia de la libertad en John Stuart Mill, no podemos perder de vista que en su pensamiento para la extensión de una sociedad que denominásemos *abierta*, esto es liberal, lo realmente fundamental es mantener una determinada concepción antropológica, y en el caso del autor que nos ocupa esa concepción antropológica es la que nos presenta al hombre como un ser autónomo, pero a la vez imperfecto y perfeccionable, capaz de evolucionar aprendiendo de sus propios equívocos. Por ello la antropología de Stuart Mill es fundamental en su pensamiento, puesto que se trata de perfilar qué tipo de hombre entiende él y su relación con la educación.

Ciertamente que al recorrer las obras de Mill se puede ver con bastante nitidez que uno de los temas que están a la base en todo el pensamiento de Mill es su preocupación permanente por la antropología. Se puede decir que a Mill le da la sensación de que es insuficiente una teoría que se plantee sólo la actividad humana, esto es, sólo lo que el hombre hace, sin hacer hincapié en los elementos materiales y psicológicos que hacen posible que la vida humana cobre sentido.

Así mismo no hay que perder de vista que John Stuart Mill es un contemporáneo de Charles Darwin, y por ello todo cuanto tiene que ver con el evolucionismo moral y psicológico está integrado en su formación cultural. La libertad del ser humano, en tanto que está *in fieri*, es posible en la medida en que la razón es también evolutiva y las ideas están sometidas a la prueba de la selección natural.

Cuando hemos indicado la importancia de la antropología en Mill, no lo hacemos gratuitamente. Es más, para poder entender ese concepto clave en nuestro autor, a saber, la libertad, tenemos que tener presente que ese concepto en él no es ni más ni menos que un ideal antropológico a perseguir.

Ahora bien, es necesario matizar que no podemos discursar acerca de un ideal antropológico como el antes mentado, si no se reconoce un ámbito privado individual inexpugnable. Ha de existir un reducto en el individuo, en el cual no pueda intervenir absolutamente nadie, si queremos hablar de individualidad. Más aún, sólo evitando que la fuerza intervenga en la vida privada de la persona puede tener sentido sujetar la conducta a principios morales.

John Stuart Mill fue mucho más allá en sus intenciones y proyectos, al reconocer dos ámbitos de corte moral. Por un lado, uno de tipo privado, personal; y por otro lado, otro de tipo público, siendo en ambos la convivencia y la cooperación factores esenciales. Pero en esta situación que presentamos, Mill reclamó que el ámbito privado quedase fuera del poder coactivo del Estado y de las presiones de grupo que, aunque no equiparables al poder estatal, igualmente lesionan la libertad individual.

Esa libertad individual, cuyo sujeto es el individuo, nos lleva precisamente a afirmar la preocupación subyacente en el sempiterno operario de la *Compañía de las Indias Orientales* por el individuo, por sus características personales, irrenunciables, por su originalidad indelegable. El individuo en Mill es un eje fundamental

dentro de lo que es su pensamiento antropológico y es en torno a él donde construye toda su concepción del hombre. Por ello, es oportuno pasar a desarrollar en algún modo los aspectos más relevantes de esa antropología milliana.

1.2.- Particularidades de la antropología de J. S. Mill.

1.2.1. Concepto de Originalidad.

Hay en Mill un permanente llamamiento, desde la individualidad e independencia, a lo plural, a la diversidad: diversidad de verdades, descubrimiento de nuevas verdades², reemplazo de antiguas opiniones por otras nuevas, aplauso a nuevas prácticas en el obrar humano y tantas otras. Para nuestro autor individualidad y originalidad van de la mano, o como dice Abellán "Individualidad es sinónimo de originalidad [...] Individualidad se opone a mediocridad"³. La novedad es así para Mill algo que deviene fundamental en la vida humana y a lo que no hay que sustraerse ni tenerle ningún miedo o prejuicio. En esta dinámica de novedades juega un papel importante la figura del genio, los hombres más individuales que los que no lo son⁴.

Es desde esa genialidad del individuo, desde ese hombre más individual, desde donde el hijo de James Mill

² Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, p. 33. Parece que esta cuestión referente a la admisión de nuevas verdades manifiesta la influencia en Mill de Bentham. Para Mill, todos aquellos que se educaron siguiendo los principios de Bentham se abren a la admisión de esas nuevas verdades y sus mentes las asimilan tan pronto las reciben.

³ Cfr. J. ABELLÁN, *John Stuart Mill y el Liberalismo*, p. 386.

⁴ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 133-134.

acomete una idea básica en su antropología, a saber, la idea de originalidad. Con el concepto de originalidad Stuart Mill se refiere a pensamientos y acciones; la originalidad es la que es capaz de abrir los ojos a los individuos. El genio es importante precisamente por su originalidad, porque si se deja que éste la desarrolle libremente, entonces ello redundará en beneficio de todos. Aunque Mill también lamenta que la originalidad "por ser algo poco común, sea considerada poco práctica entre los hombres"⁵. El genio es el que es capaz de sacrificar su propio mayor bien por el bien de los demás, hecho éste muy propio de la moral utilitarista.⁶

El genio, individuo original, es el arquetipo en Mill y un ejemplo muy propio del romanticismo; es aquel que no se pliega al dictado de la costumbre, a la fuerza que ésta tiene en los demás, sobre todo en la sociedad que a él le tocó vivir. El genio es, merced a su originalidad, un excéntrico, un ser dotado de un carácter especial, singular; y para el londinense Mill, excentricidad y fuerza de carácter marchan a la par "pues la cantidad de excentricidad que una sociedad contiene está en proporción a su cantidad de genio, de vigor intelectual, y de coraje moral"⁷.

Para Mill el carácter y el buen obrar son conceptos que guardan relación entre sí, ya que el individuo es para él alguien hacedor del bien, y sólo hace el bien quien tiene un buen carácter:

⁵ o. c., p. 135.

⁶ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 61.

⁷ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 138.

La gran mayoría de las acciones están pensadas no para beneficio del mundo sino de los individuos a partir de los cuales se constituye el bien del mundo (...). Puedo asegurar que, a la larga, la mejor prueba de que se posee un buen carácter es realizar buenas acciones, y que se niegan por completo a considerar buena ninguna disposición mental cuya tendencia predominante sea la de producir una mala conducta⁸.

El genio, gracias a su originalidad, es un individuo totalmente independiente. Una actitud así, para Mill, lejos de demonizarla, ha de ser alentada, fomentada, porque ofrece siempre la alternativa nueva, el cambio, nuevos modos de obrar⁹. El genio es aquel que ha cultivado su naturaleza con lo que le es propio y valedero para él; es alguien diverso que no se somete a las mismas cosas a las que se someten los demás. Como dice Isaiah Berlin: "Mill ama la disidencia, la independencia, los pensadores solitarios, los que desafían el régimen establecido"¹⁰.

Con ello John Stuart Mill llama al respeto a la diversidad, a potenciar la pluralidad, la espontaneidad, en suma la originalidad; y niega la fuerza de las mayorías por el mero hecho de ser mayorías. Por lo tanto para Mill todo no vale por igual para todos, porque "los seres humanos no son como carneros"; porque "nadie podrá tener un traje o un par de zapatos que le estén bien, si no los pide a su medida"; porque "personas diferentes requieren condiciones diferentes para su desarrollo espiritual"; o porque "las mismas cosas que ayudan a una persona a cultivar su naturaleza superior se convierten en obstáculos para otra

⁸ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, pp. 64-66.

⁹ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 138.

¹⁰ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 286.

cualquiera"¹¹. Por todo ello el cultivo del carácter se hace necesario; con razón Mill sentencia que: "El propio carácter debe ser, para el individuo un fin principal, simplemente porque la existencia de esta nobleza ideal de carácter, o un acercamiento aproximado a la misma, contribuirá, más que ninguna otra cosa, a la realización de una vida humana feliz"¹².

Para Mill, ese crecer libremente en la diferencia, en la diversidad, en la originalidad, es algo básico de la libertad, es lo que hace que la humanidad llegue a ser lo que es, no desde el monolitismo de una opinión, sino desde la diversidad de pareceres y es lo que permite además superar el estancamiento y caminar en clave de progreso:

Lo que ha sido la opinión de la humanidad, ha sido la opinión de personas con toda clase de temperamentos y disposiciones, con todo tipo de inclinaciones y prejuicios, con todas las variedades que se dan en la posición social, en la educación y en las oportunidades de observación e investigación (...). Cada circunstancia que da carácter a la vida de un ser humano lleva consigo sus tendencias particulares, sus particulares aptitudes para recibir ciertas cosas y para perder u olvidar otras¹³.

Es claro que esa opinión de la humanidad sólo es tal si se tiene en cuenta las diferencias en temperamentos, en inquietudes, en preocupaciones, incluso aunque todo esto

¹¹ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, pp. 138-139. Todas estas afirmaciones están en dichas páginas, en el mismo discurso.

¹² Cfr. J. S. MILL, *Un sistema de la lógica*, en *El Utilitarismo*, p. 151.

¹³ Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, p. 36.

sea en ocasiones herético, apartado del camino oficial; aún así es válido todo ello porque todo apunta a la diversidad. En esta dirección apunta también Isaiah Berlin cuando afirma: "Mill fue durante toda su vida el defensor de los herejes, de los apóstatas y blasfemos, de la libertad y la piedad"¹⁴. Por lo tanto, parece que, para Berlin, Mill es contundente y claro en lo tocante a su idea de individualidad; sobre todo si tenemos en cuenta el tipo de sociedad en que vive Mill.

Frente a esta visión de la originalidad, de la individualidad y del genio como notas básicas del individuo es importante tener en cuenta aquí la valoración que hace Abellán de Mill en lo tocante a la individualidad, al genio y al yo en definitiva; para Abellán, Mill se relaciona en una especie de doble juego o ambivalencia con la sociedad victoriana tradicional de su época, que tenía unos valores muy concretos. Así lo expresa Abellán:

En su concepto de individualidad se manifiesta la ambivalente relación de Mill con la sociedad de su época. Por un lado, Mill al insistir en los valores de los individuos originales y en la importancia de desarrollar el carácter, parecería estar coincidiendo con los valores victorianos. Pero por otro lado, Mill se separa de estos valores victorianos derivados del cristianismo protestante. Mill denuncia con vehemencia la concepción calvinista o agustiniana del yo, en la que el valor máximo reside en el autocontrol y en la que los impulsos naturales son considerados como fuentes de tentación, como seductoras voces que conducen al pecado.¹⁵

¹⁴ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 288.

¹⁵ Cfr. J. ABELLÁN, *John Stuart Mill y el Liberalismo*, pp. 386-387.

Lo que parece es que Mill toma unos aspectos de esa sociedad como valiosos y rechaza otros. Realmente a Mill lo que le interesa de la genialidad es que se imponga a la masa mediocre; y que sea esa individualidad, gracias "a los mejor dotados e instruidos"¹⁶ haga progresar a la sociedad.

1.2.2.- Libertad y Progreso.

Podemos decir que en nuestro autor el progreso de la sociedad se produce porque hay libertad. Pero en ocasiones imponer el progreso puede chocar con la libertad, y este choque puede tener por efecto que, desde la libertad, haya oposición al progreso. Pero al margen de esto, para Mill la libertad aparece como fuente de progreso que no se agota nunca; es más, como afirma nuestro autor:

La única fuente de mejoras, infalible y permanente, es la libertad, ya que, gracias a ella, el progreso puede contar con tantos centros independientes como individuos existan¹⁷.

Por lo tanto, en Mill hay una unión entre los intereses del individuo como ser progresivo y libertad¹⁸. Ese progreso, esa prosperidad alcanza cotas cada vez más elevadas si se facilita el concurso de la diversidad de

¹⁶ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 98.

¹⁷ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 143. id. *Autobiografía*, p. 164 donde John Stuart Mill pone de manifiesto que es el progreso humano el que modifica, cambia las instituciones y todo cuanto tiene que ver con el individuo dentro de la sociedad. Para Mill existe la sociedad, la política que existe, pero sustentada previamente en el progreso humano que hay.

¹⁸ Cfr. F. MÚGICA, *John Stuart Mill, lector de Tocqueville I*, p. 33. Se puede observar cómo el autor en su detallado estudio de Mill también participa de esta visión que liga al hombre como ser que progresa, con la libertad.

caracteres; claramente lo expresa Mill: "La prosperidad general alcanza un mayor nivel y es más ampliamente difundida, cuanto mayor es la cantidad y variedad de energías personales dedicadas a promoverla"¹⁹.

Ahora bien, el progreso es un concepto tal que nos remite a tener que apuntar un antes y un después en las sociedades. La sociedad es lo que es porque ha existido toda una evolución o progreso. En cada etapa progresiva el ser humano se ha caracterizado por hacer algo que en etapas posteriores ha hecho en menor medida o que ha dejado de hacer; o que se ha ocupado en otras acciones y así en sucesivas etapas de la historia. Ante esto podemos preguntarnos ¿para Mill qué es lo que podrá lograr auténtico progreso y auténticos individuos? La respuesta está en la educación. Será ésta la que logre, desde la formación, desde el cultivo de la conciencia, auténticos individuos y sólidas sociedades, todo ello desde el principio de utilidad. Así lo afirma Mill:

En el mundo antiguo y medieval la actividad hegemónica era la guerra; en el mundo moderno la actividad hegemónica es la acumulación de riqueza, pero en el futuro es de esperar que sea otra: sin duda que es más deseable que las energías de la humanidad se empleen en esta lucha por la riqueza, como se empleaban en otros tiempos en las luchas guerreras, hasta que las inteligencias más elevadas consigan educar a los demás para mejores cosas y no que esas inteligencias se enmohezcan y estancuen.²⁰

¹⁹ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, p. 81.

²⁰ Cfr. J. S. MILL, *Principios de Economía Política*, pp. 641-642.

Parece que tras la violencia de la guerra, y después de afanarse por las riquezas, ambas actividades como mecanismo para construir al individuo y la sociedad, el camino apropiado será la educación para que exista progreso moral y humano.

Libertad y progreso son dos conceptos fundamentales en la antropología milliana. Pero además hemos de significar que, probablemente, esto sea así por la influencia que recibió de su padre en toda la formación que le administró. No en vano Mill llega a afirmar de su padre en lo concerniente a la libertad y el progreso:

En el poder de influenciar, por la mera fuerza de la mente y del carácter, las convicciones y propósitos de los demás, y en el ejercicio incansable de ese poder con miras a promover la libertad y el progreso, no hubo entre los hombres ninguno que fuese capaz de igualarlo; y entre las mujeres, sólo una²¹.

Evidentemente, en esta dinámica el enemigo del progreso es la costumbre, esto es, una vez más, inmovilismo, el que no exista una oposición; el que haya semejanza entre todos, ortodoxia, caminos iguales para todos, y, lógicamente, lo que se sigue es pobreza en libertad de pensamiento y expresión. A este respecto es de notar el ejemplo que John Stuart Mill trae a colación para ilustrar su defensa de la originalidad y la diversidad en su obra *Sobre la libertad*. Se trata de la comparación entre la sociedad de China y la de Europa. Para Mill la sociedad

²¹ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 199. Es de notar que en la referencia que hace Mill a la única mujer que supera a su padre en su lucha y trabajos por la libertad y el progreso, se está refiriendo a Harriet Taylor.

china viene a estar en una dinámica de ciudad-estado, donde el individuo queda subsumido por el Estado. Mill entiende que en la sociedad de China, sus individuos -gracias al esfuerzo del estado- son todos iguales, están estacionados, no ha habido progreso, hay igual forma de pensamiento, de comportamiento, de acciones; no hay libertad en general, ni libertades particulares; hay estancamiento²². Todo cuanto de progreso hay en China ha sido aportado desde fuera. Por contra, Mill entiende que en las sociedades europeas sí ha habido progreso gracias a la notable diversidad de carácter y de cultura.²³

Mill, en su ejemplo, concluye afirmando la importancia que tiene para las sociedades el que exista dentro de ellas la libertad, la independencia, la oposición, las minorías y las diversas situaciones. Es más, en el diseño de una sociedad que se llame libre, estas características antes citadas son la consecuencia lógica de ese tipo de sociedad. Para ello Mill se apoya en tesis del ya mentado Humboldt:

Guillermo de Humboldt menciona dos cosas que considera como condiciones necesarias para el desenvolvimiento humano, puesto que son también necesarias para conseguir que los hombres sean

²² La crítica a la sociedad china, a la egipcia o a la hindú la muestra otra vez en *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, pp. 68-ss., donde critica fuertemente el despotismo como herramienta que llevó a estas sociedades a progresar; pero alcanzado el progreso quedaron petrificadas por no cultivar la originalidad, la libertad y el individualismo. Realmente el ejemplo de China ya lo había tratado Tocqueville, por lo que Mill lo vuelve a tomar. La misma opinión de la inmovilidad de China la recoge F. MÚGICA, *John Stuart Mill, lector de Tocqueville I*, p. 72. También la recoge J. GARCÍA AÑÓN, *Libertad, Diversidad y Conflictos Culturales*, p. 48.

²³ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 146.

diversos. Estas dos cosas son la libertad y la variedad de situaciones²⁴.

Ese desenvolvimiento no es ni más ni menos que la idea de progreso que maneja nuestro autor. Stuart Mill está por el progreso; y conviene al respecto ser claros en la postura de Mill frente al progreso, una postura que no es de rechazo visceral, pero sí matizado. Así lo expresa:

No nos oponemos al progreso; al contrario nos vanagloriamos de ser los hombres más progresivos que existieron jamás. Pero batallamos contra la individualidad²⁵.

No podemos perder de vista que en su época la idea de progreso iba ligada a la de progreso científico y tecnológico. Empero Mill defiende un progreso humano, que incluye la diversidad, que sólo es posible desde una apuesta contundente por la educación. Así lo expresa Mill:

En el presente espero muy poco de cualquier plan destinado a mejorar incluso el estado económico de la gente solamente por medios políticos y económicos. Hemos llegado, creo, al periodo en el cual el progreso, aún el político, está deteniéndose, por razón del bajo estado moral e intelectual de todas las clases, y de los ricos tanto como de los pobres. En lo único que pongo esperanzas de un bien permanente es... en grandes mejoras en la educación²⁶.

²⁴ o. c., p. 147.

²⁵ o. c., p. 145.

²⁶ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad y capítulos sobre el socialismo*, p. 214.

Sólo la educación sacará al individuo y a las sociedades del estado estacionario en que la mantiene el progreso de la ciencia y la tecnología, el cual implica otros campos como el de la economía. El propio Mill advierte en diversas ocasiones en sus obras sobre los efectos morales del progreso y se muestra adversario de quienes defienden esa tesis de la lucha por avanzar o, lo que es lo mismo, sobrevivir, tesis con claros tintes evolucionistas. Por ello, sólo la educación parece que hará que el individuo no vea en el otro un medio, una cosa, para satisfacer un fin. Así lo afirma el propio Stuart Mill:

Confieso que no me agrada el ideal de vida que defienden aquellos que creen que el estado normal de los seres humanos es una lucha por avanzar; y que el pisotear, dar codazos y pisarles los talones al que va delante, que son característicos del tipo actual de vida social, constituyen el género de vida más deseable para la especie humana; para mí no son otra cosa que síntomas desagradables de una de las fases del progreso industrial. Puede que sea una etapa necesaria en el progreso de la civilización [...]. Esta situación estacionaria del capital y de la población no implica una situación estacionaria del adelanto humano. Sería más amplio que nunca el campo para la cultura del entendimiento y para el progreso moral y social; habría las mismas posibilidades de perfeccionar el arte de vivir y hay muchas más probabilidades de que se perfeccione cuando los espíritus dejen de estar absorbidos por la preocupación constante del arte de progresar.²⁷

²⁷ Cfr. J. S. MILL, *Principios de Economía Política*, p. 643. Véase también F. ROSEN, *El hedonismo de John Stuart Mill*, p. 227, donde Rosen recoge la idea milliana de confianza en la educación para superar las dificultades sociales.

Con todo, Mill saca partido de esa situación de estacionamiento que puede traer el progreso científico y técnico, así como de sus implicaciones negativas en la moral. Y entiende que esa situación puede ser la que propicie la reflexión de las mentes que lleven a la sociedad a la mejora moral, al trabajo por progresar moralmente y no tanto en clave tecnológica; es decir, a tener más confianza en el ser humano y en sus capacidades interiores y no tanto en sus producciones externas. Nos muestra así Mill su fe ciega en la educación, como ingrediente que de verdad creará progreso humano, frente al optimismo científico de su época, el cual es ambivalente puesto que los avances científicos siempre presentan una cara y una cruz, nunca son algo perfecto²⁸. Esa fe en la educación y su relación con el progreso también se relaciona con la democracia, puesto que para formar auténticos individuos, esto es hombres geniales, con diversidad de carácter, de ideas, de pensamiento, y por tanto sociedades sólidas, el único camino es la educación²⁹. Una educación que entra en relación con la democracia, puesto que ésta tiene dimensión educativa en el aspecto de la participación seria y responsable de los ciudadanos. Progreso, libertad, educación y democracia van de la mano en Mill.

Por lo tanto, la educación ha de ser educación para la libertad porque la libertad garantiza el genio y la individualidad. Y así también lo entiende Pedro Mercado Pacheco al estudiar a Mill cuando afirma que "Mill habla de

²⁸ Véase también P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 166. Este autor también entiende que es la educación la que permitirá encarar las ambivalencias del progreso.

²⁹ Véase también P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 175, donde el autor también participa de esta opinión.

la modificación en los hábitos, de nuevas tendencias espontáneas. No es de extrañar por ello que las únicas terapias propuestas por Mill sean la educación -en el sentido de instrucción- y la participación o cooperación, la educación política"³⁰. Es desde la educación desde donde se puede preservar esa individualidad que corre peligro en el progreso. No en vano Mill entiende que el progreso entraña unos efectos morales, una influencia en el carácter de los individuos, así como el peligro de que el individuo quede disuelto en la masa³¹.

El problema, que para Mill se plantea, es que aún siendo, como para él lo es, la diversidad tan importante para que exista progreso humano, aún yendo tan unida a la libertad e independencia como va, el peligro que se cierne sobre la diversidad es el de su desaparición y el de la caída en el inmovilismo, en el no progresar, en la falta de libertad, y por lo tanto se dé un menoscabo educativo. Ese temor lo señala Mill en 1859:

La humanidad llegará pronto a ser incapaz de comprender la diversidad, si durante algún tiempo pierde la costumbre de verla³².

Pero, a pesar de los temores que se pueden cernir sobre el conjunto de los individuos, Stuart Mill no deja de afirmar que, con todo, las fuentes del sufrimiento de las personas, todas ellas, son en gran medida algo eliminables. Es el progreso precisamente, desde la voluntad y el empeño, el que puede hacer que, efectivamente, se vaya suprimiendo

³⁰ Cfr. P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 169.

³¹ Véase también P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 170. El autor también entiende esta idea así.

³² Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 149.

paulatinamente todo ese conjunto de sufrimientos y dificultades (pese a que tengan que caer para ello varias generaciones) que obstaculizan la evolución de la humanidad³³. Parece que un paso que puede facilitar esta tarea es la preocupación por el otro.

1.2.3. El hombre interesado por los demás. La alteridad.

En el pensamiento milliano, desde la doctrina utilitarista, el individuo es capaz de sacrificarse por los demás. Igualmente para Mill el individuo es un ser hacedor del bien. Esta es sin lugar a dudas la vertiente optimista de la antropología de John Stuart Mill. Él concibe al hombre, en contra de Bentham, como alguien capaz de perseguir como fin último la perfección espiritual; capaz de desear, por su propio bien, la conformidad de su carácter con sus propios criterios de excelencia sin esperar recompensa y sin temer mal alguno que provenga de otra fuente que no sea la de su conciencia reflexiva³⁴

Para el discípulo de Bentham el hombre es bueno por naturaleza al estilo de Rousseau; y dotado de libertad convive con los demás individuos dentro de una sociedad. Pero si todos somos libres por igual, es de esperar que en la sociedad en la que vivamos también seamos todos iguales. Se trata del viejo *desideratum* de multitud de filósofos: la sociedad horizontal, donde todos son iguales. En Mill sólo podemos diseñar una sociedad de estas características a partir de los individuos, siempre y cuando tengamos presentes los intereses de todos y cada uno de los

³³ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 59.

³⁴ Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, p. 46.

individuos por igual; y así a ningún individuo se le ocurrirá desconsiderar los intereses del otro.³⁵

Pero preocuparse por los intereses de todos y cada uno de los individuos implica que exista una sensibilidad por el otro, esto es, alteridad, una dimensión fundamental en la antropología milliana. Mill entiende que desde una preocupación por los demás y por sus intereses se produce un reforzamiento de los vínculos sociales; y además se da un desarrollo armónico de la sociedad, a la par que un crecimiento espiritual de los individuos. Con razón afirma Mill que:

El hombre satisfecho o la familia satisfecha, que no ambicionan hacer a otra persona más feliz, promover el bien de su país o de su vecindario, o mejorarse a sí mismos en lo tocante a excelencia moral, no suscitan en nosotros ni admiración ni aprobación. Con razón atribuimos esta clase de satisfacción a una falta de reciedumbre y a pobreza de espíritu³⁶.

Esto traerá consigo el que cada individuo tenga un mayor interés personal en preocuparse por el bienestar del otro, así como un *sentimiento* mayor hacia el bien ajeno.³⁷

³⁵ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*. p. 84. Conviene matizar la idea de igualdad en Stuart Mill, puesto que en la Introducción de *Sobre la libertad*, el autor de la misma, Antonio Rodríguez Huéscar, en la p.23, expone cómo entiende Mill el concepto de igualdad: se trata de igualdad desde la antropología, y aquí Mill lo que defiende es que la igualdad lo que hace es poco a poco comerle terreno al individuo, en tanto que la desigualdad, entendida como diversidad no como desigualdad vertical, nos haría más libres.

³⁶ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones...*, pp. 88-89.

³⁷ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 85. La cursiva es del propio texto, no es mía.

Para Mill el individuo instintivamente es un ser preocupado por el otro. Así lo expresa en *El utilitarismo*:

El hombre llega, como por instinto, a ser consciente de sí mismo como un ser que, por supuesto, presta atención a los demás. Llega a resultarle el bien de los demás algo a lo que natural y necesariamente ha de atender, en igual medida que a las necesidades físicas de la existencia³⁸.

Mill de este modo se distancia notablemente de otras doctrinas antropológicas cuya visión del individuo es más negativa; Mill es capaz de ver en positivo al otro como oportunidad de realización personal y colectiva, como ocasión en la que se funden lo individual y lo social. En este sentido parecen oportunas las palabras de García Añón, las cuales van en la dirección de Mill: "A diferencia de la filosofía liberal que ve en el "otro" un enemigo o un competidor (Hobbes), en Mill el "otro" constituye el referente necesario para sentir la sociedad como algo propio"³⁹. Se puede decir que, de algún modo, desde el cultivo de las cualidades en la individualidad, aparece la consideración de lo social como algo necesario que completa esa individualidad.

Finalmente hay que indicar que un individuo de este fuste, preocupado por el otro hasta el punto de sentirse bien con el bien ajeno y de sensibilizarse con los beneficios del otro como si fuesen algo propio, un individuo así y una sociedad así sólo se da con el concurso

³⁸ o. c., p. 85.

³⁹ Cfr. J. GARCÍA AÑÓN, *Libertad, Diversidad y Conflictos Culturales*, p. 48.

de lo que Mill llama *sympathy*⁴⁰, que traducimos por simpatía. Es decir, en el fondo de esta antropología y de esta alteridad subyace el sentimiento, algo explicable en John Stuart Mill, puesto que pertenece a la ética emotivista, como bien se desprende de la discusión que mantiene con Roebuck en su obra *Autobiografía*, donde el propio Mill llega a afirmar:

La emoción imaginativa que una idea excita en nosotros cuando es vívidamente concebida, no es una ilusión, sino un hecho tan real como cualquier otra cualidad de los objetos; y que lejos de implicar un algo erróneo y engañoso en nuestra aprehensión mental del objeto, es completamente consistente con el conocimiento más exacto y con el más perfecto reconocimiento de sus leyes y relaciones físicas e intelectuales⁴¹.

Parece, pues, que el individuo en Mill es una idea que tiene relevancia y por ello es oportuno abordar su concepción sobre la misma.

⁴⁰ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 85. Sobre la conexión entre la simpatía y el individuo véase también en la misma obra en la página 93 la nota al pie nº 6 que dice así: "Mill considera al individuo como agente moral, con sentimientos desarrollados al respecto. Es éste uno de los puntos que más le distancia de Bentham, como Mill ha destacado en el trabajo que con el título Bentham fue publicado en la *London and Westminster Review*, en agosto de 1838. Dirá allí Mill, criticando a Bentham: "El hombre nunca es reconocido por Bentham como un ser capaz de perseguir la perfección espiritual como un fin...". Y en la p. 42 de la misma obra Mill critica a Bentham afirmando que el hombre, ese ser tan extraordinariamente complejo, es para Bentham una realidad muy simple, incluso en el apartado de la simpatía.

⁴¹ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 156.

1.3.- Concepto de Individuo.

La categoría individuo en Stuart Mill es fundamental, tan es así que para nuestro autor el individuo, en su pensamiento, lo es todo, es el que es capaz de reunir en torno a sí y dentro de sí todas las posibilidades de realización de acciones en el mundo y el que es capaz de transformar este mundo. La valoración que Mill hace del individuo es sobresaliente a lo largo de toda la historia de la humanidad; se deja ver en él ese optimismo antropológico que caracterizaba al autor de *El Emilio* y que está presente en *Sobre la Libertad*:

En la antigüedad, en la Edad Media y en grado menor durante la larga transición del feudalismo a los tiempos presentes, el individuo representaba por sí mismo una potencia, y si poseía un gran talento o una posición social elevada, esta potencia llegaba a ser considerable⁴².

Parece claro que en Stuart Mill el individuo, al ser potencia, es un "poder llegar a ser", dicho al estilo de Aristóteles. Así en el individuo se dan unas potencialidades, unas capacidades. El individuo tendría un carácter potencial y unas capacidades, que debidamente dirigidas, puede hacerle ser algo digno. Puede parecer, desde esta idea de potencialidad y de las capacidades, que el individuo que postula Mill es un concepto abstracto. Al respecto es interesante tener presente la valoración de esto que hace Pedro Mercado: "El individuo de Mill no es una figura abstracta, por eso se remite al ideal humboldtiano de la *Bildung*, de un cultivo de sí, en el que el individuo desarrolla al máximo sus propias facultades,

⁴² Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 136.

integrándolas en la totalidad coherente de una persona"⁴³. Frente a la visión de Mercado, Joaquín Abellán sí critica a Mill la falta de concreción del individuo y entiende que nuestro autor "defiende una concepción abstracta del individuo"⁴⁴.

En todo caso, parece evidente que en Mill tal es la importancia que le concede al individuo que parece lógico preguntarse qué produce ese individuo para que sea tan valorado por nuestro autor.

Al respecto podemos indicar que para Mill cuanto existe de virtuoso en el mundo, es algo que tiene su origen en el individuo; es el individuo el hacedor del bien y de lo bueno que hay en el mundo. Pero incluso más: no es que cuanto hay de excelente en el mundo venga del individuo, sino que además debe proceder de él; sólo el individuo aislado es capaz de producir y generar el bien:

La iniciación a todas las cosas prudentes y nobles viene y debe venir de los individuos, procediendo, generalmente al principio, de un individuo aislado⁴⁵.

Precisando más aún esa idea de individuo en Mill, podemos afirmar que nuestro autor se muestra, siendo empirista, contrario a la consideración mecánica del individuo. El ser humano, el hombre es un proyecto que se hace a sí mismo; el hombre posee un sustrato tal que está por encima de todos los productos útiles que pueda producir. Todo cuanto pueda producir puede ser bueno, pero no es nada en comparación con lo que es el hombre; no una

⁴³ Cfr. P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 173.

⁴⁴ Cfr. J. ABELLÁN, *John Stuart Mill y el Liberalismo*, p. 395.

⁴⁵ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 137.

máquina, sí un ser que se edifica a sí mismo desde la diversidad y riqueza interior; así lo expresa Mill:

De las obras humanas, en cuya perfección y embellecimiento emplea rectamente el hombre su vida, la más importante es, seguramente, el hombre mismo. Suponiendo que fuera posible que se construyan casas, [...] que se coseche trigo, [...], e incluso, que se erijan iglesias y se digan plegarias por medio de maquinarias, por autómatas de forma humana, sería una sensible pérdida poner estos autómatas en el lugar de los hombres y mujeres que habitan las partes más civilizadas del globo, [...]. La Naturaleza humana no es una máquina que se pueda construir según un modelo para hacer de modo exacto una obra ya diseñada; es un árbol que quiere crecimiento y desarrollo en todos sus aspectos, siguiendo la tendencia de fuerzas interiores que hacen de él una cosa viva.⁴⁶

La idea que late en el pensamiento de Stuart Mill es la que se refiere a un individuo cuyo ser es un ser progresivo, es decir, un individuo que está permanentemente haciéndose y desarrollándose. Este mismo sentir del individuo en proyecto permanente que se hace a sí mismo, es recogido también por Pedro Mercado.

Teniendo esto en cuenta, podemos casi afirmar que en Mill el individuo debe ser absolutamente independiente. Esa independencia de la que tiene que gozar es para él fundamental hasta el punto de que en su ensayo *Sobre la Libertad* el propio Mill viene a realizar un examen para ver

⁴⁶ o. c., p. 125. Se puede ver también P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 171. Mercado subraya aquí la importancia del desarrollo espiritual e intelectual del individuo.

si es bueno que los hombres sea libres de conducirse en la vida según sus opiniones⁴⁷. Y desde aquí entiende nuestro autor que el individuo, si es auténticamente libre, podrá hacer lo que quiera sin perjudicar a nadie. Lo que está en juego es el poner límites a la acción humana libre; y en este sentido estima que sólo las acciones sin justificar y que perjudican a alguien son las que han de ser controladas. Aquí quedará establecida la única cláusula que soportará el individuo en el ejercicio de su libertad: no perjudicar a otro:

Aquellas acciones, de cualquier clase que sean, que sin causa justificada perjudiquen a alguien, pueden y deben ser controladas -y en los casos importantes lo exigen por completo- por sentimientos de desaprobación, y si hubiera necesidad, por una activa intervención de los hombres. De este modo la libertad del individuo queda así bastante limitada por la condición siguiente: no perjudicar a un semejante.⁴⁸

Por tanto, y teniendo en cuenta ese único límite al que ha de someterse el individuo libre, Mill, influido por la lectura de Guillermo de Humboldt, perfila a ese individuo de modo que él mismo debe ir construyéndose en su devenir, desde la razón, de modo que desarrolle armónicamente todo lo más que pueda el conjunto de todas

⁴⁷ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 119. Este ensayo es de capital importancia en lo referente al tema de la libertad y del individuo, hasta el punto de que el propio Mill en otro ensayo suyo, *Autobiografía*, llega a afirmar de *Sobre la libertad* que probablemente sobrevivirá a todas sus obras, ya que afirma la importancia para el hombre y la sociedad de una gran variedad de caracteres y de dar plena libertad a la naturaleza humana para expansionarse en direcciones innumerables y confluyentes.

⁴⁸ o. c., p. 120.

sus facultades. Así pues, en Mill se observa un teleologismo antropológico. El individuo en el desarrollo de sus facultades tiende hacia algo, a un fin: ser el mismo, la individualidad. Hay que indicar que, con todo, para Mill ese tender hacia la individualidad es una cuestión gradual y no tanto un copiarse los unos a los otros:

Pocas personas, fuera de Alemania, llegan a comprender siquiera el sentido de esta doctrina (individualidad), sobre la que Guillermo de Humboldt ha escrito un tratado, donde sostiene que el fin del hombre [...], el fin hacia el cual todo ser humano debe tender incesantemente, y en particular aquellos que quieran influir sobre sus semejantes, es la individualidad del poder y del desarrollo. Para esto, se precisan dos requisitos: libertad y variedad de situaciones; su unión produce el vigor individual y la diversidad múltiple que se funden en la originalidad.⁴⁹

Sobre la cuestión de la libertad hablaremos de forma específica más adelante, si bien es un elemento que está presente en todo el pensamiento de Stuart Mill. Ahora bien, en lo concerniente al segundo requisito, al que hace referencia a la variedad de situaciones, parece claro en el integrante de la revista *London and Westminster* quiere expresar con esa categoría un alegato en pro de la diversidad de carácter, de modos de vida, de parecer, una defensa de la pluralidad de formas de pensamiento, de conocimiento, y en suma de enriquecimiento en base a diversidad de experiencias. Todo lo anterior tiene bastante

⁴⁹ o. c., p. 122. La obra a la que se refiere Mill, de Humboldt, es *Esfera y deberes del Gobierno*.

que ver con esa idea de individualidad que nos desea mostrar nuestro autor:

...será conveniente que haya diferentes maneras de vivir; que se abra campo al desarrollo de la diversidad de carácter, siempre que no suponga daño a los demás, y que cada uno pueda, cuando lo juzgue conveniente, hacer la prueba de los diferentes géneros de vida. En resumen, es deseable que en los asuntos que no conciernen primariamente a los demás sea afirmada la individualidad.⁵⁰

Además hemos de dejar constancia de que en Mill esta idea de individualidad está en íntima conexión con el concepto de libertad y con la idea de bienestar y de felicidad. En realidad para que de verdad la individualidad alcance su punto álgido se necesita el concurso de la libertad y de la pluralidad, o como dice Joaquín Abellán en su trabajo sobre Mill: "Para que la individualidad pueda desarrollarse precisa de dos condiciones: libertad y variedad de situaciones. La falta de libertad, el despotismo, tiende a destruir la individualidad"⁵¹. Son tan necesarios estos ingredientes que el propio Mill viene a constatar, por una parte, que por desgracia en su época los individuos en general se conducen por los hábitos y costumbres y no por la espontaneidad natural que les viene dada en su equipaje biológico, con el consiguiente deterioro y retroceso para su individualidad. Además expone esa unión arriba mentada entre individualidad y libertad; y los beneficios que traería a la humanidad esa espontaneidad que él defiende, si fuese concebida de esa forma en lugar de continuar en la dinámica de los hábitos:

⁵⁰ o. c., pp. 120-121.

⁵¹ Cfr. J. ABELLÁN, *John Stuart Mill y el Liberalismo*, p. 385.

Si considerásemos que el libre desarrollo de la individualidad es uno de los principios esenciales del bienestar, si le tuviéramos, no como un elemento coordinado con todo lo que se designa con las palabras civilización, instrucción, educación, cultura, sino más bien como parte necesaria y condición de todas estas cosas, no existiría ningún peligro de que la libertad no sea apreciada en su justo valor y no habría que vencer grandes dificultades en trazar la línea de demarcación entre ella y el control social. Pero, desgraciadamente, a la espontaneidad individual, no se le suele conceder, por parte de los modos comunes de pensar, ningún valor intrínseco, ni se la considera digna de atención por sí misma. Encontrándose la mayoría satisfecha de los hábitos actuales de la humanidad, no puede comprender por qué no han de ser lo bastante buenos para todo el mundo. Y aún más: la espontaneidad no entra en el ideal de la mayoría de los reformadores morales y sociales; por el contrario, la consideran más bien con recelo.⁵²

De donde se sigue, entre otras cosas, que el libre desarrollo de la individualidad es una parte necesaria y condición de la educación. Esa individualidad a la que se refiere Mill es una nota constitutiva del individuo que va unida a la razón. No se puede pretender alcanzar esa individualidad si no es desde el ejercicio de la razón. Alcanzar esa individualidad implica que es el propio individuo el conductor del vehículo de su vida; y renunciar a ella significa que pasa al asiento posterior del vehículo de su vida y deja que conduzcan el mismo otros, el mundo, o quien quiera que sea.

⁵² Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 121.

Para nuestro autor, los demás no tienen que elegir por nosotros. Por todo ello hace un llamamiento al individuo para emplear la razón y el juicio para hacer o decidir. Ese empleo será el que le haga fuerte en su individualidad y en caso contrario le debilitará:

El hombre que permite al mundo, o al menos a su mundo, elegir por él su plan de vida, no tiene más necesidad que de la facultad de imitación de los simios. Pero aquel que lo escoge por sí mismo, pone en juego todas sus facultades. Debe emplear la observación para ver, el raciocinio y el juicio para prever, la actividad para reunir los materiales de decisión, el discernimiento para decidir; y una vez que haya decidido, la firmeza y el dominio de sí mismo para mantenerse en su ya deliberada decisión.⁵³

Alude Mill a aspectos fundamentales como el empleo de la observación; de la razón para el juicio; de la actividad para decidir y del discernimiento. Pero todo esto ¿no presupone un adiestramiento desde la educación? ¿No apunta a la educación para saber conducirse y vivir? Esta idea de

⁵³ o. c., p. 124. Al respecto, también id. *El Utilitarismo*, p. 51, cuando el propio Mill llega a decir: "*Es mejor ser un ser humano insatisfecho que un cerdo satisfecho*". Es decir, es mejor ser un ser humano que busca, tantea, rastrea, se equivoca y vuelve de nuevo por sí mismo, a ser alguien que no usa de la razón, de la búsqueda ni demás, porque ya se encargan otros de hacerlo por él. Véase también en id., *Essays on Equality, Law and education*, pp. 323-ss., expresa claramente la idea de independencia en el individuo, cuál es su valor, y deja claro que la independencia, cara a la felicidad, es fundamental. Nuestros intereses, los de cada individuo, han de ser administrados por cada uno de nosotros y no que nos sean administrados por el mejor de los tutores que pudiera existir, puesto que aunque así fuera, el individuo quedaría siempre excluido de la toma de decisiones de todo cuanto le atañe a él.

individualidad es clave en Mill. Lo que quiere comunicarnos es que uno sabe perfectamente qué es lo que le conviene, la clase de vida que quiere vivir o similar. Aunque me equivoque, seguramente es mejor que yo escoja por mí mismo a que me vea obligado a aceptar las ideas ajenas acerca de cuál es la "buena vida" de tipo *standard*. Se está oponiendo claramente a una pauta de uniformidad social. Quizá aquí influya también su carácter empirista, sobre el cual cada individuo descubre la verdad, el conocimiento a través de la experiencia, y por eso defiende distintas experiencias de vida.

Viendo lo contenido en la cita anterior se sigue que nos encontraríamos ante un individuo firme, seguro de sí y cuya acción individual es libre. Y es que en Mill se observa con nitidez cómo la razón, por un lado, y por otro lado el deber, son factores básicos que concursan en la acción individual y que dicen mucho si esa acción es libre o no; dicen si el individuo es capaz de conducirse por sí mismo o no:

Las sociedades donde más vigorosa crece la razón y más arraigada está la idea del deber social, son las que más enérgicamente afirman la libertad de acción del individuo, el derecho de cada cual a regirse a sí propio, según el concepto que tiene del deber; y acatando leyes y reglas sociales que no sublevan su conciencia⁵⁴.

Con todo lo expuesto anteriormente se dejan ver varios ingredientes vitales para Mill en la idea de individualidad: observación, razón, conciencia, discernimiento, decisión. Todos ellos nos remiten a esferas

⁵⁴ Cfr. J. S. MILL, *Essay on Law, Equality and Education*, p. 330.

del individuo tales como la emocional y la cerebral o racional. Pues bien, Mill, a quien puede clasificarse dentro de la corriente emotivista moral, entiende que es necesario por parte de los gobiernos y estados, en tanto que instituciones, incentivar y fomentar los deseos e impulsos de sus individuos, puesto que así se configura un estado fuerte, formado por naturalezas fuertes, espontáneas, esto es, por personas con carácter.

En el ensayo *Sobre la Libertad*, Mill parte del supuesto de que cada sociedad está formada por un conjunto de individuos, los cuales vienen dotados de una naturaleza y espontaneidad que les es propia, a la cual, entiende Mill, hay que darle curso. Y nunca los gobiernos como instituciones deben ahogarla, antes bien deben garantizar la permanencia de esa espontaneidad. Para él, el individuo es, por lo tanto, libre por naturaleza; y los derechos sólo existen en tanto que aseguren esa libertad. En suma, para Stuart Mill la individualidad de deseos e impulsos significa carácter fuerte, algo necesario para la nación⁵⁵.

Esa importancia que Stuart Mill le da al carácter, como elemento que imprime carácter -valga la redundancia- en un país, en un estado, se deja ver claramente también en otro ensayo suyo titulado *Bentham*, donde afirma:

El verdadero maestro capaz de proponer los adecuados ajustes sociales para Inglaterra, Francia o América será el que pueda señalar cómo puede mejorarse el carácter inglés, francés o americano, y cómo ha llegado a ser lo que es. Una filosofía de leyes e

⁵⁵ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, pp. 127-129.

instituciones que no esté fundada en una filosofía del carácter nacional es un absurdo⁵⁶.

Por otro lado, no olvidamos la influencia empirista de Mill y, por lo tanto, la importancia que tienen en él la razón y el juicio. En la antropología milliana el individuo es primario y secundario, es decir Mill asume que en el individuo aspectos más primitivos, por ejemplo los instintos, impulsos o emociones, son fundamentales en su configuración personal y de carácter; pero también aspectos más depurados por la educación, la cultura u otros factores, por ejemplo las ideas, formas de pensar y entender la vida, son tan importantes como los anteriores. Mill valora ambos y, en contra de la tendencia de su época, concibe los impulsos, los instintos y otros similares como fuentes de energía inocuas siempre que se filtren por la vía de la razón; son sólo peligrosos cuando no los ha tamizado la razón y entonces se encuentran sin equilibrio ninguno:

Los impulsos y los deseos ocupan tan alto puesto en el ser humano como las creencias y las abstenciones. Los fuertes impulsos no resultan peligrosos más que cuando no están equilibrados. Los hombres no obran mal porque sus deseos sean ardientes, sino por debilidad de conciencia. (...). Los impulsos fuertes no son otra cosa que energía humana con otro nombre, eso es todo⁵⁷.

⁵⁶ Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, p. 56.

⁵⁷ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, pp. 125-126. Es importante señalar que para John Stuart Mill el asunto de los sentimientos es de capital importancia. Él observó, en su formación, que su padre se distanciaba del tema sentimental y emotivo, y que también su mentor mayor, Jeremy Bentham, desdeñaba los sentimientos y las emociones, llegando a afirmar el propio Mill que Bentham ha revestido con un manto filosófico esa tendencia natural de los hombres de todas las

Parece deducirse que lo emotivo, el sentimiento no es malo si está equilibrado; hay en Mill una defensa del elemento emotivo pero también del racional. Por lo tanto, parece que Mill quiere mostrar a un hombre que posee estas dos dimensiones, razón y sentimiento.

Desde estas afirmaciones que hacemos y que corroboramos en la obra de Mill, se puede entrever que esa defensa de la individualidad e independencia del hombre, sitúa a Mill, en medio de su época, bastante al margen de la costumbre dominante. Mill, con su postura se enfrenta frontalmente a la fuerza de la costumbre, a la que tanto crítica. Llega a afirmar Mill que quien obra por costumbre no hace elección ninguna⁵⁸. La costumbre, en su época, marcaba la pauta de los comportamientos en materia de expresión de opiniones, actuaciones externas y demás.

Y la institución que a su vez controlaba esa costumbre era la Iglesia, la cual desde la herramienta de la religión y desde la tesis de un Dios hacedor del hombre, iba manejando al hombre en su acción, iba en suma poniéndole diques a instintos, pasiones, impulsos y a todo aquello que contribuye a la consecución de la individualidad. Ante esta situación, Mill más bien le da la vuelta a esas herramientas de la religión y de Dios, y entiende que desde ambas, sobre todo desde la idea de un Dios que construye al

épocas, que consiste en negar o despreciar todos los sentimientos y estados mentales de los que ellos no tienen conciencia (Véase J. S. MILL, *Bentham*, p.42). Al respecto de esta cuestión es importante notar aquí una afirmación de Carlos Mellizo, autor de la Introducción a la obra de John Stuart Mill *Bentham*, p. 15, en la que apunta el esfuerzo denodado con que Mill se empeñó en el cultivo de los sentimientos, en reeducarse a sí mismo.

⁵⁸ o. c., p. 124.

hombre con sus características individuales, justifica que cada persona desarrolle los rasgos que le son propios sin dejarse manipular por nada ni por nadie. El desarrollo de la individualidad de cada uno hará más valioso a cada uno para sí y para los demás:

Si forma parte de la religión creer que el hombre ha sido creado por un Ser bondadoso, estará más de acuerdo con la fe creer que El ha dado las facultades humanas para que sean cultivadas y desarrolladas y no para destruirlas. El se alegra siempre de que sus criaturas dan un paso más hacia la concepción ideal que en ellas se contiene, siempre que desarrollen sus facultades de comprensión, de acción, o de gozo [...]. Cada persona, cuanto más desarrolla su individualidad, más valiosa se hace a sus propios ojos y, en consecuencia, más valiosa se hará a los ojos de los demás⁵⁹.

Diríamos que es de justicia divina el que el hombre obre para realizarse como tal, para llegar a esa individualidad. Ahora bien, Mill también nos habla de obrar conforme a la justicia o en disconformidad con ella; y ello porque para Mill el hombre es concebido como un ser naturalmente capaz de ajustarse a los dictados de la justicia⁶⁰.

Entiende el discípulo de Bentham que el individuo ha de vivir en sociedad. La vida en sociedad exige normas, leyes que arbitren la convivencia. Igualmente es en sociedad donde el individuo ha de alcanzar su bienestar. En

⁵⁹ o. c., pp. 130-131.

⁶⁰ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 127. Véase la nota al pie n° 13 de esa página.

todo esto Mill lo que pretende es armonizar en el seno de la sociedad al individuo, respetando su genio, su talento. Es la piedra angular. Y de lo que se trata es de que las normas sociopolíticas el individuo las asuma como algo bueno para todos. Pero, por otro lado, también se trata de que esas normas respeten el ámbito más sagrado del individuo, su individualidad, lo que le hace ser lo que de hecho es. Así lo expresa Mill:

Atenerse a las rígidas reglas de la justicia en beneficio de los demás, desarrolla los sentimientos y las facultades que tienen por objeto el bien de los otros. Pero sentirse limitado en cosas que no afectan al bien de los demás por un simple desacuerdo, no desarrolla nada valioso. Para dar juego a la naturaleza de cada uno es necesario que las diferentes personas puedan llevar diferentes géneros de vida. Todo lo que tiende a destruir la individualidad es despotismo, sea cualquiera el nombre que se le dé, tanto si se pretende imponer la voluntad de Dios, como si quiere hacer acatar los mandatos de los hombres⁶¹.

Parece, una vez más, que Mill defiende entre lo constitutivo del hombre la diversidad, la diferencia; y así también su modo de comprender la realidad, la ontología. La diferencia es el fundamento para la vida y de ahí se sigue la importancia de la originalidad.

Puesto que la diferencia es el fundamento de la vida, hay que tener presente que ese individuo diverso y diferente no vive aislado y sí en sociedad, con otros individuos. Por ello es necesario acometer el plano social del individuo en nuestro autor.

⁶¹ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 132.

1.4.- Dimensión social del individuo

Hasta ahora vemos cómo Mill en su antropología, en su énfasis por el individuo, habla también del colectivo, de la sociedad. Y es que no se puede entender al individuo sin la sociedad; no podemos subrayar sólo al individuo porque podemos caer en el puro solipsismo; y esa no es la postura de Mill. Tampoco se trata de centrarse exclusivamente en la sociedad y olvidarse del individuo. Se trata más bien, desde una posición intermedia, de conjugar al individuo dentro de la sociedad.

Es desde esa perspectiva desde donde podemos poner de manifiesto que en John Stuart Mill hay un interés por el individuo, sin caer en el puro individualismo; un interés por sus intereses particulares, pero desde ahí es desde donde Mill entiende que el individuo ha de participar en la promoción del bienestar de la colectividad porque está llamado a ello. Y esa sería la manera adecuada de existencia en este mundo. Así lo expresa Mill en *El Utilitarismo* cuando afirma:

Es posible que todo ser humano debidamente educado sienta, en grados diversos, auténticos afectos privados y un interés sincero por el bien público. En un mundo en el que hay tanto por lo que interesarse, tanto de lo que disfrutar y también tanto que enmendar y mejorar, todo aquel que posea esta moderada proporción de requisitos morales e intelectuales puede disfrutar de una existencia que puede calificarse de envidiable⁶².

⁶² Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 58.

Stuart Mill defiende desde el inicio el desenvolvimiento de la individualidad como uno de los fundamentos básicos que posibilita la armonización entre los límites de la individualidad y los de la intervención social. Con ello está tomando partido a favor de la autonomía del individuo. Empero, el primogénito de James Mill se plantea la cuestión concerniente al límite de la soberanía del individuo sobre sí mismo, su autonomía; y también acerca de dónde empieza la soberanía de la sociedad. Sobre la autonomía, señalar que ésta implica no forzar, no dominar; igualdad, no subordinación.

Desde esa perspectiva es importante notar cómo Mill en el capítulo IV de *Sobre la libertad*, analiza los límites de la sociedad sobre el individuo. Ahí entiende Mill que la vida humana tiene dos partes: una le pertenece al individuo y otra le pertenece a la sociedad; una la gobierna el individuo; la otra, la sociedad. El hecho de vivir en sociedad implica un modo de conducta hacia el resto que Mill expresa como sigue:

Primero, no perjudicar los intereses de los demás; segundo, en tomar cada uno su parte de los trabajos y los sacrificios necesarios para defender a la sociedad o a sus miembros de cualquier daño o vejación⁶³.

Pero para Mill, dado que el individuo vive en sociedad y que se le impone un modo de conducta hacia el resto, la quintaesencia de la libertad del individuo va ligada a la intervención de la sociedad sobre la conducta de éste.

⁶³ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, pp. 151-152.

La sociedad debe corresponder al individuo con una protección; una sociedad o Estado no puede imponer conductas determinadas a los individuos si con ello está vulnerando derechos individuales, como la libertad de expresión o de pensamiento. A su vez el individuo debe una compensación por este beneficio que le proporciona la sociedad. Por lo tanto, la convivencia en sociedad trae consigo, se quiera o no, observación de determinadas reglas, a la vez que adquisición de ciertos compromisos; por ejemplo, no perjudicar los intereses del otro.

Así mismo Mill argumenta que si las acciones de un individuo son perjudiciales a otro o a sí mismo, pero no llegando a la violación, en ese caso el ofensor puede ser justamente castigado por la opinión, pero no por la ley. Para el caso del acto de un individuo que perjudica los intereses de otro, la sociedad tiene jurisdicción sobre él. Del mismo modo que si el comportamiento de un individuo no afecta para nada los intereses de otro, en ese caso entiende Mill que hay perfecta libertad legal y social para llevar a cabo la acción que fuere, asumiendo las consecuencias que se deriven de la misma⁶⁴. Mill vuelve a insistir en la idea de que sólo puede intervenir la sociedad en la conducta de alguien cuando ese alguien con su conducta perjudica a otro. Si no, no tiene sentido intervenir por parte del Estado:

Desde el momento en que la conducta de una persona es perjudicial a los intereses de otra, la sociedad tiene el derecho de juzgarla, y la pregunta sobre si esta intervención favorecerá o no el bienestar general se convierte en tema de discusión. Pero no hay ocasión de discutir ese problema cuando la

⁶⁴ o. c., p. 153.

conducta de una persona no afecta más que a sus propios intereses, o a los de los demás en cuanto que ellos lo quieren. En tales casos debería existir libertad completa, legal o social, de ejecutar una acción y de afrontar las consecuencias⁶⁵.

Para Mill, la sociedad es más bien un acompañante, un testigo que observa cómo cada individuo crece, se desarrolla, madura, da pasos, se equivoca, vuelve sobre sus propios pasos, avanza de nuevo, y así sucesivamente. La sociedad, lo que ha de hacer es tender su mano a cada individuo para que forme a su modo su propio juicio, su razón, su voluntad. Y para que obre después deliberadamente desde esa razón ya formada. La sociedad transmite información a cada individuo y cada uno de éstos ha de interiorizarla, rumiarla dentro de sí y sacar algo nuevo fuera de sí, aportando de este modo algo que antes no existía.

Como se ve, la sociedad tiene un papel con cada individuo; eso sí, respetando siempre su individualidad e independencia, siendo al final en cada una de sus acciones el individuo el juez último y supremo en la toma de decisiones, siendo éstas un mal menor incluso cuando se equivoca. De este modo parece que Mill lo ve también:

La sociedad puede ofrecer e incluso imponer al individuo ciertas consideraciones para ayudar a su propio juicio, algunas exhortaciones para fortificar su voluntad; pero después de todo, él es juez supremo. Cuantos errores pueda cometer a pesar de esos consejos y advertencias, constituirán siempre un mal menor que el de permitir a los demás que le

⁶⁵ o. c., p. 152.

impongan lo que ellos estiman ha de ser beneficioso para él⁶⁶.

Esta claro que, por lo visto anteriormente, para John Stuart Mill el papel de un Estado que dicte al milímetro todo cuanto tienen que hacer sus gobernados, que les dirija en todo momento en sus acciones, que les proteja estrechamente⁶⁷, que discierna por cada uno de los individuos, no es más que un estado paternalista, semejante a un padre que llevase siempre a sus hijos en brazos evitando que tocasen el suelo y caminasen por sí solos. Llegaría el día en que cuando tuvieran que caminar, no sabrían. Mill, en definitiva, con estas tesis se opone al paternalismo del estado.

Pero lejos de parecer que en Mill el individuo puede hacer lo que le apetezca, lejos de pensar que el individuo milliano se mueve simple y llanamente por el impulso, por el instinto y que, por ende, se acerca más al animal que al hombre; lejos de todo eso, para Mill la precipitación en la acción, la obstinación, la falta de moderación en el proceder del individuo, no hacen sino desfigurar el rostro de ese individuo independiente, ideal, original, del genio. Este extremo lo expresa también con nitidez:

Una persona que muestre precipitación, obstinación, suficiencia, que no puede vivir con medios moderados, que no se cohibe de ciertas satisfacciones perjudiciales, que corre hacia el placer animal, sacrificando por él el sentimiento y

⁶⁶ o. c., p. 154.

⁶⁷ Esto es precisamente lo que Mill critica de la sociedad china. Véase p. 25.

la inteligencia, debe esperar descender mucho ante la opinión de los demás⁶⁸.

Desde este parecer de Mill se ve cómo el hombre que obra desde la desmesura, la precipitación, es un hombre que al tomar esas opciones no hace más que alejarse del raciocinio y del juicio, de la mesura y de la cordura; y que lo generado por esos estados es más propio de animales que de individuos entendidos como personas. Ante tales circunstancias, y cuando el hombre obra de ese modo tan desaconsejable, ha de asumir la primera de las consecuencias, cual es la del reproche social.

Puede argumentarse a esto que Mill defiende que cada cual haga y viva como mejor entienda, a su manera, siempre y cuando no perjudique con sus acciones a los demás. Sólo en este caso ha de intervenir el estado, pero no en los demás casos, incluidos aquellos en los que pueda parecer a los demás que la conducta o comportamiento del tal individuo es perjudicial para él, porque si no, caeríamos en una especie de paternalismo, ¿Quién es nadie, incluso el estado, para decirle a un individuo cómo debe vivir o no, cómo debe obrar o no?.

De todos modos también hay que tener presente como bien señala Mill en *Sobre la libertad*:

Nadie está completamente aislado; es imposible que nadie haga cualquier cosa perjudicial para él, sin que el mal no alcance a lo menos a sus vecinos y a menudo a otros más lejanos⁶⁹.

⁶⁸ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 156.

⁶⁹ o. c., p. 160.

Está claro que para Mill, que defiende al individuo a ultranza, que no acepta que el estado interfiera en su libertad, el individuo no es una isla; sus acciones le construyen a él y también a los demás; que precisamente porque vivimos en sociedad, en comunidad, es por lo que hablamos de ética, por lo que discursamos que nuestras acciones tienen repercusión moral en los demás. Nos construimos con nuestras acciones o decisiones; y los demás nos ayudan a construirnos con las suyas. Por lo tanto para Mill no vale que ese individuo se abandone a opciones precipitadas, obstinadas, y el resto asista impasible a ello sólo por el hecho de que no perjudica más que a él. No, en el fondo de esas actitudes hay carga moral, hay un mal ejemplo que no es beneficioso para los demás. Así lo expresa Mill:

Si él (individuo) compromete su fortuna, perjudica a los que directa o indirectamente obtenían de él sus medios de existencia; y en general disminuye más o menos los recursos generales de la comunidad. Si echa a perder sus facultades físicas o mentales, no sólo comete un error en relación a los que dependen de él, sino que se hace incapaz de cumplir sus deberes hacia sus semejantes. Si tal conducta fuese muy frecuente, pocas faltas habría más perjudiciales para el conjunto general del bien. Se nos dirá, en fin, que si una persona no hace un daño directo a los demás por sus vicios o sus locuras, sin embargo puede ser perjudicial por su ejemplo y habría que obligarla a que se limitase en bien de quienes podrían corromperse o descarriarse con el ejemplo de su conducta⁷⁰.

⁷⁰ o. c., pp. 159-160.

En toda esta dinámica Stuart Mill termina dejando muy claro cómo de la esfera privada o individual se puede derivar carga moral, esto es, repercusión colectiva. Para Mill, el obrar mal por parte de un individuo, aún haciéndose la persona mal a ella misma, es algo que provoca una fractura primero para con el propio individuo y después para con el resto, aunque la afectación a ese resto sea muy general. Para Mill el individuo que contraviene obligaciones para con los demás entra en la esfera del reproche de tipo moral. Y en este sentido el parecer de nuestro autor objeto de estudio queda muy claro por su parte con una afirmación en *Sobre la Libertad* como ésta:

Admito plenamente que el mal que una persona se haga a sí misma, puede afectar seriamente en sus sentimientos y en sus intereses no sólo a los que son sus próximos, sino también, en grado menor, a la sociedad en general. Cuando por seguir una conducta semejante un hombre llega a violar una obligación clara y comprobada hacia alguna otra u otras personas, el caso cesa de ser particular y se convierte en objeto de desaprobación moral⁷¹.

Mill remata todo lo anterior afirmando con la misma categoría que anteriormente el hecho de que donde quiera que exista daño o la mera posibilidad de éste, ya sea para un solo individuo, ya para el resto, entonces el problema no se refiere a la cuestión de la libertad, y sí a la moral⁷².

Del mismo modo, y siguiendo con ese tipo de conductas inadecuadas que perjudican a quienes las protagonizan, pero que a la vez Mill ha dejado claro que son un mal ejemplo

⁷¹ o. c., p. 161.

⁷² o. c., p. 162.

para el resto, añade el discípulo de Jeremy Bentham una valoración ciertamente positiva en lo concerniente a una conducta individual que es negativa. Mill la valora positivamente, desde el punto de vista de que es una conducta a no seguir. Se está refiriendo, insisto, a conductas que sólo perjudican a quienes las llevan a efecto. Así se expresa en *Sobre la Libertad*:

Ahora estamos hablando de esa conducta que, sin perjudicar a los demás, se supone que causa un gran daño al mismo que la sigue; y no acierto a explicarme cómo hay quienes no creen que tal ejemplo sea más saludable que pernicioso, en general, ya que, si bien pone de manifiesto una conducta que es mala, igualmente pone de manifiesto las perniciosas y degradantes consecuencias que, si la conducta es justamente censurada, debe suponerse la siguen en todos o en la mayoría de los casos⁷³.

Ante tales conductas, y dado que el ser humano vive en sociedad, ¿cabe intervención del resto de la sociedad ante tales comportamientos?. Mill en su obra deja bastante claro las clases de intervención de la masa social en dos tipos de campos: por una parte está la intervención de la sociedad con respecto a un individuo; y, por otro lado, la intervención social en cuestiones que afectan al tejido social.

La primera de ambas supone casi siempre inoportunidad; la segunda de las citadas supone un mayor índice de acierto. ¿Por qué sucede esto? Parece extraerse de la lectura de *Sobre la Libertad* que el motivo de que esto suceda no es más que cuando la sociedad interviene en

⁷³ o. c., pp. 164-165.

cuestiones sociales, acierta -en general- más porque están en juego intereses de todos; en tanto que cuando la intervención es sobre un individuo concreto, ahí no están de un modo más potente esos intereses de todos. Mill es claro en su afirmación:

Pero el argumento más fuerte contra la intervención del público en la conducta personal es que, cuando él interviene, lo hace inadecuadamente y fuera de lugar. Sobre cuestiones de moralidad social o de deberes para con los demás, la opinión del público (es decir, la de la mayoría dominante), aunque errónea a menudo, tiene grandes oportunidades de acertar, ya que en tales cuestiones el público no hace más que juzgar sus propios intereses. Pero la opinión pública de una tal mayoría impuesta como ley a la minoría, cuando se trata de una conducta personal, lo mismo puede ser errónea que justa⁷⁴.

De todo ello se sigue la crítica de Mill al público, a la sociedad, en su intervención contra una conducta individual como la antes citada. Su crítica lleva a censurar la actitud moral de quienes así intervienen, porque en la mayoría de los casos revisten sus sanciones con el manto religioso, cerrando su capacidad de razón y juicio al hecho singular de la diversidad, de que existen personas que tienen el legítimo derecho a ser distintas de mí. No se percatan de que no es buena una sociedad monolítica, sin pluralidad, sin individualidad:

⁷⁴ o. c., p. 165. El texto entre paréntesis no es mío, es literal del autor. Indicar que para J. S. Mill, "opinión pública" significa, lo más, la opinión de unos cuantos sobre lo que es bueno o malo para otros.

El público, al intervenir en la conducta personal, raramente piensa en otra cosa que en la enormidad que hay en obrar y sentir de otro modo distinto al suyo; y este criterio, débilmente disfrazado, se presenta a la especie humana como un dictado de la religión y la filosofía⁷⁵.

Lo que se esconde tras actitudes de este tipo protagonizadas por la sociedad es el puro prejuicio de quienes piensan de un determinado modo o actúan de una forma concreta y se escandalizan porque existen otros individuos que obran, piensan o actúan de modo contrario al suyo; quienes obran de este modo intransigente lo que hacen con sus juicios es coartar las libertades individuales de cada uno y erigirse en juez de las acciones de los demás. Y para Mill recordemos que cada individuo es juez último de sus acciones y decisiones. Eso sí, conviene tener presente que Mill considera una serie de principios que deben estar presentes en la acción que lleva a cabo el individuo. En este sentido es importante notar la relación que se da entre el individuo y el estado.

1.5.- El Individuo y El Estado.

En el capítulo V de *Sobre la libertad*, titulado *Aplicaciones*, Mill señala las máximas que deben regir al individuo. Tiene sentido que Mill ofrezca esas máximas puesto que toda la obra gira en torno al individuo, al ideal de independencia, a su originalidad, a que no interfiera nadie en sus acciones si no perjudica a alguien. En realidad los principios que nos presenta Mill son una base de corte general que vale para discutir posteriores

⁷⁵ o. c., p. 166.

detalles⁷⁶. Las máximas a las que alude el londinense son dos, a saber:

- 1) El individuo no debe dar cuenta a la sociedad de sus acciones siempre y cuando no perjudique a otro. La sociedad contra aquellas acciones tendrá como armas para defenderse el consejo, la persuasión o la instrucción.⁷⁷
- 2) El individuo es sólo responsable ante la sociedad de aquellos actos que perjudiquen a otro. Por esto es por lo que el individuo puede ser sometido a castigos y penas legales, si la sociedad lo viere necesario.⁷⁸

Conforme a estas dos máximas podemos afirmar que el individuo puede actuar en su vida como estime oportuno. Ahora bien ello no implica que en Mill no exista una consideración hacia la prohibición, porque puede parecer que el individuo que Mill trata de dibujar es tal que puede obrar sin estar sujeto a ninguna prohibición. Mill constata la existencia de las prohibiciones en la vida del hombre. Pero la valoración que hace de esa herramienta para conducir la vida de los hombres es más bien negativa, aunque no del todo. Para Mill la prohibición no resulta siempre eficaz.⁷⁹ Las prohibiciones, también los compromisos, las promesas que hace el individuo tienen una implicación moral.

Para Mill, una persona, al actuar de un determinado modo o simplemente prometer actuar de un modo, implica

⁷⁶ o. c., p. 181.

⁷⁷ o. c., p. 181.

⁷⁸ o. c., p. 182.

⁷⁹ o. c., p. 190.

crear esperanzas en otra u otras personas. En una situación así, esa persona adquiere un compromiso de tipo moral. Ese compromiso, la persona podrá no atenderlo, pero tampoco podrá olvidarlo. Por ello Mill llama la atención para que tengamos en cuenta las circunstancias e implicaciones que rodean a nuestras acciones cuando entrañan a otros, porque podemos ser responsables morales del mal causado; y por ello conviene que hagamos esas consideraciones antes de actuar.⁸⁰

Una vez más lo que se está poniendo de manifiesto es que el individuo a que alude Mill no vive sólo, vive en la sociedad como ya hemos indicado más arriba; y que por tanto existe una relación entre individuo y sociedad o estado, de tal modo que si bien el Estado no debe interferir en aquellas decisiones que conciernen al propio individuo, no es menos cierto que el Estado aún respetando la libertad de cada individuo, está obligado a velar cuidadosamente sobre el uso de cualquier poder que puedan tener los individuos y utilizarlos sobre los demás⁸¹.

Para Mill esta obligación que tiene el Estado para con el individuo no alcanza a las relaciones familiares. De ahí que Mill, dentro de la familia, apunte que los padres que ejercitan su paternidad, han de ser conscientes de que ese ejercicio es una responsabilidad moral, por lo que traer hijos al mundo sin saber si se les puede dar calidad de vida, no es paternidad responsable:

Todavía no se admite que es un crimen moral traer al mundo un hijo un estar seguro de poder, no sólo

⁸⁰ o. c., pp. 196-197.

⁸¹ o. c., p. 198.

alimentarle, sino también instruirle y formar su espíritu⁸².

Se deja ver aquí la importancia que tiene para el hijo de James Mill el aspecto concerniente a la formación de las personas. Pero instruir y formar el espíritu de alguien parece que sólo se puede hacer por la vía de la educación. Y sobre educación Mill plantea la evidencia que supone el hecho de que el estado obligue a sus ciudadanos a recibir una educación⁸³.

Hemos apuntado la importancia que tiene para Mill el individuo en su relación con el Estado. Hemos señalado que en esas relaciones el individuo siempre es máximo soberano en lo tocante a las decisiones; pero también es cierto que Mill apunta que el Estado puede y debe intervenir en ocasiones. Por lo tanto es necesario hacer mención a lo referente a la intervención del Estado en la libertad individual, es decir qué objeciones muestra en este respecto Stuart Mill.

Señala Mill, al final de *Sobre la Libertad* tres objeciones contra el Estado cuando éste interfiere en la acción de los individuos. Son las siguientes: en primer lugar, para Mill cuando lo que está en conflicto son intereses del individuo frente a los del aparato de gobierno, entonces son más capaces de resolver la situación los individuos que el propio gobierno, porque el gobierno (formado por unos pocos, generalmente resueltas todas sus necesidades materiales) atiende más a sus intereses de tipo

⁸² o. c., p. 199.

⁸³ o. c., pp. 198-199. El propio Mill pregunta: "Considerad la educación: ¿No resulta evidente que el estado debería exigir de todos sus ciudadanos, e incluso imponerles, una cierta educación?".

político (que implica a veces dar la espalda a la ética) que a los de la mayoría del pueblo. Así se expresa Mill:

Se puede decir que existe violación de la libertad cuando lo que va a ser hecho, va a ser hecho mejor por los individuos que por el gobierno. En general, no hay personas más capaces de conducir un asunto o de decidir cómo y por quién deberá ser conducido, que quienes tienen en ello un interés personal⁸⁴.

En lo concerniente a la segunda de las objeciones que plantea Mill, se refiere en este sentido a la importancia de que el individuo, desde su individualidad, desde su originalidad y sin renunciar a ella, dé el paso de lo privado a lo público, tome conciencia del aspecto público como algo importante para él y sea capaz de gestionar operaciones propias de su entorno, preocupándose por aquellos pequeños asuntos, por ejemplo de tipo local, y resolviéndolos, evitando así la centralización del gobierno y en muchas ocasiones la tramitación burocrática que no hace más que ralentizar la resolución de problemas individuales y alejar a los gobernados de los gobernantes. Para Mill es totalmente desaconsejable un estado paternalista en el que los individuos pasan a ser pacientes clientes que esperan que el Estado resuelva sus problemas. Mill da sobre esta cuestión su parecer al afirmar:

La segunda objeción. En un gran número de casos resulta preferible que las cosas las hagan los individuos y no que las haga el gobierno, aún en el supuesto de que fuera más eficaz la intervención del gobierno en un asunto dado [...]. La educación particular del ciudadano, es la parte práctica de la educación política de las gentes libres, pues sacan

⁸⁴ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 205.

al hombre del estrecho círculo donde la encierra su egoísmo personal y familiar y le acostumbran a comprender los intereses colectivos y el manejo de los asuntos ajenos, habituándose a obrar por motivos públicos o semipúblicos y a tomar por móvil de su conducta ciertos puntos de vista que le aproximan a sus semejantes en lugar de separarle de ellos.[...]. Gracias a las asociaciones individuales, y voluntarias se consigue una inmensa y constante variedad de experiencias. El Estado (su función) debe hacer que todo experimentador aproveche los experimentos de los demás, en lugar de no tolerar más que sus propios experimentos⁸⁵.

Leyendo a Stuart Mill parece palmario que dentro de esta objeción, la educación se alza como un elemento fundamental de cara a formar auténticos individuos. La educación política a la que se refiere Mill parece apuntar en la dirección de formar a la persona de modo que se extraiga de ella lo mejor de su ser para ponerlo al servicio del interés de lo público, de lo que es común, de todos. Anexa a esta idea corre paralela la de libertad, ya que es de suponer que la persona educada políticamente debe sentirse mucho más libre de las ataduras de las pequeñeces cotidianas, del egoísmo, de sus intereses particulares; libre de esas cargas egoístas parece que el individuo se sentirá más ligero, más libre y menos atado a lo suyo, al tiempo que ligado a lo de todos.

En cuanto a la tercera objeción que plantea Mill en lo tocante a la intervención del gobierno, ahora se refiere a la necesidad de evitar tanto como sea posible que el Estado sea una especie de monstruo tentacular que alcance con sus brazos a todos los campos en los que está inmerso el

⁸⁵ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 205-ss.

individuo. Se trata de evitar que el Estado cuente en sus filas con todas las personas más capaces; se trata también de evitar que el Estado intervenga en todo tipo de situación que salpique al individuo, cercenando que él mismo pueda resolver determinados conflictos; se trata, en suma de descentralizar el Estado, pues de lo contrario se siguen males mayores para la sociedad y, a la vez, se aumenta innecesariamente el poderío que ya tiene de suyo el gobierno:

La tercera y más poderosa razón que hay para restringir la intervención del gobierno reside en el grave mal que resulta de aumentar su poderío innecesariamente. Toda función añadida a las que ya ejerce el gobierno es causa de que se extienda mucho su influencia sobre toda clase de temores y esperanzas, y transforme, cada vez más, la parte activa y ambiciosa del público en algo dependiente del gobierno.(...). Si toda labor de la sociedad que exige una organización concentrada, y puntos de vista amplios y comprensivos, estuviera en manos del gobierno, y si todos los empleos del gobierno estuvieran ocupados por los hombres más capaces, toda la cultura y toda la inteligencia práctica del país estaría concentrada en una burocracia numerosa y el resto de la comunidad esperaría todo de esa burocracia⁸⁶.

En estas objeciones que Mill plantea se deja ver como idea de fondo, nuevamente, la defensa de la libertad e independencia del individuo, el enfatizar su espontaneidad, su originalidad como instrumentos renovadores de la sociedad; así como el hecho irrefutable de lo que una sociedad es: diversidad; y organizar una sociedad implica

⁸⁶ o. c. pp. 207-208.

aceptar la diversidad y construir la convivencia desde esa realidad.

Para Mill, en cada época existen unos individuos dotados de cualidades especiales, unos genios. Si todos ellos estuvieran al servicio del Estado, si éste aglutinara en sus filas de funcionarios a los mejores de la sociedad, lejos de redundar este hecho en beneficio del resto, llevaría a ese Estado a la más mísera de las ruinas morales e intelectuales, pues, para Mill, lo que acontecería sería, tarde o temprano, un adormecimiento intelectual de esos individuos que caerían en la indolente rutina. Sucedería que su actividad intelectual y original progresivamente quedaría reducida a la más mínima expresión; y todo ello por la acción de los gobernantes. Para Mill, los talentos deben estar pluralmente repartidos en todo el tejido social y no deben estar centralizados en el aparato gubernamental, porque ello implica dejar huérfana al resto de la sociedad de esos talentos:

No debemos olvidar, tampoco, que la absorción de todos los grandes talentos del país por el cuerpo gobernante resulta, tarde o temprano, fatal a la actividad y al progreso intelectual de dicho cuerpo⁸⁷.

Por lo tanto, parece que en Mill se trata más bien del hecho de que hay que repartir los talentos pluralmente, de modo que sí, que en el gobierno estén los más capaces o los que más se aproximen a esa capacidad. Pero dentro del mapa político general también deben estar representados los ciudadanos por los más aptos.

⁸⁷ o. c. p. 211.

Con lo anteriormente expuesto tocante a las objeciones y referente a ese posible panorama de ciudadanos resignados a que el estado todopoderoso lo resuelva todo, lo que se pone de manifiesto en Mill es el hecho de que en unas circunstancias como las antes citadas el individuo es frente al Estado, es un mero cliente como más arriba apuntamos; y ello tiene como contrapartida una baja calidad de ese Estado. Esa baja calidad le sobreviene porque el Estado no ha tenido en cuenta para nada al individuo. Lo que ha hecho un Estado así es infravalorar al individuo, minimizarlo; y el resultado es un Estado pobre que se ha preocupado de elaborar un sistema que funcione mecánicamente, dando la espalda a la antropología. Para Mill, por el contrario un Estado es valioso porque valora a sus individuos:

El valor de un Estado, a la larga, es el valor de los individuos que le componen; y un Estado que pospone los intereses de la expansión y elevación intelectual de sus miembros a favor de un ligero aumento de la habilidad administrativa, en detalles insignificantes; un Estado que empequeñece a los hombres, a fin de que sean, en sus manos, dóciles instrumentos (incluso para asuntos de carácter benéfico), llegará a darse cuenta de que, con hombres pequeños, ninguna cosa grandes podrá ser realizada; y que la perfección del mecanismo al que ha sacrificado todo, acabará por no servir de nada, por carecer del poder vital que, con el fin de que el mecanismo pudiese funcionar más fácilmente, ha preferido proscribir⁸⁸.

⁸⁸ o. c. p. 214-215.

De todo ello se puede colegir, una vez más, la importancia que nuestro autor le da al individuo y cómo una sociedad o estado que descubra este detalle, crecerá.

1.6.- Dimensión religiosa del hombre

1.6.1. Aspectos positivos de la Religión.

Para abordar este apartado vamos a tomar en consideración la obra de John Stuart Mill *La Utilidad de la Religión*, además de sus obras en general. Esta obra fue compuesta entre 1850 y 1858, si bien fue publicada póstumamente en 1874. Ante todo hemos de decir que el asunto de la religión preocupó a John Stuart y que la religión entra a formar parte de la columna vertebral de su antropología. Si la idea clave en Mill es la de libertad, no es menos cierto que ese principio de libertad defendido por él viene sustentado en el compromiso utilitarista de nuestro autor, esto es, la libertad se inserta dentro del utilitarismo, teoría que postula que en las circunstancias que sean podemos calcular cuál es la acción adecuada, sopesando sus consecuencias, y la que nos lleva a una mayor felicidad. En Mill, el individuo es feliz desde su libertad, sin interferencias.

¿Qué papel juega aquí la religión? Sencillamente la religión es una actividad práctica que puede proporcionar felicidad o desgracia; es decir, la religión viene a ser una fuente de placer o de dolor moral. ¿Qué se propone Mill al abordar la cuestión de la religión?. A ello nos contesta diciendo:

Lo que me propongo es averiguar si la creencia en la religión, considerada como mera persuasión y dejando aparte la cuestión de su verdad, es realmente indispensable para el bienestar temporal del género

humano, si la utilidad de la creencia es intrínseca y universal o, por el contrario, local, pasajera y, en cierto sentido, accidental, y si los beneficios que produce no pueden ser obtenidos de otra forma⁸⁹.

Por lo tanto, Mill lo que quiere analizar de la religión es su discurso, si persuade o no; si la creencia es útil en el sentido de proporcionarnos algún beneficio; y si esa creencia es algo permanente o no. Todo ello nos lleva a plantearnos el tema del hombre y la religión; y dentro de ello es importante para nuestro autor, entre otros aspectos, comprobar si la religión proporciona al hombre felicidad, puesto que en Stuart Mill individuo, libertad, felicidad son conceptos que van unidos en la antropología de Mill. Ahora tratamos el concepto de religión, que en nuestro autor también es importante.

Al leer la obra de Mill, en concreto la que hemos citado en este parágrafo, nos encontramos, parece, con la constatación por parte del autor de una vivencia del individuo en desasosiego, esto es, como si la vida del individuo estuviese más salpicada de esfuerzos, trabajos y sinsabores que de esa felicidad y ese placer que persigue por naturaleza. Es la constatación de que el hombre busca permanentemente el consuelo, la esperanza. Esta idea en Mill, nos recuerda a alguien contemporáneo de él: Karl Marx, el cual al hablar de la alienación religiosa venía a explicar la religión como ese mundo creado fuera de éste por el individuo, que aliviaba los sinsabores y desdichas de éste.

Mill se plantea la cuestión referente a la religión considerando el argumento, presumiblemente robusto, a favor

⁸⁹ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, pp. 38-39.

de otra vida tras la muerte, la cual se encargue de "reajustar la balanza". Entiende que el individuo espera en esa otra vida el bien que aquí le faltó, que busca ese consuelo, ese placer incluso más allá del mundo físico. Pero ese argumento lo que hace es presuponer y admitir que el orden de las cosas en esta vida es con frecuencia un ejemplo claro de injusticia. Todo ello hace que Mill valore la religión como elemento de satisfacción en la persona; pero también acaso como un modo de modelar y educar mentes:

Cada persona espera encontrar en esa otra vida el bien que no ha podido encontrar en la tierra o una mayor perfección que le ha venido sugerida por los bienes parciales que ha visto y conocido en este mundo (...). Mientras la vida humana esté plagada de sufrimientos, seguirá habiendo una necesidad de buscar consuelo (...). Por lo tanto, el valor de la religión en el individuo como fuente de satisfacción personal y de elevados sentimientos ha sido y es algo indiscutible⁹⁰.

Por consiguiente, parece claro en nuestro autor que la religión juega en el hombre ese papel de benefactor, un benefactor que está más allá de la experiencia física. Lo que se sigue de esta idea en Mill es que en tanto que la vida del individuo, vida acotada por un inicio y un final, siga siendo insuficiente para satisfacer las aspiraciones de los mortales, es normal que continúe habiendo por parte del individuo ese deseo de conocer cosas mayores, ese deseo de encontrar ese placer o felicidad en otro estadio. Por eso Mill llega a afirmar que ese deseo encuentra en la religión el modo más obvio de ser satisfecho.⁹¹ Así, podemos afirmar que para nuestro autor religión y felicidad

⁹⁰ o. c., p. 74.

⁹¹ o. c., p. 74.

guardan relación. La religión es útil en tanto que proporciona felicidad, es decir en tanto que me es algo útil, algo que se somete al principio de utilidad. A este respecto es importante tener presente la importancia que le da a la religión Mill incluso en su formación, en su etapa de educación, por ello dirá Mill:

Entre las obras que leí durante ese mismo año (1822) y que contribuyeron a mi formación de una manera significativa debo mencionar un libro titulado Análisis de la influencia de la religión natural en la felicidad temporal de la Humanidad. Era un examen, no de la verdad, sino de la utilidad de la creencia religiosa, tomada ésta en un amplio sentido y con independencia de tal o cual revelación en particular⁹².

Se sigue de estas palabras la importancia que le da Mill en la educación a la religión. La religión versa entre otras cuestiones sobre el sentido de la existencia humana. Ante ello cabe decir que anteriormente hemos visto en Mill que, dado que la vida está más bien llena de adversidades y esfuerzos, el hombre busca permanentemente el placer y huir del dolor (doctrina utilitarista, también epicúrea). Y dado que son más las insatisfacciones que las satisfacciones, es por ello por lo que el individuo prolonga en otra vida futura la posibilidad de alcanzar esas satisfacciones que aquí no encontró. Pero entonces, se sigue que el individuo no es feliz por naturaleza y que necesita de la religión para alcanzar, o creer alcanzar, esa felicidad.

Frente a todo esto, Mill propone como ingredientes para alcanzar la felicidad una mezcla de razón y emoción,

⁹² Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 88.

de sentimiento y razón. Es la razón, el juicio lo que hará que el hombre vaya progresando y mejorando. Es la salida de sí y la preocupación por el otro y sus intereses lo que traerá mayor felicidad al conjunto de la humanidad. Es la apuesta por la alteridad y la huida del egoísmo lo que traerá más felicidad. Y siendo los hombres felices, menos se preocuparán de otra vida futura. Esta es la posición del que fue cabeza principal de la *London Review*:

Me veo inclinado a pensar que, conforme la condición de la humanidad vaya mejorando, y los hombres sean cada vez más felices con sus vidas y más capaces de encontrar una felicidad no fundamentada en el egoísmo, irán preocupándose menos de las promesas de una vida futura. Natural o generalmente, no son los hombres más felices quienes desean con mayor ansiedad la prolongación de la vida presente o la existencia de otra vida después de ésta. Son precisamente los que nunca han sido felices los que tienen este deseo⁹³.

Para Mill, como utilitarista, como hedonista social que es, la felicidad es el fin principal del individuo. Su consecución por parte del individuo significa que éste tiene vida. En Mill felicidad es igual a vida, de modo que

⁹³ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 91. Es de notar que esta idea que defiende Mill aquí, también se encuentra presente en la visión de la religión de Augusto Comte (1798-1857), para quien la hipótesis de la existencia de Dios es cada vez más una hipótesis abandonada, en tanto en cuanto la humanidad va progresando a nivel intelectual y material. Tanto en Mill como en Comte, no es tanto un negar que Dios exista, cuanto afirmar que la hipótesis de su existencia progresivamente va siendo olvidada por la humanidad que se preocupa del progreso y que ve en el progreso (sobre todo en las ciencias en el caso de Comte) el avance, la felicidad y la solución a sus problemas.

quien no la consigue, no vive; y por ello necesita de "otra vida", otra segunda oportunidad para vivir. Es como un premio de consolación:

Quienes han poseído la felicidad pueden soportar la idea de dejar de existir, pero tiene que ser duro morir para quien jamás ha vivido. Cuando la humanidad deje de necesitar una vida futura como consuelo de los sufrimientos de la vida presente, esa idea habrá perdido su valor principal⁹⁴.

En Mill, desde la Religión de la Humanidad que propone, el individuo es un ser para la muerte. Para Mill la Religión de la Humanidad supone la difusión de un sentido de unidad de todas las personas, así como de un profundo sentimiento por el bien común. La Religión de la Humanidad exige un componente pedagógico, de educación, que haga que el individuo asuma su finitud sin angustia. Es más, Mill cree que se llegaría a ese punto; y que lo realmente angustioso de morir son las circunstancias que rodean al propio acto de fenecer del cual es protagonista cada individuo:

El mero dejar de existir no es un mal para nadie. La idea que resulta aterradora es la que se forja la imaginación al fabricar esta fantasía: la de imaginarnos como seres vivos, sintiéndonos al mismo tiempo muertos. Lo odioso de la muerte no es la muerte misma, sino el acto de morir y sus lúgubres circunstancias⁹⁵.

Para Mill, desde su antropología religiosa, el individuo es un ser finito, acotado por un inicio y un

⁹⁴ o. c. p. 92.

⁹⁵ o. c. pp. 92-93.

final, que busca la felicidad en ese espacio y que no añora una inmortalidad. Un ser inmortal para Mill es una pesadilla insoportable. Para el autor de *Utilitarismo*, aunque se da la paradoja de que el individuo no quiere dejar de ser, no quiere desaparecer, a la vez se da el rechazo a la posibilidad de la inmortalidad. Mill, como buen empirista, en lo referente a "otra vida" no le cabe más que plantearse dónde está la prueba de la misma, dónde está el fundamento en el cual sustentar nuestra esperanza. Es más, el operario de la *East Indian Company* no tiene reparos en descalificar la idea sobrenatural, por tanto metaempírica, de la inmortalidad. Esa descalificación parece que tiene que ver con que ideas así son propias de mentes poco formadas e infelices. Es lo que parece desprenderse de estas palabras:

No sólo me parece posible, sino probable, que en una condición más elevada y feliz de la vida humana, no sea la aniquilación, sino la inmortalidad, la idea que llegue a resultar insoportable; y que la naturaleza humana, aunque le agrade el presente y no esté deseando dejarlo, encuentre consuelo, y no tristeza, en el pensamiento de que no está eternamente encadenada a una existencia consciente que dudosamente quisiera conservar para siempre.⁹⁶

Por lo tanto, en un plano de felicidad nada despreciable resultaría que los individuos se sentirían libres hasta el punto de no experimentar angustia por su finitud. Así, la inmortalidad resulta, para Mill y contra la religión tradicional cristiana, mucho más insoportable que la desaparición total. El duda que el individuo quiera existir siempre. Pero pareciendo esto una objeción contra el cristianismo, no hay que perder de vista que su actitud

⁹⁶ o. c. p. 95.

no es de negación de la otra vida ni de la inmortalidad, antes bien, son posibles, entran en el terreno de lo posible.

1.6.2. Objeciones a la Religión Cristiana.

Una de las cuestiones que preocupan a Mill es la referente al tema de los sobrenaturalismos, y en concreto al que hace referencia el cristianismo. Esa confusión que crea en él el sobrenaturalismo cristiano está sustentada en la cantidad de elementos incompatibles que éste plantea. Por una parte se defiende un mensaje esperanzador para los hombres; pero por otra se habla de condenación eterna. Y en medio de todo esto, un ser al que llamamos Padre, que ama y castiga. Probablemente influido por su padre James Mill que llegó a ser sacerdote protestante y poco después se secularizó⁹⁷, John Stuart sólo admitirá como sobrenatural una doctrina que desde luego nos recuerda a San Agustín y al maniqueísmo:

Sólo una forma de creencia en lo sobrenatural, una sola teoría respecto al origen y gobierno del universo, está absolutamente libre de contradicción intelectual y de desviaciones morales. Es la que, rechazando irrevocablemente la idea de un creador omnipotente, ve la Naturaleza y la Vida no como expresión del carácter moral y del propósito de la Deidad, sino como el producto de una lucha entre el bien ordenador y la materia ingobernable, como pensaba Platón, o entre el Bien y un Principio del

⁹⁷ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 61. El padre de Stuart Mill rechazó siempre creer en la Revelación, afirmando que no se pueden conocer el origen de las cosas y que es imposible creer que este mundo lleno de maldad lo creara un ser infinitamente bueno. Para James Mill la religión era el mayor enemigo de la moralidad.

Mal, según se expresa en la doctrina de los Maniqueos⁹⁸.

A tenor de este fragmento parece que hay una influencia de Platón en la ontología; y podemos afirmar que ciertamente en nuestro autor existe esa visión en el mundo físico de una lucha entre el bien y el mal, donde el ser humano, desde una antropología teológica, juega un papel de colaborador en la obra de la creación, es el con-creador. La Naturaleza, la Vida aparecen como conceptos y modelos a imitar, pero esta idea viene sustentada en el argumento de que la Naturaleza es perfecta porque es imitación de la deidad. Viene a ser como si al Ser Supremo le hubiera sido imposible acabar su obra y acude al hombre para que éste la termine, también esta idea está presente en *La Utilidad de la Religión*⁹⁹.

Pero hay que señalar que para Mill el argumento anterior tiene fisuras para sostenerse, puesto que dentro de la Naturaleza y de la Vida se observa cómo los más fuertes acaban con los más débiles; y por esto difícilmente podemos colegir que a lo anterior se le etiquete como perfección. Luego la conclusión parece poco legítima, e incluso podemos decir que esta situación más bien ha provocado ralentización de la dinámica de progreso de los individuos¹⁰⁰.

En esta dinámica, en la que luchan las fuerzas benignas contra las malignas dentro de nuestro mundo físico e histórico, se hace necesario observar cuál es el fin de la historia. Y sucede, como en tantas otras religiones y

⁹⁸ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 88.

⁹⁹ o. c., p. 89.

¹⁰⁰ Cfr. J. S. MILL, *Essays on Ethic, Religion and Society*, p. 379.

relatos míticos, que el fin es el triunfo del bien sobre el mal. El sentido de la historia y el fin de la misma es ese y es algo ya previsto desde la eternidad en la mente del Ser supremo a quien debemos todo cuanto existe en la naturaleza:

(El ser humano) va logrando progresivamente aproximarse al último y definitivo triunfo del bien contra el mal. Esa es la finalidad hacia la que apunta la historia, y la que esta doctrina nos enseña a mirar como algo planeado por el Ser a quien debemos todo lo que de benevolente hay en la naturaleza¹⁰¹.

Todo esto que está contenido en la religión sobrenatural cristiana, además está recogido, según Mill, en una doctrina que se administra institucionalmente a los individuos, de manera que nada que objetar a las implicaciones morales que se siguen de la defensa del bien sobre el mal y su posterior victoria, ya que de esta doctrina y de sus tendencias morales se siguen, en consecuencia, efectos morales positivos para los individuos que, desde la fe, crean en ellas.¹⁰²

Tras la crítica que Mill hace de las religiones sobrenaturales, sobremanera el cristianismo, adoptando una postura que participa tanto del agnosticismo como del escepticismo¹⁰³, abordamos ahora otra cuestión que nuestro

¹⁰¹ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 89.

¹⁰² o. c. p. 89.

¹⁰³ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 65. En el capítulo II de esta obra titulado "Influencias morales de mi juventud", John Stuart Mill llega a firmar: "Soy en este país uno de los individuos que no ha abandonado sus creencias religiosas simplemente porque no las tuve nunca. Me eduqué en un estado de negación con respecto a ellas."

autor objetiva sobre la idea de Dios y la función de la religión.

Podemos decir que la idea de Dios que maneja el discípulo de Bentham nada tiene que ver con la idea que utiliza la confesión cristiana donde Dios es Padre que ama y perdona, que se interesa por sus criaturas, sus hijos.

Para John Stuart Mill el Dios de su religión sobrenatural no es todopoderoso. Mill incluso llega a rechazar "irrevocablemente la idea de un creador omnipotente"¹⁰⁴. Considera el hijo de James Mill que es posible que el creyente solucionara bastantes de las dificultades y sinsabores que le sobrevienen si asumiese que aunque su divinidad es benevolente, no es todopoderosa. De este modo no tendría que vérselas con construcciones mentales para evitar adjudicar el acaecimiento del mal a Dios o justificar un mal argumentando un bien mayor que se consigue merced a la presencia del mismo. Y la explicación que nos ofrece sobre la existencia del mal es tal que cuanto hay de mal en el universo no es achacable a Dios, no es él el culpable, sino que el mal que acontece sucede a pesar de ese Dios¹⁰⁵.

Consideraré todas las religiones, tanto modernas como antiguas, como algo que nada tenía que ver conmigo". Así mismo, queda más clara su posición en lo tocante al tema religioso en esta misma obra en la p.175 cuando el propio Mill afirma que en la base de su modo de pensar está el escepticismo religioso. La obra está escrita en 1853, cuando Mill tiene 47 años.

¹⁰⁴ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 88.

¹⁰⁵ o. c. p. 89. Así mismo, id. *Three essays on religion*, p. 455, donde esta idea de que el Creador no es totalmente capaz para controlar el universo de modo total y perfecto se muestra también aquí por parte de Mill.

De modo que podemos decir que en Mill la idea de Dios va más en la dirección de un concepto de tipo natural. Es más bien la propia vida y cuanto la rodea la que tendría carácter de divinidad para Mill. Y dentro de ella lógicamente el individuo sería expresión de esa divinidad. Para Mill, el individuo en esa vida es el que tiene que habérselas consigo mismo, y también con los demás, a través de sus acciones.

Es evidente, por lo antes mentado, que cuanto acontece de mal en el mundo es algo que nada tiene que ver con Dios. Acaso se atisba que desde la libertad que posee cada individuo sucede que cada uno puede obrar bien, pero a la vez puede obrar malévolamente; pero que, en suma, eso es algo ajeno a Dios y sucede, cuando es malo, a pesar de Él. Pensar en una intervención de Dios en el mundo para cambiar el curso de los acontecimientos, suena más bien a una idea de Dios que estaría más cerca del terreno de la magia que de la religión; y eso no cabe, por lo visto, en Mill.

En cuanto a la función que la religión cumple en Stuart Mill, podemos aseverar que esa función es más bien como motor de emociones y sentimientos. La religión en Mill, su esencia, es precisamente esa: mover los sentimientos y emociones del individuo a obrar buscando la felicidad máxima¹⁰⁶. Mill llega a plantearse, a propósito de esa función de la religión, una cuestión que enlaza educación y religión por cuanto que un individuo educado,

¹⁰⁶ o. c. p. 19. Ya en el capítulo de Introducción de esta obra, Carlos Mellizo (autor de la Introducción) afirma que en esta obra John Stuart Mill entiende la religión como actividad práctica que puede producir en el ánimo estados de felicidad o desdicha, fuente de placer o de dolor moral. Lo que John Stuart Mill pretende es saber si las distintas religiones y el cristianismo aumentan o no la felicidad terrenal.

instruido posee un caudal frente al que no es educado y su mente está sin cultivar. La cuestión es la siguiente: si bien es cierto que en las mentes humanas menos formadas la religión prende con más facilidad, ¿cómo es posible que la religión continúe presente en mentes de mayor fuste intelectual?. La razón que se nos viene a dar tiene que ver con el ansia de conocimiento y de sabiduría que tiene el individuo en sí mismo. Y a ello unimos el hecho de que la existencia humana está presidida por el elemento del misterio, que como su propio nombre indica se niega a ser reconocido totalmente. Es ese misterio el que empuja al hombre al deseo de conocer y de saber, y entre los misterios más importantes que la humanidad quisiera despejar está el del origen del mundo y de la vida.

Pero dado que el conocimiento que tiene el individuo de las cosas es por vía empírica y ese tipo de conocimiento termina por agotarse; y por otro lado el individuo no sólo se interesa por lo que puede percibir por la experiencia, sino también por aquello que no ve¹⁰⁷, se sigue entonces que el individuo traspasa los límites de la experiencia y por vía de la imaginación explica otros mundos. Así, todas esas imaginaciones que el individuo se hace de otro mundo más solidario, caritativo y justo tienen cabida por vía de la fantasía y de la imaginación. Pero más aún: en tanto que el hombre es capaz de dar cuenta de esas construcciones por la imaginación, necesita a la vez que de verdad exista eso que imagina. Y ahí sólo le aporta datos la religión. De modo que en tanto la religión le abrigue la esperanza de un

¹⁰⁷ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 76. Mill pone aquí de manifiesto la dimensión religiosa y trascendente que se le pudiera asignar a cada individuo, dado que creer que los seres humanos no se interesan nunca por aquello que no puedan ver jamás es una visión falsa del individuo.

mundo mejor fuera de este temporal y además eso venga explicado por la institución religiosa de turno, entonces el individuo será capaz de agarrarse tanto más fuerte a la religión como sus fuerzas le permitan. Aquí se combinan religión, utilitarismo y también ética en Mill:

La existencia humana está rodeada por el misterio, y el misterio aumenta cuando consideramos que el dominio de nuestra existencia no es solamente un islote en medio de un espacio infinito, sino también en medio de un tiempo infinito [...]. Ignoramos el origen y el destino final de todo lo que es [...]. ¿No sería todavía mucho más interesante para nosotros averiguar o, incluso, conjeturar de dónde provino este mundo próximo en el que habitamos?. ¿Quién no desearía este conocimiento más ardientemente que cualquier otro concebible, siempre que aparezca una mínima esperanza de alcanzarlo?. Pero sólo podemos penetrar en esa región haciendo uso de nuestra imaginación, creando fantasías [...]. La religión es el producto de un hambre por saber si esas concepciones imaginativas se corresponden con otras realidades que existen en otro mundo distinto del nuestro. En un estado así, la mente está dispuesta a aferrarse a cualquier rumor que se refiera a la existencia de otros mundos, especialmente cuando estos rumores son propalados por personas a quienes se considera más sabias y prudentes¹⁰⁸.

¹⁰⁸ o. c. pp. 72-73. Mill establece, al respecto, una interesante comparación entre religión y poesía: se trata de mostrar que la religión, como la poesía, tratan de explicar desde la imaginación y la fantasía otras realidades que nada tienen que ver con las que nos rodean espaciotemporalmente.

Lo que se deja ver en nuestro autor es que la existencia humana es ciertamente compleja, de ahí su componente histórico. Y además Mill vuelve a retomar las cuestiones fundamentales que se hace siempre la humanidad sobre el origen y fin de la existencia, cuestiones tan atractivas desde la filosofía que resultan incontestables para ésta y por ello Mill apela a la religión como alternativa, como otra especie de "filo-sofía", de amor por saber las cuestiones radicales. Sólo así se entiende que se acepten respuestas poco racionales.

En suma, en Mill no hay un rechazo frontal a la religión; tampoco una negación de la existencia de Dios; más aún, no niega la posibilidad de la existencia de otra vida. Es todo un escéptico que retoma las cuestiones de la religión desde otra perspectiva distinta a la de sus mentores. Así lo expresa también Isaiah Berlin: "No rechazó la religión como un conjunto de fantasías y emociones infantiles, ilusiones confortadoras, jerigonzas místicas y mentiras deliberadas. Mantenía que la existencia de Dios era posible e incluso probable [...] Consideraba la inmortalidad como posible"¹⁰⁹. Se ve con claridad cómo en Mill, la libertad en general, y la libertad particular de creencias, opiniones, pareceres junto a la religión guardan relación desde la idea de tolerancia, o como dice Berlin: "Mill consideraba la libertad y la tolerancia religiosa como protección indispensable de toda religión verdadera"¹¹⁰.

Por todo ello, cabe plantearse que si bien Mill no se muestra en frontal rechazo ante la religión, lo cual parece probado; y que cuestiones tan relevantes en la religión

¹⁰⁹ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 318.

¹¹⁰ o. c. p. 319.

como la inmortalidad, la existencia de otra vida e ideas semejantes no son negadas taxativamente por el autor de *On Liberty*; y, por otro lado, no es menos cierto que su actitud epistemológica y filosófica frente a la religión no es la más ortodoxa, entonces ¿qué propone Mill en la religión?. Tratamos de abordar esta cuestión.

1.6.3.- Propuesta de una nueva Religión de la Humanidad.

Tras exponer esto, Mill reconoce como única posibilidad frente al sobrenaturalismo cristiano la que él llama Religión de la Humanidad, si bien hemos de decir que en un autor como el nuestro, todas sus afirmaciones son siempre mesuradas. Mill nunca dogmatizará ni eliminará otras posturas en diversos temas. En el asunto de la religión y con respecto al individuo se muestra tolerante una vez más. Y como ya veremos en capítulos posteriores de este trabajo, pese a la hostilidad religiosa en que fue formado, admite también otras religiones sobrenaturales como alternativa para el hombre, siempre y cuando le proporcionen felicidad. Así lo expresa Mill:

Pero ambos tipos de religión pueden ser predicados a la vez; y cualquier persona para quien el bien ideal y el progreso del mundo hacia el bien sea ya una religión, aunque el otro credo le pueda parecer que no está basado en una adecuada evidencia, podrá, sin embargo, dejarse invadir por el pensamiento consolador y esperanzador de que su verdad es también posible ¹¹¹.

Por lo tanto, para cualquier persona que persigue el bien ideal y el progreso del mundo hacia dicho bien, eso de

¹¹¹ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 90. Seguramente Mill al hablar de esta clase de religión está influido por Augusto Comte, que también utiliza ese término al hablar de religión.

suyo es ya una religión. Empero, Mill reconoce abiertamente que entre sobrenaturalismo y religión de la humanidad existe alguna ventaja de la primera frente a la segunda; y esa ventaja es, una vez más, de tipo metafísico y se refiere a una creencia sobrenatural:

Hay algo, ciertamente, en lo que las religiones sobrenaturales aventajan a la Religión de la Humanidad: la promesa que se le hace al individuo diciéndole que existe otra vida después de la muerte¹¹².

Mill ante esta situación se declara escéptico, a diferencia de su padre cuyo posicionamiento raya más en el ateísmo fundamentado en la inutilidad de ninguna de las religiones para con los individuos. El escepticismo de Mill se fundamenta en el reconocimiento de esa posibilidad de vida tras la muerte; pero sólo como posibilidad, nunca como dato cierto y de convicción:

Pues aunque el escepticismo del entendimiento no excluye necesariamente la tendencia teísta de la imaginación y de los sentidos, la cual permite albergar la esperanza de que un poder que ha hecho ya tanto por nosotros también quiera y pueda hacer algo más, esta vaga posibilidad nunca tendrá la fuerza de una absoluta convicción¹¹³.

Es evidente en estos párrafos que citamos de Mill que su influencia del espíritu positivista le lleva a afirmaciones, en esta cuestión de la religión en general y de la Religión de la Humanidad en particular, de tipo positivo. Su influencia empirista, de Hume, y positivista,

¹¹² o. c. p. 91.

¹¹³ o. c. p. 91.

de Comte, son palpables. Es decir la religión sobrenatural tiene ventaja frente a la religión positiva de la humanidad sencillamente porque esta última caería en contradicción al admitir la existencia de una vida más allá de esta física sin la oportuna demostración y explicación rigurosa. Por eso, él afirma que esa posibilidad no tiene categoría de absoluta convicción. Pero a mi entender Mill quizá caiga en ambigüedad al hablar de "un poder que ha hecho ya tanto por nosotros", las personas, los individuos y que "pueda hacer algo más". Ante ello al menos cabe cuestionarse ¿qué quiere decir Mill al referirse a ese poder?.

1.7.- Antropología compleja.

Después de la exposición de este capítulo parece oportuno el establecer una serie de consideraciones en torno a su pensamiento antropológico. Por todo lo expuesto podemos afirmar que la consideración en torno al hombre que tiene Mill muestra lo que podemos denominar una antropología compleja.

En primer lugar tratamos la antropología, en suma qué es el hombre. Ese hombre vive en una realidad concreta; por lo tanto primero vamos a concluir cuál parece ser la realidad, la ontología de Stuart Mill.

La Ontología milliana nos lleva a concluir que parece que en nuestro autor objeto de estudio la Naturaleza dota diversamente de carácter y talentos a los individuos. Por lo tanto, la realidad es plural, por pura naturaleza. Dentro de esa realidad, las leyes, las normas, las costumbres e instituciones que rigen al individuo deben fundarse en la naturaleza diversa. La realidad es conflictiva, pero hay que desdramatizar este término; es conflictiva porque somos distintos.

Visto esto antes expuesto cabe cuestionarse ¿qué es el hombre para Mill? Parece que el hombre es un producto de la Naturaleza y ésta es diversa. Por lo tanto, el hombre es diversidad, con unos talentos y caracteres distintos unos de otros. En Mill, el hombre de la realidad es distinto, fluctuante, diverso en talentos, en genio, en capacidades; el hombre es una realidad en continuo progreso. Y en ese progreso Mill acepta la diversidad en toda su extensión, incluyendo a veces posiciones heréticas o heterodoxas, contrarias a lo común. Dado que el hombre es diverso, desde aquí también es relevante notar en Mill su postura frente a la concepción mecánica del individuo. No, el individuo es un ser natural, no artificial como una máquina; el individuo es un proyecto que se hace a sí mismo en las distintas acciones, conductas, decisiones que toma. Ahora bien, el propio Mill le reconoce al hombre la autoría de todo lo bueno y noble que existe y además nuestro autor se muestra, a raíz de esto, en una línea optimista antropológica, no haciendo excesiva referencia a lo malo que también hace el individuo. El hombre no es un animal más junto al resto de seres vivos; nos distingue la razón y con ella también el sentimiento. Somos seres en conflicto con los demás. Pero esto hay que admitirlo como algo puramente natural.

Dado que citamos la relación del hombre como ser natural y de los artefactos producidos por la tecnología, hay que apuntar que Mill al hablar del progreso no se opone a éste entendido como progreso científico y técnico, del que advierte Mill; y advierte también de las consecuencias que se siguen para el hombre a nivel moral. A lo que se opone es a que ese progreso subsuma al hombre y lo diluya definitivamente, disolviendo así también su rasgo esencial

que le hace libre, la individualidad, la espontaneidad, la originalidad. Teniendo en cuenta los efectos del progreso científico y técnico en la moral y en el desarrollo de las capacidades del individuo, Stuart Mill defiende la educación como elemento integrador; una educación que permitirá hacer la crítica, desde la reflexión, a las consecuencias del progreso técnico, que él liga con la democracia, la cual también tiene dimensión educativa, explicitada en la participación responsable de los ciudadanos. Es la educación la que permitirá superar esa etapa histórica de la humanidad para adentrarla en una mayor robustez moral. Pero en esta situación no podemos dejar de lado la diversidad de caracteres.

La diversidad, la originalidad del individuo es valorada altamente por nuestro autor, enfrentándose así a quienes se esfuerzan en el igualitarismo, que nada tiene que ver con la igualdad. Mill defiende la individualidad como lo distintivo del ser humano; y la desemejanza como algo positivo, frente a quienes quieran ahogar la opinión diferente, la disidencia o el choque contra lo establecido. Con todo ello está defendiendo un elemento básico de su antropología y de su modo de entender al hombre, a saber, la individualidad que es lo que es gracias a la originalidad en el carácter. John Stuart Mill no entiende de razas, sexo, religiones, creencias o ideas; esto nunca puede ser obstáculo entre los individuos.

Fruto de ese carácter diverso que es propio del individuo, Stuart Mill le da importancia a la educación, puesto que es necesario que el hombre poseedor de un carácter particular, de unos talentos propios, los haga aflorar; y que en ese aflorar se muestre la imagen más bella, la mejor, del individuo. La importancia de la

educación ligada a la antropología radica en el sentido de que el hombre de carne y hueso, diverso y distinto vive en una realidad en permanente cambio, en progreso, en evolución, igual que él. Pero el progreso que defiende Mill, teniendo en cuenta su contexto histórico, no es tanto el tecnológico cuanto el moral. El progreso, el crecimiento, la altura moral del individuo sólo se logra por la vía de la educación. Por ello para Mill el auténtico progreso es conforme a la educación, con todo lo que esto implica. Y en este sentido es de notar que el individuo que posee una educación política, lo que tiene en realidad es una vocación, una sensibilidad por lo que es de todos, por lo público. Al sentirse así, se siente también liberado de cualquier apego personal y comprometido con lo que es de todos porque lo siente suyo.

En el fondo parece que subyace en el pensamiento de Mill la idea ilustrada de educación para todos. Esa educación ha de aunar el aspecto de la razón; pero también el del sentimiento, porque para nuestro autor el hombre es una mixtura de ambos elementos. Y por ello tiene sentido que defienda una educación temprana, como hacía Rousseau. Una sociedad cuyos individuos están educados es más libre¹¹⁴, porque ello supone respeto a lo diferente, coexistencia plural, integración.

Además, y por otro lado, hay que notar que nuestro autor también tiene presente dentro de las materias educativas, por un lado, las pertenecientes al ámbito humanístico, como materias no cerradas en sus resultados; antes bien, al tratar cuestiones que tienen que ver con el

¹¹⁴ Esto recuerda a Epícteto que afirmaba que sólo el hombre educado es libre.

terreno de lo opinable, entonces no son concluyentes y pueden favorecer el espíritu crítico.

Por otro lado, no podemos olvidar el carácter utilitarista de nuestro autor. Por ello al responder a la cuestión qué es el hombre hay que decir que Mill, partiendo de su pensamiento utilitarista, parece entender que lo más útil, lo más conveniente, lo más práctico es que el individuo -también el conjunto de individuos, la sociedad- muestre distintas maneras de vivir, diversas formas de pensar, sin olvidarnos del componente cultural con las implicaciones que tiene. Todo esto no puede llevarnos más que a tener presente que la idea de hombre que maneja Stuart Mill es la idea de que el hombre es una realidad compleja, inacabada, cuya esencia es la libertad; y que se manifiesta en ideas, pensamientos, acciones, es decir en la exterioridad con los demás.

Dado que hemos expresado el parecer de Mill en torno a la dimensión más natural del hombre, no es menos importante traer aquí cómo es la relación del hombre con la naturaleza, esto es, el aspecto del progreso, de la ciencia y de la técnica. En la exposición de este capítulo hemos incidido en los efectos morales que entrañan el progreso científico y técnico y cómo el progreso parece perjudicar a la masa. Parece que el progreso a parte de los efectos de bienestar, comodidad, resolución de problemas concretos, parece que serializa a los individuos. El progreso disuelve el genio de cada individuo y ello deviene negativamente para el conjunto de la sociedad ¿De qué modo se disuelve el carácter y genio del individuo? Muy sencillo, John Stuart Mill, cuando habla de progreso, se refiere al de su época, científico y tecnológico, el cual implica fe ciega en la ciencia y la técnica, en la riqueza, en la productividad.

Todo ello son señas de identidad del capitalismo. Por lo tanto, lo único que importa es que la masa esté al servicio del progreso de modo no crítico y sí de modo cosificante. Lo único que importa es tener (materia) y no ser (individuo, persona).

En suma defiende una idea de hombre que implica que el ser humano no puede decirse de una vez para siempre, no es de una pieza, no es accesible, aprehensible para todos universalmente. Y ello porque ese hombre forma parte de una realidad, de una naturaleza en permanente cambio. El hombre de Stuart Mill recuerda el hombre de Protágoras, el *homo mensura*, que ahora es esto; más tarde es aquello.

Ese hombre también es considerado por Mill desde la perspectiva religiosa. Si bien nuestro autor fue educado en una postura más cercana al rechazo a la religión, más tarde fue capaz de derivar hacia el agnosticismo. La religión de Stuart Mill guarda similitudes con alguien contemporáneo a él, Augusto Comte, y en este sentido el hombre al que alude Mill es una especie de deidad, y la sociedad también. Desde aquí se puede ver el carácter tan sagrado que tiene el individuo para Stuart Mill.

Además, y dentro de esta consideración de la religión, es importante señalar como conclusión también el hecho de que la religión puede ser considerada como herramienta en el campo de la educación; y ello porque la religión incluye unas doctrinas de las que emanan normas, valores, sanciones, un método para dirigirse en la vida.

Precisamente la cuestión de dirigirse en la vida, de conducirse conforme a normas, a valores nos remite en

nuestro autor a la necesidad de abordar el terreno de la ética o moral.

CAPÍTULO 2: ÉTICA Y REALIZACIÓN DEL HOMBRE

El ámbito de la ética o moral nos apunta a la necesidad de reflexionar filosóficamente del modo en que actúa el individuo. La ética, la moral es importante en este aspecto por cuanto que el actuar del individuo es hacia un fin en Mill, ser feliz; y la felicidad, con otros conceptos clásicos de la moral, es una idea capital dentro de la ética. Nos importa cómo se realiza el individuo; y cómo actúa para realizarse, es decir, qué acción¹¹⁵ o acciones lleva a cabo.

2.1.- Realización del Hombre

Suele presentarse a Mill como el máximo exponente de la ética utilitarista, salvando a Bentham. Sin embargo el propio Mill ya en el capítulo primero de *El Utilitarismo* parece sacudirse de esa etiqueta cuando afirma que fue Sócrates el verdadero fundador de la teoría del utilitarismo hace más de dos mil años, en su combate dialéctico contra el sofista Protágoras¹¹⁶.

Hasta ahora hemos expuesto una visión de la antropología en John Stuart Mill, y en esa visión el individuo es una parte fundamental. El individuo, el hombre a fin de cuentas, conecta con el discurso ético de Mill, puesto que, como hemos indicado en el capítulo anterior, el

¹¹⁵ Cfr. M. BERCIANO, *La Crítica de Heidegger al pensar occidental*, p. 150. Al referirme al término "acción" quiero traer aquí dicho concepto desde el estudio etimológico de este autor en la obra citada. "Acción" ha de entenderse como *θεσις*, que se traduce por "situación", "colocación", "posición". Lo que quiero mostrar es que en Mill, el individuo actúa en la realidad en tanto que se sitúa, se coloca, se posiciona; el individuo ha de ser conocedor de la posición que ocupa en la realidad y actuar sobre ella para transformarla; y esta será la idea en todo el trabajo.

¹¹⁶ Cfr. Platón, *Protágoras*, 351c-360a y también, *Menón*, 87d-e ss.

individuo de Mill persigue un fin en su vida, a saber, la felicidad; y ésta se obtiene por medio de las acciones que llevemos a cabo. En realidad la moral como disciplina que reflexiona sobre los actos humanos, lo que persigue como finalidad es la realización del hombre. En este aspecto Mill tiene presente lo importante que son las consecuencias de las acciones. Pero ese fin es en Mill un bien y ese bien no es otro que la libertad¹¹⁷. Así, en Mill, individuo, felicidad, acción, útil, libertad, sociedad, son elementos que se van entrecruzando y conectando unos con otros.

Veíamos en el capítulo anterior la defensa que hace Mill de la libertad individual como elemento indispensable para lograr una sociedad libre. La libertad no entra aquí en contradicción con la solidaridad compartida; también el grado de la libertad individual depende de la general y viceversa. Los individuos al defender su libertad individual, participan en la creación de la libertad colectiva. La libertad aparece para Mill como algo útil cara a la felicidad, por tanto tiene sentido hablar de utilitarismo en el asunto de la libertad individual; la utilidad exige libertad para que haya felicidad.

Ese utilitarismo es una doctrina intervencionista que no concibe la libertad sólo de modo individual, atomístico, sino de forma organicista. El hombre, sin medios, sin cultura, sin sanidad, nunca podrá ser libre y feliz, estará abocado a la infelicidad. Pero el hombre de Mill no se parapeta en su individualismo solipsista, antes bien la suerte de los otros no le es indiferente, sucede que quien sólo piensa en su felicidad individual tira piedras contra

¹¹⁷ Para constatar esta misma idea véase J. ABELLÁN, *John Stuart Mill y el Liberalismo*, p. 382, donde este autor defiende lo mismo.

su propio tejado, porque al obstaculizar la felicidad general limita y pervierte su felicidad particular.

La ética de Mill depende de sus ideas respecto al tipo de relaciones que producen bienestar entre los hombres. Se trata de una ética optimista antropológicamente como la de Rousseau, donde el hombre es bueno por naturaleza; es libre y social, siendo esos los rasgos inalienables que lo perfilan como ser humano.

En la ética Mill sostuvo el criterio utilitarista, cuya máxima es la búsqueda del máximo bienestar del mayor número de individuos, la felicidad general, o también utilidad pública. Como vemos, por el propio Mill recibe diversos nombres el mentado criterio. Y esto sólo se consigue cuando el individuo es capaz de salir de sí mismo importándole la felicidad de los demás. Esa idea de felicidad es propia de la moral, junto con otras ideas; y hace oportuno que tratemos en nuestro autor la cuestión referente a la moral.

2.2.- ¿Qué es la moral utilitarista?

El planteamiento de esta cuestión en el pensamiento de Mill es el planteamiento que se ha dado a lo largo de la historia de la filosofía en multitud de pensadores: la pregunta por la moral es la pregunta por el criterio acerca de lo que es correcto e incorrecto¹¹⁸; y ello lo es en virtud de algo que actúa como eje, como valor. El problema, pues, que planteamos y que el propio Mill reflexiona es antiguo y es, a la vez, el fundamento de la moral y el objeto principal de la especulación filosófica. Pretender

¹¹⁸ Lo correcto e incorrecto es denominado por John Stuart Mill con los términos *right* y *wrong*, sobre todo en su obra *El Utilitarismo*.

encontrar un criterio que nos permita establecer de modo universal qué es bueno y qué no lo es, es una tarea en la que después de miles de años tampoco se han puesto de acuerdo los más eminentes pensadores y filósofos. Lo que sí muestra Mill es que su teoría, el utilitarismo como fundamento moral, como criterio, data de muy antiguo, allá por el siglo V a. C. y perdura en nuestros días:

Desde los inicios de la Filosofía, la cuestión relativa al *sumum bonum* o, lo que es lo mismo, la cuestión relativa a los fundamentos de la moral, ha sido considerada como el problema prioritario del pensamiento especulativo [...]. Los filósofos siguen alienados bajo las mismas banderas rivales y ni los pensadores ni la humanidad en general parecen haberse aproximado un tanto más en la actualidad a un parecer unánime sobre el tema, que cuando el joven Sócrates escuchaba al viejo Protágoras y mantenía (si el diálogo de Platón está basado en una conversación real) la teoría del utilitarismo frente a la moral popular mantenida por los denominados sofistas.¹¹⁹

Como se puede apreciar el problema filosófico sobre la cuestión moral del bien es antiguo. Es bastante certera la valoración que hace Stuart Mill, por cuanto que en Filosofía es cierto que el problema de la existencia de algo que sea universalmente válido y bueno para todos es una cuestión que ocupa a los pensadores. En este pensamiento de Mill se deja ver la posible influencia de Sócrates, que defendía la existencia de algo objetiva y universalmente válido para todos, el Bien, lo que es bueno para todos, en suma, el bien común como un valor. Se puede, con certeza, afirmar que en Mill investigar sobre los

¹¹⁹ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, pp. 37-38.

fundamentos de la moral es buscar qué es el bien, el sumo bien para el hombre.

En el utilitarismo en general, y en Mill en particular, la preocupación por el bien general es también relevante. Frente al relativismo que impera en nuestros días donde todo vale y en el que de lo que se trata es de solucionar nuestros problemas individuales no teniendo demasiado en cuenta a los demás, esto es, casuística particular como la que pretendían los sofistas, tiene sentido invocar de nuevo la idea de bien como algo universal que subsume a todos. Esta es la idea que defiende la existencia de un valor o de un conjunto sólido de valores que sirvan como eje que oriente las acciones del individuo. En Mill se aprecia también un conjunto de valores, tales como la libertad, la lealtad, la coherencia en la acción, la disparidad de criterios y pareceres, y así lo apunta también Isaiah Berlin al afirmar que: "Los valores que consideró más elevados fueron la libertad, la variedad y la justicia"¹²⁰.

Ahora bien, parece que una pretensión de este tipo sólo es posible desde la educación; desde una educación que presente un compendio de valores sobre los que fundamentar la acción del individuo. En este sentido, Mill, desde el utilitarismo, presenta siempre como valor fundamental el bien; mejor expresado, el mayor bien para la mayor cantidad de personas. Así pues, la educación tendrá que delimitar qué es ese bien y qué consecuencias tendrán nuestras conductas o acciones en aras de ese bien. Parece que Mill en este tenor es más tendente al pensamiento de Sócrates y de Platón, lo cual resulta de algún modo llamativo para un empirista como él.

¹²⁰ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 291.

En esta búsqueda de fundamentar la moral establece Mill la diferencia que existe entre las ciencias de tipo práctico y las que no son de este tenor, incluyendo en las prácticas la moral. Esa diferencia estriba en que en las ciencias prácticas no se sigue que las verdades precedan a la teoría general. Y también Mill muestra una actitud moral de tipo teleológico, puesto que para él todas nuestras conductas están movidas por algún fin. Y por ello las reglas de nuestro actuar obedecen también a un fin. Por lo tanto la moral de Stuart Mill entraría dentro de las denominadas morales teleológicas:

Pero aunque en la ciencia las verdades particulares preceden a la teoría general, ha de esperarse lo contrario en artes prácticas tales como la moral o la legislación. Todas las acciones tienen como motivo algún fin, por lo que parece natural suponer que las reglas de las acciones dependen, en lo que a su carácter y peculiaridades concierne, al fin al que están subordinadas¹²¹.

Ahora bien, para conseguir ese fin que se persigue en nuestras acciones, es necesario que el individuo se mueva teniendo presente un criterio de acción. Esta cuestión del criterio en la acción suscita también la reflexión de Stuart Mill, defendiendo él el criterio como un medio para ver qué es correcto y qué no lo es en la ejecución de las acciones¹²². Parece que mostrarle al individuo este aspecto es, de algún modo, educarle para que sepa hacia dónde ir. Pero antes de continuar con el asunto del criterio de las

¹²¹ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 38.

¹²² o. c., p. 39.

acciones, conviene notar que las acciones humanas para Mill tienen diversos aspectos, a saber:

Toda acción humana tiene tres aspectos: su aspecto moral, que se refiere a su bondad o maldad; su aspecto estético, que se refiere a su belleza; su aspecto simpático, que se refiere a sus cualidades amables. El primero apela de suyo a nuestra razón y conciencia; el segundo, a nuestra imaginación; el tercero, a nuestro sentimiento humanitario hacia el prójimo. Con arreglo al primero, aprobamos o desaprobamos; con arreglo al segundo, admiramos o despreciamos; con arreglo al tercero, amamos, nos compadecemos o rechazamos¹²³

Así, en toda acción humana se mezclan la razón y el sentimiento. Se trata de unos elementos básicos del ser humano y fundamentales de cara a la educación. Volviendo a la dinámica acerca del criterio, Mill se muestra opuesto a establecer como criterio moral de nuestras acciones los sentimientos o instintos para discernir lo que es bueno y lo que no lo es, y así afirma:

La conocida teoría que mantiene la existencia de una facultad natural, un sentido o instinto, que nos indica qué es lo correcto y lo incorrecto. (...). Los filósofos se han visto obligados a abandonar la idea de que tal instinto discierne qué es correcto e incorrecto en los casos particulares que nos traemos entre manos, al modo en que nuestros restantes sentidos disciernen los objetos visibles o los sonidos realmente existentes¹²⁴.

¹²³ Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, p. 85.

¹²⁴ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 39.

Por todo ello, podemos concluir que para Mill en modo alguno los sentidos e instintos naturales son criterio para discernir el bien o el mal en el ámbito de la moral. Más bien se inclina a considerar que nuestra capacidad moral guarda relación con la de raciocinio. Y desde luego ese juicio moral debe procurar siempre tender a la universalidad y no quedarse simplemente preocupado por los casos particulares. Sobre este punto parece que Mill tiene en cuenta las consideraciones que hacen el intuicionismo y el inductivismo ético:

Nuestra facultad moral, de acuerdo con todos aquellos de sus intérpretes que merecen el título de filósofos, es una derivación de nuestra razón, no de nuestra facultad sensitiva¹²⁵.

Esa afirmación en que la razón ocupa un lugar fundamental en el ámbito de la moral no es gratuita en el pensamiento de John Stuart Mill. Nuestro autor además vincula la moralidad con la felicidad y para alcanzar ésta sólo cabe la vía de la acción. Pero las acciones no pueden ser protagonizadas instintiva e impulsivamente; deben ser ejecutadas calculando las consecuencias que éstas tienen para la felicidad del mayor número posible. Es ahí, en el cálculo de consecuencias, donde se ve claramente la vinculación que hace Mill entre moral y razón, de modo que la moral no cabe en el marco del sentimiento, de lo emotivo. Así lo expresa igualmente en su ensayo *Bentham*:

¹²⁵ o. c., p. 39. Para Mill las corrientes éticas del intuicionismo y el inductivismo insisten en la necesidad de leyes generales, y así para los primeros los principios de la moral son evidencias a priori, sin necesidad de mayor comprensión que el que la persona comprenda el significado de los términos; mientras que el inductivismo sostiene que lo correcto e incorrecto, la verdad y la falsedad, sobrevienen desde la observación y la experiencia.

Sea o no sea la felicidad el fin último al que debe referirse la moralidad, el que refiramos ésta a una suerte de fin y no la dejemos en los dominios de un sentimiento vago o de una convicción interna inexplicable; el que hagamos de ella cuestión de razón y de cálculo, y no meramente de sentimiento, es algo esencial a la idea misma de filosofía moral; es, de hecho, lo que hace posible que haya disputa o discusión acerca de cuestiones morales. Que la moralidad de las acciones depende de las consecuencias que éstas tienden a producir, es la doctrina de personas racionales de todas las escuelas; que el bien o el mal de esas consecuencias es medido solamente por el placer o el dolor, es todo lo que hay en la doctrina de la escuela utilitarista que es peculiar de ésta¹²⁶.

Según esto, dado que nuestra facultad moral proviene de la razón y que la moral es una ciencia de tipo práctico, entonces se seguirá que, en tanto que ciencia, la moral tiene que sustentarse en unos principios que la fundamenten. Y este es el objeto de Mill en este momento. Sobre ello el propio Mill apunta al intuicionismo y al inductivismo ético. Afirma que estos dos movimientos defienden que la moralidad se deduce de unos principios dotados de autoridad *a priori*¹²⁷. Pero en todo este discurso, ante la ausencia de un criterio o principio claro y evidente a todos, que nos sirva de regla moral, Mill sostiene la influencia de un criterio no reconocido explícitamente¹²⁸. Pero algo no reconocido explícitamente y sin embargo presente en las mentes humanas a la hora de

¹²⁶ Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, p. 83.

¹²⁷ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 40.

¹²⁸ o. c., p. 40.

conducirse, nos apunta más bien a la consagración de los sentimientos que los hombres poseen¹²⁹. A su vez, los sentimientos humanos, es sabido por todos, están sujetos a los vaivenes de lo que los humanos creen que son efectos de la felicidad¹³⁰. Y por ello nuestro autor concluirá, citando al propio Bentham que el principio que ha contribuido más grandemente a perfilar las doctrinas morales es el denominado principio de utilidad:

El principio de utilidad, o como Bentham le denominó últimamente, el principio de la mayor felicidad, ha contribuido grandemente a la formación de las doctrinas morales, incluso de las de aquellos que con más desprecio rechazan su autoridad¹³¹.

Así pues, el principio de utilidad aparece como fundamento de la moral, como principio de las distintas corrientes éticas, como base de todas las acciones que lleva a cabo el ser humano que busca la felicidad. Pero esa felicidad a la que alude Mill guarda relación con otro concepto importante en la moral, a saber, el concepto de acción. Para el londinense todas las corrientes filosóficas de toda época sin excepción, asumen esa relación. Más concretamente, la influencia de la acción en la felicidad,

¹²⁹ o. c., p. 40.

¹³⁰ o. c., p. 40.

¹³¹ o. c., p. 41. También se puede ver esta afirmación en id., *Bentham*, pp. 81-ss. Especial importancia tiene la afirmación de la p. 98 cuando Mill apunta que "la doctrina de la utilidad como fundamento de la virtud y la moral él mismo (Bentham) profesa haberla heredado de Hume". Pero la importancia de la doctrina utilitarista como fundamento de la moral reside en Bentham que fue capaz de "haber limpiado la moral de sus predecesores de basuras como las pretendidas ley natural, justicia natural y otras parecidas, por las cuales los hombres solían consagrar como norma de moralidad cualquier cosa que se sentían inclinados a aprobar sin saber por qué".

siendo este aspecto santo y seña de la moral, fundamento de la moralidad; y por ello, todas las éticas existentes guardan en común este elemento:

Del mismo modo, tampoco existe ninguna corriente de pensamiento que se niegue a admitir que la influencia de las acciones en la felicidad es una de las consideraciones más decisivas, e incluso predominantes, por lo que respecta a muchos detalles de la moral, por mucho que se resistan a reconocer esto como el principio fundamental de la moralidad y la fuente de la obligación moral¹³².

La felicidad en Mill es un fin; y desde ahí ya apuntamos el carácter teleológico de la ética de Mill. Ahora bien, John Stuart Mill desde esa ética teleológica plantea que en moral lo relativo a fines últimos no se somete tan fácilmente a la prueba. Mill lo que defiende es que lo considerado como bueno no es más que un medio para alcanzar un fin, el cual es bueno en sí mismo, sin poder ser probada su bondad, no quedándole más remedio a la razón que aceptar el fin último sin prueba ninguna:

Las cuestiones relativas a los fines últimos no son susceptibles de prueba directa. Para demostrar que algo es bueno debe mostrarse que constituye un medio para conseguir algo que se admite que es bueno sin recurrir a prueba. Se demuestra que el arte médico es bueno por conducir a la salud; pero ¿cómo es posible demostrar que la salud es buena?¹³³.

Por lo tanto, parece que en el campo de la ética donde se apunta siempre la idea de fin, resulta que los fines

¹³² o. c., p. 41.

¹³³ o. c., p. 42.

han de aceptarse como axiomas, sin prueba, o como si fueran dogmas, como en la religión. Por ello acometemos la relación entre moral y religión, que también es relevante en el pensamiento moral de nuestro autor.

2.3.- Moral y Religión

En *Sobre la libertad* aparece una afirmación de John Stuart Mill que bien puede servir como doctrina moral del individuo, y que, curiosamente, liga la moral con la libertad; el bien con el no perjudicar al otro; el conducirse como uno mejor cree, con la antropología. Y otro aspecto fundamental en nuestro autor es la diversidad; una diversidad que es el efecto que se sigue de subrayar la importancia del individuo y de sus potencialidades:

La única libertad que merece este nombre es la de buscar nuestro propio bien a nuestra propia manera, en tanto que no intentemos privar de sus bienes a otros, o frenar sus esfuerzos para obtenerla. Cada cual es el mejor guardián de su propia salud, sea física, mental o espiritual. La especie humana ganará más en dejar a cada uno que viva como le guste más, que no obligarle a vivir como guste al resto de sus semejantes.¹³⁴

¹³⁴ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, pp. 54-55. También id. *Essays on Politics and Society*, Part I, p. 226. Ver también J. GARCÍA AÑÓN, *Libertad, diversidad y conflictos culturales*, p. 42 también entiende la idea de diversidad como consecuencia de establecer la primacía del individuo. Por otro lado, frente a esta consideración de la libertad a la que se aplica el principio de utilidad, véase ROSEN, F., *El hedonismo de John Stuart Mill en John Stuart Mill y las fronteras de liberalismo*, p. 207, donde Rosen niega que Mill defienda la libertad desde el principio de mayor utilidad. Yo estimo que sí.

Se trata del *desideratum* de Mill y probablemente, de todo individuo: que nadie pueda ejercer coerción sobre nuestras acciones. De este modo parece que para Mill la idea de libertad aparece como una idea que es el contenido del ejercicio de nuestra individualidad y al mismo tiempo su necesaria garantía.

Se pretende que el individuo, cada individuo, busque lo que él entiende qué es lo mejor para él, respetando al otro, que también tiene el mismo propósito que él en la búsqueda de la felicidad. Y la fórmula es el principio de utilidad, dejar a cada uno que busque la felicidad a su manera. Así el efecto será el bien de la mayoría. Mill llega a ver en esta regla de vida una norma moral que traerá beneficios a la humanidad. Empero, hay que señalar que esta norma de Mill, que seguro es la que más se opone a la costumbre y tradiciones, ha tenido sus dificultades para llevarse a efecto en la historia de la humanidad. Dado que el hombre vive en sociedad y actúa también en ella, parece que las sociedades se han preocupado excesivamente de obligar a los individuos a seguir unas nociones, costumbres, reglas y hasta de coaccionarles bajo pretexto de que ello traerá una mayor perfección social¹³⁵.

Esa misma idea de crítica a las sociedades que se esfuerzan en demasía en marcarles el camino a seguir a los individuos, resulta tan importante en el pensamiento de Mill, que se deja ver en otros lugares. Y así él afirma en *Autobiografía*: "Repudiábamos con la máxima energía esa tiranía que ejerce la sociedad sobre los individuos"¹³⁶, es decir lo material sobre lo espiritual.

¹³⁵ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 55.

¹³⁶ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 221. Ese plural incluye a su esposa Harriet Taylor.

Esta situación se ha dado tanto en pequeñas sociedades más antiguas y por tanto menos evolucionadas, donde la autoridad pública se ha encargado del control de la acción de sus individuos, como en las sociedades más modernas y evolucionadas, donde cada vez cobra más importancia la comunidad política, así como la separación entre poderes temporales y espirituales¹³⁷.

En esta cuestión de la separación del poder religioso y del público es donde Mill sitúa el poderío de la religión en el campo de la moral. Para el operario de la *Compañía de Indias Orientales*, la religión siempre ha estado excesivamente preocupada no sólo por el cuerpo del individuo, sino que también ha pretendido el control de su alma, de su conciencia y hasta de todo cuanto éste ejecuta en su vida en sus distintos órdenes. El dominio espiritual que la religión ha realizado, ha tenido una resonancia importante en el ámbito de la moralidad individual y también colectiva. Ello se deja ver en Mill cuando señala:

...La religión, habiendo sido gobernada casi siempre por la ambición de jerarquía y por un anhelo de gobernar todos los departamentos de la conducta humana, o por un espíritu de puritanismo, es uno de los más poderosos elementos que han contribuido a la formación del sentimiento moral. Algunos de los reformadores modernos, entre los que más violentamente han atacado a las religiones del pasado, no se han quedado atrás con respecto a las iglesias y las sectas, al afirmar el derecho a un dominio espiritual".¹³⁸

¹³⁷ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad* p. 55.

¹³⁸ o. c., p. 56.

Se muestra aquí el poder de formación, de educación que tiene la religión en un ámbito del ser humano, su interioridad, sus sentimientos, su conciencia, su dimensión moral. Parece evidente, tras la afirmación de Mill que la religión es un poderoso factor que forma el sentimiento moral, que existe una clara ligazón en el pensamiento de nuestro autor entre religión y moral. Y dado que por medio de la ética, de la moral, el individuo persigue en sus acciones alcanzar la felicidad, tendría sentido entonces afirmar que la religión trata de presentarle al individuo un camino para conseguir esa felicidad y mostrarle cómo debe conducirse. Desde aquí será desde donde Mill le dé a la religión una dimensión práctica, como apunta en *La Utilidad de la Religión* el autor de la Introducción, Carlos Mellizo:

La religión es aquí considerada por Mill como "actividad" práctica, capaz de producir en el ánimo estados de felicidad o de desdicha, esto es, como fuente de placer o de dolor moral¹³⁹.

El afirmar de la religión que es una actividad práctica, es un argumento crucial en el pensamiento milliano; y además nos lleva a hablar de la religión en clave de utilidad. El propio Mill entiende que en el debate en torno a la religión siempre ha existido una honda preocupación por la cuestión de la verdad, mientras que a él le interesa la utilidad de la misma. Y ello porque para Mill, si la religión es verdadera, se sigue de ella su utilidad, ligando así verdad y utilidad. Según Mill, lo que ha pasado en este debate es que la utilidad de la religión cada vez se hace más necesario demostrarla, puesto que los

¹³⁹ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 19.

argumentos que se han exigido sobre su verdad cada vez son menos convincentes¹⁴⁰.

Todo ello probablemente explique el progresivo abandono de la creencia en la existencia de Dios. Esto es muy propio también de Comte. John Stuart Mill trata de poner de manifiesto en un análisis de su ensayo que si la religión presta un servicio al bien común, a la sociedad, entonces será útil. Si por el contrario, no presta tal servicio entonces no será útil. Pero todo ello no es obstáculo para que el propio Mill reconozca la validez moral que tiene la religión. La religión es plausible desde un punto de vista moral, e incluso el patrimonio moral de las personas nos lleva a la religión. Pero, por otro lado, resulta difícilmente concebible la existencia de Dios desde el intelecto¹⁴¹.

Ese dominio espiritual que ejerce la religión en el individuo es un dominio, lógicamente, interno; pero que tiene reflejo en el exterior del espíritu, es decir, tiene correlato en el comportamiento individual y público de las personas. Ahí, en la ética, en esas acciones o actitudes que manifiesta el individuo, se deja ver cómo la religión juega un papel, según Mill, de dique, que impide la entrada de cualquier vía nueva que provenga del exterior. La religión, impide así al individuo abrir sus puertas a otras

¹⁴⁰ o. c., pp. 33-34.

¹⁴¹ Realmente Mill acomete la cuestión de las pruebas sobre la existencia de Dios, tema muy común en filosofía. Para ello Cfr. J. S. MILL, *Three Essays on Religion*, pp. 445-450. Y hay que apuntar que se opone al argumento de la causa primera y al del consenso; pero se muestra a favor de la demostración de la existencia de Dios sobre la base del argumento del designio, según el cual queremos ver en el orden natural el poder de una mente poderosa; si bien Mill también reconoce que se le ha dado demasiada relevancia a esta prueba.

vías que no provengan de ella, incluso Mill entiende que la actitud del individuo que dice profesar una fe, la cristiana, es una actitud alejada de todo sentimiento y comprensión. Para Mill hay una fractura en los cristianos que profesan esa fe entre las implicaciones morales que se siguen de esa religión y la profesión de la misma:

Se ve entonces, lo que es casi general hoy día, que la creencia religiosa queda constreñida al exterior del espíritu, petrificada contra todas las influencias que se dirigen a las partes más elevadas de nuestra naturaleza; y manifiesta su poder impidiendo que toda nueva y viva convicción penetre en ella, sin hacer por la mente y el corazón otra cosa que montar la guardia a fin de mantenerlos vacíos. Cuando se observa cómo profesa el cristianismo la mayoría de sus fieles, se llega a pensar que doctrinas capaces de producir la más profunda impresión en el alma, pueden permanecer como creencias muertas, sin que jamás las comprendan la imaginación, los sentimientos o el entendimiento.¹⁴²

De algún modo parece aquí que se muestra el poder de lo irracional o mitológico, que puede bloquear la razón y los sentimientos, impidiendo el libre ejercicio del pensamiento. Mill lo que hace es una crítica a la moral cristiana por entender que lo que se da en el cristianismo es una doble moral o una fractura moral. Por una parte se citan una serie de verdades sagradas, de leyes (en el Nuevo Testamento) que indican al creyente cristiano cómo conducir sus acciones en su vida. Y el creyente las asume, las cree sin ningún problema, les manifiesta el respeto propio de la sumisión de fe. Pero por otra parte el hijo del que fuera

¹⁴² Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 97.

sacerdote, James Mill, entiende que casi nadie se conduce conforme a esos dictados y sí conforme a la fuerza de la costumbre social. De este modo, esos indicadores morales estarían ahí como mojones en el camino de cada individuo. Pero después cada individuo dirige su vida más influenciado por la costumbre, con lo cual poco o nada tienen que hacer esas leyes sagradas, ese decálogo en el interior del hombre. Quizá lo que falte para ello es que realmente todo cuanto Dios da al cristiano lo importante sería que nos emocionase en el más estricto sentido etimológico del término, esto es, que nos moviese a obrar conforme a ello. Pero para esto se hace necesaria la conversión personal, y eso puede durar toda la vida:

Todos los cristianos las tienen por sagradas (las máximas neotestamentarias) y las aceptan como leyes. Sin embargo, es la pura verdad, no hay quizá un cristiano entre mil que dirija o que juzgue su conducta individual según estas leyes. El modelo que cada uno de ellos copia es la costumbre de su nación, de su clase o de su secta religiosa [...]. En el sentido de la fe viva que determina la conducta a seguir, sólo creen tales doctrinas hasta el punto que se acostumbra a obrar de acuerdo con ellas. No tienen las doctrinas nada que hacer con los creyentes ordinarios. Tienen ellos un respeto habitual para el sonido de las palabras que las enuncian, pero carecen del sentimiento que penetra en el fondo de las cosas y que fuerza al espíritu a tomarlas en consideración. Siempre que de conducta se trata, los hombres dirigen la mirada en derredor suyo para saber hasta qué punto deben obedecer a Cristo.¹⁴³

¹⁴³ o. c., pp. 97-99. Esa fractura de la que hablamos es la expresión de la que su padre le había inculcado en sus primeros años, como se ve igualmente id., *Autobiografía*, pp. 62-63, donde James Mill manifiesta

Tras esta visión puede parecer que Mill se presenta como ateo o como enemigo acérrimo del cristianismo. Nada más lejos de su intención, ya que si bien es verdad que hace crítica de esa fractura moral que hay en quienes se dicen creyentes, que por un lado prestan oídos a las leyes que emergen de la religión cristiana, pero en la praxis personal su actuar está lejos del cumplimiento de las mismas, no es menos cierto que Mill hace también una valoración positiva del cristianismo.

Muy parecido a como en ocasiones sucede en nuestros días, esa valoración positiva es la del cristianismo primigenio, el de las primeras comunidades. Ahí sí que había sintonía entre lo que se predicaba y el modo de actuar de los creyentes; había verdadera fe en el modo de vida de los primeros cristianos, que verdaderamente se amaban. Pero sucedió que cuando se hizo oficial la religión cristiana, su inserción en un marco político y la relajación de no verse perseguida, trajeron consigo el que aquella fe, aquel fervor primero se debilitase, quedando sólo las palabras de Cristo, sus enseñanzas como elementos que conviven con los creyentes, pero cuyos corazones están lejos de actuar como les exige. Por aquí parecen ir los derroteros de Mill cuando afirma:

Podemos estar seguros que entre los primeros cristianos todo sucedía de modo muy diferente. Cuando sus enemigos (los del cristianismo) decían: "Mirad cómo se aman los cristianos los unos a los otros" (observación que nadie haría hoy en día), los cristianos sentían, a no dudarlo, mucho más

la incongruencia de la religión: la existencia del mal en un mundo creado por un ser infinitamente justo y bueno.

vivamente el peso de su creencia de lo que jamás lo sintieron después. A esto se debe, sin duda, que el cristianismo haga tan pocos progresos actualmente y se encuentre, después de dieciocho siglos, constreñido a los europeos y a los descendientes de los europeos (...). Las palabras de Cristo coexisten pasivamente en sus mentes, sin que produzcan más efecto del que puede producir la audición maquinal de palabras tan dulces¹⁴⁴.

Tras lo antes expuesto, podemos concluir que Mill al realizar toda esta crítica al cristianismo, a sus enseñanzas morales, a su doble moral, a las verdades que enseña, termina vinculando la inteligibilidad de las verdades del cristianismo con el ámbito de la fe, más concretamente con la experiencia personal de cada individuo. Además, su valoración de la religión cristiana de modo positivo cobra gran relieve si tenemos en cuenta la época en que él vivió, invadida por los avances científico-tecnológicos; y también si consideramos que un librepensador como él de corte empirista, agnóstico y liberal se atreve a poner al cristianismo en su sitio. Sólo desde la experiencia de cada persona pueden entenderse

¹⁴⁴ o. c., pp. 99-100. En modo alguno se puede considerar a Stuart Mill como ateo. A lo largo de su obra se puede ver cómo siempre trata de salir al paso de esa acusación. Es más, su famosa doctrina del utilitarismo también se ve acusada de ateísmo, y sobre ello: id. *El Utilitarismo* p. 68 cómo el propio Mill se defiende de esa acusación e incluso afirma que la doctrina utilitarista no sólo no es atea sino profundamente religiosa, ya que si Dios desea la felicidad humana, entonces utilitarismo y Dios coinciden en sus deseos. Y del mismo modo expresa la conexión entre Dios y la felicidad general en la misma obra (p. 78) para indicar que quienes entienden que la bondad máxima pasa por el deseo de la felicidad general, y creen que Dios es la máxima bondad, entonces aceptarán que el utilitarismo, su esencia, conecta con esa creencia.

acciones que responden a creencias que no tienen que ver con los sentidos:

Hay muchas verdades de las que no se puede comprender todo su sentido más que cuando la experiencia personal nos lo enseña¹⁴⁵.

En todo este discurso hay que preguntarse qué entiende Mill por moral cristiana. En *Sobre la Libertad*, el propio Stuart Mill quiere delimitar lo que se entiende por moral cristiana. Y sobre esto conviene señalar que más arriba hemos apuntado que lo que comúnmente se entendía era todas las normas sobrevenidas del Nuevo Testamento. Pero esta posición es puesta en duda por el propio Mill, que no ve tan claro que la moral cristiana emerja del Nuevo Testamento, antes bien lo que es bueno, lo que es malo, es anterior al Evangelio y a los libros neotestamentarios. Mill duda mucho que la intención del autor del Nuevo Testamento fuera moral, de prescribir cómo comportarnos. Y sobre todo, lo duda porque para Mill, como para muchos de nosotros hoy, la lírica salpica muchos de los contenidos de esos Libros; y la razón no está siempre tan presente como se quisiera. Las cosas no están tan claras como en muchas ocasiones algunos quieren imponer. Así parece que lo entiende Mill:

Sería de desear que quedase bien determinado lo que se entiende por moral cristiana. Si por ello se entiende la moral del Nuevo Testamento, me asombra que cualquiera que haya obtenido en tal libro su ciencia, pueda suponer que fue concebido o anunciado como una doctrina completa de moral. El Evangelio se refiere siempre a una moral preexistente, y limita sus preceptos a aquellos puntos particulares sobre

¹⁴⁵ o. c., p. 100.

los que esta moral debía ser corregida o reemplazada por otra más amplia y más elevada. Además, se expresa siempre en los términos más generales, a menudo imposible de interpretarlos literalmente, y siempre con más unción poética que precisión legislativa¹⁴⁶.

Tras lo antes visto podemos colegir que aún no nos ofrece Mill una delimitación clara de lo que es moral cristiana. Será más adelante cuando el propio Mill identifique esta moral con lo que vendría mejor en denominarse moral teológica, siendo, por ello, algo que se ha formado al socaire de la Iglesia cristiana, sobre todo, durante los cinco primeros siglos (influida por Grecia y Roma), habiendo sido modificada mínimamente por los individuos¹⁴⁷.

Mill realiza otra nueva crítica en su deseo de determinar claramente lo que es la moral cristiana. Y en esa visión se mueve entre la aprobación global y las matizaciones particulares. La moral cristiana, para Mill contribuye mucho al desarrollo moral de Europa, si bien la entiende como una actitud reaccionaria frente al paganismo. Llama a la virtud personal, pero solicita absoluta sumisión y obediencia en los individuos; sanciona las actitudes sexuales casi en su totalidad y sin embargo llama al amor, todo ello en un discurso ambiguo y muy general. Tal es la visión de Mill:

Sería yo el último en negar lo mucho que la especie humana debe a esta moral y a los primeros que la extendieron por el mundo, pero me permito decir que, en muchos aspectos, es incompleta y exclusiva; y que

¹⁴⁶ o. c., p. 109.

¹⁴⁷ o. c., p. 109.

si las ideas y sentimientos que ella no aprueba no hubieran contribuido a la formación de la vida y al carácter de Europa, todas las cosas humanas se hallarían actualmente en mucho peor estado de lo que en realidad están. La llamada moral cristiana tiene todos los caracteres de una reacción, contra el paganismo; en sus preceptos abunda más el "no harás" que el "debes hacer". En su horror a la sensualidad ha hecho un ídolo del ascetismo. Es esencialmente una doctrina de obediencia pasiva; inculca la sumisión a todas las autoridades constituidas¹⁴⁸.

En su descripción de lo que es la moral cristiana, Mill pone bastante acento en la dimensión prohibitiva que posee dicha moral, siendo ese permanente "no harás" el denominador común de los preceptos morales cristianos. Tiene capital importancia esa sentencia por cuanto que en el pensamiento de Mill ello supone la intromisión en la esfera privada del individuo de una instancia, la Iglesia, que dicta al individuo qué debe y qué no debe hacer; pero que no le ayuda a que discierna lo que él, individualmente y colectivamente, debe hacer. La Iglesia desde aquí no educaría, impondría

Es una obediencia ciega, militar, vertical, no es la obediencia en sentido etimológico, no es el *ob-audire*, esto es, saber escuchar. El que sabe escuchar y luego discierne y decide conforme a lo que escucha, ese es obediente; pero la obediencia cristiana es en muchas ocasiones vertical, sin discernimiento. Es por esto por lo que Mill ve en la moral cristiana un excesivo celo en la obediencia sin más. Y eso le hace colegir que cuantas virtudes existen en los individuos tales como elevación del espíritu, dignidad personal u otras, difícilmente pueden provenir de la moral

¹⁴⁸ o. c., p. 110.

cristiana y sí de la moral pública, moderna. Así mismo, para Mill la idea de la moral cristiana, que defiende el amor al prójimo, tiene su correlato en la moralidad pública en el interés por el bien del otro o bien común. Bien, pues ese interés no proviene del cristianismo y sí está anticipado ya en la moral grecorromana:

Si la idea de obligación hacia el público ha llegado a ser una realidad en la moralidad moderna, fue entre los griegos y los romanos donde se anticipó y no en el cristianismo. Del mismo modo, lo que podemos encontrar, en la moral privada, de magnanimidad, de elevación del espíritu, yo diría también de sentido del honor, proviene, no de la parte religiosa, sino de la parte puramente humana de nuestra educación, y jamás hubiera podido ser fruto de una doctrina moral que no concede valor más que a la obediencia¹⁴⁹.

Podemos, por lo tanto, colegir que las culturas llamadas paganas se preocuparon de educar en comprometer al individuo con lo público; y esto después lo tomaría la Iglesia. Lo que ciertamente parece en Mill es que establece una fractura entre lo que pregona la iglesia cristiana a nivel moral (fundamentándose la Iglesia en las enseñanzas de Cristo) y el Evangelio, la predicación de Cristo. Pareciera que ambos, Cristo y la Iglesia, van por sendas diferentes. En esa dicotomía, Mill salva a Cristo y pone en entredicho a la Iglesia, entendiendo que las enseñanzas de Cristo en modo alguno tenían la pretensión de verdad absoluta, sino la de orientaciones generales. Y esas

¹⁴⁹ o. c., p. 111. Se deja ver cómo influyó en Mill la lectura, de niño, de los clásicos griegos y latinos, donde se ponen de manifiesto sentimientos de honor, elevación del espíritu, dignidad, dignidad del otro y demás. Para ello id., *Autobiografía*, pp. 37-ss.

enseñanzas eran suficientemente abiertas para ser confrontadas con otras morales; en tanto que sí parecen tener esa actitud los dogmas cristianos (por eso son dogmas algunas de sus definiciones).

Mill niega que el cristianismo sea una moral de pretensión universal. Para Mill nunca, en la configuración moral del individuo y en la formación del carácter de los individuos, debe existir un solo enfoque moral y que además sea religioso, antes bien, el modelo ético religioso debe convivir con modelos éticos seculares, aportándose unos y otros lo que mejor les convenga. Sublimar la moral religiosa como lo único para el individuo implicaría formar individuos deficientes moralmente:

Creo que las palabras de Cristo son visiblemente todo lo que han querido ser: que no son irreconciliables con nada de lo que exige una moral amplia; que se puede extraer de ellas todo lo que encierran de excelente en teoría [...]. Considero como un grave error el querer encontrar en la doctrina cristiana la regla completa de conducta, cuando la verdad es que su autor no quiso detallarla por completo [...]. Mucho me temo que, al tratar de formar el espíritu y los sentimientos sobre un tipo exclusivamente religioso y al tratar de descartar los modelos seculares que coexistían y suplementaban la moral cristiana, [...], llegue a resultar de todo ello, si no está resultando ya, un tipo de carácter bajo, abyecto, servil. Creo que otras éticas, diferentes de la puramente cristiana, deben coexistir con ella para producir la regeneración moral de la humanidad¹⁵⁰.

¹⁵⁰ o. c., pp. 111-112.

Lo que nos muestra también aquí Mill es, dentro del terreno educativo, que la formación y educación del individuo en un único modelo de vida y de conducta que excluye la confrontación con otros modelos no trae más que pobreza humana; el crecimiento moral y humano se produce por el debate racional.

Otra idea importante en el pensamiento de Mill es la valoración positiva del cristianismo en estado puro, señalando como espíritu de la utilidad la regla de oro de Jesús de Nazaret: "compórtate con los demás como quieras que los demás se comporten contigo y ama al prójimo como a ti mismo"¹⁵¹. Mill señala estas ideas como la perfección ideal de la moral utilitarista. Así, puede afirmarse que el cristianismo primigenio es esencialmente y desde el punto de vista de la moral, utilitarismo. De igual modo que a Cristo le preocupaba primordialmente la persona humana individual, también en el utilitarismo se deja ver cómo la felicidad de cada individuo es lo primero y en relación con los demás. Por ello, la diversidad juega un papel clave en el pensamiento de Mill. Hay que añadir en este sentido que Cristo y el cristianismo indican que el fin del ser humano es el amor hacia el otro, que la auténtica felicidad individual pasa por la colectiva y que ello no es una contradicción. Se trata de un amor que se traduce en respeto a lo diverso, tolerancia, auxilio a los necesitados, caridad fraterna y otros valores. Hay que indicar que el utilitarismo como doctrina de la mayor felicidad participa de esos valores cristianos. Pero no es menos cierto que Cristo predicó como programa de vida de cada individuo el apego a esos valores. Ese apego sólo se produce desde una experiencia de vida envolvente, desde la conversión personal de lo más íntimo de cada ser en su

¹⁵¹ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 62.

urdimbre interior, esto es, desde la conversión de la conciencia. Del mismo modo, podemos afirmar que en Mill acontece otro tanto: sólo desde la conciencia interior formada, convertida, impelida y seducida por el bien de los demás, sólo desde esa actitud que es sentimiento puede cada individuo identificarse con el programa de vida utilitarista y actuando conforme al mismo y no desde la costumbre, sin raciocinio.

2.4.- Moral, Sentimientos y Religión

Aunque la fuerza de la costumbre puede hacer que el individuo dirija sus acciones de un determinado modo y así se olvide de su conciencia, hemos de apuntar que en Stuart Mill el elemento de la conciencia es importante en su relación con la acción. Mill, en *El Utilitarismo* le dedica espacio también a reflexionar sobre la esencia de la conciencia, con motivo de encontrar un principio o sanción última de la doctrina utilitarista, un principio que nos hace cumplir con el deber del utilitarismo. Sobre esta cuestión conviene tener presente que Mill distingue entre lo que es criterio para discernir lo bueno de lo malo y otra cosa muy distinta: lo que nos mueve al deber utilitarista.

Cuando Mill se pregunta por la esencia de la conciencia, nos participa que se trata de un fenómeno muy complejo, en el que interactúan amor, temor, autohumillación y otros sentimientos¹⁵². Al hablar de la conciencia John Stuart Mill entiende que la esencia de ésta es un sentimiento. Más concretamente, la sanción interna del deber es un sentimiento: de dolor cuando no cumplimos o violamos el deber; y de satisfacción cuando cumplimos con

¹⁵² o. c., p. 79.

el deber¹⁵³. Mill, metido ya en el terreno sentimental, afirmará que: "Este sentimiento cuando es desinteresado y se relaciona con la idea pura del deber y no con alguna forma particular del mismo, constituye la esencia de la conciencia"¹⁵⁴.

Con todo ello, a donde quiere llegar Mill es a la explicación del origen de la sanción última del criterio de utilidad; y esa sanción tiene que ver con sentimientos que vincula a los hombres a actuar conforme al utilitarismo. Y ¿cuál es el sentimiento al que apela la doctrina utilitarista para que el hombre en la acción obre desde el deber utilitarista? El sentimiento del bien común, de preocuparse por el otro como por uno mismo. Por lo tanto, podemos concluir que en Mill una cosa es el discernimiento de lo que es bueno o malo, lo cual se discierne racionalmente. Pero muy distinta es la acción que lleva a cabo el individuo, la cual es ejecutada por sentimientos. Son éstos los que nos mueven a obrar. Y sobre esta cuestión, Mill entiende que el ser humano se siente más obligado a obrar si la obligación moral viene sustentada en la trascendencia¹⁵⁵.

¹⁵³ o. c., p. 78.

¹⁵⁴ o. c., pp. 78-79.

¹⁵⁵ o. c., pp. 79-80. Sobre esto conviene indicar que Mill enmarcaría la acción moral en el ámbito del emotivismo, como buen heredero de la tradición empirista. Se nota en este aspecto la influencia de David Hume, quien también afirma que son los sentimientos los que nos mueven a obrar como obramos en función de la configuración de nuestra naturaleza humana, en la que confluyen distintas emociones. Así mismo, id., *Autobiografía*, p. 145, donde también aparece una crítica de Mill al hábito racional y analítico, como enemigo y debilitador de los sentimientos. La influencia del sentimiento en Mill como algo que hay que unir a lo racional es algo recogido por D. NEGRO PAVÓN, *La Idea de Civilización en John Stuart Mill*, p. 189, donde se recoge la

Esos sentimientos morales a los que alude Mill, hay que plantearse si son connaturales al individuo o más bien son un equipamiento que incorporamos después. Sobre esta cuestión, Mill es claro y entiende que los sentimientos morales son adquiridos, no innatos. Por lo tanto, la facultad moral no pertenece a la naturaleza humana, sino que más bien es un producto de la naturaleza humana¹⁵⁶.

Por lo tanto, podemos concluir que el utilitarismo tiene una base sentimental, esto es, que es necesario que existan sentimientos para poder entender el utilitarismo. Y el sentimiento principal en ese sentido es el sentimiento social de la humanidad, o lo que es lo mismo, el sentimiento por el bien común, por el interés de todos. Ese sentimiento de interés por el bien común es también algo que no es natural al hombre, sino que sobreviene después. Y parece que el modo en que debe sobrevenir debe ser desde la concientización, desde la reflexión interior, todo ello desde la educación en la conciencia. Esto le preocupa a Mill porque en su época él critica la situación de una sociedad formada por demasiados individuos instalados en el egoísmo y que ven en el otro un enemigo. Toda esa falta de confianza en el otro trae consecuencias morales negativas para la vida pública y para la del interesado. Así lo expresa nuestro autor:

Cuan pocas cosas hay en la vida ordinaria de los hombres que puedan dar alguna elevación, sea a sus concepciones, sea a sus sentimientos. Su vida es una rutina, una obra, no de caridad, sino de egoísmo, bajo su forma más elemental: la satisfacción de sus

influencia de los poetas Wordsworth y Coleridge; y también Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 285.

¹⁵⁶ o. c., p. 82.

necesidades diarias. Ni lo que hacen, ni la manera como lo hacen, despierta en ellos una idea o un sentimiento generoso y desinteresado... No hay ningún sentimiento desinteresado de identificación en el público. El individuo o la familia absorben todo sentimiento de interés o de deber. No se adquiere nunca la idea de intereses colectivos. El prójimo solo aparece como un rival y en caso necesario como una víctima. No siendo el vecino ni un aliado un asociado no se ve en él más que un competidor. Con esto se extingue la moralidad pública y se resiente la privada¹⁵⁷.

La descripción de Mill parece clara. El advierte los efectos antipedagógicos e inmorales que se siguen de un individuo que sólo se preocupa de sí mismo y de resolver sus circunstancias y como mucho los problemas de su prolongación, la familia, como otra forma de propiedad. A la hora de citar las implicaciones negativas que se siguen, Mill nos recuerda a Hobbes al mostrarnos al otro como un enemigo o víctima. Y la peor de todas las consecuencias es la degeneración moral del individuo.

Frente a todo ello, la llamada es la implicación social del individuo para que se ocupe y preocupe del interés general. Así, la tarea en beneficio de los asuntos de interés común es una ocupación, una acción educativa. Será sobre la base de ese sentimiento sobre la que se sustente el principio de felicidad general y se configure así en fuerza de la moralidad utilitarista¹⁵⁸.

¹⁵⁷ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, pp 42-43.

¹⁵⁸ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 83. Dentro de ese sentimiento social de la humanidad, Mill incluiría, entre otros, el deseo de permanecer siempre unidos a nuestros semejantes. Así mismo id.,

Ese sentimiento social de la humanidad, que, bien entendido, nos lleva a la felicidad general, es la llave que abre los sentimientos de cada individuo y hace que cada uno se interese por los demás y por sus circunstancias como si fueran las propias. Ese sentimiento supone que los individuos salgan de su reducto personal para encontrar en el otro y en sus intereses un motivo para actuar moralmente:

En la medida en que cooperan los hombres sus fines se identifican con los de los demás. Se produce, al menos, un sentimiento provisional de que los intereses de los demás son sus propios intereses¹⁵⁹.

Ese sentimiento provisional que se produce paulatinamente lo que hace es reforzar vínculos sociales, desarrollar una mayor armonía social en la sociedad. Y hace que cada uno se interese cada vez más por el bienestar de los demás. En una situación así, lo que se genera es progreso en el espíritu humano, mayor unidad de todos los hombres entre sí y nunca búsqueda del beneficio propio y sí del colectivo:

En un estado de progreso del espíritu humano se da un constante incremento de las influencias que tienden a generar en todo individuo un sentimiento de unidad con todo el resto, sentimiento que, cuando es perfecto, hará que nunca se piense en ninguna condición que beneficie a un individuo

Bentham, p. 50; esta idea supone una crítica al sentimiento que para Bentham mueve al hombre: el motivo que lo mueve es su propia felicidad, sin más, de modo egoísta

¹⁵⁹ o. c., p. 84.

particularmente, si en ella no están incluidos los beneficios de los demás¹⁶⁰.

Es precisamente por eso por lo que en Stuart Mill se atisba una posición contraria al darwinismo social al estilo de Herbert Spencer. No, en Mill los demás no son rivales en la lucha por sobrevivir y por tratar de alcanzar la felicidad. Al contrario el sentimiento del utilitarista es un sentimiento social que en quienes tienen un cierto grado de alteridad hace que consideren al otro como a sí mismos y no como el rival a batir:

Sin embargo, ya ahora, aquellas personas en quienes el sentimiento social está en alguna medida desarrollado no pueden consentir en considerar al resto de sus semejantes como rivales suyos en la lucha por los medios para la felicidad, a los que tengan que desear ver derrotados a fin de poder alcanzar los objetivos propios¹⁶¹.

Ese sentimiento social, hedonismo social, es tan relevante para Stuart Mill que, como bien indica él, es "la sanción última de la moralidad de la mayor felicidad"¹⁶². Y ello porque se trata de un atributo no natural del ser humano, no perteneciente a su propio equipaje biológico; es algo adquirido al descubrir al otro como igual a mí; es un tomar conciencia de que el otro es tan digno como yo. Así, el ser auténticamente moral no puede soslayar al otro, que sale a su encuentro y le impele a que lo considere como a sí mismo. Ese sentimiento, mejor, la adquisición del mismo

¹⁶⁰ o. c., pp. 85-86.

¹⁶¹ o. c., p. 87. Para Mill ese sentimiento es el que hace que el individuo experimente como un deseo personal el que haya equilibrio entre sus sentimientos y objetivos y los de sus semejantes.

¹⁶² o. c., p. 87.

y su desarrollo, implica educar en la valoración de lo distinto, de lo diverso y en valorar el bien común como propio.

Esa naturaleza humana, tan importante para nuestro autor, hace que el londinense enfatice lo espontáneo, lo distinto, lo diverso como trazos de los rasgos propios de la personalidad de cada uno. Ahora estamos en disposición de afirmar que John Stuart Mill hace una descripción más o menos extensa de una moralidad y de cómo influiría ésta en las conciencias. Es importante notar aquí cómo el segundo esposo de Harriet Taylor hace una ligazón entre moralidad y sentimientos, hasta el punto que podemos hablar en Mill de una moralidad del bien común sustentada en los sentimientos humanos, que llevaría al individuo, desde la educación, a sentir como algo suyo los problemas, las necesidades y los gozos de los demás:

Si las personas pueden ser educadas, como vemos que lo fueron, no sólo para creer teóricamente que el bien de su país era un ideal superior a todos los demás, sino también para sentir de un modo práctico que este era el gran deber de la vida, de igual manera podremos inculcar en ellas un sentimiento de obligación absoluta para con el bien universal¹⁶³.

¹⁶³ o. c., p. 78. Cfr. También id., *Autobiografía*, donde Mill deja claro que en su educación, a cargo de su padre, echó muy en falta el cultivo de los sentimientos, entre ellos el de la ternura. Por eso el Mill (id., *Autobiografía*, p. 150) joven determinará rápidamente el cultivo de los sentimientos como "uno de los puntos cardinales de mi credo ético y filosófico" No es de extrañar que Mill, al enamorarse de Harriet Taylor, quedase obnubilado por ver en ella a una auténtica portadora de sentimientos muy humanos. Así Mill en esta obra, p. 185, afirmará de ella: "su generosidad era la de un corazón que se identificaba hasta el fondo con los sentimientos de los otros y a menudo se excedía en su consideración hacia ellos, dando a la

Parece desprenderse de aquí la importancia que tienen los sentimientos en el orden de construir a la persona. En este sentido parece claro que Mill constató que su educación fue rica a nivel epistemológico, pero la cosa cambia en el orden emotivo, sentimental. A fin de cuentas es evidente que el ser humano posee razón, pero también emoción; emoción que no se puede soslayar cara a realizar un plan de vida o cara a tomar decisiones. Mill reconoce su limitación al nivel de los sentimientos; o como dice Isaiah Berlin sobre Mill: "Su capacidad emocional estaba anquilosada mientras su inteligencia estaba superdesarrollada"¹⁶⁴.

Parece necesaria la conjunción de ambas facetas en orden a la moralidad. Una moralidad como la que nos propone Mill tendría por objeto, por fin, el bien común. Pero además una moral tan perfecta tendría que respetar al individuo en sus intereses frente a la comunidad, lo cual exige cierta disciplina por parte del individuo. Por ello el propio Mill nos dirá que "la moralidad consta de dos partes. Una de ellas es la autoeducación, el entrenamiento que el mismo ser humano lleva a cabo ejercitándose sobre sus propios afectos y su propia voluntad. La otra parte es la regulación de sus acciones externas, que permanecerá mutilada e imperfecta, si falta la primera"¹⁶⁵. Pero además una moralidad así también tiene que tener en cuenta al resto, a la comunidad en sus intereses frente al individuo.

sensibilidad de los demás, imaginativamente, la misma intensidad que poseía la suya propia. Según estas palabras, Harriet Taylor era la encarnación del espíritu utilitarista.

¹⁶⁴ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 284.

¹⁶⁵ Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, p. 54.

Además, en el marco de una moralidad así, ni que decir tiene en nuestro autor que el respeto y la promoción de la libertad de cada individuo, así como de sus características personales, serían un punto fundamental. Mill cree así que una moralidad de este tenor ensalzaría más aún a la masa de personas cultas, pero no menos a la porción de población menos formada. Y todo ello porque se trata de una moralidad que impele los sentimientos de los individuos al altruismo, sin otro objeto o recompensa que el beneficio universal:

Una moralidad fundamentada en amplias y prudentes opiniones sobre el bien común, sin sacrificar totalmente los derechos del individuo a favor de la comunidad, ni los de la comunidad a favor del individuo; una moralidad que reconozca, de una parte, los compromisos del deber, y, de otra, los de la libertad y la espontaneidad, ejercería su poder en las naturalezas mejor dotadas, despertando en ellas las virtudes de la generosidad y de la benevolencia [...]. También influiría en las naturalezas menos nobles, haciendo que esos sentimientos fuesen cultivados en la medida de su capacidad [...]. La recompensa que podrá perseguirse ... la aprobación de aquellos a quienes respetamos, y en el mejor de los casos, la de todos los vivos y muertos a quienes admiramos o veneramos¹⁶⁶.

Ahora bien, una moralidad de este fuste, que pretende tener por pilares las opiniones más prudentes; que pretende el respeto del individuo y sus intereses, a la par que el respeto a la comunidad y sus intereses; que tiene en su horizonte el deber; que se compromete con la libertad y que fomenta el talante, el carácter, el genio propio de cada individuo; una moralidad así, es un proyecto que parece

¹⁶⁶ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, pp. 78.79.

sólo puede hacerse viable desde una educación que tenga el mismo interés, aunar la dimensión moral del individuo y su dimensión emocional.

En ese ejercicio de ligar moralidad y sentimientos, tan importantes son los sentimientos para Mill que éste quiere darles mayor categoría que la que proporciona la etiqueta moral. Y el autor los sitúa en el terreno de lo que llama verdadera religión. Esto conecta con la idea de religión y con la esencia de la misma, en relación a sentimientos y emociones. Así esos sentimientos son más que moralidad, son una religión¹⁶⁷.

Así, Mill ha llegado desde la moralidad a la religión pasando por los sentimientos. Y así es cómo él nos llega a apuntar la función de la religión como una función que guarda total relación con la consecución y promoción del bien común, hasta el punto de que éste puede constituirse en principio rector de la función de la religión. Se trata de un principio nada revestido de sobrenaturalismo, criticado siempre por Mill, y capaz de satisfacer las necesidades de todos; y por ello merece ser llamado religión. Pero observemos que ese título Mill se lo otorga al principio del bien común; y que no se trata de ningún sobrenaturalismo. Esa sería la función de la religión, una Religión de la Humanidad:

El sentido de unidad con el género humano y un profundo sentimiento por el bien común pueden cultivarse hasta el punto de constituir un principio

¹⁶⁷ o. c., p. 80. Esa verdadera religión es la denominada por Mill Religión de la Humanidad. Para Mill englobar esos sentimientos sólo como algo moral resulta insuficiente, son religión; y así la esencia de la religión guarda relación con mover los sentimientos de los individuos hacia un bien que sea común para todos y bueno para todos.

que satisfaga todas las funciones importantes de la religión y que pueda con justicia apropiarse ese nombre. (...). Ahora mantendré que dicho principio no sólo es capaz de satisfacer esas funciones, sino también de hacerlo mejor que cualquier forma de sobrenaturalismo. No es que únicamente tenga derecho a que se le llame religión, sino que es, en rigor, una religión mejor que cualquier otra a la que ordinariamente se atribuye ese título¹⁶⁸.

¿Por qué Mill atribuye a esa norma, moral podríamos decir, como es la del bien común, la categoría de religión, frente a la religión en sentido ordinario?. Entre otras razones que da nuestro autor está la de afirmar que el bien común es de suyo altruista; es un bien que tiene valor intrínseco; mientras que la religión en sentido ordinario no es desinteresada, antes al contrario, las acciones y pensamientos de los individuos en ella están en conexión con el cumplimiento de unos deberes para con los otros, pero pensando en la situación del individuo más allá de la muerte. Con otras palabras: se actúa, se piensa de una determinada manera, pero todo ello dirigido a la salvación eterna. Para Mill, esta actitud de la religión, de ordinario, lejos de promover el espíritu generoso y altruista propio de nuestra naturaleza, lo que hace es crear espíritus egoístas que se tambalean en una dinámica bien-mal. La religión, de ordinario, favorece poco el cultivo del patrimonio moral. No así ese principio del bien común, esa unidad de sentimientos entre todos los individuos, esa Religión de la Humanidad:

Es desinteresada. Saca los pensamientos y sentimientos fuera del yo, y los aplica a un objeto altruista que se ama y se persigue como última

¹⁶⁸ o. c., p. 81.

finalidad de un valor intrínseco. Las religiones que hablan de promesas y amenazas hacen lo contrario; restringen los pensamientos de la persona a sus propios intereses póstumos; tientan al hombre a mirar el cumplimiento de sus deberes para con los demás como medio principal de alcanzar su propia salvación eterna; son uno de los más serios obstáculos para los grandes propósitos de la cultura moral y para reforzar el elemento generoso de nuestra naturaleza, ya que presentan a la imaginación egoísta un bien y un mal de magnitudes tan tremendas, que es difícil para quien crea en su realidad el poder entregarse generosamente a otros ideales¹⁶⁹.

Así, el influjo moral de la religión en sentido ordinario engarrota al individuo más que liberarlo; y no le aporta en modo alguno sentimiento de altruismo y generosidad. Por ello Mill entiende que su Religión de la Humanidad sí que engrandece al hombre desde la perspectiva moral, frente al valor que puedan tener las viejas religiones. Y lo hace de modo sencillo: mediante el hábito, acostumbrándose a actuar en beneficio unos de otros, sabiendo que ese actuar redundará en *pro* de todo, aquí, y ahora; y no orientando toda nuestra acción y nuestra conducta hacia una vida después de la muerte, de la cual no se tiene certeza alguna. Actuar de este último modo vicia, según Mill, hasta la propia virtud en el obrar¹⁷⁰.

Otro punto en el que nuestro autor se muestra crítico con la religión en sentido ordinario, frente a la Religión de la Humanidad, que se sustenta en el sentimiento de unidad de todos y en el bien común, es el carácter de

¹⁶⁹ o. c., pp. 81-82.

¹⁷⁰ o. c., pp. 82-83.

perplejidad intelectual a que nos lleva la vieja religión, ya que a Mill le resulta contradictorio que hablemos, por un lado, de una Divina Providencia absolutamente perfecta; y por otro lado, Dios sea el autor de una creación absolutamente imperfecta como la nuestra, impregnada de diversas situaciones indeseables, que alcanzan a la naturaleza humana. En una situación así, el individuo cuya inteligencia sea aceptable no podrá salir de la perplejidad moral y de la contradicción a la que, las más de las veces, la vida le hará asistir. En una coyuntura como ésta le cuesta trabajo a Mill que el individuo pueda adorar de veras a un Dios así. Y sólo saldrán de esta encrucijada moral e intelectual quienes sean capaces de asumir que los designios de Dios pertenecen al ámbito del misterio y por ello se resisten a ser desvelados totalmente:

Es imposible que alguien que piense habitualmente, siga atribuyendo una absoluta perfección al Autor Providencial de una creación tan imperfecta y tan arbitrariamente gobernada como lo es la de este planeta y la de los seres que lo habitan. La adoración a un ser así no puede ser dispensada con todo el corazón. O bien la adoración estará empeñada, oscurecida por la duda, o los sentimientos morales deberán hundirse en el más bajo nivel del orden natural [...]. Quien probablemente saldrá de este embrollo con menos daño moral será el que jamás intente reconciliar las dos normas y admita que los propósitos de la Providencia son misteriosos¹⁷¹.

Para finalizar con el discurso crítico de Stuart Mill en ese comparar la religión vieja con la Religión de la

¹⁷¹ o. c., pp. 83-84. Esta idea crítica de Mill frente a la religión tradicional se da por influencia de la educación recibida por su padre en su etapa más joven, puede verse id., *Autobiografía*, pp. 62-ss.

Humanidad, abunda el londinense en su crítica de los desafueros de tipo lógico e intelectual que entraña el propio mensaje cristiano. Desde ahí, y siempre partiendo de cualquier mente intelectual mínimamente consistente, entiende que las mentes mejor formadas y más intelectuales ante esto tienden a creer cada vez menos. Se podría decir que existe una relación inversamente proporcional entre el descreimiento religioso y la creencia en el conocimiento científico. Así cuanto más aumenta el conocimiento científico, más progresivamente se abandona el creer religioso. Esa fe en la vieja religión es una fe simple que pertenece a individuos de poco fuste intelectual; y alguien de cierto nivel en la capacidad intelectual no cree en nada de eso, excepto que se realicen perversiones intelectuales:

El mensaje divino, suponiendo que sea tal, ha sido confirmado con credenciales tan insuficientes, que ha dejado de convencer a una gran porción de las mentes más cultivadas y mejor dotadas, y que la tendencia a no creer parece aumentar a medida que aumenta el conocimiento científico y la capacidad crítica de discernir las cosas¹⁷².

Su afirmación pone de relieve la comunión con Comte para quien también a medida que se avanza en la ciencia, ésta explicaría y daría razones de la existencia humana de un modo más irrefutable que la religión. Por ello, optimismo científico y espíritu positivista se dejan también ver en Mill; aunque como veremos también critica ese avance científico-tecnológico que no es algo que produzca individuos virtuosos, necesarios para una sociedad adulta. Pareciera que Mill lo que expresa es que ni la ciencia, por su lado, ni la religión, por el suyo, son

¹⁷² o. c., p. 87.

perspectivas únicas que puedan explicar concluyentemente al hombre. Por ello debe admitirse la diversidad.

2.5.- Moral y Diversidad

Otro aspecto importante para la realización del hombre es tener en cuenta esa diversidad a la que hemos aludido. Por ello es oportuno mostrar la importancia de la diversidad para comprender la moral. Desde esta perspectiva, parece evidente que formar caracteres de personas desde una única perspectiva, no hace más que empobrecer a la humanidad en toda su diversidad y ralentiza el conocimiento. Podemos decir que en Mill desde su epistemología se enhebra una posición moral. Mill, para quien el individuo es diverso, diferente, tiene una concepción del ser humano que pasa por concebir al hombre como espontáneo, libre en sus elecciones y, por tanto, en su carácter. Por eso cree que es la novedad y no la reiteración lo que mueve al hombre, o como afirma muy a propósito Isaiah Berlin:

Mill cree que el hombre es espontáneo, que tiene libertad de elección, que modela su propio carácter, que, como resultado de la relación del hombre con la naturaleza y con otros hombres, continuamente está surgiendo algo nuevo, y que esta novedad es precisamente lo más característico y humano del hombre. Precisamente porque la concepción de Mill de la naturaleza humana se basa no en la noción de la repetición de pautas siempre idénticas, sino en su percepción de las vidas humanas como algo perpetuamente incompleto, en autotransformación, y siempre nuevo, sus palabras están todavía vivas y tienen validez para nuestros problemas.¹⁷³

¹⁷³ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 300.

En suma, quien como Mill, defiende la pluralidad de modos de vida y la diferencia de pareceres, le otorga una enorme importancia a la diferencia, a lo diverso dentro del ámbito de la moral; en tanto que otros se obcecaban en la necesaria uniformidad. Así expresa Mill esa relevancia de la diferencia y diversidad:

La semejanza de una persona respecto a otra es la primera cosa que llama la atención, ya por la imperfección de uno de los tipos y la superioridad del otro, ya por la posibilidad de producir algo mejor que cada uno de ellos, al combinar las ventajas de los dos¹⁷⁴.

El individuo es, por lo tanto, diverso para Mill; y así lo recoge también José García Añón en su estudio sobre el londinense¹⁷⁵. Eso le hace ser un individuo moral.

Otra característica es su dimensión de acción por cuanto que estamos siempre haciendo cosas, realizando acciones, tomando decisiones, siendo protagonistas principales de todo ello. Pero también el hombre necesita unos referentes para actuar de manera reflexiva, necesita unos valores¹⁷⁶. Esos referentes o valores han de ser para

¹⁷⁴ Cfr. J. S. MILL, *Sobre La Libertad*, p. 145.

¹⁷⁵ Cfr. J. GARCÍA AÑÓN, *Libertad, diversidad y conflictos culturales...*, p. 39. G^a Añón afirma que la postura de Mill es de respeto a la autonomía, la pluralidad y la diversidad.

¹⁷⁶ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, pp. 68-ss. De todos es sabido que Mill fue educado por su padre de modo riguroso, tal es así que en esta obra nuestro autor deja claro el efecto que produjo en él las enseñanzas de su padre, pero también su manera de ser. Ciertamente que las enseñanzas y su carácter influyeron en él. Por ello es importante dejar claro cuáles eran esos valores que tanto influyeron en Mill, en su obrar y en su carácter; y esos valores eran sinceridad,

nosotros importantes, verdaderos, porque el hombre tiene anhelo de vivir en la verdad y conforme a ella. Pero la cuestión estriba en cuál es esa Verdad. Más bien no hay una Verdad, sino verdades que nos permiten, al valorarlas como auténticas, obrar conforme a ellas y vivir de acuerdo con ellas. Esta cuestión de la verdad también la aborda Mill, y también tiene relación con la moral.

Podemos preguntarnos: para un hombre como Mill ¿existe una Verdad o más bien se trata de verdades diversas?. Creo que la respuesta es clara: en Mill son importantes las verdades de los demás y no sólo mi verdad, mis valores. En Mill es insuficiente para un individuo el anclarse en su opinión o verdad y no lanzarse a conocer qué le puede aportar el otro. En Mill un individuo así es más bien un fanático, entendiendo por fanatismo la tendencia que hace que las personas no admitan ni reconozcan la posibilidad de otra opinión distinta a la propuesta. Un fanático es alguien carente de educación:

El hombre que no conoce más que su propia opinión, no conoce gran cosa. Tal vez sus razones sean buenas y puede que nadie sea capaz de refutarlas, pero si él es incapaz igualmente de refutar las del contrario, si incluso no las conoce, se puede decir que no tiene motivos para preferir una opinión a la otra.¹⁷⁷

perseverancia, disposición para afrontar el dolor, el trabajo, respeto por el bien común (esencia del utilitarismo), estimación de las personas de acuerdo con sus méritos y de las cosas de acuerdo con su utilidad intrínseca, una vida de esfuerzo.

¹⁷⁷ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 91. Esta misma idea se halla presente en id., *Bentham*, pp. 41-42, donde Mill critica a Bentham por su inflexibilidad a la hora de no aceptar nada que viniera de otra posición si él no la veía.

Es evidente que en Mill la verdad, y con ello los referentes morales, se construye desde el debate, la discusión, la aportación de otros fragmentos que uno no ve, pero el otro sí, y la escucha de los argumentos del otro.¹⁷⁸ Si no, resulta imposible acometer los distintos problemas que se le plantean al hombre; si no, es imposible conocer la verdad completamente, sólo conoceremos una porción:

Se les debe oír de boca de las mismas personas que creen en ellos (los argumentos) y defienden de buena fe. Es necesario conocerlos en todas sus más atractivas y persuasivas formas, y sentir plenamente la dificultad que embaraza y entorpece el problema considerado. De otra manera nunca un hombre podrá conocer aquella porción de verdad que precisa para afrontar y vencer la dificultad presente".¹⁷⁹

Tan importante es para Mill la diversidad de opinión en la búsqueda de la verdad, para obrar conforme a ella, que entiende que los individuos que defendiendo sus posiciones de modo pétreo sin considerar siquiera a sus adversarios, puede que estén en la verdad, pero existe también idéntica posibilidad de que estén en la falsedad, porque son incapaces de ponerse en el lugar del que piensa distinto a ellos. Los que obran desde esta perspectiva es evidente que desconocen el sentido del diálogo, el verdadero sentido de la palabra¹⁸⁰.

¹⁷⁸ Véase también esta idea en J. GARCÍA AÑÓN, *Libertad, diversidad y conflictos culturales...*, p. 39, donde el autor al estudiar a Mill, entiende que la verdad se conoce desde diversos métodos y perspectivas.

¹⁷⁹ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 91-92.

¹⁸⁰ o. c., p. 92.

Es para Mill fundamental, cuando se tratan cuestiones humanas y morales, la escucha de las distintas posiciones para poderse formar un espectro de la situación y para poder decidir mejor. Aquí se pone de manifiesto otra dimensión de la diversidad en su relación con la verdad, la que hace referencia al progreso de las sociedades; progreso que se produce cuando hay debate, diálogo, discusión limpia entre todos; y todo ello apunta hacia la libertad¹⁸¹. Sólo desde este enfoque es posible situarse lo más próximo a la verdad, cuando se escuchan las distintas razones esgrimidas por las distintas posiciones. Obrar así es obrar desde la imparcialidad y es algo básico en moral:

Sólo la conocen (la verdad) realmente aquellos que han escuchado los dos razonamientos con imparcialidad y que han tratado de ver con la máxima claridad las razones de ambos. Esta disciplina es tan esencial a una justa comprensión de los problemas morales y humanos, que si no existieran adversarios para todas las verdades importantes, habría que inventarlos, y suministrarles los más agudos argumentos que el más hábil abogado del diablo pudiese imaginar¹⁸²

Por lo tanto, en Mill observamos la enorme importancia de la diversidad, lo cual implica un respeto a la dignidad de todas y cada una de las personas. Pudiera parecer que Mill defiende dogmáticamente que la falta de unanimidad es condición incuestionable para llegar a la verdad. Pero hay que decir que esa afirmación encerraría contradicción en el

¹⁸¹ Véase también J. GARCÍA AÑÓN, *Libertad, diversidad y conflictos culturales...*, p. 40, el cual participa de la afirmación arriba apuntada en referencia a Mill.

¹⁸² Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 92.

pensamiento milliano, convirtiéndole en un intransigente. No, es más bien que Mill estima que a medida que la humanidad progresa y ese progreso trae bienestar y felicidad para los individuos, ese bienestar guarda relación con la discusión de distintos problemas que atañen al individuo; y ese progreso ha hecho que paulatinamente se vayan instalando verdades (referencias morales, valores) que van siendo cada vez más indiscutibles. Se va progresivamente a una disminución de grado en la discusión de diversidad de opiniones. Pero ello no implica que desaparezca totalmente esa discusión, ni que tenga que darse siempre en todo. Mill defiende la dialéctica como método básico y lo justifica en los clásicos Sócrates, Platón y también en las discusiones escolásticas medievales¹⁸³.

Pero ante todo esto lo que cabe cuestionarse es: ¿Por qué es tan importante para Mill la diversidad en el ámbito de la epistemología y también en el de la ética? Sencillamente porque él cree que no existe una Verdad, sino que las distintas opiniones, doctrinas, posiciones, que defienden distintas personas o grupos humanos, todos ellos contienen verdad; todos ellos son necesarios incluso cuando nos encontramos con doctrinas opuestas, heréticas. Con lo cual, en todas esas posiciones lo que existe no es más que una porción de verdad, necesaria para completar las otras doctrinas, que no contienen más que otras porciones de verdad. Para Mill todas las doctrinas tienen un carácter parcial en cuanto a la verdad, Y por ello todas tienen el mismo derecho a ser respetadas y a representar algo de la Verdad:

¹⁸³ o. c., pp. 101-ss. Id. *Autobiografía*, p. 47, donde nuestro autor afirma que la admiración por Platón, por los diálogos socráticos y demás la heredó de su padre.

Suele ocurrir a menudo que las doctrinas que se contradicen, en lugar de ser la una verdadera y la otra falsa, comparten ambas la verdad; entonces la opinión disidente es necesaria para completar el resto de la verdad [...]. El progreso mismo la mayor parte del tiempo no hace más que sustituir una verdad parcial e incompleta por otra. Tal mejora consiste simplemente en que el nuevo fragmento de verdad es más necesario, está mejor adaptado a la necesidad del momento que aquel a quien reemplaza. Este es el carácter parcial de las opiniones dominantes [...]. Así, pues, toda opinión que representa algo, por poco que sea, de la verdad que descuida la opinión común, debería ser considerada como preciosa, aunque esa verdad llegue a estar mezclada con algunos errores.¹⁸⁴

Parece, por lo tanto, que Stuart Mill se muestra lejos de toda actitud dogmática y tiende más al diálogo, al encuentro entre diversas posiciones. Desde esta actitud dialogante también ha de entenderse la acción moral.

2.6.- Relación de la Moral con las Costumbres y Tradiciones

Hasta ahora en todo cuanto hemos expresado parece claro que podemos afirmar que en nuestro autor el objeto de estudio, la diversidad de modos de vida, de carácter, de pensamiento es algo que hay que tolerar. En tanto que el hombre ha de realizarse; y en tanto que la realidad es diversa; y que el individuo también es diverso, distinto; todo esto nos lleva a reconocer que en ese realizarse del hombre influyen costumbres, tradiciones, opiniones

¹⁸⁴ o. c., pp. 104-105.

mayoritarias. Por ello Mill reflexiona en torno a la relación que existiría entre la moral y esa serie de elementos que influyen de algún modo en la acción y realización del hombre. En una situación de diversidad podríamos decir de Mill que es un defensor de la tolerancia. Pero cuando hacemos esta afirmación, es decir cuando tenemos la necesidad de afirmar la tolerancia, es porque previamente existe una situación que precisa de ella, que es contraria a ella.

Para Mill, el individuo en la ejecución de sus acciones ha de actuar desde su propia idiosincrasia y nunca movido por la costumbre, tradiciones o por el imperio o autoridad de la masa, que defienden una verdad intuitiva, alejada del contraste con la experiencia. Esta postura no hace sino destruir y empobrecer a la persona. La costumbre, las tradiciones, las mayorías obligan, según Mill, a actuar conforme a lo ya prescrito como bueno o como verdadero, sin demostración ninguna, por un grupo que, seguramente, nos antecede en el tiempo. El peso de las tradiciones ha sido tal, que ha llevado a los individuos a hacerse permanentemente violencia a sí mismos para sobrevivir en la sociedad. Frente a esta posición Mill es contundente:

La noción de que las verdades externas a la mente pueden conocerse mediante intuiciones o introspecciones mentales, independientemente de la observación y la experiencia, es el gran apoyo intelectual que reciben las falsas doctrinas y las perniciosas instituciones de nuestros tiempos. Con la ayuda de esta teoría, toda creencia inveterada y todo sentimiento intenso cuyos orígenes nadie puede recordar, se libran de la obligación de justificarse racionalmente y se erigen como completa garantía y justificación de sí mismos. Jamás se había inventado

un instrumento así para consagrar todos los prejuicios profundamente arraigados¹⁸⁵.

Las costumbres llegan a establecerse con tal fuerza en una sociedad y alcanzan tal poder en el actuar de los individuos que pueden llegar a tener hasta implicaciones de tipo moral o ético. En situaciones así sólo parece que haya dos opciones: o mostrar el carácter original y ser constructor de la historia y de la realidad, o dejarse llevar por la costumbre y ser un mero espectador de la historia¹⁸⁶.

Las normas morales que se han asentado en una sociedad o en un grupo sólo por la aceptación sin más de nuestros predecesores y no han sufrido revisión ni crítica alguna, tienen tal poder que pueden dejar a los individuos en franca decadencia de raciocinio e intelectual y pueden destrozarse las creencias que tienen ellos logradas por la vía racional:

Cuando una regla de vida o de obligación moral - fundada o no en la religión- ha recibido un notorio asentimiento general, se apodera de las creencias de un individuo con más vigor del que tendría si este hombre hubiera llegado a las mismas creencias utilizando la fuerza de su propio entendimiento¹⁸⁷.

¹⁸⁵ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 216.

¹⁸⁶ Cfr. A. HERRERA GUEVARA, *La Ética en la espiral de la modernidad*, p. 3. La autora muestra una interesante reflexión sobre la figura del héroe ético o el individuo original que opta por actuar y transformar la realidad, frente al individuo pasivo que se resigna a ser puro espectador del devenir histórico.

¹⁸⁷ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 44.

La tradición también tiene que ver con los sentimientos de un grupo, pueblo o estado. Tradición, del latín *traditio* apunta a aquello que se pasa de unos a otros, y por ahí es por donde iría la fuerza de la costumbre y de las tradiciones: nos son dadas verticalmente, como algo verdadero, como lo que debe ser, sin discusión alguna. Es precisamente esa falta de diálogo, de discusión la que para Mill hace que aquello que se nos presenta como verdadero sin más, no sea más que una verdad muerta. El defiende la discusión entre las diversas partes y nunca la supresión sin más de aquello que no se ajusta a lo tradicional o acostumbrado¹⁸⁸.

Además, para alcanzar la verdad que nos lleve a actuar conforme a ella es necesario el diálogo y nunca la imposición; y ese diálogo debe ser lo más moderado posible y nunca presidido por la violencia, ya que ésta no hará sino enquistar las posiciones disidentes. Con bastante nitidez lo expresa nuestro autor al afirmar:

En general las opiniones contrarias a la tradición sólo llegan a hacerse escuchar si emplean un lenguaje de una moderación estudiada y evitan con sumo cuidado cualquier ofensa inútil; por el contrario, los denuestos dirigidos desde el lado de la opinión tradicional a los que sustentan opiniones contrarias, apartan realmente a los hombres de estas últimas. En interés de la verdad y de la justicia es muy importante restringir el lenguaje violento¹⁸⁹.

¹⁸⁸ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 114. Para Mill siempre queda una esperanza cuando los hombres se encuentran obligados a escuchar a las dos partes.

¹⁸⁹ o. c., p. 117.

Con esto último parece que nuestro autor se opone a la falta de respeto que existe en el debate. El individuo que actúa en su vida, ha de hacerlo siempre alejado de la costumbre y tradiciones, ha de procurar no dejarse arrastrar por ellas, ha de actuar en conformidad con sus sentimientos y características. Obrar contra esto, conducirse en la vida por lo que dicten otros menoscaban la felicidad personal y el bien de la colectividad. Algo semejante se aprecia en el pensamiento de Stuart Mill cuando afirma:

Donde la regla de conducta no es el carácter personal, sino las tradiciones o las costumbres de otros, allí faltará completamente uno de los principales ingredientes del bienestar humano y el ingrediente más importante, sin duda, del progreso individual y social¹⁹⁰.

Las costumbres, las tradiciones podemos afirmar que provienen de la cultura; y ésta a su vez podemos decir que aparece para regimentar la naturaleza humana. Ahora bien, las tradiciones y costumbres pertenecen a una época determinada para unos individuos del mismo tenor y en virtud de unas circunstancias existenciales y de una experiencia que han tenido; pueden servir para unos individuos, pero no para otros. Convendrá que les sea dada por otras generaciones deferencia, pero sin divinizarlas y además será bueno que el individuo no actúe en su vida por costumbre, sólo por ella misma, puesto que arrinconará sus facultades intelectivas. Para Mill actuar así, anula al individuo:

¹⁹⁰ o. c., p. 120.

Un hombre que se adaptara a la costumbre únicamente porque es la costumbre, no conserva ni desarrolla en sí ninguna de las cualidades que son atributo distintivo del ser humano. Las facultades humanas de percepción, de juicio, de discernimiento, de actividad mental, e incluso de preferencia moral, no se ejercen más que en virtud de una elección. Quien hace algo porque es la costumbre, no hace elección ninguna. No adquiere ninguna práctica ni en discernir ni en desear lo mejor¹⁹¹.

Nuevamente aparece aquí la facultad de la percepción, la de formular juicios, la del discernimiento o la de la actividad mental, todas remiten a la necesidad de educar. Además, parece colegirse que quien actúa por la costumbre, no elige, no discierne, no es libre; actúa como un animal ante un estímulo, responsivamente, pero no responsablemente; le falta educación e instrucción. De todo ello se sigue que el individuo en su dimensión ética o moral se ve obligado a elegir siempre. Conviene, pues, que para ello el hombre no tome nunca como guía la costumbre o la tradición o la opinión de la masa sin más argumentos que los antes expuestos. No, el individuo que actúa así está atrofiando unas capacidades que posee y que tiene para ejercitarlas, para adquirir una destreza. Por ello Mill habla del adiestramiento de esas facultades de razón y juicio en el elegir, en el actuar, lo mismo que adiestramos partes de nuestro físico para tener más fortaleza, más resistencia o similar:

La fuerza mental y la moral, lo mismo que la fuerza muscular, no progresan si no se ejercitan. Y no se ejercen estas facultades haciendo una cosa simplemente porque otros la hacen, como tampoco

¹⁹¹ o. c., pp. 123-124.

creyendo únicamente lo que otros creen. Si alguien adopta una opinión sin que sus fundamentos le parezcan concluyentes, su razón no quedará con ello fortificada, sino probablemente debilitada¹⁹².

Es más, se podría decir que Mill entiende que en la acción el individuo debe tener como referentes aspectos tales como el honor, la dignidad personal, el gusto por el poder, entendido éste como poder de actuar de esta o de otra manera, la coherencia entre lo que decimos y lo que hacemos. Todo ello es lo que favorece que exista dinamicidad y movimiento en las sociedades. Así lo expresa Mill con rotundidad y a la vez criticando a Bentham:

El sentido del honor y de la dignidad personal que actúa con independencia de la opinión que tengan los demás, o incluso en contra de ella; el amor a la belleza, pasión del artista; el amor al orden, a la congruencia, a la armonía en todas las cosas y a la conformidad con sus fines; el amor al poder, al poder de hacer que se efectúen nuestra voliciones; el amor a la acción, la sed por el movimiento y la actividad: un principio que tiene en la vida humana una influencia casi igual a la del principio opuesto del amor al reposo. Ninguno de estos poderosos elementos constitutivos de la naturaleza humana son estimados por Bentham como merecedores de un lugar entre los "Resortes de la acción"¹⁹³.

Y podemos añadir que quien obra con una razón debilitada actúa conforme al dictado de la costumbre, sin más, cavándose su propia fosa intelectual. Y ello porque la costumbre, la opinión, las tradiciones comienzan poco a

¹⁹² o. c., p. 124.

¹⁹³ Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, pp. 47-48.

poco por abrirse paso entre las sociedades, para seguir después consolidándose hasta que llega un momento en que se puede hablar, como bien indica Mill, de tiranía, la cual abomina la individualidad de la persona, sus modos de actuar opuestos a lo "oficial", en suma lo diverso. Esto hace para Mill tan importante el que existan individuos que por su ser se opongan a la opinión o costumbre:

Precisamente porque la tiranía de la opinión considera un crimen toda excentricidad, es deseable que, para poder derribar esa tiranía, haya hombres que sean excéntricos¹⁹⁴.

Mill, siguiendo con su enfrentamiento con las mayorías, y subrayando esa tiranía de la mayoría, hace una descripción de la sociedad de su época, observándola como formada por individuos perdidos en la masa. Y es precisamente contra las masas contra quienes también dirige su ataque Mill. Así llega a equiparar lo que tradicionalmente se denomina como opinión pública con la opinión de la masa. Y llama la atención Mill sobre la peligrosidad de esa opinión, puesto que en muchas ocasiones esa masa presenta abundancia de individuos mediocres, con lo cual es la opinión de los mediocres la que se impone en la vida pública. Para Mill esto es valedero tanto para la moral de los individuos como para su vida pública¹⁹⁵. Ante esta situación Mill, para acabar con lo que él llama tiranía de la opinión, dice que se hace necesario que los individuos en su actuar estén movidos por su espontaneidad, es decir, es necesario para que se progrese moralmente, que haya seres excéntricos¹⁹⁶. Sólo desde un rechazo frontal a

¹⁹⁴ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 138.

¹⁹⁵ o. c., pp. 136-137.

¹⁹⁶ o. c., p. 138.

la costumbre, llevado desde la acción independiente de la persona, es posible generar una sociedad más libre y más ética, y eso parece desprenderse de la afirmación que hace Mill al decir:

Pero la independencia de acción y el menosprecio de la costumbre no sólo han de ser alentadas porque ofrezcan la oportunidad de crear mejores modos de obrar y costumbres más dignas de adopción general¹⁹⁷.

Por todo ello Mill llama a rebelarse contra ese espíritu de unidad que parece más bien corporativismo cínico. Y así observa que la persona en su actuar, en sus decisiones, en la construcción de su vida debe obrar siempre desde la diversidad y multiplicidad de posibilidades y nunca constreñida a un programa de existencia tipo marco:

No hay razón ninguna para que todas las existencias humanas deban estar cortadas por un solo patrón, o sobre un pequeño número de patrones. Para una persona que posea una cantidad razonable de sentido común y de experiencia, la mejor manera de disponer su existencia será la suya propia¹⁹⁸.

Mill lo que está observando en todo momento es que los individuos tienen todos una existencia diversa, porque las personas de suyo son distintas todas ellas. Por lo tanto, no puede ser que tengan que conducirse en su vida y en sus acciones constreñidos por normas que les son dadas sin más. Mill desea atender a la diversidad de caracteres, de personas; y para ello se hace necesario que las condiciones sean distintas. Sólo así se producirá un auténtico

¹⁹⁷ o. c., p. 138.

¹⁹⁸ o. c., p. 138.

desarrollo y progreso en el ser humano y en la sociedad. Lo contrario es poner diques al desarrollo de las personas:

Aunque no hubiera más razón que los hombres tienen diversidad de gustos, ello sería suficiente para no intentar modelarlos a todos con arreglo a un patrón exclusivo. Pues personas diferentes requieren condiciones diferentes para su desarrollo espiritual¹⁹⁹.

Tan enemigo se muestra Stuart Mill de lo establecido, de lo acostumbrado, y tal es el poder que ello tiene en la acción y decisión de las personas, que llega a mostrar las implicaciones morales que se siguen del actuar de las personas en conformidad o no con lo tradicional, mostrando cómo la persona en su actuar o decidir se expone en muchas ocasiones al reproche social, al reproche de la mayoría, cuando no actúa de acuerdo con ésta. Subraya además Mill que en el caso de la mujer esta situación se agrava más si cabe:

Pero el hombre -y todavía más la mujer- que sea acusado de hacer "lo que nadie hace", o de no hacer "lo que hace todo el mundo", llega a ser objeto de reproches acusatorios, como si él -o ella- hubiese cometido un grave delito moral²⁰⁰.

Pero además de actuar de acuerdo o no con la costumbre, otra situación que le parece lamentable a Mill

¹⁹⁹ o. c., p. 139. En este discurso en defensa de la diversidad y en contra de la tradición, hay en Mill una acusación a la institución eclesiástica por impedir siempre la diversidad de gustos y por negarla.

²⁰⁰ o. c., p. 140.

es la que tiene que ver con la categoría social de la persona. Así, nuestro autor pone de manifiesto cómo las personas de cierto relieve social, sólo por la categoría que ostentan se pueden permitir ciertas licencias y hacer lo que les apetece, aunque ello no sea lo establecido por la mayoría. Esto también puede llamarse intolerancia, puesto que supone consentir en el actuar de unos, por lo que tienen de relieve social; pero en el mismo caso, en otros que no tienen ese relieve no se tolera. Y sin embargo unos y otros -los que tienen relieve y los que no- tienen en común el ser personas:

Los hombres necesitan poseer un título o cualquier otro signo o rango, o la consideración de las gentes de rango, para que puedan permitirse un poco el lujo de hacer lo que les plazca, sin detrimento de su reputación. Para permitírsele un poco, repito; pues quien se permitiera del todo un lujo tal, correría un grave riesgo. (...). La orientación actual de la opinión pública se dirige de modo singular hacia la intolerancia frente a toda demostración clara de individualidad²⁰¹.

Para finalizar con este análisis que nos ofrece Stuart Mill de la costumbre o tradiciones, es conveniente señalar que el discípulo de Bentham concibe la costumbre como un mal universal que salpica a todas las sociedades humanas; así como el peor inconveniente con que se encuentra el espíritu humano en su tendencia natural a progresar, a mejorar sus condiciones de existencia. Y ello porque la costumbre funciona frente a ese espíritu de desarrollo humano como un dique que aborta sus iniciativas, en tanto que la naturaleza humana lleva al hombre a mejorar siempre

²⁰¹ o. c., pp. 140-141.

su vida. Para Mill el mayor enemigo del progreso es, sin duda, el imperio de la costumbre como él mismo lo denomina:

El despotismo de la costumbre se muestra por todas partes como un perpetuo obstáculo que se opone al avance humano, porque libra una incesante lucha con la inclinación a aspirar a algo más que a lo acostumbrado; inclinación que se llama, según las circunstancias, espíritu de libertad, o bien, espíritu de progreso.(...). El principio progresivo es siempre enemigo del imperio de la costumbre²⁰².

En suma, John Stuart Mill lo que pone de manifiesto es que no existe un concepto de verdad para todos -algo que las tradiciones y costumbres quieren imponer siempre-, sino que la verdad en los intereses prácticos de la vida, es una cuestión de conciliar y combinar opiniones contrarias. Considera que la oposición de opiniones es la que mantiene a cada individuo entre los límites de la razón y la prudencia. Y en ese sentido, plantea los supuestos para una nueva moralidad, en donde las reglas y las leyes deben ser fruto de concertar diversas opiniones e intereses. Una de las principales finalidades de Stuart Mill, eso parece, en el campo de la libertad individual es la defensa del individuo frente a las costumbres que usurpan la verdadera naturaleza humana, que incluye razón y sentimiento.

2.7.- Moral y Opinión Pública

Ligado a la relación de la moral con las tradiciones y costumbres está también la opinión pública como elemento que tiene capacidad de influencia en la realización de la persona. La fuerza externa de los demás en nuestras acciones. La Opinión Pública.

²⁰² o. c., p. 143.

Mill, en *La Utilidad de la Religión*, nos apunta dos fuerzas que tienen un enorme poder en la adquisición de creencias en el individuo. Se trata de la autoridad y de la educación temprana. Entiende nuestro autor que si desde la más tierna infancia se van inculcando en la mente humana determinadas creencias, ya sean religiosas, morales o de otro tenor, ese ejercicio tendrá una repercusión enorme en el futuro racional del individuo. La autoridad influye en la mente humana; y Mill entiende la autoridad como la evidencia que pertenece a la mayoría, a la masa; y que nosotros aceptamos sin realizar el menor examen detallado. Y ello hace que en cuestiones que son opinables -la mayoría- el individuo acepte sin más el acuerdo universal, sin detenerse a discutirlo, e incluso llegando el individuo a entrar en la duda de si lo recabado hasta entonces por sus sentidos es cierto; aunque esto se dé de bruces con el espíritu empirista y de investigación de Mill:

La autoridad es la evidencia sobre la cual se apoya la gran masa de la humanidad para creer todo lo que dice que sabe, con excepción de los hechos que se ofrecen a sus sentidos. La autoridad es la evidencia en la que se basan los hombres sabios para aceptar todas esas verdades de la ciencia o esos hechos de la historia o de la vida, cuyas pruebas no han sido examinadas personalmente por ellos. Para la inmensa mayoría de los seres humanos, el acuerdo general de la humanidad en asuntos opinables ejerce un poder absoluto. Cualquier cosa que se les presente avalada por este acuerdo común la creen con una seguridad total; y hasta llegan a desconfiar de la evidencia

de sus propios sentidos si la opinión general de la humanidad se opone a ella²⁰³.

En este sentido podemos afirmar que Stuart Mill establece, con certeza, una relación entre las tradiciones, costumbres, la educación y la religión que nos son inculcadas desde pequeños. Sobre ello el propio Mill cita el ejemplo de una sociedad, la griega, cuyo desarrollo cognoscitivo e intelectual fue notable porque la sociedad clásica griega no poseía una religión que incidiese totalmente en sus habitantes; entre otras cosas, porque no existía una casta sacerdotal establecida que pudiera ejercer la educación de los más jóvenes e instruirlos y dirigirlos como ellos desearan. Este hecho hizo que la sociedad griega creciese en la razón más independiente que otras sociedades en que la religión institucional sí prendió fuerte. Por eso Mill entiende que la enseñanza de otras sociedades, que fue de raíz religiosa, sí que tuvo un poder sobre el género humano, sencillamente porque esas tradiciones y costumbres fueron inculcadas desde temprana edad. Pero es muy importante matizar que esas enseñanzas, según Mill, prenden, no por religiosas sino por ejecutarlas a temprana edad. Por ello afirmará con respecto al caso de Grecia que hemos citado que: "El ejemplo más memorable del poder de la educación sobre la conducta lo procura este

²⁰³ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 44. Esta idea id., *Bentham*, p. 73, donde Mill al hablar de autoridad distingue ésta de la autoridad política, ya que parece obvio que quien tenga poder sobre los cuerpos de los individuos quiera tenerlo sobre sus almas y quiera controlar opiniones, sentimientos y demás que se aparten de su norma, además de perfilar la educación de los más jóvenes conforme a su norma, evitando el espíritu de discrepancia.

caso excepcional" ²⁰⁴. De ahí la importancia de la educación en los primeros años de la vida.

Pero al margen de autoridad y educación temprana, cita Mill otro factor fundamental que incide en el actuar del individuo: la opinión pública. Es tal el poder de ella, que puede llegar a pergeñar conjuntos de tradiciones, de costumbres, pudiendo éstos dirigirnos en nuestro actuar individual e incluso colectivo. Mill le concede enorme importancia a la opinión pública, por ello afirma:

Hablo del poder de la opinión pública, es decir, de la alabanza o la censura, del favor o el desfavor que nuestra conducta recibe de nuestros prójimos. Es este poder una fuente de influencia inherente a cualquier sistema de creencias morales que adoptemos, esté o no asociado con la religión²⁰⁵.

Se trata del poder del otro cuando aplaude una acción mía o la crítica severamente; o cuando el otro me procura su abrigo o su ayuda en mi favor; o cuando me la retira. El tratamiento que Mill le da a la opinión pública deviene fundamental en sus obras, puesto que él se muestra en todas ellas bastante crítico con el actuar de sus contemporáneos, creyendo que las relaciones de la sociedad que a él le tocó vivir están sustentadas en la hipocresía y en el guardar apariencias y formas. El pensamiento milliano ve un gran poder en la opinión pública, hasta el punto de que ésta influye en nuestra conciencia de modo importante. Pero no sólo en nuestra conciencia, también en nuestra libertad y en nuestra felicidad. Por eso Mill critica seriamente el

²⁰⁴ o. c., pp. 49-50. Es importante notar que esta idea de la importancia de la educación temprana ya está presente en id., *Autobiografía*.

²⁰⁵ o. c., p. 50.

poder de la opinión pública, por menoscabar nuestra libertad, nuestra originalidad; o como dice Isaiah Berlin: "Lo que más odiaba y temía era la mezquindad, la uniformidad, el efecto destructor de la persecución, la opresión de los individuos por el peso de la autoridad, la costumbre o la opinión pública"²⁰⁶.

Ese influir se explicita en el actuar de los individuos que están más pendientes de agradar con sus acciones a los demás que de buscar el bien propio y común, dándole con este modo de actuar un gran poder a los demás. Es esto lo que para Mill hace que se dé una ruptura entre conciencia y opinión pública a la hora de actuar por parte del individuo. El individuo en la mayoría de las ocasiones actúa complaciendo a la opinión pública, dominado por la tiranía de ésta, pero en contra de su conciencia, violentando a la misma y a sí mismo. Ello trae como consecuencia inmediata el que John Stuart constata fatigosamente el enorme poder que tiene en los individuos la opinión pública para dirigirse y el poco que tiene la conciencia. Esa opinión pública muchas veces termina por aniquilar los buenos talentos que tiene cada individuo:

Es fácil que la gente se complazca en pensar que está actuando por motivos de conciencia, cuando en realidad lo hace obedeciendo a motivos inferiores que luego su conciencia aprueba. Vemos constantemente lo grande que es el poder de la opinión pública, comparado con el de la propia conciencia; cómo los hombres "siguen a la multitud para hacer un mal"; con cuánta frecuencia la opinión pública les lleva a hacer lo que su conciencia

²⁰⁶ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 285.

rechaza y les impide realizar lo que su conciencia les dicta²⁰⁷.

Desde estas líneas se deja ver cómo expresa Mill el drama moral y antropológico que supone obrar desde las apariencias. Da la sensación de que la valoración de las personas no se encuentra en lo que ellas son sino en su apariencia. Por lo tanto, la opinión pública acaba dominando sobre la individualidad²⁰⁸. Lo que se sigue de una situación así es que el individuo, expuesto a la presión creciente de la opinión pública, del conformismo colectivo, es un sujeto aislado y apolítico, concentrado en la búsqueda de su bienestar individual, consumido en las mezquinas ambiciones de su pequeño mundo privado, incapaz de situarse como sujeto autónomo, original y activo²⁰⁹.

Por ello, y dado que el individuo vive en sociedad y actúa en el seno de la misma, las actuaciones que lleva a cabo no son indiferentes ni para él ni para los que le rodean. Por eso tiene sentido que la opinión de los demás nos coaccione en determinados momentos a obrar de un modo u otro. El actuar del individuo no es puro en el más estricto sentido de la palabra. Hasta en las decisiones más nimias hay un porcentaje de influencia de quienes nos rodean, hay siempre un considerar ciertas circunstancias ajenas a nosotros mismos. Existe por tanto una presión social, unas circunstancias en el ambiente que nos hace actuar de modo concreto; pero existen también unas necesidades que tenemos todas las personas por el mero hecho de serlo. De esas

²⁰⁷ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 51.

²⁰⁸ Cfr. J. S. MILL, *Essays on Politics and Society, Part I*, p. 131. Este pensamiento de Mill lo recoge él en su *Civilization*, de 1836.

²⁰⁹ Véase también P. MERCADO, *Establecer contratendencias*, p. 171, el cual opina en la misma dirección.

necesidades, precisamos que nos reconozcan los que nos rodean, que nos aplaudan a veces, que nos consideren, que valoren nuestro actuar -y muchas veces nos valoran ese actuar porque va en consonancia con su opinión-. A la vez, el individuo que vive en el seno de una sociedad es sabedor de que obrar de un modo opuesto a la mayoría, a la opinión pública acarrea exponerse al reproche social, implica determinadas "sanciones" sociales: no reconocimiento, falta de consideración, ignorancia, indiferentismo. Todo ello es claramente recogido también por nuestro autor cuando afirma:

Los nombres de todas las pasiones más poderosas que manifiesta la naturaleza humana son nombres que reflejan sólo una parte de lo que se ha derivado en gran medida de lo que aquí llamo las presiones de la opinión pública: el deseo de gloria, el deseo de alabanza y admiración, el de ser respetados y considerados [...]. El miedo al ridículo, a la mala reputación o a ser desdeñados u odiados son formas simples y directas de su poder de coacción. Pero ese poder coactivo que surge de considerar los sentimientos desfavorables que la humanidad puede tener hacia nosotros no consiste únicamente en el dolor de saber que somos objeto de esos sentimientos, sino que también incluye el temor a los castigos que pueden seguirse: la exclusión del trato social y de las innumerables ayudas que los seres humanos necesitan de sus prójimos²¹⁰.

De donde se sigue que todos necesitamos de todos. Por otro lado, Mill entiende que la importancia de la opinión pública es determinante en algunos aspectos para el individuo. Mill aprecia por un lado lo que son nuestros

²¹⁰ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, pp. 51-52.

intereses particulares, propios de cada individuo; y, por otro, los intereses sociales o de todos. Sobre los intereses particulares el individuo puede estar muy determinado por la fuerza de la opinión pública; y en tanto determinado puede verse menguado en su libertad. Pero en lo tocante a lo social si quienes se preocupan de trabajar por el bien de todos usan bien la razón y su voluntad es recta, al igual que sus sentimientos, entonces no parece que haya tanta determinación. Es curioso notar cómo en ambos casos el aspecto del sentimiento es fundamental; así nos dice Mill:

Por otra parte, la influencia de la opinión pública tiene enorme importancia en todo lo que atañe a lo que comúnmente llamamos nuestras ambiciones personales. Los objetos de la ambición social pueden sólo obtenerse mediante la buena opinión y la favorable disposición de otras criaturas humanas que viven junto a nosotros. (...). Tal es la influencia de la autoridad de la opinión pública, que hay que ser una persona de calidad excepcional para convencerse de estar en lo cierto aunque el mundo piense lo contrario. (...). En todos los asuntos humanos, los sentimientos de nuestros prójimos constituyen, de un modo u otro, la motivación predominante²¹¹.

Qué importante resulta, pues, el papel de los buenos sentimientos y la buena disposición; buenos sentimientos y buena disposición que surgen desde una educación que permita construir, desde los actos que realiza, un ser virtuoso.

²¹¹ o. c., pp. 52-53.

**CAPÍTULO 3: MORAL Y VIRTUD: EL
HOMBRE VIRTUOSO**

3.1.- La Virtud.

En la ética de Stuart Mill el elemento de la virtud es concebido como algo que no hay que desear por un interés, sino por sí misma²¹². Pero por qué hay que desear la virtud por sí misma. Sencillamente porque Stuart Mill hace una crítica de la sociedad de su época como una sociedad materializada, con excesiva fe en la ciencia y tecnología, que lo que busca es sólo el éxito material, el interés propio o el placer propio²¹³. Ante esta situación, Mill ve cada vez más necesario recurrir a una solución que forme el carácter de los individuos y despierte las virtudes dormidas de las clases más elevadas. Este cambio de meta viene determinado por el cultivo de uno mismo, como dice Mill: "Cultivo interno del individuo como una de las primeras necesidades del bienestar humano"²¹⁴. Así, Mill coloca el ideal del cultivo propio como meta final a la que tiende toda sociedad y todo progreso. A su vez, la virtud

²¹² Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 91.

²¹³ Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, p. 50. En esta obra y en esta página, Mill critica a su mentor el cual entendía que lo único que movía a actuar a las personas era la búsqueda de su propio placer y que la simpatía (*sympathy* lo llama Mill) no era adecuada para una acción virtuosa, en tanto que Mill entiende que la simpatía perfila los caracteres humanos y estando presente en nuestro actuar hace a la acción virtuosa. Más adelante en esta obra (p. 52) Mill se muestra más crítico aún con Bentham al afirmar: "las deficiencias de un sistema de ética que no pretende ayudar a los individuos en la formación de su propio carácter; que no admite que haya un deseo de cultivar la propia persona". De todas formas la simpatía que alude Mill forma parte del ámbito de lo emotivo y de los sentimientos, y mientras Mill defiende los sentimientos, su padre, James Mill, y su mentor, Bentham, se muestran contrarios a los sentimientos y todo lo que tenga que ver con ello, por ejemplo la poesía, sobre la cual Bentham -según Mill- afirma: "toda poesía es una desfiguración", en esta misma obra en p. 88.

²¹⁴ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 149.

constituye el recurso indispensable para la consecución de este ideal social. Esa necesidad de formar los caracteres de los individuos nos apunta hacia el papel fundamental que juega la educación en el pensamiento de Stuart Mill cara a cultivar la virtud individual. El cultivo del interior del individuo con el objeto de perfilar a una persona en sus mejores talentos es algo que parece que en el pensamiento de nuestro autor pasa necesariamente por la instrucción y la educación.

Desde esta perspectiva, los moralistas del utilitarismo, y Mill con ellos, ponen la virtud a la cabeza de las cosas que son buenas en tanto que medios para un fin. Y la ven como única solución que permite al hombre perfeccionarse individualmente. Además los moralistas utilitaristas reconocen como fenómeno psicológico la posibilidad de que la virtud sea para la persona humana un bien en sí mismo. Así mismo, los utilitaristas conexionan psicología con virtud, porque entienden que el estado de ánimo no es correcto si no se da amor a la virtud, entendida como algo deseable en sí mismo. Y esto no implica abandono del principio de felicidad, puesto que los componentes de ésta son variados y cada uno de ellos es deseable en sí mismo²¹⁵.

Plantea así Mill la cuestión de si la virtud es parte del fin, es fin en sí mismo, o si puede llegar a ser parte del fin. Sobre esta cuestión John Stuart Mill entiende la virtud, de acuerdo con los dictados del utilitarismo, como algo que no es parte del fin. Pero ese parecer no es

²¹⁵ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 92. Cuando Mill está afirmando que la felicidad es un compendio de diversos elementos, siendo deseables ellos en sí mismos, pone de manifiesto un concepto de felicidad, entendida como abreviatura de un conjunto.

absoluto, esto es, la virtud puede llegar a ser parte de ese fin, sobremanera si tenemos en cuenta a aquellos que desean la virtud por sí misma, que la identifican con su felicidad:

La virtud, conforme con la doctrina utilitarista, no es natural y originariamente parte del fin, pero es susceptible de llegar a serlo. En aquellos que la aman desinteresadamente ya lo es, deseándola y apreciándola no como medio para la felicidad, sino como parte de su felicidad²¹⁶.

De sus palabras parece desprenderse que Mill trata un viejo problema en ética, el de la virtud en lo tocante a si es enseñable o no; antigua cuestión ya abordada por los sofistas. Parece que en nuestro autor, la virtud sea enseñable.

Frente a la virtud que es también una disposición que se pretende el individuo vaya alcanzando, se encuentra su contrario, el vicio moral, que es conveniente que el individuo abandone o no se salpique de él. Sobre qué es el vicio, el mal, resulta muy iluminador el testimonio de Stuart Mill:

La disposición a la crueldad; la malicia y la mala condición; la que es la más odiosa de todas las pasiones y la más antisocial, la envidia; la hipocresía, la falta de sinceridad, la irascibilidad sin motivos suficientes y el resentimiento desproporcionado a la provocación; la pasión de dominar a los demás, el deseo de acaparar más de lo que a uno pertenece (la *πλεονεξία* de los griegos), el orgullo que consigue satisfacción en la inferioridad

²¹⁶ o. c., p. 92.

de los demás, el egoísmo que pone a uno y a sus intereses por encima de todas las cosas del mundo, y que decide en su favor cualquier cuestión dudosa, todos ellos son vicios morales que constituyen un carácter moral malo y odioso²¹⁷.

De un mal carácter, en el sentido moral, no se puede seguir la existencia de felicidad y sí desdicha en el individuo. Así, se deja ver en nuestro autor cómo virtud y felicidad van unidas. Y por si hubiese dudas al respecto, nos aporta ejemplos de ello. Nos habla Mill de aspectos que en su origen no son más deseables que otras cosas. Por ejemplo el dinero o el poder. Y sin embargo resulta que esos aspectos primero aparecen como medios para obtener un fin, pero posteriormente la persona individual los desea por sí mismos, como parte del fin que desea:

No hay nada originariamente que haga al dinero más deseable que a cualquier montón de guijarros brillantes. Su valor radica únicamente en el de las cosas que con él se pueden adquirir [...]. Sin embargo, el amor al dinero no es sólo una de las fuerzas más poderosas que mueven al hombre, sino que el dinero es, en muchos casos, deseado en o por sí mismo. El deseo de poseerlo es, a menudo, más fuerte que el deseo de utilizarlo, y continúa incrementando cuando se desvanecen todos los deseos que apuntan a fines que le trascienden o que son conseguidos por su mediación. Puede decirse, pues, en verdad, que el dinero no es deseado con vistas a un fin, sino que es parte de dicho fin. De constituir un medio para la felicidad, se ha convertido a sí mismo en el principal constituyente de la concepción que un individuo se forma de la felicidad²¹⁸.

²¹⁷ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 157.

²¹⁸ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 93.

De este modo vemos cómo para el hijo de James Mill la felicidad no es un ente abstracto. No, es algo concreto que está compuesto por distintas partes. Esas partes son el medio para obtener un fin. Pero después esos elementos se tornan en partes del fin, deseables por sí mismas; y la doctrina utilitarista está de acuerdo con este enfoque. Pero ¿por qué esos elementos que primero nos son indiferentes, más tarde se nos vuelven apetitosos, atractivos y deseables? Sencillamente porque el velo de la indiferencia se les cae ante nosotros; y entonces aparece la categoría "importancia". Esos elementos, medios para la felicidad, se nos vuelven importantes y nos atraen porque el individuo descubre que esos aspectos (dinero, poder, fama) son deseables por sí mismos, medios para un fin. Esta es la razón. Si no fuera por ella, esos aspectos resultarían indiferentes para el individuo. Pero ese deseo que se despierta en la persona le hace descubrir su importancia:

La felicidad no es una idea abstracta, sino un todo concreto y éstas son algunas de sus partes. El criterio utilitarista sanciona y aprueba que así sea. La vida sería algo muy pobre a falta de esta disposición de la naturaleza, mediante la cual cosas que en principio eran indiferentes, pero que conducían a, o estaban asociadas en algún otro sentido con, la satisfacción de nuestros deseos primitivos, se convierten ellas mismas en fuentes de placer más valiosas que los placeres primitivos²¹⁹.

²¹⁹ o. c., p. 94. Del mismo modo, id., *Autobiografía*, p. 148, Mill apunta a la felicidad como el fin que se persigue en la vida; y señala que sólo son felices los que fijan su mente en la felicidad de los otros, en la mejora de la humanidad, queriendo decir con ello que, en tanto que apuntamos hacia otra cosa, se encuentra la felicidad; y que

De ese estilo sería concebida la virtud para los utilitaristas, esto es, como un bien que empieza siendo deseable como medio para alcanzar un fin y que termina siendo deseable por sí mismo como parte del fin. La virtud en Mill -nótese que igual que la felicidad- implica producción de placer y huída o protección frente al dolor²²⁰. La virtud ha de ser cultivada por el hombre porque ella no tiene un origen natural en el individuo, como también opina, con mucha anterioridad, Aristóteles. Así, si el hombre cultiva la virtud, ello redundará en beneficio de los demás. El hombre que cultiva la virtud es un hombre preocupado por el interés del resto. Se produce así una conexión entre los intereses del individuo (virtudes individuales) y los de la sociedad (virtudes sociales), desde las virtudes del individuo y las virtudes que podemos llamar públicas. Se trataría de buscar la compatibilidad de los intereses del individuo con los de la sociedad, de conectar los intereses individuales y colectivos²²¹.

Pero para cultivar la virtud es necesario un proceso educativo que vaya encaminando lo mejor de cada individuo y sacándolo al exterior para beneficio propio y de los demás. En este sentido, Mill vio con claridad que la lectura y la admiración de las vidas heroicas era una forma adecuada de educar y estimular la virtud. Por ello en la *Autobiografía* afirmará:

las satisfacciones de la vida hay que tomarlas más bien de pasada y no absolutizarlas, porque entonces no somos felices.

²²⁰ o. c., p. 95.

²²¹ Véase también J. GARCÍA AÑÓN, *Libertad, Diversidad y Conflictos culturales*, p. 45, el cual también conviene en la afirmación que apunto arriba.

Aún a la muy temprana edad en que leí con él [mi padre] las *Memorabilia* de Jenofonte, adquirí, en aquella obra y por sus comentarios, un profundo respeto para el carácter de Sócrates, que se mantuvo en mí espíritu como un modelo de excelencia ideal. Y recuerdo bien cómo me inculcó mi padre en aquella época las enseñanzas de la lección de Hércules²²².

Realmente Stuart Mill considera no sólo las biografías de personas excelentes como elemento pedagógico, también comprende que la virtud es alcanzable desde la vía de la educación. En este sentido su punto de partida es el beneficio común, el que los hombres estamos todos llamados a hacernos mutuo bien unos a otros. Es desde esta praxis cómo realmente el individuo se desarrolla humanamente y camina hacia la felicidad. La educación juega un papel fundamental, una vez más, cara cultivar las virtudes de cada persona y las sociales:

Es asunto de la educación el cultivarlas [las virtudes] a todas por igual. Pero la educación misma procede por convicción, persuasión, así como por obligación; y solamente por los dos primeros medios, una vez terminado el periodo de educación, deberían inculcarse las virtudes individuales. Los hombres deben ayudarse, los unos a los otros, a distinguir lo mejor de lo peor, y a prestarse apoyo mutuo para elegir lo primero y evitar lo segundo. Ellos deberían estimularse mutua y perpetuamente a un creciente ejercicio de sus más nobles facultades, a

²²² Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 68. En este texto, Mill nos hace ver que la temprana lectura del mito de Hércules influyó en su carácter y supuso la base del ideal de la buena sociedad, que perseguiría a lo largo de su vida. Así mismo es importante la influencia que en él ejerce el relato de Heracles ante la virtud y la maldad.

una dirección creciente de sus sentimientos y propósitos hacia lo prudente en vez de hacia lo necio²²³

Con todos estos dictados está de acuerdo el utilitarismo y también Mill, subrayando la importancia de las virtudes sociales sobre las individuales; y entonces las virtudes sociales son una especie de segunda naturaleza. Por lo tanto, dado que la virtud no es connatural a la naturaleza humana, el utilitarismo interpela al individuo a que la ame, porque la virtud es elemento básico de la felicidad²²⁴. El argumento de Mill es claro: la felicidad implica búsqueda de placer y huída del dolor. La virtud es concebida como productora de placer y protectora del dolor. Por lo tanto, la virtud ha de ser amada y practicada porque conduce a la felicidad. En fin, que el individuo por naturaleza no es virtuoso; pero puede llegar a serlo desde la vía educativa

3.2.- Voluntad, deseos y hábitos.

Anteriormente hemos apuntado la conexión que hay entre virtud y felicidad. Pero para Mill la naturaleza humana desea la felicidad, la libertad como un bien supremo. Ahora Mill conecta también con la felicidad otros conceptos como voluntad, deseo y hábito. En este aspecto es importante tener presente que frente a la corriente moral de su época que consideraba negativamente los impulsos y deseos por pertenecer a una esfera pecaminosa, Stuart Mill los valora en positivo, cosa esta normal si tenemos en cuenta la idea de individuo que maneja, que ya expusimos en el primer capítulo. En síntesis, el individuo posee una riqueza

²²³ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 153.

²²⁴ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 95.

interior que hay que ir formando. Desde aquí los deseos son buenos. Así lo expresa el operario de la Compañía de Indias Orientales:

Los impulsos, los deseos ocupan tan alto puesto en el ser humano como las creencias y las abstenciones. Los fuertes impulsos no resultan peligrosos más que cuando no están equilibrados²²⁵.

La diferenciación que se ofrece de estas categorías en Mill es importante. Concibe la voluntad como una categoría antropológica cuyas características son la dinamicidad y la actividad, con lo cual la voluntad necesita de la libertad. Además la voluntad no tiene una génesis propia, sino que ella es originada por el deseo. Pero de ello no se deduce que exista dependencia de la voluntad frente al deseo. No, la voluntad perfectamente se puede emancipar; esa emancipación parece que llega desde la educación y la libertad, por eso el propio Stuart Mill afirma que: "El objeto de la educación moral es la educación de la voluntad: pero la voluntad sólo puede ser educada a través de los deseos y las aversiones"²²⁶; y así se lograría vincular la voluntad, desprendida del deseo instintivo, con la virtud.

Por su parte, la categoría del deseo se caracteriza por vincularse al mundo de los sentidos y al rasgo de lo estático, no dinámico. Es realmente el deseo quien produce la voluntad. Parece en Mill que la categoría voluntad es más racional y fría; y el deseo más impulsivo e instintivo. Al fin entra en juego el hábito que es el que hace que en

²²⁵ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 125.

²²⁶ Cfr. J. S. MILL, *An examination of William Hamilton's philosophy*, p. 505.

ocasiones, cuando ese hábito ha sido adquirido, el individuo pase de querer un objetivo porque lo desea a desearlo porque la voluntad, el querer es más fuerte:

La voluntad (*will*), el fenómeno activo, es algo distinto del deseo, estado de sensibilidad pasiva, y aún siendo originariamente un producto de éste, puede con el tiempo tomar vida propia y separarse de su progenitor, hasta tal punto que en el caso de los fines habituales en vez de quererlos (*will*) porque los deseamos (*desire*), a menudo los deseamos porque los queremos. Esto no es sino un ejemplo del hecho bien conocido de la fuerza del hábito²²⁷.

Se puede concluir, por lo expuesto, que en Mill la voluntad es modelada, desde la educación, por el hábito y eso hace que el individuo pueda querer algo gracias a ese hábito adquirido. Esta idea lleva implícita la referencia al fortalecimiento de la voluntad desde la educación, lo cual traerá consigo un individuo que obre no por instinto y sí por libertad. ¿Cómo se logra que la voluntad desee algo porque lo quiere?. En definitiva, ¿cómo se logra que la voluntad esté presidida por la virtud?. Al respecto Mill es muy claro y es quien mejor puede contestar:

Haciendo que el individuo contemple la virtud como algo placentero, o que vea su carencia como algo doloroso. Sólo se consigue impulsar a tal voluntad a ser virtuosa asociando la actuación debida con el placer y la indebida con el dolor, y destacando,

²²⁷ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 97. También id., *Autobiografía*, p. 222, el hábito junto con la educación y el cultivo de los sentimientos es el que logra que un individuo trabaje por su comunidad con la misma intensidad con que trabaja por él. El obstáculo que impide esto en las sociedades es, para Mill, el egoísmo como elemento configurador del carácter del individuo.

trayendo a primer plano, el placer. Voluntad que, una vez así asentada, actuará, a partir de entonces, sin tener que tomar en consideración ni el placer ni el dolor²²⁸.

De las palabras de Mill se desprende implícitamente que la educación moral juega un papel fundamental en el orden a fortalecer nuestra voluntad, la cual tiene que apoyarse en la libertad y la disciplina. Se puede apreciar que esa asociación de la acción con el placer o con el dolor es un ejercicio instructivo y pedagógico. La educación de la voluntad se encamina a hacer que el hábito adquirido por el individuo le permita actuar libremente desde la razón y no esclavizadamente desde la pasión sin más. Parece que en Mill dado que el hombre es una criatura de costumbres y ritos, lo deseable es que el hábito que determine su vida sea el de la razón, que es el de la libertad, y no otro.

Por todo ello, en Mill la voluntad está llamada, por naturaleza, a cultivar la virtud, porque ésta implica felicidad. Pero para ello la voluntad debe sacudirse su oscuro origen en el deseo y entregarse al hábito que la irá acrisolando hasta hacerla virtuosa. Por lo tanto, el hábito es, como Mill afirma, "lo único que proporciona seguridad"²²⁹; seguridad que el hombre -naturaleza compuesta por emociones, sentimientos- busca siempre porque es inseguro e indeciso por naturaleza. Y ello le hace cometer en ocasiones desvaríos. El hábito va ligado a los sentimientos y conductas humanas, los cuales son importantes para cada individuo particular y para los demás; porque a través de nuestros sentimientos y conductas

²²⁸ o. c., p. 98.

²²⁹ o. c., p. 99.

manifestamos nuestro genio. Y en esa manifestación nos jugamos el beneficio propio y el de los demás. Por eso la voluntad cultivada por el hábito es muy importante para poder mostrarnos con sentimientos y conductas ejemplares:

Es a causa de la importancia que tiene para los demás el poder confiar absolutamente en los sentimientos y conducta de una persona, y de la importancia que tiene para uno mismo el poder confiar en sus sentimientos y conducta propios, por lo que la voluntad de obrar correctamente debe ser cultivada de acuerdo con esta independencia habitual²³⁰.

Por ello se puede entender que el cultivo de la voluntad pasa por la educación moral de la misma en el deseo de lo correcto. Por tanto ¿puede llegar a ser un individuo virtuoso? Parece que sí, según Mill; y lo parece gracias a la influencia de la educación moral; es ésta la que contribuye notablemente a que los individuos sean virtuosos, como Mill dice a que tengan excelencia moral²³¹.

²³⁰ o. c., p. 99.

²³¹ Cfr. J. S. MILL, *Perfectibility, Journals and Debating*, pp. 430-431. Mill afirma en su discurso de 2 de mayo de 1828 lo siguiente: "There have been virtuous men: Now, what made them virtuous? [...]. It is to the original influence of good moral education, in their earley years, and the insensible influence of the world[...]. It is distinctly proved that these two force, education and public opinión, when they are both of them brought fairly into play, and made to act in harmony with one another, are capable of producing high moral excellence". Sobre esta afirmación que recojo en el texto véase también F. MÚGICA, *John Stuart Mill, lector de Tocqueville I*, pp. 26-27, donde también este autor opina así.

3.3.- Virtud y Felicidad.

El principio de utilidad es la base de la ética de Stuart Mill, ética utilitarista y teleológica²³². Se trata de un principio en el orden moral que trata de casar virtud y felicidad. La virtud, porque al buscar la mayor felicidad para el máximo posible de individuos propicia que los individuos sean virtuosos; la felicidad, porque es el fin de toda acción libre y humana.

Mill entiende que la propia utilidad incluye la idea de placer en cualquiera de sus manifestaciones, siendo este hecho algo constatable a lo largo de la historia de la filosofía y del pensamiento. Así, en Mill, la ecuación "utilidad = placer" es siempre correcta. A la vez que niega oposición entre ambos conceptos e incluso yendo más lejos estima que el principio de la mayor felicidad guarda relación con conceptos como "agradable" u "ornamental":

Quienes saben algo del asunto están enterados de que todos los autores, desde Epicuro hasta Bentham, que mantuvieron la teoría de la utilidad, entendían por ella no algo que ha de contraponerse al placer, sino el propio placer junto con la liberación del dolor y que en lugar de oponer lo útil a lo agradable o a lo ornamental, han declarado siempre que lo útil significa, entre otras, estas cosas²³³.

Dado que Mill entiende el principio de utilidad como fundamento de la moral, desde esta aceptación serán acciones correctas las que promuevan la felicidad e incorrectas las que la menoscaben, entendiéndose además Mill

²³² Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 95. Muy joven, Mill ya adoptó este principio como base ética y política.

²³³ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 45.

por felicidad placer y ausencia de dolor; y por infelicidad, dolor y falta de placer²³⁴. Ahora bien, hemos de apuntar que el utilitarismo, que subraya el concepto de placer y éste como fin fundamental de la vida en sí misma, ha provocado críticas a la ética utilitarista, cuya raíz se encuentra en el clasicismo griego. Esa crítica identifica el hedonismo epicúreo, más individual, con una doctrina de puercos; y lo mismo el hedonismo más social de Mill²³⁵. Frente a esta visión el propio Mill sale al paso de las críticas de su época, estableciendo ya en cualquier teoría vital epicúrea la superioridad de los placeres mentales frente a los de las sensaciones:

No existe ninguna teoría conocida de la vida epicúrea que no asigne a los placeres del intelecto, de los sentimientos y de la imaginación, y de los sentimientos morales, un valor mucho más elevado en cuanto placeres que a los de la pura sensación²³⁶.

Esta afirmación que hace nuestro autor objeto de investigación, pone de manifiesto que la diferenciación entre placeres de mayor y menor cualidad es algo no gratuito ni tampoco algo superfluo en el hedonismo universalista que muestra *El Utilitarismo*. Muy al contrario, se trata de un matiz compartido por la práctica totalidad de las concepciones hedonistas. Incluso más aún, Mill entiende que del mismo modo que en la vida existen cosas que poseen un rango en función de la categoría cantidad, no es menos cierto que la categoría cualidad deviene fundamental en el principio de utilidad; y en concreto a la hora de catalogar los placeres, siendo unos

²³⁴ o. c., p. 46.

²³⁵ o. c., p. 46.

²³⁶ o. c., p. 47. El propio Mill establece que los utilitaristas defienden superioridad entre placeres mentales y los corporales.

más deseables y valiosos que otros²³⁷. Precisamente sobre esta cuestión de anteponer unos a otros, Mill es rotundo al entender que el utilitarismo entiende de mayor rango los placeres que tienen que ver con el intelecto que los que tienen relación con lo corpóreo. Y ello en razón de la persistencia, menor costo y seguridad que tienen los placeres de tipo intelectual²³⁸.

Es claro, por todo lo antes expuesto, que el individuo que Mill postula quiere ser feliz y tiende a buscar esa felicidad no sólo para él sino para la mayor cantidad de personas porque eso le hará feliz. Claramente lo expresa: "En general, una persona que se preocupa por la otra gente, por su país, o por el género humano, es más feliz que otra que no se preocupa"²³⁹. Pero también hay que afirmar que la persona en Mill, aún estando equipada para cultivar y potenciar los buenos sentimientos y sus mejores talentos con objeto de buscar la felicidad, no siempre se ve rodeada

²³⁷ o. c., p. 48. Esta cuestión de la cualidad es la corrección que John Stuart Mill le hace a su mentor, Jeremy Bentham, quien sólo tenía en cuenta la cuestión de la cantidad a la hora de catalogar los placeres. Es el punto que más distancia al discípulo del maestro.

²³⁸ o. c., p. 47.

²³⁹ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, p. 146. Que el individuo tiende a ser feliz, por naturaleza, será más adelante en id. *El Utilitarismo*, p. 90 abordado por nuestro autor, quien para dar razón de por qué hay que buscar la felicidad general, contestará desde un hedonismo psicológico, afirmando que la única razón que existe para afirmar esto es el hecho incontrovertible de que el individuo quiere, desea su propia felicidad en la medida que le es alcanzable. Esta misma idea vuelve a estar presente en esta obra en p. 96, cuando trata la cuestión de la virtud, y vuelve a ofrecernos una argumentación psicológica, apuntando a la autoobservación y a la autorreflexión para dilucidar si realmente el individuo no desea otra cosa que la felicidad, cuestión ésta que pertenece al mundo de la experiencia.

de los ambientes y circunstancias más propicias para realizarse de ese modo.

Podemos aseverar sin temor a error en este sentido que Mill ve al individuo como a un ser preparado para esparcir y multiplicar sus buenos sentimientos y características. Pero ese ejercicio de esparcimiento va a estar determinado por las circunstancias personales que rodeen a la persona. Es decir, todos somos capaces de lo mejor, de cultivar los buenos sentimientos. Pero el problema ante esto es que las circunstancias no nos sean propicias, en cuyo caso nos encontramos con individuos más desafortunados y con una existencia menos feliz o incluso infeliz, desgraciada y que puede salpicar a quienes rodea:

La capacidad para los sentimientos más nobles es, en la mayoría de los seres, una planta muy tierna, que muere con facilidad, no sólo a causa de influencias hostiles sino por la simple carencia de sustento; y en la mayoría de las personas jóvenes se desvanece rápidamente cuando las ocupaciones a que les ha llevado su posición en la vida o en la sociedad en la que se han visto arrojados no han favorecido el que mantengan en ejercicio esa capacidad más elevada. Los hombres pierden sus gustos intelectuales, por no tener tiempo ni oportunidad de dedicarse a ellos²⁴⁰.

Sobre la influencia de las circunstancias en ese ejercicio de expandir los sentimientos nobles y sobre cómo

²⁴⁰ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 52. También id., *Autobiografía*, p. 119 se aprecia esta cuestión de las circunstancias en Mill como proveniente de la educación psicológica recibida por su padre, considerando que la formación de todo carácter humano estaba perfilada por las circunstancias.

sobreponerse a ellas y a los avatares de la vida, Mill nos ofrece en *Autobiografía* una receta que merece la pena ser destacada, donde se combinan placer, felicidad e infelicidad, no exentos de estoicismo:

Aprendí cómo lograr lo más posible cuando no podía conseguirse todo; en vez de indignarme o desanimarme cuando las cosas no salían enteramente como yo quería, supe conformarme e, incluso, animarme cuando siquiera una parte mínima resultaba conforme a mis deseos; y cuando ni eso llegaba a alcanzar, aprendí también a soportar con absoluta calma la derrota completa. A lo largo de la vida me he dado cuenta de que estas adquisiciones son de la máxima importancia para conseguir la felicidad personal, y de que también son muy necesarias para hacer que un hombre, ya sea un teórico o un pragmático, pueda causar la mayor cantidad de bien que le permitan las circunstancias²⁴¹

Esos sentimientos nobles son tan importantes en la filosofía milliana que él mismo ve claramente la necesidad de potenciar las dimensiones más nobles de las personas en aras del beneficio común de toda la sociedad. Se trata, en definitiva, de tener un mayor conocimiento de la formación del carácter de los individuos y también de las consecuencias de las acciones sobre el estado de ánimo del individuo. Podemos afirmar que en la ética utilitarista, ésta alcanza sus metas sólo cuando hay una tarea de promoción de esos buenos sentimientos de nobleza:

²⁴¹ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 101.

El utilitarismo, por consiguiente, sólo podrá alcanzar sus objetivos mediante el cultivo general de la nobleza de las personas²⁴².

Esa idea de cultivar de modo general la nobleza de las personas nos remite al hecho de que la ética tiene implicaciones educativas. Promocionar al máximo los buenos sentimientos de cada individuo, no es ni más ni menos otra cosa que promover la mayor felicidad posible, esto es, llevar a término el Principio de Mayor Felicidad, el cual nos llevará a una existencia en esta vida lo más libre de dolor que se pueda y lo más llena de placer que sea posible. Mill establece ese Principio de Mayor Felicidad como propio de la acción humana y, más aún, como criterio de moralidad en el actuar del individuo:

Conforme al Principio de la Mayor Felicidad, el fin último, con relación al cual y por el cual todas las demás cosas son deseables [...], es una existencia libre, en la medida de lo posible, de dolor y tan rica como sea posible en goces [...]. Dicho criterio es, de acuerdo con la opinión utilitarista, el fin de la acción humana; también constituye necesariamente el criterio de la moralidad, que puede definirse como "las reglas y preceptos de la conducta humana" mediante la observación de los cuales podrá asegurarse una existencia tal como se ha descrito, en la mayor medida posible, a todos los hombres²⁴³.

²⁴² Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, pp. 53-54. Véase también esta idea en id., *Bentham*, p. 84.

²⁴³ o. c., p. 54. Más adelante, en la misma obra (p. 91), se puede apreciar ese pensamiento de Mill que entiende la felicidad como un fin de la conducta humana y como un criterio moral, aunque no sea el único. De hecho ahí Mill entiende que la razón o requisito último que cumple el utilitarismo para ser aceptado es precisamente que la

De las palabras de Mill se colige que el principio de utilidad es el criterio moral, el fundamento de la moral. Ello parece encontrar correlato en el imperativo categórico kantiano, ya que ambos tienen pretensión de universalidad. Tal es ese Principio de Mayor Felicidad, que se le puede considerar como el auténtico elemento promotor de felicidad en cada persona. Ese principio es el que puede ayudar a conseguir la felicidad al individuo; y no los bienes materiales. Como dice Isaiah Berlin "Mill siguió creyendo que la felicidad era el único fin de la existencia humana"²⁴⁴. Hasta sucede que una vida satisfecha de toda materialidad puede resultar de lo más infeliz. Y frente a esto cabe cuestionarse cuál es la causa de la infelicidad en una vida aparentemente feliz gracias a todos esos bienes materiales. La causa radica en que quienes viven totalmente satisfechos a nivel material, pero despreocupados por los demás, son unos egoístas; y es el egoísmo una de las causas de la infelicidad en la persona humana. Y sucede al revés; quienes manifiestan sentimientos de solidaridad para con los demás, de entrega, son realmente felices. Ello porque la solidaridad forma parte indiscutible de la Mayor Felicidad. Por eso podemos afirmar que el principio utilitarista se erige así en promotor de la felicidad de la persona:

Cuando las personas que son tolerablemente afortunadas con relación a los bienes externos no

felicidad general es deseable en base a que cada individuo particular desea su propia felicidad. Es una especie de razón psicológica, basada en el hecho incontrovertible de que todo individuo si le es posible desea su felicidad. La idea de la felicidad como fin de la humanidad está presente en id., *Bentham*, p. 82, fin demasiado complejo que ha de conseguirse por medio de fines secundarios, según Mill.

²⁴⁴ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 285.

encuentran en la vida goce suficiente que la haga valiosa para ellos, la causa radica generalmente en la falta de preocupación por lo demás [...]. Aquellos que dejan tras de sí objetos de afecto personal, y especialmente aquellos que han cultivado un sentimiento de solidaridad respecto a los intereses colectivos de la humanidad, mantienen en la víspera de su muerte un interés tan vivo por la vida como en el esplendor de su juventud²⁴⁵.

Pero cultivar el sentimiento de solidaridad, del bien común, entraña tarea educativa. Es claro que la felicidad es el criterio moral en el utilitarismo. Pero también hay que mostrar una vez más que la felicidad del individuo y de la sociedad, en Mill guarda relación directa con el carácter de cada uno. Por eso el individuo, las sociedades alcanzan felicidad en la medida en que aceptan la diversidad, o como dice Isaiah Berlin:

Su idea de qué era lo que contribuía a la felicidad fue radicalmente distinta de la de sus educadores, ya que lo que más llegó a valorar no fue ni la racionalidad ni la satisfacción, sino la diversidad, la plasticidad y la plenitud de vida, la chispa indescriptible del genio individual, la espontaneidad y singularidad de un hombre, un grupo, una civilización.²⁴⁶

²⁴⁵ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, pp. 56-57. Esta misma idea de lo que proporciona felicidad al individuo está de nuevo presente en Mill cuando en la misma obra, más adelante (p. 95) acomete el tema de la virtud, allí explicará que el amor a ésta hace feliz al hombre y que el amor a lo material, al dinero le hace un ser nocivo y perjudica a los demás

²⁴⁶ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 285.

Pero también es cierto que existen quienes plantean objeción a Mill sobre el hecho de ser felices: ¿Está el individuo obligado a ser feliz, a buscar su placer y huir del dolor como máxima fundamental?. ¿Se puede renunciar a ser feliz?. Al respecto hay que señalar que el utilitarismo es tan sumamente tolerante que contempla la posibilidad de quienes renuncien a su felicidad por la de los demás. Lo que interesa de verás en el utilitarismo es la felicidad como concepto general, el bien común. Y si para ello es necesario que el individuo renuncie a su felicidad personal, en beneficio de la felicidad general, entonces Mill lo ve como algo noble en la persona²⁴⁷, puesto que el bien común es lo principal.

Dado que en el utilitarismo el objetivo fundamental es el bien común, Stuart Mill ofrecerá un argumento acerca de la consecución del mismo que se apoya en un doble pivote. Se hace necesario que las instituciones sociales hagan lo posible para armonizar el bien del individuo con el bien de la generalidad. Pero también es tarea de aquéllas el sensibilizar a los individuos en la identificación de la ecuación: bien general = bien individual. Esta pedagogía social que propone Mill es básica para lograr una sociedad máximamente feliz:

Como medio para alcanzar más aproximadamente este ideal, la utilidad recomendará, en primer término,

²⁴⁷ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 60. Es posible para Mill esta situación, en estados sociales imperfectos, y Mill alaba a quienes son capaces de renunciar a su felicidad personal en aras del bien común, pero siempre y cuando esa renuncia no sea un fin en sí misma, sino medio para el fin, que es la felicidad general. Con ello queda claro en el pensamiento de Mill que del hecho que un individuo pueda hacer algo no se sigue que deba hacerlo, es decir no se puede inferir del "es" el "deber ser".

que las leyes y organizaciones sociales armonicen en lo posible la felicidad o los intereses de cada individuo con los intereses del conjunto. En segundo lugar, que la educación y la opinión pública, que tienen un poder tan grande en la formación humana, utilicen de tal modo este poder que establezcan en la mente de todo individuo una asociación indisoluble entre su propia felicidad y el bien del conjunto²⁴⁸.

De donde se sigue nuevamente la necesidad de la educación en la dirección de la solidaridad. Esa armonización sólo parece que se puede dar si se tiene en cuenta la diversidad de caracteres, formas de pensar y demás de los individuos, esto es, si se tiene en cuenta una pluralidad. Habrá, pues, que procurar una educación que dé como resultado individuos virtuosos en estos aspectos.

Por otra parte es importante tener presente un concepto clásico de la ética como es el de virtud, ya reflexionado por otros filósofos antes que él, tales como los sofistas, Platón, Aristóteles, Kant. Parece relevante el tener presente que, pese a encontrarnos en el siglo XIX, el asunto de la virtud es de honda preocupación para nuestro autor. Así, da la sensación que Stuart Mill entiende la virtud como la entendió, por ejemplo, Sócrates; esto es, la entiende como algo que supone el cultivo interno del individuo, el explorarse interiormente. Mill concibe la virtud como algo que está en nuestro interior y se muestra crítico, como lo hiciera Sócrates frente a los sofistas, de que el ser humano de su tiempo esté más preocupado por el éxito material, por lo puramente externo

²⁴⁸ o. c., pp. 62-63. Mill defiende así una idea de felicidad basada en el pluralismo de valores. Frente a esta visión, véase F. ROSEN, *El hedonismo de John Stuart Mill*, p. 208, donde niega esto.

que se mete por los ojos y que no son más que imágenes o estereotipos que, es posible, disten mucho de la auténtica realidad.

Esa virtud, que mora en nuestro interior, sólo puede ejercitarse y alcanzarse desde la educación; una educación adecuada que permita que el individuo abandone su natural dimensión viciosa y se adentre en el cosmos de la virtud. Con todo, Stuart Mill distingue lo que son las virtudes individuales, propias de cada uno, y las virtudes sociales, que le resultan de mayor importancia porque si el ser humano las ama, las desea entonces ello redundará en beneficio común. Las virtudes todas ellas son objeto de la educación que ha de constituirse en herramienta para perfilar ciudadanos virtuosos, pero sobre todo para potenciar las virtudes de tipo social. Así pues, en el asunto de la virtud conectado con la educación podemos afirmar que Mill, frente, por ejemplo a Gorgias, acepta la posibilidad de enseñar la virtud.

Conectada con la virtud como algo interior, muy íntimo, muy perteneciente a ese reducto final de libertad que tiene el ser humano, está la voluntad que Mill entiende como mecanismo que nos permite alcanzar la virtud. Pero para que esto suceda es necesario que la voluntad se imponga al mero deseo que siempre se cierne sobre nosotros. Desde la educación es desde donde se puede conseguir que el individuo ejercite una voluntad que se imponga al mero apetito; una voluntad que pueda permitir al individuo alcanzar la felicidad. Incluso ideas como el deseo y el hábito son conceptuadas positivamente por Mill, frente a la tónica general de su época; los deseos e impulsos si son encauzados adecuadamente traerán beneficios.

Podemos afirmar que en ética Mill sostiene un criterio utilitarista que se inscribe en la idea de proporcionar la mayor felicidad al mayor número de individuos. En definitiva lo que pretende Mill en su ética no es ni más ni menos que ofrecer claves para alcanzar la felicidad, otro concepto capital cuando se quiere abordar el pensamiento moral de cualquier filósofo. Y es que la felicidad para Mill, como para tantos otros filósofos que le precedieron, es un aspecto fundamental a reflexionar. En este sentido se observa en Mill la preocupación por la felicidad del individuo, pero en el marco de la felicidad de la sociedad. Esa felicidad es tal si y sólo si acepta el rasgo distintivo de cada individuo, su genialidad, su originalidad. En suma, en Mill se observa que, una vez más, el elemento de la diversidad deviene fundamental para poder hablar de felicidad; en una sociedad reina la felicidad porque hay diversidad.

Hay que subrayar que para Mill el utilitarismo es una especie de fundamento moral, un criterio. Además, Mill se muestra en un talante moral que le circunscribe en el teleologismo, afirmando que todas nuestras acciones van encaminadas hacia un fin. Esa relación entre nuestras acciones y el fin que persiguen nos hace ver en nuestro autor que considere en el individuo una capacidad moral relacionada con el raciocinio. Es la razón la que conduce al individuo a fundar sus acciones en la utilidad de las mismas y así la utilidad aparece como fundamento de la moral.

Este fundamentar la moral desde una perspectiva utilitarista le hará mostrarse crítico con la moral cristiana, por entender que ésta realmente es una doble moral, lo cual le resulta bastante molesto a nuestro autor,

pues hace que el individuo viva en una situación de fractura permanente.

El individuo para Mill es un individuo moral ya que el ser humano está siempre actuando sobre todo cuanto le rodea. Aquí es crucial el notar que para John Stuart Mill el individuo al que ya hemos apuntado en ocasiones anteriores, es sobre todo libre, pero además no está solo; está en relación con los demás. De ahí que la ética en Mill nos apunte a la dimensión social del ser humano, esto es apunta sencillamente al Estado o sociedad en la que el individuo deberá encontrar la felicidad. Pero por otro lado, el individuo que propugna Mill es un individuo cuya esencia, como veremos más adelante, es la libertad, y libertad individual. Parece que en Mill, es en la sociedad donde el individuo disfruta de más libertad.

Con todo, lo que queremos concluir es que ese individuo en su dimensión ética o moral tiene que estar eligiendo, actuando siempre; y es necesario que tenga un criterio que no sea la fuerza de la costumbre, tradiciones o prejuicios, que minimizarían su libertad. En este aspecto es importante recordar el posicionamiento contrario de Mill frente al poder de la opinión pública puesto que puede sumir al individuo en la pura apariencia, cercenando su carácter y su esencia natural. Por lo tanto, el criterio tiene que ser la utilidad. Por eso su ética utilitarista, que es la que proporcionará al individuo asideros en los que poder sostenerse en su devenir en la vida y sobre todo en la vida individual y social con los demás, asideros que estarán también apoyados en actitudes tolerantes y respetuosas con los demás, por eso -digo- su ética utilitarista es una ética que vincula la felicidad con la justicia.

De esta forma, Stuart Mill se suscribe al marco de las éticas materiales y teleológicas. De este modo, Stuart Mill entiende que el individuo encuentra la felicidad dentro de una sociedad en la que impera una idea de justicia que promueve el mayor bien para el mayor número de personas. Así, podemos afirmar que en Mill hay algo de reminiscencia de la ética clásica de Platón o de Aristóteles.

La idea que parece desprenderse en Mill es que ese individuo que alcanza en la sociedad utilitaria y justa la felicidad es el que es realmente libre.

3.4.- Felicidad y Religión.

Hablar de la virtud desde la perspectiva puramente filosófica resultaría incompleto en nuestro autor, puesto que sería presentar un enfoque único de un concepto, por otro lado, clásico de la filosofía, pero considerado también por la religión. La virtud dice referencia a la felicidad, desde la filosofía; pero también es importante traer aquí el aspecto de la religión en relación con la felicidad del individuo. Y es importante porque nos hallamos ante un filósofo que siendo de tradición empirista, manifestándose claramente liberal en lo tocante a pensamiento, ideas, acción, sin embargo en lo referente al tema religioso se muestra mesurado con la misma. Es sabido que John Stuart Mill, influido en su formación y educación por su padre James Mill y por Jeremy Bentham, se posiciona en torno al tema de la religión en un sentido algo distinto en relación con sus antecesores y mentores, los cuales se muestran en términos combativos para con la religión. La postura del progenitor de Mill deja a la

religión en falso, hasta el punto de que John Stuart dice sobre su padre al respecto de la religión que

Le oí decir cien veces que todas las épocas y naciones habían representado a sus dioses como seres malvados, en progresión constantemente creciente; que la Humanidad ha ido añadiendo característica tras característica hasta alcanzar la idea más perfecta de la maldad que la mente del hombre pueda concebir, y que ha eso lo han llamado Dios y se han postrado a sus plantas²⁴⁹.

John Stuart Mill trata de poner a la religión en relación con el individuo y de buscarle un papel dentro de la libertad y felicidad del individuo. El individuo para Mill es feliz, entre otros aspectos, si puede expresarse libremente; si puede dejar fluir sus ideas, talento e ingenio libremente. Sólo así una sociedad puede ser realmente feliz. De esta forma aunque Mill no fue educado en creencia religiosa alguna, no compartía con su padre ni con Bentham la hostilidad hacia la religión. De hecho el propio Mill nos recuerda en *Autobiografía* cómo su padre en su repudio hacia lo religioso cree firmemente que la religión lo que hace es que el individuo que la profesa navegue en la más absoluta de las contradicciones intelectuales y de pensamiento, pues lo obliga a defender conceptos antagónicos:

La misma falta de rigor de pensamiento y la sumisión de la razón a miedos, deseos y afectos que les permite aceptar una teoría contradictoria en sus términos, les impide percibir las lógicas consecuencias de dicha teoría. Tal es la facilidad

²⁴⁹ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 63.

con que los hombres creen a un tiempo cosas que se contradicen entre sí²⁵⁰.

Lejos de esa visión tan negativa, para el joven Mill la religión, como el arte o la poesía, puede proporcionar al hombre ideas que trascienden las que de hecho le ofrece la vida humana; es más, Stuart Mill considera la religión como elemento importante e integrable dentro de la educación, lo cual llama la atención frente a la educación que él recibió. Tal es la postura de Mill frente a la religión en el ámbito educativo, que ya en pleno siglo XIX afirma que: "No habría ningún obstáculo a que se les enseñara [a los niños] religión, si sus padres lo querían, en las mismas escuelas en que se les enseñara las demás cosas"²⁵¹. O incluso llama la atención en el terreno educativo y de instrucción de la religión la afirmación milliana siguiente: "Tampoco existe objeción razonable a que un ateo sea examinado sobre las pruebas del cristianismo, siempre que no se le obligue a creer en ellas"²⁵².

Por lo tanto "el valor de la religión en el individuo como fuente de satisfacción personal y de elevados sentimientos ha sido y es algo indiscutible"²⁵³. Tan indiscutible parece este aserto para Mill que él mismo manifiesta que en el origen de la humanidad y durante mucho tiempo fue el mito, lo religioso, lo que hizo que el ser humano fuese entendiendo la realidad en que vivía. Bien es cierto que esta etapa cae, por el progreso de la razón. Pero también parece claro que la religión puede contribuir

²⁵⁰ o. c., p. 64.

²⁵¹ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 202.

²⁵² o. c., p. 202.

²⁵³ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 42.

a perfeccionar al individuo en su carácter, en su forma de ser y actuar. Por lo tanto, parece que eso también implicará al tejido social:

Así, la creencia en lo sobrenatural, que tan grandes servicios prestó en los momentos iniciales del desarrollo de la humanidad, no puede estimarse ahora como algo que se requiere ni para hacernos distinguir lo bueno de lo malo en la moral social, ni para darnos motivos para realizar el bien y evitar el mal. Una creencia de este tipo no es necesaria para los propósitos sociales, por lo menos cuanto éstos son considerados como algo separado del ser humano individual. Si las creencias sobrenaturales son de hecho necesarias para perfeccionar el carácter de individuo, también lo serán para lograr la máxima excelencia en la conducta social²⁵⁴.

En toda la reflexión que nos ofrece nuestro autor en torno a la religión él lo que pretende es sacarle partido a esta dimensión que reconoce en el ser humano. Se trata, pues, de ver si realmente el hecho religioso contribuye a perfilar al individuo y a la sociedad. Y si es así, entonces resultará que la religión es útil sencillamente porque contribuye a aumentar nuestra felicidad. Así, las creencias religiosas, los premios (el placer), la justicia divina, los castigos (el dolor), todos ellos aparecen como elementos insertos en la religión y lo que parece un hecho es que ese sentimiento está presente en el hombre. Por eso Mill pretende "explicar no su origen en las mentes rudas, sino su persistencia en las cultivadas"²⁵⁵. Es decir, para Mill es claro que las mentes más selectas y cultivadas, los

²⁵⁴ o. c., p. 69.

²⁵⁵ o. c., p. 71.

espíritus más nobles y libres albergan también la religión. A la vez, la religión tradicional incluye demasiadas normas constrictivas, numerosas prohibiciones. ¿Cómo casar eso con la libertad de espíritu?. Sólo si las creencias religiosas nos hacen más felices tiene sentido el incorporarlas - incluso desde la educación- al individuo.

Que las creencias religiosas nos pueden hacer la vida más placentera y menos dolorosa es algo que parece aceptar Mill siempre y cuando esas creencias ayuden a hacer a los individuos más libres en su pensamiento, en sus ideas, en su actuar, en su manifestarse, en su asociarse. Una vez más el eje de todo es la libertad individual, la de cada uno. Y por lo tanto esto lleva al bien común. Se trata por ello de que el elemento religioso, igual que el poético o el artístico, satisfaga la misma necesidad que tienen todos los individuos, esto es, "procurar ideas o conceptos más grandiosos y más bellos que los que vemos realizarse en la vida prosaica de los hombres"²⁵⁶. Es por medio de esas ideas y de su circulación y expresión libre como se puede lograr individuos libres y sociedades más libres y felices. Así, en el pensamiento milliano resulta que la religión aparece como "producto de un hambre por saber si esas concepciones imaginativas se corresponden con otras realidades que existen en otro mundo distinto del nuestro"²⁵⁷. Es el ansia de conocimiento por parte del individuo, su dimensión filosófica, que le impele a querer saber y conocer la esencia de las cosas, lo que hace de la religión un elemento para Mill nada desdeñable, si contribuye a colmar ese deseo del hombre y lo colma adecuadamente.

²⁵⁶ o. c., p. 73.

²⁵⁷ o. c., p. 73.

Así pues, con ello podemos afirmar que la religión es considerada por Mill como actividad práctica, capaz de producir en el ánimo estados de felicidad o de desdicha. Es decir, la religión termina siendo una fuente de placer o de dolor moral. Para Mill siempre en nuestra acción hay que tener presente en el horizonte el que esa acción proporcione felicidad todo lo más que se pueda y el menor dolor posible. Ello hace que en el individuo exista por naturaleza una capacidad de querer progresar y mejorar, que le lleva a querer satisfacer cualquier demanda de sus aspiraciones siempre y cuando éstas sean razonables y no perjudiquen a nadie.

Además, para Mill la religión tiene ese sentido de utilidad que hemos indicado más arriba. Y es posible creer en algo siempre y cuando la religión en cuestión apunte hacia algo beneficioso y agradable. Y en este sentido para Mill la libertad del individuo y todas las connotaciones que ella implica suponen un elemento de felicidad, de belleza, de utilidad. Si la religión lo que hace es amedrentar, infundir temor, entonces lo que sucederá es que los individuos se volverán temerosos e individualistas, narcisistas, preocupados de sí mismos y no del interés general. Sólo si la religión implica preceptos beneficiosos es adecuado y laudable el seguir esas creencias. Algo así parece expresar nuestro autor cuando afirma:

Indudablemente es posible adorar con la más intensa devoción a cualquier deidad, tanto a la de la naturaleza como a la del Evangelio. Pero esto sólo puede lograrse fijando la atención exclusivamente en lo que de bello y beneficioso hay en los preceptos y en el espíritu del Evangelio y en los dones de la

naturaleza, dejando enteramente de lado todo lo que es su contrario, como si no existiera en absoluto²⁵⁸.

De ahí es de donde parece seguirse la crítica a la religión por parte de Mill; pero también al elemento del castigo en la religión que plantea Mill, y que tal como recoge el fragmento anterior es conveniente dejar totalmente de lado el castigo²⁵⁹.

El castigo es visto como dolor, frente al premio que sería lo placentero. La doctrina utilitarista pretende la mayor felicidad para el mayor número de individuos; y de ello se colige que la religión lo que tiene que pretender en los individuos es que éstos obtengan el máximo de placer o beneficios y el mínimo o nulo dolor o castigo. Si el miedo al castigo que tanto pregonan las religiones termina por apoderarse de las mentes de los individuos, incluso de los que más talento muestran, sucederá que los individuos de una sociedad se verán afectados en su comportamiento, en la expresión de sus ideas, de sus pensamientos, en suma, de su libertad; se verán tan afectados que serán individuos miedosos, temerosos, cobardes y egoístas, que vivirán su creencia y su existencia sólo preocupados por su salvación. Vivirán egoístamente preocupados sólo de sí mismos y se olvidarán del bien común, de la sociedad; y de que su papel en su vida es el de contribuir al bienestar de las generaciones siguientes. En esta situación, estamos ante una sociedad pobre espiritual, moral y materialmente, ante un conjunto de individuos no libres y sí domeñados. Leamos con atención lo que Mill apunta sobre esto:

²⁵⁸ o. c., pp. 87-88.

²⁵⁹ En este aspecto Mill habla de lo que es contrario a los preceptos beneficiosos.

Esos otros hombres que están apegados a su propio yo, que son incapaces de identificarse con ninguna otra cosa que les sobreviva, o de sentir que su vida se prolonga en las jóvenes generaciones y en todos aquellos que ayudan a continuar el movimiento progresivo de los asuntos humanos, necesitan tener la noción de otra vida egoísta más allá de la tumba para poder conservar algún interés en la existencia, ya que la vida presente, conforme va llegando a su fin, se desvanece en algo demasiado insignificante como para que puede merecer atención alguna²⁶⁰.

En una situación así, tal es el egoísmo y el miedo, que hace que todo lo demás -incluida la convivencia social- sea un medio para ello. Todo ello repercute en que el individuo, que no es libre, pierda el horizonte de lo que es realmente él: que el hombre y la felicidad de todos es lo realmente importante, y que no hay ningún fin que justifique el usarlos como medios. Es fácil ver que en esta situación la cuestión de si la religión es algo socialmente útil deja bastante en falso a las creencias religiosas; y que no parece que el premio de la salvación sea algo que actúe como motor en la acción libre del individuo. Más bien actuará como miedo y temor. Mill se refiere en todo esto a las religiones de corte sobrenatural y por ello se muestra en actitud un tanto crítica.

Pero la crítica de Mill a ese elenco de religiones que pueden, desde una perspectiva perversa, minimizar la libertad del individuo y por ello su felicidad, presenta una alternativa que es la Religión de la Humanidad, que nos recuerda a Augusto Comte. Se trata de una religión defendida por el positivismo empirista decimonónico y que sustentada en las ideas de orden y progreso propiciaría

²⁶⁰ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 92.

para el individuo en particular y para la sociedad en general felicidad, paz, bienestar.

La Religión de la Humanidad es presentada por Mill como el ideal capaz de colmar las más altas aspiraciones de los de nuestra especie. Una religión que permita al género humano progresar hacia la perfección individual y social, muy al gusto del XIX. El cultivo de este tipo de religión habrá de insertarse en el ámbito educativo y por ello desde temprano deberá estar presente en los individuos. Gracias a todo ello el individuo hará de su vida una existencia en la que su preocupación no sea él mismo sino las generaciones futuras. Ello hará que no viva tan obsesionado con la salvación futura; y así parece manifestarse Mill:

Pero si la Religión de la Humanidad fuese cultivada tan industriosamente como lo son las religiones sobrenaturales, todos los que hubieran recibido la necesaria educación moral vivirían, hasta la hora de su muerte, con el pensamiento puesto en la vida de quienes hubieran de seguirlos. Y aunque, indudablemente, les gustaría sobrevivir como individuos por un período más largo del que esta vida tiene, me parece posible que, después de un cierto tiempo, diferente en duración según cada persona, pensarían que ya habían vivido lo suficiente y se dispondrían gustosos a entregarse al eterno descanso²⁶¹.

²⁶¹ o. c., pp. 92-93. A lo largo de esta investigación se han hecho afirmaciones que pueden vincular en extremo el pensamiento de Mill con el de Comte; y no es exacto. Es oportuno aclarar que si bien Mill compartió algunas tesis con el secretario de Saint-Simon, no es menos cierto que su afinidad se fue enfriando, especialmente por la consideración negativa de Comte hacia las mujeres; por todo ello Mill llega a afirmar con referencia al *Sistema de política positiva* en su obra *Augusto Comte y el positivismo*, p. 125 que: "Es el sistema más

Por lo tanto, la Religión de la Humanidad, la nueva religión, debería ser profesada con la misma devoción, con la misma intensidad con que se profesan otros cultos como el católico, islámico o el que fuere. Pero es que además Mill aquí vuelve a apuntar a la educación como elemento fundamental para conseguir esa profesión por la Religión de la Humanidad. A este respecto, Mill está señalando que el eje fundamental para que los individuos se afanen por el bienestar de todos, incluidas las generaciones que les sucedan, es la educación moral. Se trata de educar a los individuos para la acción, para que sus conductas y actuaciones estén dirigidas por un motor y hacia un fin, a saber, el bien de la humanidad que es algo sagrado. Esa tarea, cultivada así, debería proporcionar tal satisfacción a los hombres y mujeres de las distintas épocas que no vivirían angustiosamente el fin de su existencia. Más bien experimentarían la satisfacción del deber cumplido; sentirían que han contribuido con sus acciones a construir un mayor sentido de unidad entre los seres humanos, presidido por un desinteresado logro del bienestar general, absolutamente compatible con el programa utilitarista y con la idea de libertad del individuo. Frente a los individuos antes citados, están quienes creen en esa idea de inmortalidad del alma los cuales "dejan esta vida con tan pocas ganas, y aún con menos, que quienes carecen de tales expectativas"²⁶².

Esa esperanza en una vida que realmente sea VIDA, plena; esa creencia en un "Cielo Nuevo" y una "Tierra Nueva" es lo que Mill se plantea desde la perspectiva de

completo de despotismo espiritual y temporal que jamás ha salido de la mente de un hombre".

²⁶² o. c., p. 93.

que esas creencias hayan podido, desde la religión, contribuir a una mayor felicidad y libertad del individuo en esta tierra. Parece, por lo que expone en su pensamiento nuestro autor, que más bien poco han ayudado esas creencias a lo largo de la historia de la humanidad a que ésta haya vivido terrenalmente con más felicidad y sintiéndose más libre. Parece que ni los premios -entendidos como placenteros- ni los castigos -como dolores- han supuesto para el individuo más libertad, y parece que ésta es la dirección que toma nuestro autor:

Por lo que sabemos la historia da apoyo a la opinión de que la humanidad puede desarrollarse perfectamente bien sin la creencia en el Cielo. A los griegos no les tentó la idea de esperar en un estado futuro [...]. Aquiles, en *La Odisea*, expresó un sentimiento muy natural [...], cuando dijo que prefería ser en la tierra el siervo de un pobre amo, a reinar sobre todo el mundo de los muertos. Y el carácter pensativo que contienen las reflexiones del moribundo emperador Adriano hablando con su propia alma, son evidencia de que esa concepción popular no cambió mucho durante tan largo intervalo. Sin embargo, no tenemos muestra de que los griegos disfrutaran menos de la vida, o de que tuviesen más miedo a la muerte que otros pueblos²⁶³.

Con todo esto, Mill pone de manifiesto que la religión no es mala; ni se trata de mantener ante ella una postura de hostilidad. Mill, con un pensamiento como vamos viendo altamente tolerante y respetuoso, entiende que si la religión nos ayuda a que los individuos vivan más felices, disfrutando de una felicidad y un goce solidario y de una

²⁶³ o. c., p. 94.

libertad del mismo tenor, entonces es algo útil, bueno, bello y que hay que potenciar.

La religión debe respetar la libertad individual y promoverla, incluso alzándose como denuncia profética ante los desmanes de los gobiernos; debe ser mensaje de liberación de toda alienación que domina al individuo, que lo hace cretino, mezquino, egoísta. La religión se erige así en el pensamiento milliano, como un elemento básico desde la antropología, desde la ética y desde la libertad. La religión debe ayudar a construir individuos y sociedades más felices y solidarias, que piensen más en que lo importante es el bien general, el bien de las generaciones que tras nosotros deberán continuar haciendo un mundo mejor.

Sólo así, la religión parece que proporciona placer y felicidad. Y sólo en sentido contrario, las distintas religiones son discursos que menoscaban y cercenan la libertad del individuo, y que hacen de la existencia de éstos un auténtico valle de lágrimas. La religión debe ser algo que contribuya a la felicidad del individuo; algo que le construya como persona; algo que no evoque la figura de un juez implacable; algo que ayude a que el individuo se libere de sus ataduras y de las que le puedan imponer los demás; algo que pueda presentar a la humanidad un elenco de valores que el ser humano entienda racionalmente, en los que no hay contradicción entre la teoría y la práctica; algo que no sólo intelectualmente sea asumible, sino que también pueda guiar la acción humana.

En conclusión, podemos observar que Stuart Mill hace una valoración más serena, aposentada y positiva de la religión en su relación con el individuo y con el

desarrollo de la libertad de éste. Es más, Mill entiende que la religión puede colaborar positivamente en la búsqueda de un ideal moral. Con ello se está diferenciando claramente de su padre James Mill quien entendía que la religión cercenaba la capacidad de pensamiento y de ideas en los individuos.

3.5.- Justicia y Derecho.

John Stuart Mill ha sido criticado en lo tocante a si el concepto de justicia tiene o no sitio en la doctrina utilitarista, como los ya tratados de felicidad, religión, virtud, los cuales ciertamente tienen cabida. Para nuestro autor, la justicia sí que cabe dentro del utilitarismo; y además tiene sentido en tanto que conduce a la felicidad general. En *El Utilitarismo*, Mill trata de exponernos la doble vertiente entre idea de justicia y sentimiento de justicia.

La idea de justicia supone dos premisas. Por una parte, una regla de conducta que lo que persigue es la consecución entre todos del bien común; y por otra parte, un sentimiento que sanciona la regla, el cual se explicita en el deseo de que los que infrinjan la regla sean castigados²⁶⁴.

Al hablar de "justo" e "injusto", estos términos son utilizados por el individuo en general para etiquetar determinadas acciones o conductas de la humanidad, Pero esas etiquetas guardan relación con el sentimiento que provocan dichos términos para el individuo. La noción de

²⁶⁴ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 116. El amor por la justicia en Mill es algo heredado de la tradición utilitarista que le antecede a él. En concreto aquí se ve la herencia que Bentham deja en este sentido a Mill. Sobre esta cuestión id., *Bentham*, p. 98.

justicia implica una serie de elementos que Mill apunta: ley, imparcialidad, igualdad, conveniencia, lealtad. Todo ello en función de una serie de consideraciones, que Mill repasa sin detenerse en ellas. Todos esos elementos inciden en la emoción del individuo; y este es el que termina por calificar una acción o conducta de justa o injusta en función de los mismos. Por ello, para Mill justificar en el universo de situaciones diversas qué es lo que hace que califiquemos algo de "justo" o "injusto" pasa por aceptar que de ese *quid* depende "esencialmente el sentimiento moral que se vincula al término en cuestión"²⁶⁵.

De entre esos elementos, la ley parece que deviene fundamental a la hora de hacer el discurso sobre la justicia. Sobre ello Mill diferencia entre la ley como criterio último de la justicia y la observancia de la ley. En esta distinción, el autor de *El Utilitarismo* entiende que la conformidad con la ley, su observancia, es "el elemento primitivo en la formación de la noción de justicia"²⁶⁶, en tanto que la ley como tal no es el criterio último de justicia, porque existen leyes que de hecho pueden ser injustas y por tanto beneficiar a unos y perjudicar a otros²⁶⁷.

Dado que la ley como tal no es criterio último de justicia y su observancia sí es básica en la idea que nos ocupa, cabe cuestionarse por qué es tan importante conducir nuestras conductas y acciones conforme a la ley. Sencillamente por el hecho de que existen prohibiciones. Querámoslo o no, la vida de las personas es vida social, en sociedad, supeditada a unas normas, a unos formalismos,

²⁶⁵ o. c., p. 108.

²⁶⁶ o. c., p. 108.

²⁶⁷ o. c., p. 104.

que, nos gusten o no, en aras de una convivencia pacífica y provechosa al máximo para el mayor número posible, se articulan en normas o leyes. Y esas leyes plantean prohibiciones, las cuales lo que pretenden es que haya justicia para todos. Por ello Mill afirmará: "La idea de una prohibición legal continúa siendo la idea generatriz de la noción de justicia"²⁶⁸.

Por otro lado, el sentimiento de justicia nos lleva a la esfera psíquica del individuo; y en este sentido también tiene unos elementos que lo componen:

El deseo de castigar a la persona que ha hecho daño y el conocimiento o creencia de que existe algún individuo particular, o algunos individuos, a quienes se les ha causado daño²⁶⁹.

Pero ese deseo de castigo está sustentado en el terreno de los instintos; en concreto en el "impulso de autodefensa y en el sentimiento de simpatía"²⁷⁰. En toda esta descripción del sentimiento de justicia, lo que hay que dejar claro es que en todo este entramado no hay nada que podamos llamar "moral". Esto es, ese sentimiento en modo alguno es moral en sí; lo que sí es moral es su subordinación a las simpatías sociales²⁷¹.

²⁶⁸ o. c., p. 110.

²⁶⁹ o. c., p. 113. Sobre esta misma idea del sentimiento de justicia vuelve Mill en la misma obra (p. 117) cuando afirma que el sentimiento de justicia es el deseo animal de ahuyentar o vengar un daño o perjuicio hecho a uno mismo o a alguien con quien uno simpatiza.

²⁷⁰ o. c., p. 113.

²⁷¹ o. c., p. 115. Claramente se nota aquí la influencia de Hume en Mill. Para Hume, por más que analicemos un hecho para buscar en él lo que hay de moral o inmoral, nunca encontraremos eso. Lo que podemos llegar a experimentar es un sentimiento agradable o desagradable, de

Ese sentimiento de justicia al que aludimos no es ajeno a lo moral, antes bien, guarda relación con el ámbito de la moral, ya que el concepto justicia se refiere a un conjunto de reglas morales. Estas reglas morales apuntan a las condiciones básicas del bienestar humano, esto es, del bien común o felicidad general; y esas reglas morales son más obligatorias que cualesquiera otras, porque son reglas que orientan nuestras conductas y acciones, nuestra vida; y hacen que las personas logren esa felicidad:

La justicia es el nombre de ciertas clases de reglas morales que se refieren a las condiciones esenciales del bienestar humano de forma más directa y son, por consiguiente, más absolutamente obligatorias que ningún otro tipo de reglas que orienten nuestra vida²⁷².

Es de notar que nuestro autor en la articulación de esas reglas morales que tratan de buscar la justicia, y por medio de ésta la felicidad general, le da gran importancia al elemento coactivo, al castigo. Las reglas tienen como objetivo coaccionar al individuo en la realización de acciones que pueden perjudicar a terceros. Y ahí, si sucede, ha de intervenir el estado. En Mill, en aras de la felicidad general, las prohibiciones son un elemento básico, por ello afirmará: "las reglas morales que prohíben que unos causen daño a otros son más vitales para el bienestar humano que ninguna otra máxima"²⁷³.

aceptación o de rechazo. Pero eso es distinto de lo que se llama "moral" o "inmoral".

²⁷² o. c., p. 126. Esta misma idea vuelve a repetirla en la misma obra en la p. 132.

²⁷³ o. c., p. 126. Véase también id., *Autobiografía*, p. 74, donde se puede ver claramente como el joven Mill, en el proceso educativo que

Ante esto, cabe cuestionarse por qué para Mill son tan importantes las prohibiciones, por qué defiende el que las normas o leyes sean restrictivas; y, sin embargo, defiende una libertad sin más límite que el perjuicio a otro. Sencillamente, y como bien apuntará John Stuart Mill acerca de cumplir la norma: "es mediante su observación como se mantiene la paz entre los seres humanos"²⁷⁴; una paz que implica disfrute de libertad. Junto a esta idea de observancia y actuación conforme a las normas anida en el pensamiento milliano una máxima fundamental que se resume en la idea de que el individuo puede valerse por sí mismo, sin necesidad de ayuda de los demás para salir adelante. Pero por encima de esa autonomía, en la que puede no necesitar el auxilio de nadie, está el hecho de que lo que sí va a necesitar es que nadie le haga daño. Es el daño, su posibilidad, lo que hace que el hombre pueda entrar en la inseguridad y zozobra. Así Mill dirá: "Es posible que una persona no necesite jamás la ayuda de nadie, pero siempre precisará que no le hagan daño"²⁷⁵.

Es evidente que la persona humana, aún cuando no necesite de nadie para salir adelante, sí que necesita protección, seguridad. Y eso -en un marco social- se consigue mediante leyes y normas que prescriban

tuvo a cargo de su padre, señala la importancia e influencia a temprana edad de ser educado en el rigor disciplinario y en ver en el miedo y el castigo un elemento pedagógico, aunque no el principal, que perfila y ayuda a la formación del carácter de personas con carácter y prestas a realizar cosas, a veces, desagradables, las cuales también forman parte de la vida. De aquí se puede entender por qué Mill no esconde su defensa del castigo como elemento que mantiene a raya a quienes atentan contra el Principio de Mayor Felicidad.

²⁷⁴ o. c., p. 127.

²⁷⁵ o. c., p. 127.

prohibiciones y castigos anexos a ellas, con el objeto de evitar el daño al individuo; y entre los daños estaría el no disfrutar de libertad individual. El daño implica ausencia de felicidad y presencia de dolor; y esto va contra el principio de la mayor felicidad. Para evitar el daño entra en juego la justicia; y en ella el derecho, las leyes y todo ello para preservar del daño al individuo, para proporcionarle protección y seguridad, objetivos éstos deseados por toda persona, porque ellos proporcionan equilibrio y felicidad.

Causar daño es una preocupación en el pensamiento ético de Mill, porque el daño implica mal, implica dolor y es, en suma, el enemigo del principio de mayor felicidad. Por eso la justicia, en este sentido, para quienes causan daño ha de prescribir mediante leyes devolución del mal al mal hecho previamente. Ese dar mal por mal está inserto en el sentimiento de justicia de cada individuo, sentimiento que a la vez cuenta con el bien por bien como "parte de los dictámenes de la justicia"²⁷⁶. Por ello Mill nos aporta nuevamente otra idea de justicia, que no es sino abundar en la que ya hemos apuntado:

El principio de dar a cada uno lo que se merece, es decir, bien por bien así como mal por mal, no sólo está incluido en la idea de justicia sino que es objeto apropiado del sentimiento que coloca lo justo por encima de lo conveniente²⁷⁷.

Por lo tanto el principio antes citado parece que viene a ser un deber moral y también social que conllevaría el que tratásemos a los demás igual de bien que nos tratan

²⁷⁶ o. c., p. 128.

²⁷⁷ o. c., p. 129.

a nosotros y por tanto la sociedad, como dice Mill: "Debe tratar igualmente bien a todos los que le han hecho a ella bien por igual, es decir, a todos los que se han portado igualmente bien en todo"²⁷⁸.

Todo esto nos lleva a una idea de justicia social distributiva que debería ser la propia de las instituciones y de los ciudadanos virtuosos. Pues bien, este diseño de sociedad se basa en el principio de utilidad. Y así, el fundamento último de la justicia es ese principio²⁷⁹. Por lo tanto, la justicia para Mill está inserta en el principio de utilidad, que es un principio que tiene en cuenta a toda la sociedad. Y esa justicia persigue el beneficio máximo del máximo de individuos; y eso por encima de todo:

La justicia sigue siendo el nombre adecuado para determinadas utilidades sociales que son mucho más importantes y más absolutas que ningunas otras y que, deben ser protegidas por un sentimiento no sólo de diferente grado, sino de diferente calidad, que lo distingue del sentimiento más tibio que acompaña a la simple idea de promover el placer o la conveniencia humanos²⁸⁰.

²⁷⁸ o. c., p. 130.

²⁷⁹ o. c., p. 130. Mill deja claro así que esas ideas de imparcialidad e igualdad están implícitas en el principio de utilidad. Tal es así, que el propio Mill concibe la imparcialidad como "la primera de las virtudes judiciales (o. c., p. 129). Y de la igualdad afirma que "el derecho igual de todos a la felicidad implica un igual derecho a todos los medios conducentes a la felicidad" (o. c., p. 131). Así, la utilidad viene a ser la razón última de la moralidad y gracias a ella la justicia y sus preceptos tienen capital importancia.

²⁸⁰ o. c., p. 133.

Por todo ello, parece claro que en Mill la justicia enlaza con la utilidad; esa utilidad que él llama social, es decir, situaciones, necesidades vitales, de primera importancia, sin las cuales todo lo demás carece de importancia. Esas utilidades sociales han de ser garantizadas y protegidas por los gobiernos, porque ello supone proteger y promover el bien común, la felicidad general. Se trata de necesidades de primer grado y de primera calidad.

3.6.- CONCLUSIONES

Al finalizar este capítulo, junto con el anterior, que tiene que ver con la ética en el pensamiento de nuestro autor, parece oportuno realizar una serie de conclusiones. A lo largo de estos capítulos lo que hemos tratado de mostrar es cómo se realiza el hombre para Mill; cómo puede perfilarse un individuo virtuoso. Teniendo en cuenta estos aspectos hemos de concluir que en el discurso ético del discípulo de Bentham el individuo que hemos abordado en la antropología milliana es un ser que persigue un fin en su vida, la felicidad, la cual se alcanza a través de las acciones que el individuo protagoniza. En este sentido, Mill le da especial importancia a las consecuencias de las mismas.

La felicidad como concepto moral en Mill es tan relevante como lo fue para filósofos anteriores, hasta el punto que para Mill no se trata de algo abstracto y sí de un todo concreto. Este concepto tan importante aparece ligado en su pensamiento moral junto con otro fundamental el de libertad. La libertad en su relación con la moral aparece como algo útil en aras de la obtención de la felicidad por parte del individuo. Ese individuo milliano

es un ser que busca ser feliz; pero no lo es aisladamente y sí en relación con los demás, que son distintos en caracteres.

Precisamente porque la realidad social, humana es diversa y la felicidad es el fin a conseguir por cada uno, se sigue en nuestro autor la defensa del criterio utilitarista para obtener la felicidad, el cual persigue la mayor felicidad de la mayor cantidad de seres humanos, diversos todos ellos; el criterio de utilidad exige reconocimiento de la diversidad. Esa idea de felicidad, sumada al criterio de utilidad hace que la moral de Stuart Mill sea de corte utilitarista hedonista social. Por todo ello, la ética milliana es una ética preocupada por el bien común. Del mismo modo, como en todo sistema moral que se precie, en el sistema del hijo de James Mill se vislumbran unos valores o ejes sobre los cuales pivota toda la moral. En este caso los valores son la libertad, la diversidad, la justicia; y hay que añadir que como todo lo que es valioso e importante, en la axiología de Mill la educación juega un papel fundamental en el sentido de perfilar a los individuos que son los que protagonizan y ejecutan las acciones.

Sobre las acciones, señalar que Mill entiende que toda acción es analizable en tres aspectos, a saber, el moral, el estético y el simpático. De esos aspectos se siguen otras tantas consideraciones morales; así a lo moral le corresponde la consideración de lo bueno y lo malo; a lo estético la consideración de lo bello; y a lo simpático le corresponde la consideración de lo amable. Al hilo de las acciones, Stuart Mill sitúa al principio de utilidad como el fundamento de la acción moral.

Otro aspecto abordado por nuestro autor es el referido a la religión. Stuart Mill trata la religión en relación con la moral, por la carga de este tenor que aquélla posee, y también en su relación con la felicidad. En este sentido nuestro autor supera a su progenitor, detractor contundente de la religión, y se queda con todo lo positivo que pueda proporcionar la religión. Mill le reconoce a la religión el hecho de ser uno de los elementos con más vigor que contribuye a la formación del sentimiento moral; además si la religión contribuye al bien común y a la felicidad del individuo y de la comunidad, también lo aplaude. Claro que esto se alinea con una religión positiva al estilo comteano.

Pero por otro lado Mill se muestra escéptico en lo doctrinal, en cuestiones teológicas fronterizas como la demostración de la existencia de Dios y de la inmortalidad. En suma, su postura es siempre prudente en lo tocante a la religión y sobre todo en lo concerniente a la moral cristiana que para él no es la regla de oro de la conducta humana.

Precisamente su crítica a la moral cristiana como moral que pretende ser universal, única, válida para todos, se fundamenta en su defensa a ultranza de la diferencia. Es la diversidad de caracteres, la plasticidad, lo heterogéneo lo que defiende a ultranza nuestro autor. Lo defiende sencillamente porque la ontología milliana se fundamenta en una visión de la realidad diversa. A partir de esa realidad diversa y de acuerdo con Berlin en su consideración sobre este aspecto referente a Mill, hay que indicar que efectivamente el autor de *On Liberty* tiene una percepción y un entendimiento de la realidad humana en clave de incompletud y de permanente recreación y autotransformación

del individuo. Es precisamente la diversidad uno de los rasgos constitutivos de la dimensión moral del ser humano. Así, el individuo auténticamente moral es respetuoso con la diversidad y asume que lo único, lo cerrado, lo pétreo es un sinsentido en la realidad humana.

Dada esa diversidad es claro en Mill que los sentimientos juegan un papel fundamental por cuanto que son elementos que influyen a la hora de actuar por parte de los individuos. En la línea de los sentimientos también hay que tener presente el papel que el hijo de James Mill le otorga al poder de la costumbre y de la opinión pública en lo tocante a la realización del ser humano. En este aspecto, John Stuart considera la fuerza de la costumbre como algo que puede interferir en la acción humana; y la opinión pública la sitúa al nivel de la educación en lo concerniente a influir en las personas y en sus acciones.

Dado que uno de los objetos de la realización del hombre es que éste sea un ser adornado por la virtud, tiene sentido apuntar la importancia de la virtud para Mill. En esta dirección hay que concluir la importancia que otorga Mill a la virtud, a cómo la entiende; y la entiende como algo que anida en la urdimbre del ser humano, en su interior. Es en el interior, con la virtud, donde también se encuentran los mejores talentos del individuo. De esta forma, lo mismo que lo mejor de nuestro interior sale al exterior gracias a la educación, hay que asumir que es también la educación la que acrisola al individuo virtuoso, al hombre feliz; un hombre que actúa tanto a nivel individual como social, al estar en relación con los demás.

**CAPÍTULO 4: LIBERTAD HUMANA EN LOS
ÁMBITOS INDIVIDUAL Y SOCIAL**

Si la virtud se presenta como uno de los conceptos clave dentro de la filosofía en general, y del pensamiento milliano en particular, no es menos cierto que ese hombre virtuoso que hemos presentado en el capítulo anterior es esencialmente libre. La libertad es, a mi modo de ver, el principal eje de la filosofía de John Stuart Mill. Para nuestro autor la esencia del individuo es la libertad, ya que el individuo es ser humano, se constituye en tal, en y por la libertad que posee. Los actos del hombre realizados desde el conocimiento de los mismos y desde la voluntad son actos humanos, son actos libres.

4.1.- Concepto de Libertad según John Stuart Mill.

A la hora de acometer este capítulo, y tras los tres anteriores, podemos afirmar que en nuestro autor objeto de estudio prende fuerte la doctrina utilitarista. Así, en el asunto de la libertad también podemos aseverar que Mill nos la muestra desde una base utilitarista. Recordemos que Mill apuesta por el progreso humano, y que éste se da desde la admisión y tolerancia de la diversidad de caracteres. Bien, pues ese ser progresivo lo es en virtud de su desenvolvimiento libre, sin trabas. Pero no podemos dejar de lado, en todo lo que llevamos visto, que el propio Mill -defensor de las libertades individuales- subraya el carácter social del individuo y observa que sólo se progresa en sociedad cuando se sienten las necesidades del otro como propias. Con esto quiero poner de manifiesto que el propio Mill observó en su época el creciente ascenso que se producía de la masa social, a la par que la individualidad era subsumida por aquélla.

La cuestión que se plantea aquí es ¿cómo casar la defensa de las individualidades con el ascenso de la

sociedad como colectivo?. Sobre esta cuestión, Mill deja claro, en su defensa del individuo, que únicamente intervenga el Estado cuando el individuo en su acción pueda perjudicar a otro, y sólo en este caso.

Todo su ensayo *Sobre la Libertad* es un clamor de Mill frente al ascenso de la sociedad, un ascenso que implica el poder de la masa, de la tradición, de la costumbre, a la par que pone en franco peligro al propio individuo. Frente a la sociedad, la libertad para nuestro autor es la esencia del ser humano, algo que le es inherente, innato y por tanto algo que hay que procurar potenciar. En palabras de Joaquín Abellán al estudiar a Mill: "La libertad del ser humano en la sociedad es presentada por Mill como un valor superior, intrínsecamente bueno"²⁸¹.

Pero a parte de *Sobre la Libertad*, también a lo largo de otras de sus obras podemos observar esta misma dinámica. El que Mill viese como enemigo del individuo a la tradición o a la costumbre, y todo ello dentro del tejido social, se produce, según lo ya visto, porque Mill defiende el principio de libertad de hacer lo que uno desee sin perjudicar al otro. Y lo defiende sobre la base de dos razones: permite a los individuos desarrollar a su propio aire su propio potencial; y, al liberar los talentos, creatividad y dinamismo, establece las condiciones previas del progreso intelectual y moral. La libertad que Mill defiende no pone frenos al desarrollo del ser humano; y en las esferas de la política y economía se interpreta como el libre derecho a superarse sin límites. Todo esto recuerda

²⁸¹ Cfr. J. ABELLÁN, *John Stuart Mill y el liberalismo*, p. 384. Se podría decir que lo mismo que para Platón el bien es lo bueno y lo bello, en Mill la libertad es lo bueno, el bien supremo.

las palabras de Isaiah Berlin cuando afirma sobre Mill que en la base de su pensamiento:

Está su apasionada creencia de que el hombre se hace humano mediante su capacidad de elección para el bien y para el mal. Falibilidad, derecho a equivocarse -como corolario de la capacidad de automejora- y desconfianza en la simetría y en el logro de fines últimos como enemigos de la libertad; tales son los principios que Mill nunca abandona. Es agudamente consciente de la multilateralidad de la verdad y de la irreductible complejidad de la vida, que hacen imposible cualquier solución simple o la idea de una respuesta final a un problema concreto.²⁸²

Puede parecer en todo el pensamiento milliano acerca de la libertad que ésta es un ideal inalcanzable. Sin embargo, el propio Mill ofrece una solución a ese desencuentro que él mismo veía que se estaba dando entre el ascenso de la sociedad y la subordinación de la individualidad por parte de aquélla. La solución, aunque simple, estriba en consolidar una línea de demarcación entre ambas esferas, la privada y la pública, entre lo que es interés del conjunto e interés individual. La frontera entre ambas esferas sería la libertad de pensamiento o de acción en el individuo, cuyo único límite es no interferir al otro. Así, Mill conecta la importancia del individuo en sí mismo, pero también lo sacrosanto que es el otro para mí, a la hora de actuar. En este sentido lo que tiene en cuenta, al considerar al otro, es el hecho de que no se produzca interferencia entre individuos.

²⁸² Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 304.

Por lo expuesto hasta ahora podemos afirmar que la idea de libertad que defiende John Stuart Mill es la de una libertad negativa, entendida como no interferencia. Podríamos decir que la esencia del concepto de libertad en el pensamiento milliano es precisamente la no interferencia.

La no interferencia es para Mill el hecho de que nadie pueda cruzarse en nuestro camino. En nuestro itinerario de decisiones, conductas, acciones, somos los soberanos y nadie ha de cruzarse o interferirse. Ni el Estado; aunque sí que hay un "pero" a este respecto, a saber: el Estado puede interferirse si es para proteger a alguien que podemos perjudicar. De modo que podemos afirmar que en Stuart Mill la interferencia del Estado es para proteger intereses; y por lo tanto, la noción de libertad como no interferencia implica el garantizar los intereses de los individuos.

Frente a esta idea de no interferencia como sustancial en el concepto de libertad de nuestro autor, hay que contraponer al filósofo contemporáneo Philippe Pettit, quien entiende que la esencia de la libertad no es la no interferencia, y sí la no dominación, entendida como el "estatus ligado al papel cívico del *líber*"²⁸³. Incluso Pettit, en oposición a la interferencia milliana, llega a afirmar que "la interferencia en la vida de otros, implica que el acto es elegido o no, sin atender a los intereses o a las opiniones de los afectados. La elección no está obligada a atender a los intereses de los demás"²⁸⁴. Por lo tanto, la interferencia del Estado que defiende Mill para proteger a los intereses de otros parece cuestionada por

²⁸³ Cfr. Ph. PETTIT, *Republicanismo*, p. 95.

²⁸⁴ o. c., p. 82.

Pettit desde la crítica a la interferencia. En este aspecto es fundamental tener claro qué entiende Pettit por interferencia: "cuando yo interfiero en sus vidas es para empeorarles las cosas a ustedes, no para mejorárselas"²⁸⁵. Es evidente que desde este presupuesto la distancia ente el londinense y Pettit es grande.

Su defensa de la libertad como no dominación le posiciona contra Mill en este aspecto. Por eso afirma: "La libertad como no-dominación contrasta de un modo interesante con el ideal alternativo de libertad como no interferencia. Ésta va ligada a la libertad natural, más que a la libertad cívica"²⁸⁶. El propio Pettit, a la hora de darnos una definición de esta libertad entendida como no dominación señala:

La no-dominación es la posición de que disfruta alguien cuando vive en presencia de otros, y en virtud de un diseño social, ninguno de ellos le domina [...]. Alguien disfruta de no-dominación cuando vive entre personas que no tienen capacidad para interferir de modo arbitrario en sus elecciones.²⁸⁷

Para Pettit se trata de que esas otras personas no tengan capacidad para interferir de un modo arbitrario y en determinadas elecciones que el otro pueda realizar. Con ello parece que se pone de manifiesto una diferencia clara entre la esencia milliana de la libertad como no interferencia y la de Pettit como no dominación con todo lo que implican ambas a nivel de convivencia social donde se dan cita mayorías y minorías. Sin embargo, es curioso notar

²⁸⁵ o. c., p. 78.

²⁸⁶ o. c., p. 95.

²⁸⁷ o. c., p. 96.

en Pettit la influencia tradicional liberal, como sucede en Mill, la cual está presente en lo referente al papel de las mayorías y minorías hasta el punto que Pettit defiende los grupos minoritarios por el hecho de que puedan quedar dominados por las mayorías:

El poder de la mayoría puede parecer bendecido por su carácter consensuado, pero claramente puede entrañar la dominación ejercida sobre grupos minoritarios, y nadie que rechace la dominación puede aceptar un mayoritarismo sin restricciones.²⁸⁸.

Parece, pues, que Pettit en este punto conviene con Mill. Sin embargo, la auténtica distancia que se produce entre Mill y Pettit estriba en la idea de libertad como no-dominación frente a libertad como no-interferencia de Mill. Por ello hay que precisar antes que nada los contrarios de esas ideas, los conceptos de dominación e interferencia en Pettit, que no en Mill.

Pettit distingue dominación e interferencia: la dominación implica la relación amo-esclavo²⁸⁹. Pettit entiende la dominación como el hecho de que alguien "tiene capacidad para interferir de un modo arbitrario en determinadas elecciones que el otro pueda realizar"²⁹⁰. De este modo maneja una noción de interferencia "completamente descargada de moral"²⁹¹; y además entiende que puede existir dominación y no existir interferencia, en función de una serie de disposiciones que parecen más bien de tipo psicológico:

²⁸⁸ o. c., p. 90.

²⁸⁹ o. c., p. 41.

²⁹⁰ o. c., p. 78.

²⁹¹ o. c., p. 81.

... Es posible tener dominación sin interferencia, y al revés, interferencia sin dominación. Yo puedo estar dominado por otro -por poner un caso extremo: puedo ser el esclavo de otro-, sin que haya interferencia en ninguna de mis elecciones. Podría ocurrir que mi amo tuviera una disposición afable y no interfiriente. O podría simplemente ser que yo fuera lo bastante taimado, o servil, para salirme siempre con la mía y acabar haciendo lo que quiero. Sufro dominación, en la medida en que tengo un amo; disfruto de no-interferencia, en la medida en que el amo no consigue interferir.²⁹².

Del mismo modo y en la otra dirección, Pettit defiende el poder ser interferido sin ser dominado:

Puedo sufrir interferencia sin ser dominado: sin relacionarme con nadie como esclavo, o sometido. Supóngase que se permite a otra persona o a una institución, interferir en mi actividad sólo a condición de que la interferencia cumpla la promesa de promover mis intereses, y la cumpla de acuerdo con opiniones que yo comparta. Supóngase que la persona es capaz de interferir de tal modo, que la interferencia satisfaga esa condición, y que en caso contrario, su interferencia quede bloqueada, o esté sujeta a un castigo de todo punto disuasorio. Puede que un tercero vigile la acción de esta persona, o que yo mismo esté en situación de controlarla. En tal caso, no es posible entender la interferencia como un ejercicio de dominación; la persona interfiere en mí de un modo no arbitrario. La persona en cuestión se relaciona conmigo en calidad, no de amo, sino más bien al modo de un agente que

²⁹² o. c., pp. 41-42.

disfruta del poder de gestionar y procurar por mis asuntos²⁹³.

Sobre esta última consideración, parece que Pettit plantea un ejemplo de claro paternalismo de alguien o de un conjunto de personas que intervienen e interfieren por mi bien; pero eso para él no es dominar. Frente a esto hay que recordar que Mill se alza contra el paternalismo; y ni siquiera el Estado puede interferir para procurar mi bien. Lo que sí debe hacer el Estado es interferir cuando se pueda procurar el mal a otro.

En defensa de esa libertad como no dominación y radicalmente diferente a la libertad como no-interferencia se vuelve a mostrar Pettit cuando afirma que:

Todas las diferencias proceden del hecho de que ustedes pueden ser dominados por alguien, como en el caso del esclavo afortunado o artero, sin que padezcan realmente de su interferencia; y ustedes pueden padecer la interferencia de alguna agencia, como en el caso de la sujeción a una forma adecuada de derecho y de gobierno, sin ser dominados por nadie²⁹⁴.

Por otro lado, con respecto a esa idea de arbitrariedad que acompaña a la interferencia hay que plantearse ¿qué entiende Pettit por arbitrariedad cuando habla de interferencia arbitraria?. Parece que esto:

²⁹³ o. c., p. 42. Podría ser oportuno tener aquí presente el ejemplo que Mill cita en *Sobre la Libertad* a propósito de China, donde la institución estado, prescindiendo de los individuos, para procurarles lo mejor se encarga de dictar qué hay que hacer, cómo conducirse, cómo comportarse

²⁹⁴ o. c., p. 113.

De acuerdo con esta concepción de la arbitrariedad, pues, un acto de interferencia no será arbitrario, en la medida en que se vea forzado a tomar en cuenta los intereses y las opiniones o interpretaciones de la persona afectada por la interferencia.²⁹⁵

Por lo tanto, la arbitrariedad supone no tener en cuenta los intereses de los individuos y actuar sin tener en cuenta a dichos individuos.

Es llamativo que Pettit considere la interferencia como exenta de moralidad, tal como recogimos más arriba, y sin embargo, más adelante al analizar la idea de interferencia arbitraria recoja un ejemplo de actuación del Estado para con los individuos, en el que se desprende dimensión moral, al tocar aspectos como las consecuencias que se siguen para el individuo:

Puede que yo no desee que el estado me grave a mí con impuestos -quiero ser una excepción-, o que no desee que ase me castigue de la manera adecuada, aún habiendo sido condenado. En tal caso, mis intereses e interpretaciones relevantes serán los que comparta con otros, no los que me hacen a mi una excepción. De modo que, en estos casos, la interferencia del estado a la hora de exigirme impuestos o de castigarme no procederá de modo arbitrario y no será una dominación²⁹⁶.

De modo que hay interferencia del Estado. Pero ¿no se siguen consecuencias de esta interferencia?; ¿no hay, por tanto, carga moral?.

²⁹⁵ o. c., p. 82.

²⁹⁶ o. c., p. 82.

Volviendo de nuevo al ejemplo que hemos citado de Pettit más arriba sobre sufrir interferencia y no estar dominado, cabe citar nuevamente al autor de *Republicanism* cuando plantea estrategias para lograr que un individuo a pique de sufrir dominación logre la no-dominación. Así lo dice: "si todos pueden defenderse efectivamente a sí mismos de cualquier interferencia que otro pueda practicar, entonces nadie está dominado por nadie"²⁹⁷. Implícitamente parece que aquí se puede sufrir interferencia y también dominación, o que dominar implica interferir.

Expuesta la cuestión de la dominación y la interferencia, Pettit entiende que al ser los anteriores unos males en el terreno de la libertad, se sigue que la no-dominación y la no-interferencia sean ideales en el terreno de la libertad, pero sustancialmente distintos²⁹⁸.

Pettit se muestra contrario a Mill y defiende la superioridad de la libertad como no-dominación. ¿Cuál es la diferencia entre ambas?. Así lo explica Pettit:

La diferencia más crucial entre disfrutar de la no-dominación y disfrutar de la mera no-interferencia es precisamente que, en la primera, no hay individuos que tengan este tipo de poder sobre nosotros²⁹⁹.

Es curioso apuntar que no lo dice Pettit, pero parece que al tipo de poder que se refiere es a la capacidad de los individuos para interferir arbitrariamente. De este

²⁹⁷ o. c., p. 96.

²⁹⁸ o. c., p. 42.

²⁹⁹ o. c., p. 44.

modo Philippe Pettit, para dejar más clara la diferencia entre ambos ideales de libertad a favor de la libertad como no-dominación, afirma:

Cuando una persona es libre en el sentido de la libertad negativa, está exenta de interferencias en las cosas que hace, y exención significa ausencia de interferencia. Cuando una persona disfruta de no-dominación, está exenta de interferencias arbitrarias en las cosas que hace, y exención significa aquí que otros son incapaces de interferirse en su camino. Y esta exención no se limita a implicar la ausencia de interferencia, sino la incapacidad de otros de ejercerla: se trata, si se quiere, de una segura ausencia de interferencia³⁰⁰.

De lo que afirma Pettit parece colegirse que la libertad negativa, que es la que defiende Mill, implica ausencia de interferencia, esto es, de cualquier interferencia, en universal; mientras que la libertad como no-dominación postulada por Philippe Pettit implica ausencia de interferencias arbitrarias, que no parece lo mismo. En todo caso, Stuart Mill al defender esa libertad negativa lo que está haciendo es postular un tipo de libertad que contribuya a una mayor autonomía del individuo.

4.2.- Libertad como autonomía personal.

Hay, por tanto, una lucha entre la sociedad y la libertad del individuo. En esa lucha se trata de establecer un principio inviolable que sirva para arbitrar la conducta a seguir por la sociedad en relación con el individuo. Se

³⁰⁰ o. c., p. 45.

podría afirmar que en la relación que existe entre el estado y el individuo, el primero tiene las mismas exigencias y necesidades materiales y los mismos fines éticos que el hombre. Mill en *Sobre la Libertad* hace un examen de lo que a él realmente le interesa al tratar la libertad individual: se trata de la parte del individuo en la que el Estado no tiene ningún interés o no debe tenerlo, la esfera absolutamente privada en la que se insertan dentro de la libertad tres tipos de la misma, a saber: conciencia, pensamiento y asociación³⁰¹.

Por eso, podríamos concluir que existe correlación entre los propósitos del hombre -ser feliz a su propia manera- y los del estado -lograr la mayor felicidad para el mayor número posible-. De alguna manera el individuo es poseedor de una conciencia, de un pensamiento que tendrá que ir formando progresivamente y también poseedor de una dimensión, la de alteridad, que le permitirá asociarse con quien desee libremente. Por eso en Mill, trazar la frontera que separa hasta dónde llega el estado en su intervención para con el individuo y éste, resulta complejo. Mill fue aún más lejos al reconocer un ámbito moral privado, el personal, y otro público, en el que la convivencia y la cooperación eran esenciales. Reclamó que el primero quedará fuera del poder coactivo del estado y de las presiones de grupo que, aunque no equiparables al poder estatal, igualmente lesionan la libertad individual. Así parece desprenderse de las palabras de Mill, cuando afirma como principio el siguiente:

El único objeto que autoriza a los hombres, individual o colectivamente, a turbar la libertad de acción de cualquiera de sus semejantes, es la propia

³⁰¹ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, pp. 53-54.

defensa; la única razón legítima para usar de la fuerza contra un miembro de una comunidad civilizada es la de impedirle perjudicar a otros; pero el bien de este individuo sea físico, sea moral, no es razón suficiente³⁰².

Con ello, Mill está haciendo toda una profesión de fe a favor del individuo. Su creencia en una idea de libertad exenta de coacción como esencia del ser humano, de lo que es éste en realidad, es la base de su pensamiento; o como afirma Isaiah Berlin "esta es la profesión de fe de Mill y la base última de su liberalismo político"³⁰³:

Mill cree en la libertad, es decir, en una rigurosa limitación del derecho a coaccionar, porque está seguro de que los hombres no pueden desarrollarse y llegar a ser completamente humanos a menos de hallarse libres de interferencias por parte de otros hombres en un área mínima de sus vidas, que él

³⁰² o. c., p. 50. Esa idea de libertad individual parece poder confrontarse en id., *El Utilitarismo*, p. 114, donde Mill expresa que el ser humano es un ser racional y relacional; y que por estas dos notas que le son propias es capaz de percibir la sociedad y la vida en comunidad como la fórmula que le permite desarrollarse libremente y como ser humano que se procura la mayor felicidad posible. Por todo ello indica Mill aquí que el único caso en que cabe usar la autodefensa es aquel en el que la acción o conducta pone en peligro la seguridad de la comunidad en general, que es también poner en peligro la seguridad de uno mismo en particular. En el fondo de su exposición, nuestro autor lo que está es ligando claramente las ideas de libertad individual, bien común y justicia. Por lo tanto, en casos de este tenor sería de justicia obrar contra quien o quienes atentan contra nuestra libertad y desarrollo personal, en suma contra quienes atentan contra nuestra felicidad. Véase también F. VERGARA, *John Stuart Mill y el utilitarismo*, p. 283, donde el autor atribuye a este principio de libertad individual doble dimensión: es un deber del estado y un derecho del individuo.

³⁰³ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 302.

considera -o desea hacer- inviolable. Esta es su visión de lo que es el hombre y, por tanto, de sus necesidades morales e intelectuales básicas.³⁰⁴

Esa libertad en la que cree Mill tiene como elemento distintivo la capacidad electiva, capacidad moral a fin de cuentas, y no tanto la capacidad de dominio de la naturaleza por parte del hombre para beneficiarse de ella. Lo que nos hace seres humanos es la elección y no la tecnología; y así lo indica Isaiah Berlin: "Para Mill, el hombre se diferencia de los animales no tanto por ser poseedor de entendimiento o inventor de instrumentos y métodos como por tener capacidad de elección; por elegir y no ser elegido"³⁰⁵. De similar parecer es Josefa Dolores Ruiz Resa quien afirma que "Mill mantiene un respeto escrupuloso por el individuo, tal vez debido no sólo al talante epistemológico sino también moral de su individualismo"³⁰⁶, dejándose ver aquí la influencia de la educación recibida, una educación en el individualismo.

Mill defiende y cree en la libertad del individuo, pero no es menos cierto que Mill se muestra muy confiado en las posibilidades que la razón le proporciona al individuo para ser mejor. Ahora bien, para esto parece claro que es necesaria la educación; y en este sentido parece que Mill une educación y libertad de modo claro, algo que también recoge Isaiah Berlin al afirmar que: "Mill no defendía la educación olvidando la libertad a que daría derecho al educado; tampoco propugnaba una total libertad de elección, olvidando que la falta de educación adecuada llevaría al

³⁰⁴ o. c., p. 302.

³⁰⁵ o. c., p. 287.

³⁰⁶ Cfr. J. D. RUIZ RESA, *La política social de John Stuart Mill*, p. 243.

caos y a una nueva esclavitud. Reclamaba ambas cosas"³⁰⁷. En suma, Mill se nos presenta con esta propuesta como defensor de la educación del individuo y de su libertad, y por ello afirmará categóricamente:

Toda persona debe ser libre de conducir sus propios asuntos como le plazca; pero no debe serlo cuando, al obrar así, afecta los intereses de los demás con el pretexto de que los asuntos de otro son también los suyos propios. El Estado, al respetar la libertad de los individuos para aquellas cosas que sólo a ellos concierne, está obligado a velar con cuidado sobre el uso de cualquier poder que puedan poseer sobre los demás³⁰⁸.

De este modo, Mill se enclava en el ámbito de los pensadores liberales. Y con el principio arriba mentado, está defendiendo una libertad de tipo negativo, es decir, la que supone ausencia de trabas en la acción, dentro del marco de la naturaleza y límites del poder, que puede ser ejercido legítimamente sobre el individuo. Su idea de libertad es, como ya hemos expuesto en otros lugares, libertad como no interferencia, como un modo de no cruzarse nadie en el camino de nuestras acciones o conductas. Esa libertad negativa incluye la eliminación del paternalismo, que postula la intervención en la libertad del individuo buscando lo mejor para él. Ni siquiera así. Mill lo expone claramente y mejor en su obra:

³⁰⁷ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 311.

³⁰⁸ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 198. Frente a esta afirmación de Mill puede plantearse por qué Mill excluye, véase id., *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, pp. 185-ss., del derecho a votar -algo que remite a la libertad- a individuos por ser pobres, iletrados o dependientes de la beneficencia parroquial.

Ningún hombre puede, en buena lid, ser obligado a actuar o a abstenerse de hacerlo, porque de esa actuación o abstención haya de derivarse un bien para él, porque ello le ha de hacer más dichoso, o porque, en opinión de los demás, hacerlo sea prudente o justo. Estas son buenas razones para discutir con él, para convencerle, o para suplicarle, pero no para obligarle o causarle daño alguno, si obra de modo diferente a nuestros deseos. Para que esta coacción fuese justificable, sería necesario que la conducta de este hombre tuviese por objeto el perjuicio de otro. Para aquello que no le atañe más que a él, su independencia es, de hecho, absoluta. Sobre sí mismo, sobre su cuerpo y su espíritu, el individuo es soberano³⁰⁹.

Es claro que Mill elaboró un concepto de libertad que implica la autonomía individual, de modo que John Stuart establece un ámbito de soberanía en la persona en el que hay total independencia, para actuar y para opinar. Por lo tanto, parece que al Estado lo que le queda es actuar cuando determinadas acciones afecten a otros; pero en lo que afecta a un individuo concreto, no puede ni debe³¹⁰.

De este principio, que recoge Mill parecen derivarse las libertades concretas de los individuos frente a la sociedad política: nadie puede obligarme a pensar de un

³⁰⁹ o. c., p. 50. Id. *Essays on Politics and Society, Part I*, p. 224, donde Mill afirma lo mismo: "The only part of the conduct of any one, for which he is amenable to society, is that which concerns others. In the part of which merely concerns himself, his independence is, of right, absolute. Over himself, over his own body and mind, the individual is sovereign".

³¹⁰ Véase también J. GARCÍA AÑÓN, *Libertad, Diversidad y Conflictos culturales*, p. 43, el cual también participa de la afirmación arriba expuesta.

determinado modo (libertad de conciencia), ni impedirme que manifieste mis opiniones (libertad de expresión), o que me asocie con otros (libertad de asociación) y otras. En realidad Mill lo que vuelve a subrayar es ese reducto propio del individuo desde el cual éste construye su propia existencia, su propio ser; y ahí ni el estado puede entrar.

4.3.- Libertad para determinar la propia existencia como proyecto individual

Hay que indicar que para Mill la libertad es el fundamento del ser humano, del individuo. Se puede afirmar que en Mill la humanidad es esencialmente libertad. Esa libertad al referirse al individuo concreto apunta al reducto más impenetrable de la persona. Desde la libertad individual es desde donde se configuran la autonomía y la identidad del individuo. La libertad es la esencia del ser humano para nuestro autor; y supone, entre otras cosas, el que el individuo pueda conducir su vida como mejor le parezca, lo que implica que no existen caminos predeterminados para configurar cada uno su vida. No hay un único camino de modo que quien se salga del mismo sea sancionado; no hay una única verdad universal válida, que sirva para cuestiones morales, epistemológicas o para determinar los fines y sentido de la vida. Sin embargo, Isaiah Berlin se distancia, creo de Mill, al afirmar:

Los hombres quieren restringir las libertades de otros hombres, bien a) porque desean imponer su poder sobre los demás; b) porque quieren conformidad; c) porque creen que a la pregunta de cómo debe vivir uno no puede haber más que una sola y verdadera respuesta. Los que utilizan este último argumento piensan que se puede llegar a descubrir esta respuesta por medio de la razón, de la

intuición, de la revelación directa o por medio de una forma de vida o unidad de teoría y práctica [...] Mill rechaza los dos primeros motivos como irracionales. El único argumento que parece estar dispuesto a considerar seriamente es el último, es decir, que si los verdaderos fines de la vida pueden llegar a ser descubiertos, quienes se oponen a estas verdades están difundiendo perniciosas falsedades y deben ser reprimidos.³¹¹

Frente a la opinión de Berlin, tengo que apuntar que Stuart Mill parece que difícilmente aceptaría la existencia de una única forma de conducirse en la vida como algo existente. Tampoco lo negaría rotundamente y Berlin se cuida de formular esta posibilidad con un condicional. Pero no la afirmaría y menos eliminaría las diversas formas de conseguir los fines de la vida porque ello chocaría de lleno con su defensa de la diversidad. Mill parte de una antropología limitada, esto es, el ser humano no es infalible, es falible. Por lo tanto, difícilmente puede alcanzar el hombre y de modo infalible una única forma de conseguir los fines de la vida valiéndose de su razón, limitada también.

Además, la ontología milliana se apoya en un presupuesto difícilmente refutable, esto es, la realidad es diversa, plural, distinta y limitada. No hay esencias en ella esperando ser captadas por el individuo, ni sustancias que el ser humano pueda aprehender definitiva y concluyentemente. Tampoco es admisible el argumento de Berlin acerca de que Mill sí acepta esta posibilidad de restringir la libertad de los individuos frente a las dos anteriores que expone que se resumen en el argumento de

³¹¹ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, pp. 295-296.

restringir la libertad por autoritarismo o por no aceptación de otros modos de pensar; y dice que no acepta estas dos por su débil fundamento intelectual.

Pero cabe decir lo mismo de la posibilidad de aceptar la restricción de la libertad del individuo, si existe una única forma de vida feliz, fundándose en que se pueda captar esa forma por revelación, intuición o por la vía de la razón. No, parece que esas vías son opuestas frontalmente a la razón empírica, analítica, observacional que sí defiende Mill. Por tanto parece que es criticable la posición de Berlin. Además, el propio Berlin, en su obra y más adelante, afirma que: "Mill no podía conformarse con la idea de una meta final claramente discernible, puesto que veía que los hombres se hacían diferentes y evolucionaban, no sólo como resultado de causas naturales, sino también por lo que ellos mismos hacían, a veces de manera no intencionada, para variar su propio carácter"³¹². Difícilmente puede Mill aceptar que exista una única forma de alcanzar los fines de la vida, aunque ciertamente otra cosa es la posibilidad. Pero da la sensación que Berlin aquí es ambiguo y que además más adelante afirma de Mill la firme convicción, sobre el devenir del hombre, de que "cada caso particular requiere su tratamiento específico"³¹³. Lo que sí se puede admitir es que la idea de libertad de Mill es muy amplia y puede llevar a la confusión en torno a ella.

En Stuart Mill la idea de libertad es muy amplia, sin más restricción que el posible perjuicio a un tercero. Excepto esto, todo lo demás está permitido; y decir "todo lo demás" es un planteamiento universal. Se trata de una

³¹² o. c., p. 305.

³¹³ o. c., p. 305.

libertad muy amplia, que pone al individuo en un inmenso y desconocido océano. Parece que esa idea de libertad relacionada con el ser humano, pone a éste en medio de un gran camino sin mojones ni indicadores. Es el hombre el que lo va construyendo; y en esa construcción el elemento de la soledad parece cobrar importancia porque la libertad implica soledad y a su vez la soledad de la libertad entraña inseguridad, que en ocasiones atenaza al ser humano. Esto explica que haya individuos que prefieran la ignorancia y esclavitud, la seguridad del espíritu gregario y la masa. Podemos afirmar que toda esclavitud implica la masa, mientras que toda libertad es libertad individual. Podríamos decir que la masa tiende a disolver la libertad individual y que ésta en muchas ocasiones reluce en soledad

En este sentido se da una coincidencia en Mill y en Benjamin Constant, para quien "Sin libertad individual no existen para los hombres la paz, ni la felicidad, ni la dignidad personal"³¹⁴.

Ahora bien, cabe plantearle a Mill si realmente esa libertad es un deseo real de los seres humanos o sólo el puro ideal, la utopía que él defiende, pero que la realidad es otra; o si en el pensamiento de Mill la teorización sobre la libertad le lleva a una concepción formal de la libertad. Es como si de alguna manera la pregunta ¿deseas ser libre? no tuviera una respuesta concreta del tipo: si quieres ser libre haz esto o aquello otro. Da la sensación que en tanto que el individuo se construye a sí mismo entonces va haciéndose libre, va conquistando su auténtica esencia, la que le constituye como ser, la libertad.

³¹⁴ Cfr. B. CONSTANT, *Curso de Política Constitucional*, p. 97. Constant afirma literalmente: "*Sans liberté l'individuelle, il n'y a pas, ni bonheur ni dignité personnelle*".

Ante esta cuestión de la posible vaciedad de la noción de libertad de Mill es interesante recoger la opinión de Joaquín Abellán, el cual sí que afirma esa vaciedad al apuntar que: "Mill continuó como un profeta de la libertad vacía y del individuo abstracto. No tenía una filosofía clara de los derechos del individuo, a través de los cuales la idea de la libertad logra una significación concreta; no tenía una idea clara del todo social"³¹⁵. Con ello, Abellán lo que está expresando es lo siguiente: que Mill tiene un concepto vacío de libertad; que Mill maneja una idea de individuo totalmente abstracta, inconcreta; que Mill desconoce cuáles son los derechos del individuo, por medio de los cuales se sigue la idea de libertad; que Mill no sabe o no tiene idea del todo social.

Ante esto parece oportuno indicar que, tras lo expuesto en este trabajo, la sensación es que Mill sí tiene una idea de individuo concreta a partir de la esencia del mismo, la libertad. Su idea es la de un ser humano en el que se aúnan la razón y la emoción. En mi consideración, el hombre que defiende John Stuart Mill ha de ser un revolucionario para que acabe con el paradigma cultural de su época; ha de ser, pues, un revolucionario para conquistar su libertad, su esencia. Esta consideración de revolucionario es muy propia de su época³¹⁶, tiempo de utopías. Trasladándolo a nuestros días, parece que asistimos a una crisis de paradigma cultural también; y que se ha sustituido al hombre revolucionario por el consumista adormecido que lo que anhela es el interés individual. Mientras que el hombre revolucionario milleano para

³¹⁵ Cfr. J. ABELLÁN, *John Stuart Mill y el Liberalismo*, p. 395.

³¹⁶ Aunque distintos en su pensamiento, Mill, como Marx parecen abogar por un ser revolucionario que transforme las estructuras sociales.

alcanzar la felicidad ha de conquistar su libertad, el hombre de hoy para ser feliz renuncia más bien a ser libre en el sentido milliano con tal de tener un piso, un coche, un trabajo en las condiciones que sea y unas vacaciones. Todo ello incluso a costa de negociar con su propia dignidad y libertad.

Sobre la vaciedad de la libertad a la que alude Abellán, en mi opinión no es tal. Y sí que la idea de libertad que defiende Mill tiene contenido concreto. Mill parte de una libertad que es intrínseca a la naturaleza humana y a partir de ahí, gracias también a la educación, el individuo puede concretar y materializar otras libertades, como la de pensamiento, asociación, expresión de ideas, libre discusión. En la medida que existen esas otras libertades, existen también derechos del individuo para ejercer esas libertades. Frente a Abellán, parece que Mill sí teoriza sobre una idea de libertad que no es vacía y que apunta a otros aspectos materiales, como son las ideas y su expresión; o la asociación con otras personas; o la búsqueda del beneficio material común desde la libertad. Con respecto a la idea de todo social, parece que Stuart Mill concibe la sociedad como un todo, no como un totalitarismo. Esa sociedad como todo es una realidad diversa, distinta; la sociedad, el todo social que entiende Mill es conflictiva; y uno de los conflictos supone la relación entre individuo y estado en el sentido de que el poder del estado no acabe con la libertad individual.

4.4.- Libertad Individual y Poder Estatal.

4.4.1. Libertad y poder.

Tenemos que insistir una vez más en que en la obra de Mill aparece una y otra vez la importancia que le otorga al individuo y todo lo que éste lleva anexo: libertad, acción

y pensamiento. Pero con todo, el propio Mill nos deja muy claro en la obra principal suya, *Sobre la Libertad*, que: "El objeto de éste ensayo no es el llamado libre albedrío, sino la libertad social"³¹⁷. Cuando Mill se refiere a la libertad social o civil, con ello se refiere también a un elemento importante en el ejercicio de la misma, a saber, el poder. De esta forma Mill nos muestra que la realidad social es diversa y, por ello, conflictiva, como he apuntado anteriormente. El conflicto, el debate, la confrontación de ideas, intereses y opiniones trazan lo que es esa sociedad. Por esta situación conflictiva es normal que exista el poder. Y a propósito del poder y de la libertad, Mill se interesa por "la naturaleza y límites del poder que puede ser ejercido legítimamente por la sociedad sobre el individuo"³¹⁸. Tanta importancia le concede Mill a esta cuestión de la libertad que llega a entenderla como una circunstancia que tiene implicaciones en el futuro de las generaciones. Por ello él mismo dirá que se trata del "problema vital del porvenir"³¹⁹.

Realmente el individuo gozará de total protección de su libertad y de sus propiedades si existe una sociedad y un estado que propician esto como algo prioritario en los individuos y que repercute en beneficio de la sociedad. Así lo expresa Mill al afirmar que "La seguridad de la persona y de la propiedad, y la justicia equitativa entre los individuos, son las necesidades primarias de la sociedad y

³¹⁷ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 37.

³¹⁸ o. c., p. 37. Como bien recoge J. J. JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *La Democracia limitada en J. S. Mill*, p. 138, no es que Mill se oponga al poder constituido sin más; no, se trata de que el poder no puede anular a ese individuo, sino que tiene que preocuparse por él. El individuo es fundamental por todas las características, talentos, genio y demás.

³¹⁹ o. c., p. 37.

los fines básicos del Gobierno"³²⁰. En definitiva, se trata de que las sociedades alcancen un gobierno libre porque éste es muy beneficioso para todos, ricos y pobres. Y así lo afirma Mill al indicar que: "Entre los principales beneficios del gobierno libre está la educación de la inteligencia y los sentimientos, la cual llega incluso hasta los niveles más bajos del pueblo"³²¹.

De modo que en Mill queda dibujado un panorama filosófico en torno al tema de la libertad que nos ofrece sobre la mesa de debate el desafío entre la libertad del individuo y la autoridad de la sociedad, el papel del Estado en relación a esa libertad³²². En este sentido de la autoridad del estado, es decir, del gobernante o gobernantes de una sociedad, hay que notar cómo Mill vincula la idea de libertad como soberana frente al poder del gobernante y la importancia de tener presente el bien de todos. Por eso nos dice que "Uno de los beneficios de la libertad es que, bajo ella, el gobernante no puede pasar por alto lo que piensa el pueblo, y sin su participación arreglar las cosas sin arreglarlas"³²³. Pero al tratar este asunto de la libertad, hay que preguntarse: ¿cómo aparece la libertad en la vida de los individuos, cómo aparece en la sociedad?.

Al respecto hay que indicar que la libertad aparece de la mano de otro concepto, el de poder. Es más, el propio

³²⁰ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, p. 301.

³²¹ o. c., p. 182.

³²² Se trata de un debate tan antiguo que el propio Mill en esta obra lo recoge como proveniente de la época clásica de Grecia y Roma y que perduraba aún en sus días en Inglaterra.

³²³ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, p. 79.

Mill llega a indicar que el poder es tan malo como necesario y su origen se cifraba en el derecho a sucesión o en la violencia:

El poder de los gobernantes era considerado como algo necesario, pero también como algo peligroso: como un arma que los gobernantes tratarían de emplear contra sus súbditos no menos que contra los enemigos exteriores³²⁴.

Aparece el poder, pues, como algo de lo que el individuo tiene que protegerse. Y las herramientas que utiliza para su protección son, al principio, la salvaguarda frente a los métodos tiranos de los poderosos. Ahí aparece la primera idea de libertad: protección frente a los desmanes de los que poseen el poder. Pero esta primera idea de libertad entendida como protección fue evolucionando; y dado que los poderosos, por el mero hecho de serlo, se encontraban en situación privilegiada en el momento en que pudiera surgir un conflicto frente al gobernado, de modo que podrían aniquilarlo, se hacía necesario que esa idea primera de libertad avanzase. Mill lo explica muy bien con el siguiente símil:

Para impedir que los miembros más débiles de la comunidad fuesen devorados por innumerables buitres, era indispensable que un ave de presa más fuerte contuviese la voracidad de las otras. Pero como el rey de los buitres no estaba menos dispuesto a la voracidad que sus congéneres, resultaba necesario precaverse, de modo constante, contra su pico y sus garras³²⁵.

³²⁴ o. c., p. 38. El propio Mill indica en esta obra que este tipo de situaciones se daban sobremano en Grecia y Roma.

³²⁵ o. c., p. 38.

Con lo cual, de lo que se trataba ahora era de ir indicando límites al poder de los gobernantes, haciéndoles ver que no podían actuar como les apeteciese. Por tanto, en la génesis de la idea de libertad interviene de modo importante la idea de poder; y más que la idea el modo de ejercer éste en el origen.

En ese indicarle límites al poder es de notar la aportación que hace Philip Pettit; importante porque también recoge la idea milliana de la necesidad de limitar al poder, a quienes lo ejercen. Limitar al poder no es ni más ni menos que mantener una actitud de permanente disputa. Pettit afirma, como Mill, esa necesidad de disputar el poder a los gobernantes; disputar es sinónimo de cuestionar, de que exista dinamicidad y no inmovilismo. Es esta situación de diversidad la que favorece el que el estado no sea algo pétreo y evita que caiga en la tentación de actuar arbitrariamente. Pettit afirma:

Felizmente, un poco de reflexión muestra que lo que se requiere para que no haya arbitrariedad en el [...] poder no es el consentimiento real a ese poder, sino la permanente posibilidad de ponerlo en cuestión, de disputarlo [...]. Lo que significa es que siempre tiene que estar abierta la posibilidad de que los miembros de la sociedad, procedan del rincón que sea, puedan disputar el supuesto de que los intereses y las interpretaciones que guían la acción del estado son realmente compartidos.³²⁶

Parece, pues, que es la confrontación entre quienes ostentan el poder y quienes son gobernados la que puede

³²⁶ Cfr. Ph. PETTIT, *Republicanism*, 91.

traer beneficio al interés general en el pensamiento de Pettit. Por ello parece que en este punto concreto el autor contemporáneo coincide con el decimonónico.

Para Mill es fundamental en el uso del poder por parte de los gobernantes la coincidencia de intereses entre quienes mandan y quienes son gobernados. Esto, como se ha visto, al principio estaba muy lejos de ser así. Pero con el correr del tiempo sí que se fue llegando a esa coincidencia de intereses, más aún -el deseo de Mill- a que a los gobernantes les preocupen las cosas de los gobernados como si de las suyas se tratase. Y además accedían al poder al estilo de Rousseau, como oficiales del pueblo y no como dueños de éste:

Llegó un momento en la marcha de las cosas humanas, en que los hombres cesaron de considerar como una necesidad de la Naturaleza el que sus gobernantes fuesen un poder independiente con intereses opuestos a los suyos. Les pareció mucho mejor que los diversos magistrados del Estado fuesen defensores o delegados suyos, revocables a voluntad. Pareció que sólo de esta manera la humanidad podría tener la seguridad completa de que no se abusaría jamás, en perjuicio suyo, de los poderes del gobierno³²⁷.

El que los gobernantes fuesen puestos a voluntad nos remite en Mill a la idea, ya presente en Rousseau, de voluntad general. La voluntad del pueblo es la que coloca en el aparato de gobierno a los gobernantes. Pero aquí se plantea una cuestión, por otro lado ya tratada en capítulos anteriores, presente en todo el pensamiento milliano: las mayorías. A fin de cuentas, la voluntad que es causa de que

³²⁷ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 39.

gobiernen unas determinadas personas y no otras, no es la voluntad de la totalidad. No, es la voluntad de la mayoría; y ésta, a la postre, no deja de ser una porción de la totalidad. ¿Y qué sucede con las minorías?. Es la eterna cuestión que se plantea Mill, a la que nuestro autor parece contestar desde el argumento de proteger a la minoría, cuya voluntad no ha sido satisfecha. Con ello Mill sale valedor por las minorías, porque estima que pueden ser oprimidas por esa voluntad que, sin embargo, es legal:

La voluntad del pueblo, significa, en realidad, la voluntad de la porción más numerosa y activa del pueblo, de la mayoría, o de aquellos que consiguieron hacerse aceptar con tal mayoría. Por consiguiente, el pueblo puede desear oprimir a una parte de sí mismo, y contra él son tan útiles las precauciones como contra cualquier otro abuso del poder³²⁸.

Ante esta situación de inferioridad "legal" de las minorías se revela Mill, ya que él las valora como la otra parte de la verdad, del conocimiento, de lo deseable, de lo útil para todos. No deben ser subsumidas ni oprimidas por la mayoría en opinión, acción, parecer o costumbre. Por eso Mill entiende que en estos casos y para proteger a esas minorías es "siempre importante conseguir una limitación del poder del gobierno sobre los individuos"³²⁹. En este sentido, parece que Mill, influido por Tocqueville y la experiencia americana, capta el principio de las mayorías como un posible elemento de tiranía en la democracia,

³²⁸ o. c., p. 41.

³²⁹ o. c., p. 41. A propósito de la preocupación de la tiranía de la mayoría sobre las minorías id. *Essays on Politics and Society, Part I*, p. 81. También puede verse sobre esto una interesante reflexión en F. MÚGICA, *John Stuart Mill, lector de Tocqueville I*, pp. 87-91.

amenazando las libertades de los individuos y las minorías³³⁰.

Ciertamente el Estado puede convertirse en opresor en lo tocante a la libertad del individuo y a las libertades que se derivan de la individual, y ya lo señaló Mill cuando afirmó:

La sociedad puede ejecutar, y ejecuta, sus propios decretos... ejerce una tiranía social más formidable que muchas de las opresiones políticas... Se necesita también protección contra la tiranía de la opinión y sentimientos prevalecientes, contra la tendencia de la sociedad a imponer, por medios distintos de las penas civiles, sus propias ideas y prácticas como reglas de conducta a aquellos que disientan de ellas; a ahogar el desenvolvimiento y, si posible fuera, a impedir la formación de individualidades originales y a obligar a todos los caracteres a moldearse sobre el suyo propio³³¹.

³³⁰ Véase también J. GARCÍA AÑÓN, *Libertad, Diversidad y Conflictos culturales*, p. 43, el cual se sitúa también en esta afirmación. La idea que sostiene que Mill, influido por Tocqueville, utiliza la expresión "tiranía de la mayoría" en el mismo sentido que Tocqueville, es también analizada pormenorizadamente por F. MÚGICA, *John Stuart Mill, lector de Tocqueville I*, pp. 87-91.

³³¹ Cfr. J. S. MILL, *Essays on Politic and Society, Part I*, pp. 219-220. "Society can and does execute its own mandates ... it practises a social tyranny more formidable than many kinds of political opresión... There needs protection also against the prevailing opinión and feeling; against the tendency of society to impose, by other means than civil penalties, its own ideas and practices as rules of conduct on those who dissent from them; to fetter the development, and if possible, prevent the formation, of any individuality not in harmony with its ways, and compel all characters to fashion themselves upon the model of itsw own".

Cabría apuntarle a Mill acerca de esta cuestión que expone lo siguiente: afirmar que es necesario proteger a las minorías de la mayoría que ha decidido que gobiernen unos y no otros, no parece de recibo, puesto que en el marco de cualquier democracia los gobernantes gobiernan para todos, para quienes les han elegido y para quienes no lo han hecho. Pero Mill parece tener claro, como lo tenían Spinoza y Descartes, que la democracia, primero, es el menos malo de los modos de gobierno; y segundo -con Maquiavelo- en política es preciso a veces mancharse las manos y darle la espalda a la moral. Por ello él cree que existen tiranías dentro de la democracia, por escandaloso que parezca:

La tiranía de la mayoría se incluye ya dentro de las especulaciones políticas como uno de esos males contra los que la sociedad debe mantenerse en guardia³³².

En suma, Mill lo que está poniendo de manifiesto es que si bien acepta como justo que gobiernen las mayorías, no es menos cierto que los intereses de las minorías no pueden quedar a merced de las aquéllas, sino que tiene que haber mecanismos de control a la mayoría. Pero además a Mill le preocupa de las mayorías su posible tiranía; tiranía que implica injerencia. La cuestión de la no-injerencia y el recelo a las mayorías tiránicas lleva a Mill no sólo a desarrollar la necesidad de disentir, de reivindicar el ser excéntrico, sino de poder resistirse frente a lo injusto, lo impuesto y lo acostumbrado. Se tratará de la posibilidad de formar individuos críticos no tan sólo hacia el exterior, sino también hacia sí mismos.

³³² Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 42.

Parece que con esto se está resaltando de nuevo el papel importante de la educación a este respecto.

Todo esto sirve como caldo de cultivo a nuestro autor para elaborar su crítica al Estado o sociedad y al individuo, defendiendo un modelo de gobierno que supone la democracia representativa. Por eso afirma: "la mejor forma de gobierno, (...) no significa la que es posible o apropiada en todos los estratos de la civilización, sino la que, en circunstancias en que es posible y apropiada, va acompañada del mayor número de consecuencias beneficiosas, inmediatas y factibles"³³³. Una vez más, en el fondo de la idea de gobierno, aparece el cálculo de las consecuencias.

4.4.2. Libertad Individual y Poder.

Esa tiranía a la que alude Mill, que puede llegar a ejercer un gobierno sobre sus gobernados, le lleva también a realizar una crítica de la sociedad, del modo de gobierno que había en su época. Así, entiende nuestro autor que la sociedad influye en el individuo, en su libertad. Y lo hace porque "la sociedad tiende a imponer como reglas de conducta sus ideas y costumbres a los que difieren de ellas"³³⁴. Esto molesta a Mill que es un defensor acérrimo de las minorías y de la diversidad. Su defensa por la diversidad enlaza con su apología de la individualidad de carácter, ya tratada con anterioridad³³⁵. Lo que parece mostrarse en Stuart Mill es la idea de que la sociedad intenta modelar la individualidad a su imagen y semejanza, condicionando sus elecciones, sus proyectos, y por ello parece necesario contraponerle un sujeto comprometido en su

³³³ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, p. 98.

³³⁴ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 42.

³³⁵ Véase capítulo I, parágrafo 1.2.1, pp. 17-22.

autodeterminación, en un proyecto de vida "propio", original, y como tal oponible a las pretensiones hegemónicas y conformistas de la sociedad³³⁶.

Frente a esto, el propio Pedro Mercado, en la línea de Stuart Mill, defiende la libertad individual, las capacidades de cada individuo como algo que trae beneficios a la sociedad y, por tanto, que ésta debe propiciar, porque lo contrario le traerá pobres consecuencias. Así lo expresa Mercado:

El valor de un individuo se mide por el desarrollo de sus capacidades. Afirmar la individualidad, desarrollar sus inclinaciones y capacidades, es formar un "carácter", un conjunto de trazos inconfundibles. El ejercicio creativo e individualizado de la libertad es la expresión de una autoafirmación, pero al mismo tiempo este proceso de autoafirmación de la libertad no es un acto de trascendencia individual porque la libertad comporta siempre un enriquecimiento de la sociedad.³³⁷

Con ello Mercado se sitúa en la dinámica de Mill de defender las minorías, la originalidad, lo natural del individuo, frente a la anomía de la sociedad y los gobiernos. Es importante afirmar que al igual que Pedro Mercado, Isaiah Berlin entiende que Mill:

³³⁶ Véase también P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 173, donde dicho autor también participa de la opinión arriba expuesta. Véase también F. ROSEN, *El hedonismo de John Stuart Mill*, p. 212, donde Rosen mantiene la misma opinión en el sentido de que debe dejarse al individuo que se desarrolle para sacar lo mejor de sí mismo.

³³⁷ o. c., p. 173.

Detestaba y temía la estandarización. Percibió que en nombre de la filantropía, la democracia y la igualdad se estaba creando una sociedad en la que los objetivos humanos se iban haciendo artificialmente más pequeños y estrechos, y en la cual se estaba convirtiendo a la mayoría de los hombres en un simple rebaño industrial en el que la mediocridad colectiva iba ahogando poco a poco la originalidad y la capacidad individual.³³⁸

Es curioso notar cómo se apela al nombre de la democracia para justificar la homogeneización de la sociedad, la configuración de una sociedad más plana y menos libre. Desde el modo de gobierno, el peligro de ahogar esa originalidad es que se resiente la sociedad, se produce una pérdida probablemente por el interés común. Por eso el propio Berlin afirma que Mill "conoció, temió y odió la timidez, blandura, conformidad natural y falta de interés en las cuestiones humanas"³³⁹. Por eso es tan importante para Mill una democracia que sea representativa, porque los que ostentan la representación realmente son individuos preocupados por los asuntos humanos de todos y no por los suyos en particular; entiende que ese es el mejor modo de gobierno porque favorece el crecimiento de la originalidad, el cultivo de la individualidad en definitiva. Y lo hace desde la educación. Así parece entenderlo también, en su estudio sobre Mill, Joaquín Abellán:

Estas dos funciones, que caracterizan al buen gobierno son las siguientes: en primer lugar, el fomento, la promoción de las buenas cualidades de los individuos [...]. El fomento de las cualidades de

³³⁸ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 293.

³³⁹ o. c., p. 293.

los individuos se refiere a todo tipo de cualidades, morales, intelectuales, activas [...]. Buen gobierno será el que fomente el carácter de los individuos [...]. El segundo criterio para determinar un buen gobierno es cómo sacar partido de esas buenas cualidades de los individuos [...]. Y, para Mill, la forma de gobierno que puede responder mejor a estas dos funciones es el gobierno representativo. Ésta es la forma de gobierno mejor, porque es la que mejor satisface la doble función con la que juzga al gobierno, la función de educación de mejora del carácter de los individuos y la función de actuar como mecanismo para dirigir los asuntos colectivos³⁴⁰.

Pero volviendo otra vez a los mecanismos, si bien los gobiernos tienen mecanismos legales para oprimir a las minorías, la sociedad como conjunto también posee otros mecanismos que sin ser legales ni ilegales, llegan a dañar al individuo dentro de su libertad. Podríamos al respecto señalar como mecanismos el rechazo social o el reproche social ante la acción de un individuo que obra desde su libertad, pero cuya acción no es la acostumbrada o la tradicional, lo que marca la mayoría o la sociedad. Esto es un peligro, según Mill, puesto que así la sociedad "También trata de impedir el desarrollo y, en lo posible, la formación de individualidades diferentes; y trata de modelar los caracteres"³⁴¹.

Con ello, Stuart Mill está poniendo de relieve, una vez más, la importancia de que los caracteres individuales y talentosos fluyan dentro de una sociedad que parece más bien anquilosada en los prejuicios y en las tradiciones.

³⁴⁰ Cfr. J. ABELLÁN, *John Stuart Mill y el Liberalismo*, p. 390.

³⁴¹ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 43.

Además, dejar que las tradiciones y prejuicios de la sociedad que fuere imperen y ahoguen los caracteres talentosos jamás será bueno. El fluir de estos genios pareciera que debe ser propiciado por la educación, una educación racional y emotiva para Stuart Mill. Parece que de otro modo difícilmente pueden fluir esos talentos. ¿Pueden hacerlo espontáneamente?. ¿O empujados por la costumbre y tradiciones sociales? Parece que no; parece que lo más oportuno es la educación como modo adecuado para que la sociedad sea más adulta.

4.4.3.- Relación entre individuo y poder.

No dejar influir los caracteres, la diversidad propia de cada individuo supone obstaculizar la esencia del individuo, la libertad. Esa acción de cercenar la libertad de los otros, lo que pone a las claras es que el otro o los otros no son tenidos en cuenta por pensar o expresarse de modo distinto a como lo hacen otros; en definitiva no se acepta lo que tanto subraya Mill, la diversidad por minoritaria que sea. Con una situación así lo que se produce es inmovilismo en ese aspecto también importante para Mill, la individualidad³⁴². Y ante esto Mill se alza a favor de esas libertades individuales, de esas minorías. El otro, el distinto, para John Stuart Mill es importante y más aún si es un desfavorecido porque entonces existe obligación y responsabilidad moral de auxiliarlo. El otro, sus intereses y preocupaciones son para Mill tan importantes como las mías y revierten en el bien común, en la mayor felicidad que tanto pregona la doctrina utilitarista.

³⁴² Véase también J. ABELLÁN, *John Stuart Mill y el Liberalismo*, p. 385, donde dicho autor también opina en el sentido de la afirmación recogida.

De modo que no sólo desde la acción, sino también desde la omisión podemos perjudicar al otro, siendo en cualquiera de los casos una gran injusticia³⁴³. Es necesario salir al encuentro del otro sin tener temor alguno o recelo porque sea distinto a mí en su modo de vida, en su expresión de ideas o pensamientos. Es necesario abrirse a lo diverso, porque como dice Joaquín Abellán "Cultivar la individualidad es afirmar la posibilidad de ser diferentes"³⁴⁴. Es necesario cultivar esa faceta de la diversidad para no permanecer encerrados en nosotros.

En esa dinámica de evitar que nadie minimize a nadie es en la que el propio Mill observa que el pueblo inglés se encuentra aún cerrado en sí mismo, es decir, cada individuo se ensimisma y es incapaz de salir fuera de sí, de tener conciencia pública, de estado. En una situación así, el individuo ve en el estado a un enemigo que le hostiga y que le oprime en su libertad. Sin embargo, y pese a que Mill constata esta situación, no es menos cierto que el individuo de su época se pliega ante la costumbre. Así que, por una parte sus contemporáneos se rebelan contra posibles interferencias del estado; y por otra parte, asienten ante

³⁴³ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 52. En suma Mill pone de manifiesto la idea de hacer responsable a un individuo del mal que hace a los otros, pero no menos importante es señalar también la responsabilidad que tiene el individuo por el mal que no evitó, pudiendo hacerlo. Este mismo sentir se puede confrontar id., *El Utilitarismo*, en pp. 103 y 112 respectivamente, donde nuestro autor pone de manifiesto claramente el considerar muy injusto privar a alguien de su libertad personal porque ello implica dos consecuencias: que se causa un perjuicio y que existe una persona concreta que resulta damnificada. De este modo la justicia trae consigo el que sea correcto hacer algo e incorrectos no hacerlo; más aún, la justicia implica que tal acción nos pueda ser demandada por alguna persona individual puesto que se trata de un derecho moral.

³⁴⁴ Cfr. J. ABELLÁN, *John Stuart Mill y el Liberalismo*, p. 386.

la tradición. La razón que explica esto es que ven al gobierno como a un enemigo de sus libertades individuales por "la vieja costumbre de considerar al gobierno como representante de un interés opuesto al del individuo"³⁴⁵.

Todo esto viene a poner de manifiesto un hecho palmario: las relaciones inevitables entre individuo y Estado. Para nuestro autor el problema fundamental viene dado en la tensión entre la libertad individual y los límites que tiene ésta frente a la constitución de una sociedad³⁴⁶. Pero esas relaciones están mediadas por una serie de normas o mejor, de leyes. Las leyes son para John Stuart Mill una herramienta cuya utilidad reside en la capacidad que tienen para configurar la vida en sociedad y las relaciones de unos con otros, a la vez que contribuyen a disuadir a cualquier individuo de perjudicar a otro. En definitiva, de lo que se trata es de que a través de esas leyes se respeten los derechos de cada individuo y se conduzca correctamente la tensión entre individuo y sociedad³⁴⁷. Parece que nadie negará la necesidad que tenemos de leyes; y puede que esa necesidad de numerosas leyes sobrevenga por la mediocre altura moral y espiritual que el individuo tiene para manejarse con el menor número de leyes posibles. Al hilo de esto, señalar que cuanto menor cantidad de leyes existiesen para arbitrar la convivencia entre los seres humanos, mayor sería la altura moral y espiritual de la humanidad.

³⁴⁵ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 48.

³⁴⁶ Véase también J. J. JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *La Democracia limitada de J. S. Mill*, p. 139, el cual también participa de esta idea.

³⁴⁷ Véase también J. J. JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *La Democracia limitada de J. S. Mill*, p. 140, el cual se muestra en esta misma dirección.

Las leyes engendradas por el Estado para arbitrar la convivencia entre los individuos nos llevan a hablar de una ética en Mill que podemos denominar ética cívica. Al tratarse de una "ética" cívica está claro que nos remite a unos valores que permitan que en la convivencia libre entre distintos individuos pueda haber un pluralismo moral. En Mill dentro de ese pluralismo moral, lo primero que parece descubrirse es que no vale todo; es decir, podemos encontrarnos con algunos valores como marco de referencia para convivir pacífica y justamente; pero otros no lo son tanto. Ello nos lleva a ver que la libertad de Mill tiene una dimensión de autonomía moral, donde cada persona es totalmente libre de querer unas cosas u otras, en tanto no cause daño a otros. Y de este modo el Estado tiene la obligación de ayudarle a descubrirse a sí misma a cada persona y a que exprese lo que realmente quiere. Y el Estado no puede impedirle al individuo que consiga este objetivo. Parece que la vía para ello es educativa

Pero hay una segunda dimensión de esa libertad milliana: la autonomía política, donde cada individuo está legitimado para participar activamente en su comunidad política.

Dado que las leyes parecen como absolutamente inevitables para convivir y es necesaria su aplicación para que exista justicia y se reprima la injusticia, acontece sin embargo otra cuestión: la del límite de esas leyes. El individuo desea la aplicación de las leyes, pero lo que no quiere es que esas leyes lleguen hasta la esfera más individual, privada y personal del individuo. Eso no lo queremos; y eso es lo que parece manifestar también Mill, dado que ello supondría otorgar de un gran poder a unos individuos sobre otros para entrar en espacios de la

libertad individual -sagrada para Mill- que son casi intocables. Sobre ello dejemos que Mill hable:

Nadie desea que las leyes interfieran en todos los detalles de la vida privada, aún cuando todo el mundo admite que en toda conducta cotidiana una persona puede mostrarse justa o injusta. Nos gustaría ver que se exige la conducta justa y que se reprime la injusticia, incluso en los detalles más mínimos, si no nos asustara, con razón, dotar a los magistrados de tal ilimitado poder sobre los individuos³⁴⁸.

Se aprecia que el poder de los magistrados puede llegar a ser casi ilimitado, si concedemos al poder judicial entrar en todos nuestros ámbitos. Ello supondría permitir que los jueces, individuos a fin de cuentas, tuviesen un ilimitado poder sobre el resto. Pero para Mill el individuo es falible, el juez también; y por ello parece que es preferible salvar un reducto íntimo del individuo en el cual nadie entre. Acaso esto supone el hecho de que somos diversos y hay que asumir esta circunstancia antropológica.

4.5.- Aceptación de la Diversidad.

A tenor de lo expuesto anteriormente, parece una obviedad el hecho de que en la libertad juega un papel referencial el aceptar el dato antropológico y ontológico de la realidad diversa. El principio de utilidad que persigue la mayor felicidad exige para ello anchura de mente en lo tocante a la libertad; y para ello, parece claro que es necesario aceptar la diversidad. Pero la aceptación de la misma se encuentra en bastantes ocasiones

³⁴⁸ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 109.

en la sociedad con la fuerza de la costumbre. Recordando a Lorenz Kolhberg, el humano se pasa casi toda su existencia en un nivel moral convencional, donde lo bueno y lo malo es lo que es en función del cumplimiento o no de las convenciones y costumbres sociales. Frente a ello, la diversidad supone un salto cualitativo a nivel moral y entrar en un nivel postconvencional que implica respeto al diverso en función de su dignidad y por encima de la costumbre.

Mill vuelve sobre la necesidad de un sentimiento que ha de ser universal, el de la dignidad humana. Este sentimiento guarda relación con la felicidad y forma parte de su esencia. Parece que para todo ello es necesario educar en el valor de la dignidad de la persona, algo que recuerda a Kant. Una sociedad que obra así es una sociedad que pone la libertad individual en el horizonte de sus intenciones; es una sociedad que no impide que emerjan los caracteres de cada uno, que no estén tamizados por el filtro de las costumbres ya marcadas y las tradiciones pautadas; es una sociedad que no demoniza al otro por diferente si no que lo potencia. Por todo ello, entiende Mill, que es necesario que se ejerza una protección del individuo frente a la sociedad, sobre todo en materia de costumbres y de reglas de conducta a seguir; entiende que "existe un límite para la acción legal de la opinión colectiva sobre la independencia individual"³⁴⁹. Pero la cuestión es "dónde colocar ese límite y cómo establecer el compromiso entre la independencia individual y el contrato social"³⁵⁰. En suma, pretender el conocimiento de ese límite es el problema básico cuando de asuntos humanos se trata;

³⁴⁹ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 43.

³⁵⁰ o. c., p. 43.

es lo que Mill se pregunta: "cuáles han de ser esas reglas en asuntos humanos"³⁵¹.

En el fondo, al plantear el problema que pone de manifiesto la costumbre, la tradición en la convivencia social, dentro de las mayorías, lo que se está planteando es una cuestión -si cabe- epistemológica. Es decir, la costumbre, las tradiciones se ejecutan mayoritariamente sin que estén tras ellas la razón. Y esto tiene unas consecuencias para las mentes abiertas a la ciencia y al raciocinio de enorme calado. Así, ante situaciones en que la tradición o la costumbre se impone de modo alejado a lo que pueda dictar la razón, sucede que se produce un choque entre la costumbre y la razón de considerables consecuencias, sobre todo en materia de conducta humana. No en vano Mill decía que la influencia de la costumbre "es considerada a menudo como una primera naturaleza y no como segunda"³⁵².

Lo que Mill pone de manifiesto es su crítica a la costumbre como soporte y justificación de las reglas de conducta; y ello porque la costumbre no parece guardar mucha relación con una educación racional y de sentimientos, que sí que debe darnos pistas para formar nuestro carácter y conductas. Frente a esto, John Stuart Mill defiende que en materia de costumbre hay que exponer razones de por qué hay que tener una determinada conducta y no admitir la diversidad de conductas y caracteres. Los sujetos que no exponen razones de sus conductas y arguyen desde la costumbre, desde su propio actuar, que debe servir para que los demás actúen igual, lo que exponen es una simple preferencia. La conducta humana y todo lo que ella

³⁵¹ o. c., p. 43.

³⁵² o. c., p. 44.

implica no debe obedecer, para Mill, a criterios costumbristas, porque éstos anulan el propio gusto, los propios caracteres o la propia espontaneidad no ya sólo a nivel individual sino también a nivel de sociedad:

El efecto de la costumbre es de tal naturaleza que, sobre este tema, nunca se ha considerado necesaria la exposición de razones [...]. En las opiniones sobre la ordenación de la conducta humana nos guía el principio práctico de que los demás deben obrar como uno obra; pero una opinión sobre materia de conducta que no esté avalada por razones, nunca podrá ser considerada más que como una preferencia personal³⁵³.

Al hilo de lo antes expuesto, hay que tener presente cómo el propio Mill expone también las consecuencias que se siguen para una sociedad por el hecho de actuar en contra de la libertad, en contra de sus caracteres, genialidades, en suma, en contra de la realidad diversa. Y esa actuación trae unas consecuencias de lo más pernicioso. En este sentido John Stuart Mill abunda en las consecuencias para una sociedad de que sus individuos sigan el dictado de la costumbre sin dejar fluir sus aspectos diversos. La

³⁵³ o. c., p. 44. Esa misma idea puede confrontarse en id., *Bentham*, pp. 36-37, donde Mill vuelve a criticar a la costumbre como algo que en el ámbito de la acción y del pensamiento se impone sin tener en cuenta las mentes de los individuos particulares; se impone como algo universal pero sin tener en cuenta a la generalidad de la humanidad. Para Mill, la opinión general de la humanidad se obtiene desde la depuración de trazas e impurezas intelectuales, prejuicios que han tenido las mentes humanas. En la opinión general de Mill están representados todos los puntos de vista particulares, diversos, pero no predomina uno sobre otro, por mor del respeto a la acción y pensamiento del otro.

consecuencia es una vida social pobre, así como quedar los individuos reducidos a meros espectadores³⁵⁴.

Los realmente intelectuales ante la carencia de razón y sentimientos optan por el solipsismo o el aislarse. Los de cierta altura espiritual se relacionan pero sufren las consecuencias de esa relación porque perciben más embrutecimiento que enriquecimiento. Ello les lleva poco a poco a ser absorbidos por la masa, casi anulando sus firmes convicciones e ideales, a la par que anula su diversidad. En el mismo tenor, pero por otro lado, quien está dotado de cierto nivel intelectual no es que no tenga que relacionarse con inferiores a su nivel; al contrario, hágalo; pero desde una perspectiva de educador, dándole así Mill gran importancia educativa a la comunicación de las ideas. Y el ideal es que en una dinámica de formación permanente se rodee de espíritus intelectualmente altos que le enriquezcan. Como esto no abunda mucho es por lo que el propio Mill resultará un escogido a la hora de elegir relaciones. Así lo expresa:

Para una persona siquiera medianamente normal en sus modos de pensar y de sentir [...], la vida de sociedad tiene que ser sumamente desagradable; y la mayoría de la gente que en el día de hoy posee verdadera altura intelectual se relaciona tan poco [...] que casi se ha apartado por completo de toda vida social. Aquellas personas de alguna categoría espiritual que no obran así, sufren, casi sin excepción, un grave deterioro. [...] Sus sentimientos se reducen; van abandonando aquellas convicciones sobre las que deben guardar silencio en los círculos sociales que frecuentan; llegan a considerar poco

³⁵⁴ Véase capítulo 2, parágrafo 2.6, p. 141, donde ya se apuntó esta idea de mero espectador.

prácticos los altos ideales que antes tenían [...]. Un individuo de inteligencia superior jamás debería relacionarse con círculos sociales no intelectuales, a menos que lo hiciera como un apóstol: es así como una persona de altos ideales puede participar de la vida en sociedad sin correr ningún riesgo. Pero incluso estas personas con aspiraciones intelectuales obrarían mejor, si les es posible, asociándose con sus iguales o con individuos superiores a ellas en conocimiento, inteligencia y sensibilidad³⁵⁵.

Es importante esta consideración de Mill, que puede enlazar con lo afirmado en la página 246. Así, una opinión sobre conducta sin razones como soporte no es más que una preferencia personal, que hace a la sociedad menos feliz, más inútiles que útiles. Es importante, digo, por cuanto el propio Mill con ello manifiesta que a lo largo de la historia lo que ha habido es una conducta dominante en una tribu, en un grupo humano, en una sociedad, en un estado. Pero si lo que hay es una conducta dominante, de la mayoría, sin ninguna razón sustancial que la apoye, entonces lo que ha habido, ni más ni menos, es un conjunto de intereses subjetivos al máximo. Y lo que se ha querido hacer con ellos es enfatizarlos todo cuanto se pueda, olvidando las otras partes que son diversas, distintas. Al final, todo se reduce al puro y duro interés de un grupo

³⁵⁵ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, pp. 217-218. Esta idea del individuo intelectualmente notable que ha de unirse con los del mismo tenor vuelve a estar presente en esta misma obra en la p. 234, al hacer hincapié Mill en los avances intelectuales que experimentó al unirse a personas de las más eminentes facultades, lo cual hizo que su pensamiento e intelecto se desarrollase más, lo cual muestra su talante de ser receptivo a aprender de todo el mundo y dar cabida entre sus opiniones a nuevas adquisiciones, como se ve en o. c., p. 239.

que es distinto y al que no se le da la oportunidad de confrontación. Y a partir de esos intereses se derivan obligaciones morales, personales, públicas, privadas y lo que sea necesario. Pero en una situación así, ese conjunto de intereses no es sino un puro metarrelato en manos de un grupo que subsume a otro. Eso parece desprenderse de la reflexión de Mill:

Donde quiera que exista una clase dominante, la moral pública derivará de los intereses de esa clase, así como de sus sentimientos de superioridad. La moral entre los espartanos y los ilotas, entre colonos y negros, entre príncipes y súbditos, entre nobles y plebeyos, entre hombres y mujeres, ha sido casi siempre fruto de estos intereses y sentimientos de clase³⁵⁶.

Se podría decir que para Mill a lo largo de la historia la moral que ha ido existiendo es el resultado de la superioridad de una clase sobre otra que no sobresale porque se impide que aparezca lo diverso. De este modo es como una clase o grupo cercena la libertad de otros, al imponer su propia idiosincrasia, su carácter, anulando el carácter distinto de los otros al no aceptarlo. Así es como interfiere en la libertad de los que son menos, minimizando al otro y con el objeto de lograr sus intereses. De esta forma nos encontramos con una sociedad plana, que defiende una única posición, impidiendo la explosión del diferente, del diverso, del distinto. Se trata de un ataque a la educación en diversidad. Desde esa posición única es desde donde todos deben identificarse y comportarse y mantener idénticos intereses. En una situación así lo que sucede es que esa sociedad no crece ni moral, ni intelectual ni humanamente, porque no se deja paso a otra alternativa

³⁵⁶ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 45.

diferente, porque no se acepta lo que es necesario aceptar, la diversidad. Parece claro que todo ello contribuye poco al aumento de la felicidad, de la libertad.

4.6.- Libertad, Felicidad y Democracia.

Parece oportuno en este momento hacer un corolario en torno a lo que supone la idea de libertad en el pensamiento de John Stuart Mill. A lo largo de este capítulo y alrededor de la idea de libertad van surgiendo diversas cuestiones, tales como igualdad, solidaridad, individuo, estado, religión y otras que ya hemos desarrollado. Cabe ahora recapitular todo en este sentido.

En el concepto de libertad que maneja nuestro autor hemos de tener presente que él es consciente del desencuentro que existe entre la sociedad y el individuo. A este respecto, y dado que hablar de libertad supone tener presente la idea de individuo y de sociedad, hay que indicar que en John Stuart Mill se deja ver con cierta claridad que la libertad es libertad individual; y sobre esto se sigue que el Estado debe intervenir lo menos posible en los asuntos individuales. Esta es una visión, la de Mill, que por ejemplo choca con el pensamiento hegeliano que entiende que el Estado es lo principal. Pero además en Mill existe la constatación de un conflicto entre sociedad e individuo, siendo la libertad de pensamiento la línea de demarcación entre ambos planos.

Al hilo de esa idea de libertad que supone hablar de individuo y Estado, se sigue la idea de poder como empalmada con la anterior. Por ello Mill entiende que la primera idea de libertad surge precisamente para protegerse de las acciones abusivas de quienes poseen el poder. De ahí se sigue la necesidad de limitar el poder a los

gobernantes; un límite que debe estar presidido por el hecho de que los intereses entre gobernantes y gobernados sean coincidentes. Precisamente en esta idea de poder que nos presenta Mill como ligada a la de libertad se sigue la idea de igualdad; una igualdad que suponga entre otras cosas la eliminación de la dominación. Así, ningún individuo ni grupo de individuos puede poseer un bien dominante, es decir, un tipo de bien tal que, si se posee, se poseen con él todos los demás. Por ejemplo, que mediante el poder político se pueda poseer también el económico, el cultural.

Ese poder al que se refiere Mill le lleva también a tener presente la idea de la mayoría. John Stuart Mill entiende que nadie, ni siquiera la mayoría, tiene derecho a obligar a otros a pensar y a vivir de una forma determinada. Y el único motivo legítimo para que el Estado ejerza coacción sobre el individuo es la protección del conjunto social. Por ello Mill aparecerá como defensor acérrimo de las minorías, puesto que lo que está en juego es el ser humano; un ser humano que a diferencia del animal tiene capacidad de elección; es capaz de elegir y no ser elegido. Es ese individuo quien lleva las riendas de su vida; es un individuo buscador de fines -fines que cada uno persigue a su propia manera- y no sólo de medios. Esa capacidad de elección hay que adiestrarla; y sólo se logra esto por la vía de la educación.

Tan preocupado se siente Mill por el individuo, por su libertad individual, porque no esté coaccionado en su actuar, que le dedica en su pensamiento un lugar preferente a la educación. Defiende una educación muy temprana -como Quintiliano, o como Rousseau- para ir perfilando a ese individuo en su libertad, en su capacidad de elegir y en su

actuar. En este aspecto, conviene recordar que Stuart Mill le da importancia al cultivo interno del individuo, a la vuelta a la conciencia, como Sócrates. Stuart Mill sitúa en la conciencia de cada uno el lugar fundamental para desarrollar a ese individuo auténticamente, desde la educación. Educar para la conciencia resulta capital en el pensamiento de Mill. Parece que sólo educando la interioridad del individuo se logrará que éste sea realmente libre. Considera al Estado como exponente fundamental en esta tarea de educar a los individuos sacando lo mejor que de ellos hay en su interior, sacando a la luz sus talentos o genialidades para que afloren y sean puestos al servicio de los demás. Por ello la educación debe ser desde muy tierna edad, porque esos primeros años del individuo son básicos para configurar su carácter, su sello, el que le va a hacer ser feliz.

La idea de felicidad y de justicia que van juntas son fundamentales en su pensamiento y va unida a la de libertad. Su doctrina de la felicidad podría llamarse doctrina del goce solidario, en contraposición al goce solitario, más propio de los hedonistas epicúreos e incluso de Bentham. Por lo visto hasta ahora hay que indicar que con gran perseverancia nuestro autor insiste en sus obras en que la felicidad era el único fin de la existencia humana. Pero su idea de qué era lo que contribuía a ella fue diametralmente distinta de la de sus educadores, de modo que lo que más llegó a valorar no fue ni la racionalidad ni la satisfacción, sino la diversidad, la pluralidad, la plasticidad y la plenitud de la vida. Para Mill, cuanto más variadas sean las formas de vida, más ricas serán estas para las personas en cuestión; cuanto más amplio sea el campo de intersección entre los individuos, mayores serán las oportunidades de cosas nuevas e

inesperadas. En definitiva, la chispa indescriptible del genio individual, la espontaneidad y singularidad de un hombre, grupo o civilización son lo que francamente proporcionan felicidad en la sociedad. En este aspecto es importante recoger la importancia que Mill le da al hecho de que en las distintas vertientes de la libertad individual, ya de pensamiento, expresión o la que fuere, es fundamental asumir que no hay una única verdad, no hay un único camino válido para todos; todo lo humano permite diversidad de opiniones, con lo cual la discusión está siempre servida.

En contraposición a lo antes expuesto sobre la valoración de la felicidad, se entiende que para Mill lo realmente odioso y temible y pobre para la humanidad era la mezquindad, la uniformidad, el efecto destructor de la persecución, la opresión de los individuos por el peso de la costumbre o la autoridad o la opinión pública. Se manifestó contra la socialización y la uniformidad y deseaba la mayor variedad posible en la vida y el carácter humanos. Quizás esta actitud supone en nuestro autor una reacción a su época infantil tan rígida y a su adolescencia disciplinada. Y sobre todo, porque esas etapas de su vida se vieron vacías de sentimientos, se presentaba a éstos como enemigos de su crecimiento personal. Quizás por eso siempre le vemos llamando a la tolerancia a cualquier precio. La tolerancia es algo que también contribuye a que haya felicidad. Es necesario apuntar respecto al principio de la "mayor felicidad del mayor número" que el asunto de la mayoría que aquí se desprende hace que en Mill el que la mayoría ostente el poder es algo justo y correcto. Pero es necesario que haya unos elementos de control para las perspectivas parciales, las minorías y la libertad de pensamiento y la individualidad personal. De ahí su demanda

de democracias representativas como garantía del respeto a las minorías.

Otro aspecto, si no el más importante de su pensamiento, haría referencia a lo que podemos decir que en Mill es la esencia de lo humano: la libertad. La libertad es la esencia de nuestro ser; y gracias a ella somos capaces de todo. A lo largo de su pensamiento se descubre que en nuestro autor la propuesta moral, política, antropológica, es siempre la de la libertad y libertad del individuo. En Mill la libertad va unida a la dignidad y a la educación; todos tenemos derecho a ellas. Creo que Mill en este aspecto de la libertad, sobre todo en lo que supone acción individual se acerca a Kant y Hume; pero se aleja de ellos porque la racionalidad no es para él diferente de las restantes facetas humanas. En Mill, todo lo que el hombre hace lo hace en cuanto ser que siente a la vez que es racional. En Mill el individuo es algo pasional-racional; desde aquí se entiende que defienda la felicidad general como fundamentada en la misma naturaleza del hombre.

La libertad y la moralidad se unen en Mill, en tanto que brotan de la naturaleza humana; de modo que los individuos se acercan a lo mejor de lo que pueden ser y así se van perfilando como hombres libres y autónomos; por ello son los más felices y por ello son los individuos que pueden gozar de mayor bienestar. Así, en este aspecto que concluimos de la felicidad hay que indicar que la felicidad deseable es la deseada por los individuos autónomos, libres, espontáneos y geniales, los cuales se erigen en modelo de humanidad educada y madura; son, como afirma Asunción Herrera "héroes éticos"³⁵⁷. Todo ello se logra en

³⁵⁷ Cfr. A. HERRERA GUEVARA, *La Ética en la espiral de la modernidad*, pp. 2-3. Es interesante el estudio que hace la autora sobre el héroe

una dinámica de progreso, muy propia de su época y por influencia de Comte, ya que será el progreso el que vaya haciendo al hombre más libre.

A lo largo del capítulo que concluimos ahora parece desprenderse del pensamiento de nuestro autor que uno de los retos básicos para él es el de casar el desarrollo de la autonomía individual con la solidaridad en el goce de los bienes producidos por todos. Esto se da, en parte, gracias a su concepto optimista antropológico -recuerda a Rousseau- que concibe al hombre como animal social (como Aristóteles), superando así el hedonismo egoísta de Bentham. Para Mill, no sólo la mayor felicidad de cada uno estriba en la mayor felicidad de todo el mundo; antes bien, la felicidad de todo el conjunto de la humanidad sólo es factible si cada uno en particular es tratado como un ser libre, autónomo e irrepetible.

En el pensamiento milleano no se concibe que el individuo pueda ser feliz fuera de la comunidad política, muy al estilo de la polis griega. Y enfatiza el que los sentimientos sociales aumentan por influencia de la educación y de la civilización en progreso -otra vez la idea de progreso típica de su época y de la Ilustración-; y que cuanto más crecen, tanto más deseables aparecen el bien común o la felicidad general como objeto digno de ser buscado.

Por otro lado, pero en conexión con lo anterior, el buen gobierno como lo entiende Mill habrá de ir encaminado

ético que es el protagonista de la historia, que transforma el mundo, que se enfrenta a la realidad desde valores, que actúa desde principios racionales emanados de su constantes decidir y pensar la realidad.

hacia la potenciación de las capacidades de autogestión, autodesarrollo, autonomía, participación activa, creatividad, espontaneidad, originalidad e individualidad. Para todo ello el elemento de la educación de los individuos por parte del Estado es fundamental una vez más, así como el elemento de la libertad de pensamiento. Lo que trata con este propósito Mill es alcanzar la mejora de las facultades morales, intelectuales y activas que hay en todos los ciudadanos, de manera que sus relaciones mutuas sean de manifiesta solidaridad, sin perjuicio para el respeto de la libertad individual de cada individuo. Esta es la base de la educación en Mill, una educación moral e intelectual de los individuos, que le preocupa a Mill enormemente. ¿Por qué el elemento de la educación?. Porque la educación garantizará el autodespliegue y la participación inteligente, desde la razón y sobre todo desinteresada en la vida pública. Todo ello parece tener en el fondo un poso ilustrado de tipo kantiano: la razón autónoma. En definitiva la tensión minoría-mayoría; individuo-sociedad, libertad-solidaridad parecen el eje del pensamiento filosófico de John Stuart Mill.

Otro aspecto a reseñar como corolario de este capítulo es que la obra, en general, de Mill supone un afrontar lo complicada que es la convivencia humana. Lo es sobre todo por algo que él enfatiza en numerosas ocasiones: por la diversidad de ideas y opiniones. La diversidad le resulta tan relevante a Mill porque su posición a favor de las minorías y de sus derechos le hace argumentar a favor del respeto a la pluralidad de opiniones y pensamientos, a la autonomía y, por tanto, a la diversidad. En este aspecto, para nuestro autor, desde la epistemología, el conocimiento sólo se alcanza por medio de diferentes métodos y perspectivas; pero, y en el orden sociopolítico, la verdad

sólo es alcanzable desde la discusión argumentada y razonada, desde el debate, desde la expresión libre de ideas. De ahí su tratamiento importante al aspecto concreto de la libertad de pensamiento y de expresión. En realidad no se trata de un problema trivial, sino que es algo que Mill evoca en la época histórica que le toca vivir, pero que creo que es un problema también de nuestra civilización en el siglo XXI. El pensamiento milleano parece asumir que existen cosas que nos unen como humanos, pero también existen multitud de cosas que nos separan entre humanos. El problema que Mill plantea está en intentar establecer un equilibrio. De ahí que él hable de la línea fronteriza entre individuo y estado, por ejemplo. Del pensamiento milleano se extrae la necesidad de más diálogo y mejor disposición en el lugar del otro, esto es, empatía.

El aspecto de la libertad tratado en este capítulo parece mostrar que Mill insiste en las libertades como libertad de desarrollarse uno mismo en cuanto ser humano en el sentido total, una libertad exigida por el bien común. Por lo tanto, parece razonable concluir que es incumbencia de la comunidad eliminar obstáculos a tal desarrollo por parte del individuo. No es únicamente que el Estado no ponga impedimentos al autodesarrollo del individual, sino que le proporcione a este individuo las condiciones necesarias para tal proyecto vital.

La idea de Mill sobre el autodesarrollo del individuo tiene una función básica en sus reflexiones sobre la libertad civil o social. Insiste en que el principio de utilidad exige que todo hombre sea libre para desarrollar sus capacidades de acuerdo con su propia voluntad y criterio, siempre que al hacerlo no obstaculice el ejercicio de la misma libertad de los demás. Igualmente, no

favorece el interés común el que todos estén moldeados por igual. Para Mill una sociedad será tanto más rica cuanto más libremente se desarrollen sus ciudadanos. La libertad sólo podrá entenderse cuando la humanidad se haya vuelto capaz de progresar merced a la expresión libre y equitativa. En una sociedad incivilizada, el despotismo estaría justificado. El objetivo en una sociedad así es el progreso de la sociedad en cuestión; y los medios se justificarían con vistas a tal fin. Pero, cuando la sociedad se ha desarrollado hasta cierto punto, el principio de utilidad exige que el individuo disfrute de plena libertad, menos de la de hacer daño a los demás. Este es el único fundamento legítimo en una sociedad civilizada para coaccionar al individuo: impedir el daño a los demás.

En una sociedad civilizada, es la democracia lo mejor para poder conducirse hacia la mayor felicidad y hacia la libertad. Ahora bien, en el pensamiento mostrado en este capítulo de Mill se deja ver que si bien es cierto que el bien general pide que haya tanta libertad como sea posible para el individuo, no es menos cierto que Mill se vuelve contra la mayoría que no puede presentarse como clase infalible en lo tocante a lo que es beneficioso para el individuo. Por ello él siempre arremeterá contra las mayorías que quieren imponer sus propias ideas sobre lo bueno y malo en general. El individuo está tanto más a salvo de ser perjudicado por las mayorías cuanto más capaz sea de protegerse a sí mismo. El lugar más idóneo para esto es una democracia, la cual fomenta el temperamento activo, la iniciativa y el vigor de los individuos. Es en una democracia donde mejor surgen y circulan las ideas, la espontaneidad y el genio de los individuos; en suma, donde se es más libre.

Mill, dentro de la democracia, defiende la democracia directa, la cual tiene el problema que sólo es factible en sociedades relativamente pequeñas. Por ello terminará a favor de una democracia representativa. Pero aquí nuevamente Mill el problema que ve es que las mayorías opriman a las minorías. Por lo tanto, depurará Mill más aún el concepto democracia y defenderá una democracia representativa proporcional. ¿Es esto la gran maravilla para una convivencia adulta y madura?. Pues no, Mill no tiene fórmulas mágicas. Su propuesta, como la de otros filósofos anteriores a él, no es perfecta. Si cabe, trata de complementar esa idea de democracia representativa proporcional dándole una enorme importancia en su pensamiento a la educación. De ahí que defienda un sistema educativo que inculque el respeto genuino a la libertad individual y a los derechos de todos los ciudadanos, sea cual sea su raza, religión o condición social. Sólo así habrá libre circulación de ideas, de pensamiento; sólo así se será más feliz.

Esa educación que defiende nuestro autor trata de potenciar la igualdad, la cual es entendida por nuestro autor como el hecho de que cada persona pueda disfrutar de una cantidad razonable de cada uno de los bienes; trata de ser una igualdad de oportunidades. Esa educación pretende la potenciación de la autoestima que ayude a desarrollar las genialidades de cada uno. Esa educación intenta fomentar la solidaridad como un sentimiento, sin el cual es imposible que exista plena libertad. Esa educación defiende la tolerancia como respeto activo de unos con otros y exige firmemente el diálogo como actitud. Para Stuart Mill, esta actitud en el terreno educativo es muy valorada: "Me gustaba discutir y no tenía escrúpulo en oponerme abiertamente a cosas que oía decir. Supongo que adquiriré

esta mala costumbre por haber sido animado, en grado poco común, a comentar asuntos que no eran propios de mi edad, y a discutir con personas mayores"³⁵⁸. La actitud dialógica es, por tanto, algo fundamental para resolver los problemas que se dan en una sociedad entre individuos y Estado.

Empero, frente a lo antes dicho con respecto a la educación, conviene tener presente cierta fractura en el pensamiento milliano, a saber. El propio Mill defiende la importancia de la educación de la diversidad de individuos; el que la educación nos igualará más a todos, es decir nos irá asimilando en la sociedad progresivamente. Cuando Mill habla de "asimilar" se está refiriendo al hecho de que la sociedad progresivamente evolucionará o progresará en un orden tal que irán desapareciendo las desigualdades tan grandes que existían y que mostraban un abismo entre unos individuos y otros siendo todos iguales.

Pero Mill parece contradecirse un poco al afirmar que "Todos los cambios políticos del siglo la favorecen [la asimilación], puesto que todos tienden a elevar las clases bajas y a humillar a las altas. La extensión de la educación favorece esa asimilación, ya que la educación sitúa a los hombres bajo influencias comunes y da acceso a todos al caudal general de hechos y de sentimientos"³⁵⁹.

Igualmente, Stuart Mill en este terreno de la educación defiende la idea general de que el Estado no influya, pero que sea lo más propicio a que se dé educación. De hecho Mill afirma que: "En general, si el país posee un número suficiente de personas capaces de proporcionar la educación al pueblo con los auspicios del

³⁵⁸ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 57.

³⁵⁹ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 148.

gobierno, esas mismas personas podrían y querrían dar una educación igualmente buena, sobre la base del principio voluntario, contando con una remuneración asegurada"³⁶⁰. Esto lleva implícito la idea de que la educación sea algo favorecido por el Estado, pero que éste no caiga en la inmoralidad o error de influir en las personas con sus ideas. Sin embargo, Stuart Mill no fue precisamente educado bajo los auspicios del Estado y sí de acuerdo con las ideas de su padre, como el propio autor afirma: "ejerció [James Mill] una dedicación, esmero y perseverancia que rara vez, si es que ha habido alguna, ha sido empleada con un propósito semejante: el de impartir, de acuerdo con sus propias ideas, una educación intelectual de la máxima calidad"³⁶¹.

Si bien es cierto que John Stuart fue creciendo autónomamente, no es menos cierto que nuestro autor recibió una educación individualista y que la formación fue dirigida por su padre, de quien se suele decir fue muy rígido, como cuando Stuart Mill afirma que "a mi padre le gustaba poner en mis manos libros que trataban de hombres con energía, capaces de enfrentarse a circunstancias poco comunes, y de luchar y vencer ante las dificultades"³⁶²; o que "de libros para niños y obras de teatro apenas llegué a leer nada"³⁶³; o, en parecida dirección, que "mi padre veía poco mérito en la poesía del presente siglo, y yo apenas si llegué a conocerla hasta que no alcancé la mayoría de edad"³⁶⁴. Empero no es para tanto y su padre no fue tan rígido ya que incluso James Mill, tal como dice su hijo,

³⁶⁰ o. c., p. 201.

³⁶¹ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 34.

³⁶² o. c., p. 37.

³⁶³ o. c., p. 37.

³⁶⁴ o. c., p. 43.

"había puesto a Shakespeare en mis manos"³⁶⁵, pero más adelante dice que su padre "nunca fue un gran admirador de Shakespeare, y solía atacar con cierta severidad la idolatría inglesa para con él"³⁶⁶. Y aunque la literatura infantil no era favorita de su progenitor, también es verdad que "no era parte del sistema educativo de mi padre excluir libros de entretenimiento, si bien sólo me permitía leer muy pocos"³⁶⁷. Incluso más llamativa aún resulta la rigidez de esa educación cuando Mill recuerda que "mi padre estaba decididamente resuelto a librarme no sólo de la influencia corruptora que de ordinario ejercen los chicos sobre los chicos, sino también de todo contagio con los modos vulgares de pensar y sentir"³⁶⁸. Todo ello puede poner de manifiesto ciertas ambigüedades en esta idea de educación.

Por otro lado, a Stuart Mill le importan dos conceptos que presenta siempre en sus obras: el individuo y el Estado. Más en concreto, le importaba el desarrollo personal del ser humano, sobre todo como individuo. Pero para él el Estado es también importante ya que sólo el Estado puede y debe eliminar obstáculos e impedimentos en vistas a conseguir una vida humana total. Pero, con todo, para Mill lo que existe es el individuo, si bien ni éste ni su personalidad pueden desarrollarse plenamente al margen de las relaciones sociales.

³⁶⁵ o. c., p. 43.

³⁶⁶ o. c., p. 43. Al respecto de este asunto de la supuesta severidad de James Mill al educar e instruir a su hijo, véase *John Stuart Mill y el Utilitarismo*, p. 265, donde Francisco Vergara también opina que este punto de severidad es exagerado.

³⁶⁷ o. c., p. 37.

³⁶⁸ o. c., p. 58. Véase también I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 284. Aquí Isaiah Berlin recoge también ese tipo de educación extraordinaria que recibió Mill.

En otro orden, también hay que apuntar como conclusión lo tocante al tema de la religión en nuestro autor. Mill es cierto que no fue educado en creencia religiosa alguna. Pero no es menos cierto que él no compartía con su padre ni con Bentham la hostilidad hacia la religión, es más él supera esa concepción de sus mentores. La religión para Mill, como pueda ser el arte o la poesía, pueden proporcionar al individuo ideas que trasciendan a las que de hecho le ofrece la vida humana. Eso a lo largo de su obra y tal como recogemos en este capítulo, Mill considera la religión como actividad práctica capaz de producir en el ánimo estados de felicidad o de desdicha; es decir, que la religión se erige en el pensamiento como una posible fuente de placer o dolor moral. El abordaje que Mill hace de la religión lo hace desde una perspectiva puramente utilitarista, esto es, lo que Mill se plantea es si la religión puede proporcionar al individuo y al conjunto de la sociedad felicidad. Si es así, bienvenida sea.

La religión que defiende Mill, muy al estilo de Comte, es lo que él denominará "Religión de la Humanidad". Con ello Mill lo que pretende es cambiar las religiones de corte tradicional sobrenatural por un nuevo orden de creencias seculares. Su "Religión de la Humanidad" viene a ser un ideal que pueda colmar las más elevadas aspiraciones de los individuos. Se trata de una religión que permita al género humano progresar hacia la perfección individual y social, la cual traerá la perfección moral y espiritual. Un pensamiento éste muy propio del siglo XIX.

Se trata de un nuevo concepto de religión que se dirige hacia un mayor sentido de unidad entre los seres humanos y de solidaridad; y que está presidido por un

desinteresado logro del bien común y del bienestar general, aspectos éstos que como ya dijimos también se relacionan con la educación. Además, Mill contempla la relación entre religión y educación y no observa problema alguno en la cuestión de la enseñanza de la religión por parte de las familias y los alumnos. Todo ello es totalmente compatible con el proyecto utilitarista. Parece con ello quedar más o menos claro que en ningún momento John Stuart Mill defiende la abolición del sentimiento religioso. Lo que él está defendiendo es una religión que no exija renunciadas del hombre y la mujer a la facultad racional que le es propia y que le suponga promesas de felicidad en otra vida, de la cual no existen garantías.

En conclusión, parece que para Mill educar para la libertad será lo que realmente traerá felicidad; una educación adecuada traerá consigo el ejercicio de la libertad de manera racional; y una libertad en las elecciones llevada desde la razón es el resultado de una educación correcta. El individuo libre en su pensamiento, en su expresión, en sus ideas, en su asociarse con los demás, será el que construya una sociedad más habitable, humana y solidaria. Parece que John Stuart Mill rompe con los moldes de la sociedad de su época al defender que es el individuo diverso y diferente el que elige y construye el itinerario de su vida para alcanzar los fines de su vida. Para ello es fundamental tener presente la confrontación, la discusión, el choque de lo opuesto, a veces irreconciliable; otras veces no; la falibilidad, el error como elemento que también interviene en la formación de nuestra existencia.

Por todo ello, parece oportuno que entremos a continuación a tratar esos espacios de libertad que hemos

indicado y que son tan importantes para la persona, según Mill.

**CAPÍTULO 5: ESPACIOS DE LA LIBERTAD
HUMANA**

El ser humano es ser social y diverso para Mill; es también un ser dotado de una esencia, la libertad. Teniendo en cuenta esto, hay que notar que ese individuo, esa persona persigue el conocimiento, el saber; busca la verdad; se asocia con otros individuos plurales y diversos; construye su conciencia, su pensamiento y sus opiniones. Todo ello para ser feliz.

5.1.- Verdad relativa, Infalibilidad e Intransigencia en el pensamiento libre.

John Stuart Mill entiende dentro del terreno de la libertad de pensamiento que éste es importante en el seno de una sociedad; y que la "verdad" y el "bien común" son algo anexo el uno al otro, cara a conseguir la felicidad, más concretamente una sociedad. El poder ejercer libertad de pensamiento, el que los genios puedan dejar fluir su carácter sin barreras, eso es lo que trae prosperidad, progreso material, intelectual en una sociedad; eso es lo que hace que crezcan humana y materialmente la sociedad, la libertad, el carácter nacional que él denomina. Así parece desprenderse del pensamiento de nuestro autor, el cual dice:

Lo único que capacita a cualquier grupo de seres humanos para existir como sociedad es el carácter nacional; eso es lo que hace que una nación tenga éxito en lo que se propone, y que otra fracase; [eso es lo que hace] que una nación entienda cosas elevadas y aspire a ellas, y que otra se arrastre en cosas miserables; [eso es lo que hace] que dure la grandeza de una nación, y lo que precipita a otra en una prematura y rápida decadencia³⁶⁹.

³⁶⁹ Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, p. 56. Mill al expresar esa idea de carácter nacional, con ello se refiere al conjunto de creaciones

Mill no se cansa, pues, de afirmar ese carácter nacional, carácter que apunta al sentimiento de unos individuos y que no es lícito relegar sólo porque choca con nuestros postulados. La actitud de quienes así obran, instalados en una presunta seguridad, es una actitud de infalibilidad que comporta no mostrar al otro las distintas partes de una cuestión y sí el resolver para los demás algo sin contar con ellos, con su parecer, con sus ideas, todas ellas sobrevenidas de las distintas posibilidades que se les han mostrado para que decidan más certeramente. Obviar esto y resolver desde una sola óptica es una actitud de infalibilidad; y así parece manifestarse Mill cuando afirma:

Pido que se me permita hacer notar que sentirse seguro de una doctrina, cualquiera que ella sea, no es lo que lo llamo pretensión de infalibilidad. Entiendo por infalibilidad el tratar de decidir para los demás una cuestión sin que se les permita escuchar lo que se pueda decir en contra. Y yo denuncio y repruebo esta pretensión³⁷⁰.

culturales de una sociedad, lo que la distingue de otras; y eso es algo que siendo bueno, hay que conservarlo. Ese dejar fluir los talentos y el carácter de los individuos que defiende Mill va anexo a la idea de libertad. Sólo desde la libertad y con libertad se puede dejar que corran las ideas libremente. Esta misma idea es recogida por nuestro autor en id., *Autobiografía*, p. 171.

³⁷⁰ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 71. Parece que en este aspecto Mill se muestra deudor del pensamiento de Jeremy Bentham, dado que en id., *Bentham*, p. 8, también deja claro Mill esta actitud de manifestarse contra quienes poseen el poder y no admiten la influencia de otros individuos que por medio de su pensamiento e ideas puedan cuestionar y mejorar la situación que estén experimentando.

La valoración de Mill es contundente al respecto y tiene motivos para ello. Su percepción del infalibilismo le hace mostrar que actitudes de ese fuste traen consigo el no contar con el otro a la hora de decidir qué es lo beneficioso para un conjunto de individuos. Parece que en esta afirmación se puede colegir en Mill una posición contra aquella sentencia ilustrada de "todo para el pueblo, pero sin el pueblo". Esta actitud de infalibilidad comporta el anular o suspender la libertad de pensamiento de los individuos. Hasta tal punto llega Mill en esta consideración, que afirma que no es bueno "persuadir a un individuo de una opinión falsa que tenga incluso consecuencias inmorales, ya que quien actúa así lo hace infaliblemente"³⁷¹.

Él entiende que la actitud infalible es tan nociva para la especie humana que puede llegar a eliminar personas por la defensa de unas opiniones o creencias que se estiman como absolutamente seguras. Es, en definitiva, una actitud de intransigencia y de fundamentalismo³⁷², que impide el progreso de la especie humana y su crecimiento desde el libre pensamiento. La historia ha sido testigo de cómo distintos hombres en distintas épocas enfrentándose al

³⁷¹ o. c., pp. 71-72.

³⁷² o. c., pp. 72-76. Stuart Mill para ilustrar esta consideración con respecto a las implicaciones que ha tenido para las distintas sociedades y épocas históricas la actitud infalible pone como ejemplos en esta obra los casos de la ejecución de Sócrates -como un hecho inicuo y fundamentalista para la época-, del proceso a Jesús de Nazaret -plagado de irregularidades- y de la persecución al cristianismo por parte de Marco Aurelio. Con estos ejemplos, que desarrolla el texto más pormenorizadamente, lo que pone de manifiesto Mill es que en cada caso lo que se produjo fue una actitud infalible e intolerante y de ahogo al "otro", a su opinión, idea o pensamiento, sin más.

prejuicio y al dogma lograron desvelar verdades e intereses que hasta entonces la humanidad desconocía por encontrarse sumida en la infalibilidad. Baste citar como ejemplos a Galileo o a Kepler. Parece que Mill también es de esta opinión al aseverar:

Revelar al mundo algo que le interese profundamente y que ignoraba, demostrarle que está equivocado con respecto a cualquier punto vital de su interés espiritual o temporal, he aquí el más importante servicio que un ser humano puede prestar a sus semejantes³⁷³.

En ese revelar algo nuevo al mundo está inscrita la idea de que la verdad es algo relativo. Lo que hasta ese instante parecía inamovible resulta que es mudable por el esfuerzo intelectual de un individuo. En una situación así se impone la verdad, pero el que la verdad termine imponiéndose no es porque "la verdad posee, como tal verdad, un poder esencial y contrario al error de prevalecer contra prisiones y persecuciones. Eso es pura retórica"³⁷⁴. Por lo tanto, la verdad no posee en su naturaleza o esencia unas características que la hacen prevalecer tarde o temprano. Lo que sucede es que lo que es condenado y perseguido en una época puede encontrar mejor recepción en otra época histórica. ¿Por qué?. Porque las circunstancias de la época concreta la favorezcan en ese momento, como no lo hicieron en momentos precedentes. Esa parece ser la opinión de Mill cuando afirma:

La ventaja que posee la verdad consiste en que cuando una opinión es verdadera, aunque haya sido rechazada múltiples veces, reaparece siempre en el

³⁷³ o. c., p. 77.

³⁷⁴ o. c., p. 79.

curso de los siglos hasta que una de sus reapariciones cae en un siglo o en una época en que, por circunstancias favorables, escapa a la persecución al menos durante el tiempo preciso para adquirir la fuerza de poderla resistir más tarde³⁷⁵.

Así mismo, Mill entiende sobre esta cuestión de la libertad de pensamiento que la especie humana ha evolucionado, por cuanto que en épocas pasadas la expresión de ideas y pensamientos propios, que colisionaban con la opinión "oficial" de turno, tenía como consecuencia casi siempre la subida al cadalso del reo intelectual³⁷⁶. En la época de Mill ya no se mata a nadie por esto, pero no es menos cierto que existen otros modos de "matar" a las personas, puesto que "la ley permite todavía ciertas penalidades contra las opiniones, o al menos contra su expresión"³⁷⁷. Así, las penas legales son una especie de bozal para hacer callar a los intelectuales y librepensadores, que con sus ideas pueden provocar que se tambalee un sistema de pensamiento determinado³⁷⁸. Pero no

³⁷⁵ o. c., p. 79.

³⁷⁶ Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, p. 9. Se puede observar aquí, cómo Stuart Mill considera que esa evolución se ha producido porque quienes se han mostrado adversarios de la tradición, de la costumbre y de todo lo concerniente al inmovilismo, lo han hecho porque lo han aprendido de la escuela de Bentham. En este sentido y para la sociedad inglesa de su época, Mill entiende que Bentham es el auténtico innovador, tanto en doctrinas como en instituciones, si bien hay que tener presente el marco victoriano y rigorista de su tiempo; es decir, que con todo existían dificultades para quienes se erigían en librepensadores, aunque en menor medida, que en épocas pretéritas.

³⁷⁷ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 79.

³⁷⁸ o. c., pp. 80-81. En estas páginas se pueden apreciar tres ejemplos que pone Mill de aplicación de penas legales y de falta de consideración a la dignidad de otras tantas personas, que fueron tenidas por individuos no merecedores de crédito ni consideración sólo por el hecho de no tener ninguna creencia religiosa. La regla o pena

podemos olvidar que tras un sistema de pensamiento hay un sistema de acción, que pone de manifiesto las conductas de los individuos y su modo de actuar en la vida.

Esas penas legales que se alzan contra el libre pensamiento y la libre circulación y comunicación de las ideas son algo contra lo que se opone en cierto modo Mill; y le llevan a una conclusión muy contundente para la Inglaterra de su época:

Por ser así las opiniones que los hombres mantienen y los sentimientos que abrigan sobre los disidentes de las creencias que ellos estiman importantes, es éste un país donde no existe la libertad de pensamiento³⁷⁹.

De este modo se muestra contrario a esas penas legales y a esas costumbres y tradiciones victorianas. Y ello porque una de las consecuencias que extrae de las mismas es que "sostienen y refuerzan el estigma social"³⁸⁰, es decir, que demonizan al individuo. Para Mill, en este asunto y en Inglaterra, tienen tanta fuerza la opinión de la mayoría como la ley misma y viene a ser casi lo mismo el imponerle una pena de prisión legalmente que el hecho de perjudicarle en sus necesidades fundamentales. Así afirmará: "Lo mismo supone encarcelar a un hombre que privarle de los medios para ganarse el pan"³⁸¹. De ahí que existan otros modos de "matar".

legal que se les aplicó parte de la premisa que la persona que no tiene creencias religiosas no tiene ningún valor como persona.

³⁷⁹ o. c., p. 83.

³⁸⁰ o. c., p. 83.

³⁸¹ o. c., p. 84.

Por lo anterior, Mill estima que sólo se puede practicar la libertad de pensamiento por aquellos individuos que han resuelto previamente sus necesidades básicas, porque de lo contrario se exponen a que la opinión pública opuesta a ellos no los mande al cadalso, pero sí ataque los aspectos más vitales del individuo, como por ejemplo el sustento. Sólo este tipo de personas son las que tienen auténtica libertad para manifestarse tal y como piensan sin temor a reproche social o público, sin temor a ningún tipo de pena legal. Todo ello porque se encuentran blindados en el aspecto más fundamental de todo ser humano: el sustento material. Esta opción de Mill parece recordar a Aristóteles cuando entendía que para dedicarse a la filosofía era necesario resolver primero las necesidades vitales. Mill es muy claro en este aspecto:

Aquellos cuyo pan está asegurado y que no viven del favor de los hombres que están en el poder, ni de ninguna corporación, ni del público, éstos no tienen nada que temer de una franca declaración de sus opiniones, si no es el ser maltratados en el pensamiento y con la palabra³⁸².

En el fondo lo que subyace es una actitud de infalibilidad, de intolerancia, de intransigencia con quienes piensan distinto de la posición al uso. Una intransigencia que lo más que consigue es silenciar al otro; y procurar que se guarde sus opiniones para sí, que no salgan a la luz, para que así el estado de cosas continúe como desea la mayoría, sucediendo en muchos casos que mentes preclaras ceden ante la presión y ante el poder de quienes obran así, aunque en sus conciencias resuene lo

³⁸² o. c., p. 84.

contrario. Estamos ante una situación de intolerancia que puede reflejarse con un ejemplo de Mill, acerca de Bentham:

Enviado a Oxford por su padre a la desusadamente temprana edad de quince años, y habiéndose requerido de él, para formalizar la admisión que declarase su creencia en los Treinta y Nueve Artículos, sintió que era necesario examinarlos; y el examen suscitó una serie de escrúpulos que él pidió que le fueran resueltos; pero, en lugar de la satisfacción que esperaba obtener, se le dijo que no era propio de muchachos como él enfrentar su juicio a los grandes hombres de la Iglesia. Después de una lucha, acabó por firmar; pero la impresión de haber realizado un acto inmoral jamás lo abandonó³⁸³

Esa intolerancia es en las sociedades en las que está presente una fuente de temor, una mordaza; es miedo, sin más, y así parece apreciarlo Mill cuando afirma:

Nuestra intolerancia, puramente social, no mata a nadie, no extirpa ningún modo de pensar, pero induce a los hombres a ocultar sus opiniones o a abstenerse de cualquier esfuerzo activo por propagarlas. Las opiniones heréticas, entre nosotros, no ganan ni pierden gran terreno en cada década o en cada generación; pero jamás brillan con un resplandor vivo, y continúan incubándose en el reducido círculo de pensadores y sabios donde tuvieron su nacimiento sin extender jamás su luz, falsa o verdadera, sobre los problemas generales de la humanidad³⁸⁴.

Esta situación, que podemos calificar de hipócrita, es la que va sosteniendo las relaciones sociales entre los

³⁸³ Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, p. 13.

³⁸⁴ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 84.

individuos. Así, el formalismo, la apariencia es la que realmente va describiendo el curso de las distintas sociedades en las distintas épocas, en un panorama que se puede resumir así. Conviven en la misma sociedad y entre los individuos opiniones diversas y distintas, pero las circunstancias históricas, sociales, políticas y demás propician el que en ese momento concreto un sistema de ideas, por tanto de pensamiento, sea el imperante sin significar esto que sea el único válido. No es así, sino que más bien quienes se alinean en torno al sistema imperante de sobra conocen la existencia de otras alternativas al pensamiento y a las ideas.

Sucede que al saber que la alternativa choca con el sistema defendido e impuesto por ellos, se hace necesario arbitrar fórmulas, incluso legales, que impidan la manifestación pública de sus opositores. Así, lo que sucede es que un sistema ideológico aparece con todas las "bendiciones", en tanto que al otro se le mantiene postergado en el ostracismo y en el silencio, sabiéndolo quienes lo defienden; y también que éstos estén controlados en silencio y sin manifestarse. Se trata en suma de una situación de falsa calma, que lejos de favorecer el avance y progreso de la humanidad, lo estanca. De este tenor parecen ser las afirmaciones de Mill:

Y así se va sosteniendo un cierto estado de cosas muy deseable para ciertos espíritus, ya que mantienen las opiniones preponderantes en una calma aparente, sin la ceremonia fastidiosa de tener que reducir a nadie a la enmienda o al calabozo, en tanto que no impide en absoluto el uso de la razón a los disidentes tocados de la enfermedad de pensar; plan este muy propio para mantener la paz en el

mundo intelectual y para dejar que las cosas marchen poco más o menos como lo hacían antes³⁸⁵.

Esta situación tan hipócrita impide a las sociedades avanzar. Sin ninguna indicación flota en el ambiente el que a esos individuos -en los que en sus mentes fluyen las ideas y los pensamientos libres- no les queda más remedio que adaptarse, al estilo de Darwin, si quieren tener una existencia tranquila. La "prudencia" aquí dicta que los auténticos ideales fruto del pensamiento más puro sean adaptadas al estado de cosas más acostumbrado. Ello no supone más que mutilación a la libertad de pensamiento y un freno a la libertad de los individuos:

Tal estado de cosas supone que la mayoría de los espíritus activos e investigadores consideran que es prudente guardar dentro de sí mismos los verdaderos motivos y los principios generales de sus convicciones, y que es prudente cuando hablan en público adaptar en lo posible su manera de pensar a premisas que ellos rechazan interiormente³⁸⁶.

Actitudes de este tipo, opresivas y represivas, realmente coartan la libertad de pensamiento y lo que producen son caracteres no francos ni valientes. El resultado de todo esto es una sociedad que se forma en parte de:

Puros esclavos del lugar común o servidores circunspectos de la verdad, cuyos argumentos sobre las grandes cuestiones estarán condicionados a las características del auditorio, sin que sean

³⁸⁵ o. c., p. 85.

³⁸⁶ o. c., p. 85.

precisamente los que llevan grabados en su pensamiento³⁸⁷.

Esclavitud que va ligada a la ignorancia, a la falta de libertad. Con ello sucede que estas personas tienen que renunciar a su libertad de pensar abiertamente. En estas condiciones, los individuos válidos a nivel de pensamiento quedan minimizados y se limitan a hablar de cuestiones intrascendentes que no pongan en peligro los principios sólidamente establecidos por la costumbre o tradición. Pero esta situación, lejos de anular las opiniones, lo que hacen es mantenerlas, sigilosamente sí, pero mantenerlas.

Para Mill es una auténtica torpeza el contentarse en una situación así con el silencio de los que disienten de las propias ideas; no sólo contentarse sino considerar tal coyuntura como buena. Con ello no se dan cuenta de que entre esas opiniones e ideas seguramente las habrá heréticas; pero sin discusión, sin debate, es imposible que unos argumentos sólidos venzan a otros endebles; y así lo estima Mill cuando afirma:

Aquellos a cuyos ojos el silencio de los que difieren de la opinión común no constituye un mal deberían considerar en primer lugar que como consecuencia de un tal silencio las opiniones heterodoxas no suelen ser jamás discutidas de manera leal y profunda, de suerte que aquellas que de entre ellas no podrían resistir una discusión semejante, no desaparecen nunca aunque se las impida, quizá, extenderse³⁸⁸

³⁸⁷ o. c., p. 85.

³⁸⁸ o. c., p. 86.

De esta forma John Stuart Mill llega a la conclusión pesimista que supone impedir que el individuo en su pensar libre busque la verdad, lo mejor, porque esa actitud trae consigo dos consecuencias: por un lado para los propios disidentes que quedan silenciados, aunque sus ideas al no ser exterminadas quedan en el silencio; pero quedan, quizá a la espera de una mejor ocasión en épocas venideras. Por otro lado, también es una pobreza para los propios ortodoxos, ya que son incapaces de salir de sus "trincheras" intelectuales, mostrando una actitud también de miedo y temor a lo distinto, al posible cambio. En esta dirección parecen ir las palabras de nuestro autor:

Pero la prohibición de todos los argumentos que no conducen a la pura ortodoxia no perjudica sólo al espíritu de los disidentes. Los que primeramente sufren sus resultados son los ortodoxos mismos, cuyo desarrollo intelectual se agota y cuya razón llega a sentirse dominada por el temor a la herejía. ¿Quién puede calcular todo lo que el mundo pierde en esa multitud de inteligencias vigorosas unidas a caracteres tímidos que no osan llegar a una manera de pensar valiente por miedo a caer en una conclusión antirreligiosa o inmoral a los ojos de otro?³⁸⁹.

Con todo esto lo único que se consigue es que las mentes más vigorosas queden calladas por miedo y dediquen sus esfuerzos y recursos a conciliar las inspiraciones de su conciencia y razón con las ideas y opiniones al uso. Por ello cabe cuestionarse ¿se puede considerar entonces a estos individuos como librepensadores, como dotados de libertad de maniobra en sus ideas y pensamiento?. Parece claro que no. Y la razón de ello es que no cumplen con su

³⁸⁹ o. c., p. 86.

deber como tales, no siguen a su inteligencia a dondequiera que ésta les lleve.

Para John Stuart Mill la actividad intelectual, la búsqueda de la verdad y el pensar implican error y equivocación. Y la pretensión infalibilista y dogmática de desterrar el error al buscar la verdad es una pretensión utópica e inhumana. Es el hombre de carne y hueso, limitado y contingente, quien piensa y yerra. Y la sociedad se hace más noble y obtiene mejores beneficios con hombres que piensan, se equivocan, rectifican; y así se avanza más que con el inmovilismo de las ideas. Esta idea parece desprenderse de las palabras de Mill:

Gana más la sociedad con los errores de un hombre que, después de estudio y preparación, piensa por sí mismo, que con las opiniones justas de los que profesan solamente porque no se permiten el lujo de pensar³⁹⁰.

Su actitud, visto esto, es una actitud que rompe con los moldes tradicionales de la sociedad de su época. La naturaleza del ser humano no es de una pieza. El individuo no responde siempre igual ante sus necesidades; no, el hombre es un permanente creador desde la razón, desde la libertad, desde la confrontación de los que deben ser los fines de su vida, o como dirá Isaiah Berlin sobre el propio Mill:

Rompió con el modelo de una naturaleza humana fija [...]. Sustituyó esa idea de la naturaleza humana por la imagen del hombre como creador, incapaz de completarse a sí mismo: falible, compleja combinación de opuestos, algunos irreconciliables,

³⁹⁰ o. c., p. 87.

otros no susceptibles de ser resueltos o armonizados; incapaz de cesar en su búsqueda de la verdad, felicidad, novedad y libertad, pero sin garantía teológica, lógica o científica de poder alcanzarlas: un ser libre e imperfecto capaz de determinar su propio destino en circunstancias favorables para el desarrollo de su razón y sus dotes.³⁹¹

Parece claro que en la consideración de Berlin, Mill apuesta por una especie de individuo, valga la distancia, similar al superhombre nietzscheano; un individuo cuya grandeza reside en su libertad, la cual le permite, desde la diversidad, crear, cambiar, evolucionar, modificar pensamientos, ideas, situaciones prácticas; todo ello individualmente, pero sin perder de vista que es un ser social, en contacto con otros. Por eso la tarea de buscar la verdad, confrontar opiniones debe ser un patrimonio, dentro de la sociedad, protegido por los estados.

Así, la libertad de pensamiento debe ser algo fomentado desde los gobiernos para todos los individuos, para que se percaten de lo que son capaces y de lo que pueden dar de sí mismos a los demás con la libertad de pensamiento, para que "el común de los hombres sea capaz de vislumbrar la estatura mental que puede alcanzar"³⁹². En este sentido, la educación fomenta espíritu crítico, aumento de conocimiento, de las capacidades de cada individuo, detección de cuáles son sus fortalezas y debilidades. Para Mill esa talla intelectual pasa por el hecho de que en toda comunidad, diversa por naturaleza, los problemas que atañen a todos han de ser resueltos desde la

³⁹¹ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, pp. 319-320.

³⁹² Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 87.

exposición libre de pensamientos, ideas, que reporten soluciones para todos; y eso sólo se logra si se admite por principio que en cuestiones humanas no hay nada definitivo y que es la libre expresión de los pensamientos la que traerá soluciones en lo tocante al bien de todos; y ello se desprende del pensamiento de Mill cuando dice:

Allí donde se ha entendido tácitamente que los principios no deben ser discutidos; allí donde la discusión de los grandes problemas que pueden ocupar a la humanidad se ha considerado como terminada, no debemos esperar que se encuentre en un grado intelectual elevado esa actividad que ha hecho tan brillantes a algunas épocas de la historia. Jamás se ha conmovido hasta su más íntimo ser el espíritu de un pueblo, ni se ha dado el impulso necesario para elevar a los hombres de inteligencia más común hasta la máxima dignidad de los seres que piensan, allí donde se ha procurado no discutir problemas vastos y lo suficientemente importantes como para producir el entusiasmo de las gentes³⁹³.

Por todo ello cabe decir que en tanto en cuanto la sociedad o Estado no fomente en sus individuos la búsqueda de la verdad, el reconocimiento de la relatividad de ésta, el pensar con libertad y la circulación de ideas desde una educación del mismo tenor, ese pueblo es un pueblo frío; es un pueblo en el que las inteligencias de sus individuos más

³⁹³ o. c., p. 87. Tan importante es para Mill el que haya discusión para que haya progreso que llega a citar tres eventos en la historia importantes que supusieron una sacudida al yugo de la autoridad: el primer momento es la Reforma Protestante; el segundo, la Ilustración y el tercer momento se refiere a la filosofía de Fichte y a Goethe, en Alemania. Si bien los tres momentos son distintos y hay distintas ideas y pensamientos, comparten comúnmente el haber destronado el despotismo intelectual.

capaces están en una situación de raquitismo mental. Todo esto daña el espíritu de progreso de un pueblo porque daña la libertad de sus individuos y daña también la mayor felicidad posible.

Todo esto sucede porque el ser humano es un ser que anhela la verdad y el conocimiento de las cosas, busca verdades, seguridades. Pero sucede a veces que determinadas opiniones son nuestro credo particular; y no somos capaces de contemplar la posibilidad de modificar ese credo, esa verdad. Adoptar esta actitud significa que nuestro credo o verdad no es más que un dogma muerto porque no se contrasta, porque "lo imponemos de modo autoritario pensando que de la discusión sólo puede salir algo malo"³⁹⁴; no somos capaces de presentarlo en la discusión. Eso parece recoger nuestro autor cuando afirma:

Aunque se admita que la opinión verdadera existe en nuestro espíritu, sea bajo la forma de prejuicio o de creencia independiente y aún contraria al argumento, no es así como un ser racional debe profesar la verdad. Esto no es conocer la verdad. La verdad que se profesa de este modo no es sino una superstición más, accidentalmente unida a palabras que enuncian una verdad³⁹⁵.

La afirmación de Mill parece evidente: un ser humano, por tanto racional, no puede parapetarse en la opinión, en la creencia, en el prejuicio para buscar la verdad. Esos no son criterios de verdad; eso pertenece al ámbito de la subjetividad; y el riesgo es santificar esa subjetividad frente al resto, plurales y diversos a los que hay que

³⁹⁴ o. c., p. 89.

³⁹⁵ o. c., p. 89.

respetar; individuos con el mismo derecho a defender sus opiniones.

5.2.- Respeto a la Pluralidad.

Desde lo expuesto anteriormente parece oportuno subrayar nuevamente la importancia que Stuart Mill le concede al individuo, importancia que se deja ver en el énfasis que el londinense pone al invocar la necesidad de proteger el carácter de cada uno, la espontaneidad de cada uno. En ese "cada uno" tan recalcado por Mill hay un grito a favor de la pluralidad, del respeto a lo plural.

De todo ello, entiendo que se desprende una vez más el alto valor que concede John Stuart Mill a la idea de diversidad o pluralismo moral y que se pone de manifiesto nuevamente en la idea de libertad. Y aquí se manifiesta más concretamente en la libertad de pensamiento, o libertad también de expresión de las ideas, donde cobra gran realce la diversidad de opiniones, la pluralidad de pareceres, de ideas, en definitiva la libertad individual, sustentada en otra idea básica en su pensamiento, la de pluralidad. Como afirma Isaiah Berlin al respecto: "Los fines que Mill defendía tanto en sus escritos como en sus acciones se dirigían a algo diferente: la extensión de la libertad individual, especialmente de la libertad de expresión"³⁹⁶. Parece que esa libertad de expresión es tal si previamente se educa a los individuos en el respeto a lo distinto y en la aceptación tolerante de las opiniones opuestas. Realmente la educación proporciona también el poder discutir las opiniones en busca de la verdad, admitiendo que ésta no es absoluta y que no es propiedad de nadie individualmente.

³⁹⁶ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 288.

La libertad de pensamiento es vital si se quiere, según Mill, alcanzar la verdad y la realización de los individuos, plurales, diversos. De todo esto se colige que la realización de un Estado pasa por la realización de sus individuos. En este sentido la conciencia del individuo juega un papel relevante en lo tocante a respetar la realidad plural, respetar la diferencia. Mill da a este aspecto enorme importancia y ello se deja ver en su crítica a Bentham por su frontal oposición a lo plural, a la diversidad de opiniones, llegando a afirmar de Bentham que: "La conciencia de sí, ese diablillo que acompaña a los hombres de genio de nuestro tiempo [...] jamás se despertó en él. Qué cantidad de naturaleza humana permaneció en él dormida. [...]; no reconoció diversidades de carácter"³⁹⁷. Por ello parece que Mill entiende que ser tolerantes, ser respetuosos con la pluralidad, pasa por admitir incluso el concurso de opiniones erróneas y que hay que ser más flexibles en el ámbito del pensamiento libre, ya que lo contrario es siempre un ejercicio de infalibilidad; y el individuo es falible:

No hay mayor pretensión de infalibilidad en el obstáculo que se pone a la propagación del error, que en cualquier otro acto de la autoridad, realizado bajo su juicio y responsabilidad³⁹⁸.

Frente a las posiciones de intransigencia, la postura de nuestro autor es de enorme tolerancia; y por ello, en su crítica a Bentham, el propio Mill afirmará al respecto de esta cuestión: "Nosotros, por nuestra parte, tenemos amplia

³⁹⁷ Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, p. 40.

³⁹⁸ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 63.

tolerancia para con los hombres de visión única"³⁹⁹. Y remata con carácter contundente en torno a la consecución de la verdad total sin concurso de diversas posiciones:

Ninguna verdad completa es posible hasta que se combinen los puntos de vista de todas las verdades parciales, y hasta que se haya visto bien lo que cada fracción de verdad puede hacer por sí misma.⁴⁰⁰

Los puntos de vista de todas las verdades parciales son el reflejo del respeto a la pluralidad. Lo que cada parte de la verdad puede aportar es también reconocimiento de la pluralidad. Lo que se pone de manifiesto es ese énfasis milliano en la diversidad de opiniones, que no es sino la manifestación de la diversidad de caracteres de los individuos, o como dice Isaiah Berlin:

Deseaba la mayor variedad posible en la vida y el carácter humanos. Comprendió que esto no podía ser obtenido sin defender al individuo frente a los demás y, sobre todo, frente al terrible peso de la presión social; esto fue lo que le condujo a sus insistentes y continuas peticiones de tolerancia.⁴⁰¹

Ese deseo al que apunta Berlin es el anhelo de Mill por ensalzar la necesidad de respetar y tolerar la pluralidad. Se trata, pues, de preservar a toda costa al individuo, con todo lo que esto conlleva, frente a la presión social, costumbres o mayorías. Por ello, las opiniones erróneas, heréticas o presuntamente de ese tenor no han de ser ahogadas, hay que dejarlas manifestarse. Y el hecho de rechazarlas sólo por erróneas es de suyo un error,

³⁹⁹ Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, p. 42.

⁴⁰⁰ o. c., p. 43.

⁴⁰¹ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 294.

ya que cercena la posibilidad de mostrar -si se trata de un error- el camino a no seguir; es un modo de completar la verdad, de lo que se desprende lo que Isaiah Berlin afirma: "Mill predicaba, por consiguiente, la comprensión y la tolerancia a cualquier precio. Podemos discutir, atacar, rechazar, condenar con pasión y odio; pero no podemos exterminar o sofocar, ya que esto significaría destruir lo bueno y lo malo"⁴⁰². Esta actitud de destruir es para Mill un ejercicio claro de intolerancia frente a la pluralidad. No hay, pues, seguridades; hay probabilidades, y todo ello en base a una realidad que es de suyo plural.

¿Por qué son tan importantes esas opiniones, ideas, creencias? Sencillamente porque son la base sobre la cual el individuo lleva a cabo sus acciones. Son una especie de superestructura o de ideología sobre la que se sustenta su conducta en la sociedad y sus acciones. Y esas acciones ejecutadas desde unas determinadas opiniones, que se consideran valiosas, son las que convencen al individuo de que obra conforme al deber. Por lo tanto, el individuo ha de obrar conforme al deber en función de unas opiniones o creencias que le conducen hacia un fin. Pero siempre sabiendo que lo hace desde la probabilidad; que en el orden humano no hay certezas absolutas, corremos el riesgo del error; o como afirma Isaiah Berlin: "Si al fin y al cabo tenemos que vivir hemos de tomar decisiones y actuar, y debemos hacerlo basándonos nada más que en la probabilidad, de acuerdo con nuestro entendimiento y con riesgo constante de error"⁴⁰³. Parece, pues, que se hace necesario asumir e integrar la pluralidad.

⁴⁰² o. c., p. 294.

⁴⁰³ o. c., p. 297.

Por otro lado, si esas opiniones no son totalmente verdaderas porque el individuo no es totalmente infalible, sino falible, entonces ¿hacemos lo que debemos o debemos quedarnos en actitud pasiva y no obrar?. Pareciera que esto nos lleva en Mill a una especie de escepticismo y a una aporía. De hecho él afirma: "Si no obráramos según nuestras opiniones, porque ellas pueden ser equivocadas, descuidaríamos nuestros intereses, dejaríamos de cumplir nuestros deberes"⁴⁰⁴.

Es claro que para Mill el deber es básico en el obrar y nuestro interés también. De algún modo es el bien común lo que está en juego. Tan importante es el bien general, que el propio Mill entiende que para que una sociedad se erija en sociedad feliz, deberá inculcar, educar a sus individuos desde temprano ese sentimiento del bien común y deberá educarlos en ese ideal de felicidad. Dejemos que lo exprese el propio Mill:

Si las personas pueden ser educadas, como vemos que lo fueron, no sólo para creer teóricamente que el bien de su país era un ideal superior a todos los demás, sino también para sentir de un modo práctico que este era el gran deber de la vida, de igual manera podremos inculcar en ellas un sentimiento de obligación absoluta para con el bien universal⁴⁰⁵.

Se muestra aquí un cierto poder de la educación, a saber, la educación puede lograr que el individuo no sólo crea en un objetivo, en un ideal; puede lograr que además el individuo se "emocione" con dicho ideal, lo sienta. Cuando la educación consigue que el individuo crea y sienta

⁴⁰⁴ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 64.

⁴⁰⁵ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 78.

un objetivo o ideal como fin es factible que el individuo se sienta en situación de obligación para consigo y su comunidad. Para ello parece necesario que se impulse el respeto a lo plural.

Pero entonces el Estado habrá de intervenir para que nuestra existencia sea lo más feliz posible. Es esa instancia la que ha de procurar que en la génesis de opiniones y creencias éstas sean lo más próximas a la verdad, desde el respeto a la pluralidad. Pero ser próximas no es ser absolutamente verdaderas. Por lo tanto no habrá que adoptar posturas tendentes a la imposición de formas de pensar, sino más bien alumbrar al individuo para que practique un pensamiento libre que no perjudique a los demás:

El deber de los gobiernos y de los individuos es el de formar aquellos modos de pensar que más se ajusten a la verdad, construirlos cuidadosamente y no imponerlos jamás al resto de la comunidad sin estar completamente seguros de tener razón para ello⁴⁰⁶.

El deber de los gobiernos, desde esta afirmación de John Stuart, es formar el estado, y dentro del mismo, a sus ciudadanos, en un pensamiento plural, diverso y respetuoso con estos aspectos y con las minorías, cuya libertad hay que respetar⁴⁰⁷.

⁴⁰⁶ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 64.

⁴⁰⁷ Parece que en estas consideraciones en torno a la defensa de las minorías, Stuart Mill está influenciado por la lectura de Tocqueville, en concreto de su obra *La Democracia en América*. Al respecto véase A. TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, I, p. 242.

5.3. Libertad y Respeto a las Minorías

El hecho de que una inmensa mayoría piense u opine de un modo distinto a una minoría no legitima a la mayoría a silenciar a la minoría, ni al revés. Es injusto desde el punto de vista moral lo uno y lo otro. Parece que para Mill, en ese deseo de conocimiento y de alcanzar la verdad, intrínseco a la humanidad, la verdad la alcanzan todos juntos; y es en las discusiones donde se va vislumbrando la verdad progresivamente con el debate y la dialéctica y no con la imposición. Ese gusto por la verdad en el individuo es algo propio de su naturaleza y ha de ser potenciado, como bien indica Mill en *El Utilitarismo*:

Mas el cultivar en nosotros mismos un desarrollo de la sensibilidad respecto al tema de la verdad es una de las cosas más útiles, y su debilitamiento una de las cosas más dañinas, con relación a aquello para lo que nuestra conducta puede servir⁴⁰⁸.

Cultivar la sensibilidad por la verdad implica educar hacia ella con un trasfondo ético, el de conducir nuestras conductas; implica que la educación valore la verdad como un elemento importante para el individuo.

Y volviendo a la minoría, sólo por serlo no significa que haya que amordazarles, porque su opinión no tenga verdad o justicia. ¿Cómo sabemos esto?. Contestar a esta cuestión desde el argumento de la mayoría ni es científico ni justo, es más bien algo epistemológicamente equiparable al prejuicio y a la actitud dogmática; es, en suma, poner

⁴⁰⁸ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 70. Véase también esta misma idea id., *Bentham*, pp. 38-39, en la crítica que Mill le hace a Bentham por su rechazo a otros sistemas de pensamiento.

obstáculos al saber, al conocimiento; es -como Mill dirá- un robo a la especie humana:

Pero lo que hay de particularmente malo en imponer silencio a la expresión de opiniones estriba en que supone un robo a la especie humana, a la posteridad y a la generación presente, a los que se apartan de esta opinión y a los que la sustentan, y quizá más. Si esta opinión es justa se les priva de la oportunidad de dejar el error por la verdad; si es falsa, pierden lo que es un beneficio no menos grande: una percepción más clara y una impresión más viva de la verdad, producida por su choque con el error⁴⁰⁹.

Es evidente que hay que dejar fluir las distintas opiniones, aunque algunas sean excéntricas y estén en minoría frente a lo acostumbrado. Mill ve en ello algo positivo y bueno; y hay que desterrar la creencia de que sólo existe una única posición cierta, cerrada. El ser humano no puede estar nunca completamente seguro de sus hallazgos, ni en el conocimiento, ni en la moral, ni en política. Por ello para Stuart Mill "jamás podremos estar seguros de que la opinión que intentamos ahogar sea falsa; y estándolo, el ahogarla no dejaría de ser un mal"⁴¹⁰.

⁴⁰⁹ Cfr. J.S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 61.

⁴¹⁰ o. c., p. 61. También véase id., *Bentham*, p. 37, donde igualmente John Stuart Mill al defender la libertad de pensamiento, entiende que sólo se puede el individuo enriquecer en su pensamiento y robustecerlo si asume que su opinión, su verdad no es intocable; sólo crecerá en este aspecto si es capaz de cultivar su intelecto en aquellos tramos en que se encuentra menos preparado; y para ello la fórmula milliana es "investigar y estudiar pensamientos y opiniones de otros filósofos opuestos a mí". Así es como él entiende que se completa la verdad, con el resto de verdades. Con ello muestra una frontal oposición a la actitud intelectual de Jeremy Bentham.

Es un mal sencillamente porque admitirlo supone endiosar al ser humano, ya sea en el ámbito del pensamiento, del conocimiento, de la moral o del que fuere. Y no, el individuo es limitado para Mill; o lo que es lo mismo en palabras de Isaiah Berlin: "Los hombres no son infalibles; que el punto de vista supuestamente pernicioso puede resultar después de todo verdadero"⁴¹¹. Parece claro que todos los seres humanos yerran, son limitados y por ello no existe la certeza absoluta. Por tanto, "no dejar conocer una opinión porque se está seguro de su falsedad es afirmar certeza absoluta"⁴¹². De modo que en cualquier debate que se plantee sobre cualquier cuestión, dar por cerrada en un momento determinado la cuestión, parece que implica reconocer un cierto grado de infalibilidad, lo cual plantea serios problemas.

Ahora bien, que todo ser humano es limitado, inacabado es algo que es asumido por todos a nivel teórico. Otra cosa es a nivel práctico cuando están en juego nuestras creencias y convicciones. Aquí el ser humano se resiste más a asumir su limitación y sólo unos pocos "juzgan necesario tomar precauciones contra la propia falibilidad, y no están seguros de sostener sus opiniones como seguras por miedo a estar sujetos a un error"⁴¹³. Entonces ¿cómo se sostienen en la mayoría de los casos esas opiniones que pretendemos presentar como robustas ante los demás, si existe tal limitación y sólo unos pocos la reconocen?. Parece que la especie humana se siente casi siempre muy inclinada a dar razón de sus opiniones y creencias sobre la base de la idea manida del "todo el mundo" y no se percatan de que "todo el

⁴¹¹ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 296.

⁴¹² Cfr. J.S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 62.

⁴¹³ o. c., p. 62.

mundo es para cada individuo la porción de mundo con la que él está en contacto: su partido, su secta, su iglesia, su clase social"⁴¹⁴. Este "todo el mundo" no se dan cuenta de que es un micromundo que sólo les proporciona una perspectiva parcial del universo, de la vida. El ser humano en su limitación no puede dar cuenta de la totalidad, sino sólo de una fracción del mundo, de la vida, de la época, de la sociedad, en definitiva de sus circunstancias más próximas, hecho este en Mill que recuerda el pensamiento leibniziano. Para nuestro autor, el individuo que cree tenerlo todo claro, el que piensa que conoce todo en totalidad, realmente lo que tiene claras son muy pocas cosas; y la realidad diversa se encargará de situarle ante coyunturas presuntamente difusas que ese individuo si es auténtico no despreciará y sí intentará comprender para comprender "su mundo". Bien lo expresa Mill en *Bentham*:

Un hombre de ideas claras yerra gravemente si imagina que todo aquello que ve confusamente no existe; a él le corresponde, cuando se topa con una cosa así, disipar la bruma y fijar los contornos de esa forma vaga que emerge entre la niebla⁴¹⁵

Por eso querer fundamentar nuestras opiniones sobre "todo el mundo" supone una falta de ejercicio intelectual del individuo; supone dar la espalda al noble ejercicio de contrastar "mi verdad" con la de los demás, y eso parece desprenderse del pensamiento de John Stuart Mill.

Este apunte que hemos hecho anteriormente no sólo sirve para el partido, secta, iglesia o sociedad que fuere, sino que se refiere también a épocas históricas en que vive

⁴¹⁴ o. c., p. 63.

⁴¹⁵ Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, p. 37.

el individuo y en las que prenden unas determinadas opiniones o ideas que son las que construyen toda una sociedad. Convendría partir de "mi mundo" y de "otros mundos". Así frente a "mi mundo" están los "otros mundos". ¿Acaso no valen tanto como el mío?. ¿Es que no son tan legítimos como el mundo en el que yo vivo? Empero, parece que el individuo no cae en esa cuenta y minusvalora esos "otros mundos" sólo porque sus ideas u opiniones chocan frontalmente con las mías. El individuo no se plantea para nada los límites de "su mundo", siendo consciente de que existen otros tan legítimos como el suyo. Eso hace que "la fe del hombre en esta autoridad colectiva no disminuya porque sepa que otros siglos, países o demás hayan pensado y piensen distinto a él"⁴¹⁶. Parece que sólo importa nuestro reducto y así el individuo "da la razón a su propio mundo contra los mundos disidentes de otros hombres"⁴¹⁷.

Otro aspecto importante sobre esta cuestión hace referencia a plantearse lo siguiente: el individuo ¿no se da cuenta de que el hecho de pertenecer al mundo que pertenece es algo azaroso? Él no ha elegido nacer donde lo ha hecho, ni tener la familia que tiene, ni pertenecer a la sociedad, época o religión a que pertenece. Lo único que hará el hombre a partir de esas "determinaciones" es hacerse cargo de la realidad y transformarla. Entonces, no parece que sobre la base de esas "imposiciones" el hombre pueda divinizar sus formas de pensamiento y de opinión. Y con esta idea parece que Stuart Mill se alinea en una posición epistemológica próxima al relativismo que permitiría que la cuestión que planteamos "sea tan evidente

⁴¹⁶ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 63.

⁴¹⁷ o. c., p. 63.

en sí misma que se podrían probar todos los argumentos posibles"⁴¹⁸.

De modo que para nuestro autor las distintas épocas de la historia con sus distintos individuos han sido algo fundamental en el devenir de la sociedad, pero no absoluto. Y desde esos distintos individuos, sus distintas opiniones, no valen más que nuestra época. Así, las diversas opiniones valen para cada época en cuestión y es el tiempo el que se encarga de revisarlas, corregirlas y modificarlas, considerando así en sus correcciones, erróneas las anteriores. Y lo mismo sucederá con las presentes, que en el futuro serán consideradas, revisadas y corregidas:

Los siglos no son más infalibles que los individuos, habiendo profesado cada siglo numerosas opiniones que los siglos siguientes han estimado no solamente falsas sino absurdas; y es igualmente cierto que muchas opiniones actuales serán desechadas por los siglos futuros⁴¹⁹.

Parece colegirse en este fragmento que las opiniones son eso, opiniones; son totalmente contestables, revisables y mudables; las opiniones de las diversas épocas históricas no son más que aproximaciones al auténtico saber, pero sólo aproximaciones que realiza el individuo desde su libertad.

Hemos recogido el pensamiento milliano en torno a la libertad de pensamiento y sus ramificaciones con el respeto a las minorías, la infalibilidad, la intransigencia ante pensamientos distintos o la verdad relativa y no absoluta. Pero realmente el pensamiento que tiene su sede en nuestro

⁴¹⁸ o. c., p. 63.

⁴¹⁹ o. c., p. 63.

interior sale al exterior gracias a la expresión del mismo, ya de viva voz o de palabra escrita; es por ello por lo que el individuo libre en su pensamiento es más libre aún si puede expresar en conciencia eso que piensa.

5.4.- Libertad de Conciencia.

La idea de libertad de conciencia, tan subrayada en nuestros días, es de enorme amplitud en el pensamiento milliano. Podría decirse que la libertad de conciencia engloba todas las demás libertades. Así lo expresa nuestro autor:

La libertad de conciencia exige en el sentido más amplio de la palabra, la libertad de pensar y de sentir, la libertad absoluta de opiniones y de sentimientos sobre cualquier asunto práctico, especulativo, científico, moral o teológico⁴²⁰.

De capital importancia resulta esa libertad de conciencia. Para Mill es fundamental expresar todas las opiniones; y cuando se refiere a todas lo dice sin excluir ninguna: todos los pareceres que tienen que ver con la acción moral del individuo, con el conocimiento de la verdad, con el saber, con la vida en sociedad. Todas las opiniones son admisibles para Mill, porque no hay una única verdad, un solo camino; y todo ello exige un grado de tolerancia que sólo se adquiere desde la educación porque no es algo que le sea dado al individuo en su equipamiento biológico. En suma, no hay nada universal; y no lo hay seguramente por aquello que nos afirma Isaiah Berlin en su estudio sobre Stuart Mill:

⁴²⁰ o. c., p. 54.

En principio el conocimiento humano nunca es completo y siempre es falible; no existe una sola verdad, universalmente visible; cada hombre, cada nación, cada civilización pueden tomar su propio camino hacia su propia meta [...]; los hombres cambian y las verdades en las que creen sufren modificaciones por sus propias experiencias [...] En consecuencia, es errónea la convicción, común a los aristotélicos, a muchos escolásticos cristianos y materialistas ateos, de que existe una naturaleza humana susceptible de ser conocida, una y siempre la misma en todos los tiempos, en todos los lugares y en todos los hombres [...]; y de que también es errónea la noción [...] de que existe una única doctrina verdadera portadora de la salvación para todos los hombres y lugares contenida en la ley natural, o la revelación de un libro sagrado.⁴²¹

En esta afirmación de Berlin resuenan claramente reminiscencias millianas: así cuando Berlin afirma la imposibilidad de completud en el conocimiento humano; cuando afirma la imposibilidad de una verdad universal; cuando defiende a cada individuo particular, a cada nación concreta como elementos que busquen su camino a su manera, en todo ello resuena la defensa de la libertad individual que hace Mill o la defensa de la diversidad, o la defensa de la libertad de conciencia, entre otros conceptos.

Pero esa libertad de conciencia que se sostiene en la de pensamiento, expresión de ideas y sentimiento ¿no implica que previamente se forme o eduque al individuo en esas capacidades?. Esa libertad de conciencia presupone una educación que indica un "¿hacia dónde?" del individuo particular y de la sociedad en general. En el papel que

⁴²¹ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 299.

juega la educación de cara a formar auténticos individuos es fundamental para Stuart Mill el cultivo interno del individuo, como bien recoge él mismo:

Por primera vez, dí su lugar apropiado como una de las primeras necesidades del bienestar humano, al cultivo interno del individuo.[...] Había aprendido por experiencia que las predisposiciones pasivas necesitaban cultivarse tanto como las capacidades activas, y que necesitaban ser alimentadas y enriquecidas, además de guiadas⁴²².

Importante resulta la afirmación de Mill cuando vincula el bienestar humano con la conciencia. Ahí se deja ver que esa idea de bienestar, de la que tanto se apropian los políticos actuales, pasa en el individuo por el cultivo de algo tan importante, para muchos metafísico, como es el interior del individuo, su conciencia. Y esta idea milliana es recogida por Pedro Mercado cuando afirma que "La democracia moral depende exclusivamente de una condición: que nuestra sociedad sea capaz de producir "auténticos individuos". [...] Es preciso formar y educar, reforzar y dirigir el mundo de la interioridad, el "cultivo interno del individuo"⁴²³. En nuestros días hay que reconocer que se da una importancia mucho más grande a los logros de la ciencia que a los que proporcionan mejoras sociales y humanas y que son fruto más de la conciencia y de la

⁴²² Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 149. En la misma dirección de pensamiento se expresa P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 172. Y en la p. 173 también hace referencia a esa necesidad del cultivo de la conciencia como algo fundamental en la configuración de las personas; Mill en este aspecto está influido por la lectura de Guillermo de Humboldt.

⁴²³ Cfr. P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 172. Los términos entrecomillados son del autor.

inteligencia emocional que de la destreza y la técnica. Se da en nuestra sociedad un reclamo por la educación de la conciencia y la inteligencia emocional.

5.5.- Libertad de Pensamiento.

Emprender la tarea de cultivar internamente al individuo supone, entre otros aspectos, ponerse manos a la obra en el cultivo de su pensamiento y de los productos del mismo, de sus pensamientos. Y dado que en Mill la libertad es esencia del ser humano en su totalidad, se sigue que esa libertad también alcanza al nivel del pensamiento. Así, ese cultivo interno, de la conciencia, del pensamiento pasa por un cultivo desde la libertad. En este sentido de la libertad de pensamiento será crucial considerar como algo altamente positivo el intercambiar todo pensamiento y opinión sea del tenor que sea; y ello es así porque para Stuart Mill trae beneficios; lo contrario es una vida social pobre, o como dice el mismo autor:

Al considerar de mala educación todo serio cambio de impresiones sobre asuntos en los que hay una diferencia de opinión, y como la carencia nacional de viveza y sociabilidad ha impedido que se desarrolle el arte de la amable conversación sobre cuestiones triviales, el único atractivo que tiene la vida de sociedad para aquellos que todavía no han llegado a las altas esferas, es la esperanza de que alguien los ayude a trepar un poco más arriba; y para los que ya están en la cima, es principalmente una obligación de seguir con la costumbre y de hacer lo que se supone que la gente espera de ellos⁴²⁴.

Por lo tanto, la sociedad que posibilita el libre pensamiento da cabida a la libertad de ideas, posibilita

⁴²⁴ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 217.

también la libre circulación de caracteres. Y eso es positivo para una sociedad:

La importancia que, para el hombre y para la sociedad, posee el hecho de que exista una gran variedad de tipos de carácter, y la importancia de dar completa libertad para que la naturaleza humana se expanda en innumerables, opuestas direcciones [...]. Nada es capaz de mostrar cuán profundos son los fundamentos de esta verdad que la gran impresión producida al exponerla en una época que, para un observador superficial, no parecía estar muy necesitada de una lección de esta clase⁴²⁵.

Frente a quienes defienden la uniformidad, la homogeneidad, Mill considera como importantes la expansión de la diversidad de caracteres y de la pluralidad de direcciones en el camino de la vida, tomado por cada individuo y por cada sociedad. A partir de esta afirmación de Stuart Mill, al hilo de la misma analiza la situación de la libertad de pensamiento, esto es, hablar y escribir lo que cada individuo quiera; expresarse cada uno como desee; porque en el pensamiento milliano existe el más absoluto convencimiento de que ello es signo de progreso: "No serán posibles grandes mejoras que afecten a la mayoría del género humano, hasta que un gran cambio tenga lugar en los modos de pensar"⁴²⁶. Mientras sucede esto, es cierto que las opiniones de corte prejuicioso y dogmático sobre aspectos tan cruciales para la existencia humana como la religión, moral o política, se enfrentarán a los nuevos modos de pensar que querrán convertirse en el nuevo sistema para afrontar la existencia humana. Esos sistemas son debidos a la filosofía; y según avancen esos sistemas filosóficos o

⁴²⁵ o. c., pp. 239-240.

⁴²⁶ o. c., p. 227.

de pensamiento, irán cayendo esos dogmas y prejuicios. En esa situación se da una coyuntura de transición hasta que se dé una renovación total:

Las viejas opiniones en materia de religión, de moral y de política están tan desacreditadas entre los individuos de mayor altura intelectual, que han perdido para siempre buena parte de su eficacia; pero todavía les queda vida suficiente como para ser un poderoso obstáculo que dificulta el desarrollo de mejores opiniones sobre estos asuntos. Cuando las mentes filosóficas del mundo no pueden ya creer en la religión, o pueden sólo aceptarla con modificaciones que cambian esencialmente su carácter comienza un período de transición, de convicciones débiles, de intelectos paralizados, y de una creciente laxitud de principio que no puede terminar hasta que se opera una renovación que les lleva a la aparición evolutiva de una nueva fe en la que realmente puedan creer⁴²⁷.

Mill pone de manifiesto cómo un conjunto de ideas tradicionales que obedecen a un determinado tipo de pensamiento en religión, moral, política han pesado durante un tiempo histórico; y además ese conjunto de ideas tienen peso porque influyen en nuestras acciones, es decir no son metafísica sin más. Esas ideas tienen un carácter práctico y pretendieron poseer carácter de absolutez. Evidentemente esto choca con la visión relativa de la realidad que posee Mill. Desde este asumir la relatividad de la realidad para John Stuart Mill el ser humano es limitado y está sujeto a error en orden al pensamiento y a la aplicación de éste a la vida práctica, por eso parece que tiene sentido defender libertad de pensamiento.

⁴²⁷ o. c., pp. 227-228

En una situación así, el individuo las únicas certezas que posee son totalmente relativas... Pero ¿relativas a qué? Relativas a su época histórica, a sus condiciones sociales, políticas, morales, religiosas, culturales. Es desde esos condicionantes y desde el ser histórico del hombre, desde donde el individuo fija objetivos, crea instituciones, hace proyectos, los modifica; en suma, nada de lo humano permanece porque el individuo es puro cambio.

La verdad de sus opiniones y de sus pensamientos es la que es para el tiempo histórico que le toca vivir, pero no se puede excluir que en un futuro, en otro momento histórico posterior, no se alcance una verdad mejor que la que defendía en su momento histórico que él vivía; y que el pensamiento humano alcanzará porque éste está en constante evolución. A esto se reduce la certeza que puedan alcanzar por medio del pensamiento los individuos, una certeza que es falible:

Si existe una verdad mejor, llegaremos a poseerla cuando el espíritu humano sea capaz de recibirla; y mientras esto esperamos, podemos estar seguros de habernos aproximado a la verdad tanto como es posible en nuestro tiempo. Esta es toda la certeza con que puede contar un ser falible, y ésta la única manera de llegar a ella⁴²⁸.

Frente a este grado de obtención de certeza en nuestras ideas, están quienes desde una actitud dogmática no admiten las ideas adversarias. Y nuevamente Mill va contra quienes defienden la certeza de sus posiciones a ultranza aún a sabiendas de que existen quienes disienten

⁴²⁸ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 68.

con argumentos de sus posiciones y que se manifestarían así si les dejasen entrar en debate los que se manifiestan dogmáticamente:

Tener por cierta una proposición, mientras existe alguien que negaría su certeza si se le permitiera hacerlo, pero que no se le permite, es como afirmar que nosotros, y los que comparten nuestra opinión somos los jueces de la certeza, aunque jueces que no escuchan a la parte contraria⁴²⁹.

Esta situación en que se impide la puesta en crítica de una proposición supone frenar la libertad de conciencia de quienes tendrían argumentos para criticar la certeza de dicha proposición. Ello cercena de paso la libertad individual. Además, certeza, verdad, falsedad, no certeza son elementos que están presentes en el pensamiento de Mill en su defensa de la libertad de pensamiento individual. Pero realmente parece que en el pensamiento de nuestro autor, en el fondo, no resulta tan importante la verdad de nuestros pensamientos. ¿Por qué? Sencillamente porque las ideas de nuestros pensamientos son el soporte de nuestras acciones y éstas han de ser promotoras del bien común. Es decir, lo que importa en el fondo, parece, no es tanto ese grado de certeza, de otro modo inalcanzable, sino que nuestras acciones están en relación directa con la sociedad; y la sociedad la componen individuos; y lo que se desea es la mayor felicidad para el mayor número de individuos. Así, algo es certero o verdadero si es útil, esto es trae el mayor beneficio para la mayor cantidad de personas.

⁴²⁹ o. c., p. 68.

Por lo tanto, lo importante de ideas y creencias no es tanto su grado de verdad cuanto su contribución al bienestar de la sociedad. Y así parece manifestarlo Stuart Mill cuando afirma: "La exigencia de una opinión a estar protegida del ataque público se apoya, más que en su verdad, en su importancia para la sociedad".⁴³⁰ Y evidentemente lo que importan en la sociedad es la mayor felicidad para el mayor número, lo cual remite al principio de utilidad; felicidad que por otro lado supone libertad en el modo de vivir, de expresar ideas, pensamientos; de asociarse, de conciencia; en suma, de desenvolvimiento del individuo. Así verdad y utilidad van unidas, como bien afirma Mill: "La verdad de una opinión forma parte de su utilidad"⁴³¹.

Y con ello el propio Mill está también ligando los conceptos de "verdad" y de "bien común"⁴³², como conceptos que van unidos y que cualquier individuo con un mínimo de talla intelectual y con un pequeño grado de talento e ingenio se percatará que lo más laudable que puede perseguir el género humano es precisamente la verdad y el bien común. Pretender que un individuo inteligente persiga uno olvidándose del otro, es erróneo y conducirá a ese individuo a la contradicción y a la pobreza de libertad de pensamiento e intelectual; y lo que es peor, a obtener en realidad un individuo miedoso, cobarde al nivel de pensamiento. Basta, al respecto, dejar que Mill lo exprese como sigue:

La situación más dolorosa en que puede encontrarse una mente responsable y cultivada es la de verse

⁴³⁰ o. c., p. 69.

⁴³¹ o. c., p. 70.

⁴³² Véase capítulo 5, parágrafo 5.1, p. 275.

arrastrada en direcciones contrarias por los dos objetos más sublimes que pueden perseguirse: la verdad y el bien común. Un conflicto así tiene que producir inevitablemente una gradual indiferencia hacia uno u otro de estos dos objetos, y, muy probablemente, hacia ambos. Muchos hombres que podrían prestar servicios gigantescos a la verdad y al género humano si creyeran que les era posible servir a aquélla sin dañar a éste, se ven, o totalmente paralizados, u obligados a confiar sus esfuerzos a cosas de menor importancia. Temen que una auténtica libertad de especulación o cualquier ampliación de sus facultades de pensamiento pueda convertirlos también en gente malvada e infeliz⁴³³.

Parece que el individuo emocionado con el bien común y que actúa en esa dirección, vive en libertad y es, por tanto, más feliz; y que en el caso contrario el individuo vive en la desdicha y en la ausencia de libertad personal, lo cual contraviene la esencia del individuo, la libertad. Paradójicamente, en Mill, la entrega al otro, a los otros, a lo de todos proporciona libertad y felicidad; la preocupación por uno mismo y su interés esclaviza y hace ignorante al individuo.

El individuo para vivir en sociedad y alcanzar el bienestar ha de hacerlo teniendo al bien general como objetivo primordial. En este tenor la libertad de pensamiento es relevante como expusimos, puesto que en una realidad diversa conformada por individuos plurales hay que

⁴³³ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 36. En este sentido hay que indicar que nuestro autor entiende que en su época, siglo XIX, la base metafísica del pensamiento estaba muy apoyada en lo referente a la religión. Este hecho no pasa desapercibido para él, que critica esa base entendiendo que lo que provoca es un desperdicio de las facultades humanas, como bien refleja en la misma obra, p. 37.

aceptar los diferentes modos de pensar en torno al bienestar, las diversas ideas de bienestar que tiene el individuo y a la vez concretar el bien común. En este sentido, emanada de la libertad de pensamiento está la de expresión para debatir, discutir lo común de todos.

5.6.- Libertad de Expresión.

La libertad de expresión es también importante en nuestro autor. Es tan relevante que el individuo pueda expresar fluidamente lo que piensa que a Mill una cuestión que le hace reflexionar en relación con esta dimensión de la libertad es la que tiene que ver con la coerción de nuestras ideas. Mill habla de la capacidad de coerción que tiene el gobierno, incluso el mejor, y dice que ese poder de coerción sobre los individuos es perjudicial, tanto si viene refrendado por la opinión pública como si no viene respaldado por ella⁴³⁴.

Podemos decir que esa libertad de pensamiento apunta a que el individuo es propietario de un modo de pensar y de expresar sus pensamientos, que le hace ser un individuo particular, original. Pero es que además tiene todo el derecho a pensar como lo hace, desde su idiosincrasia, y a

⁴³⁴ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 61. Esta crítica a la intervención del Gobierno o Estado en el pensamiento -incluso en la acción- del individuo se deja ver con nitidez también en id., *El Utilitarismo*, p. 122, donde John Stuart Mill se muestra muy severo con quienes defienden el famoso pacto social, por medio del cual desde el estado de naturaleza el individuo abandona éste para pasar al de sociedad; y desde ahí delegar en un pequeño grupo con poder para interferir en sus acciones, incluso le castigasen, justificando la acción desde el bien común o por el bien del individuo que obra mal. También en la misma obra, p. 121, muestra su parecer sobre el denominado libre albedrío, invención humana según Mill, para no castigar a un individuo debido a su voluntad.

expresar sus pensamientos en el modo en que lo hace, propiciando así la diversidad de opinión y la discusión libre con otras personas.

El individuo en el ejercicio de su libertad de pensamiento tiene derecho a poder expresar los pensamientos como crea, sin miedos ni temores; es una especie de propiedad que tiene el individuo en su ser. En este sentido y como el propio Mill entiende el individuo tiene derecho a ejercer esa propiedad y a que la sociedad la proteja⁴³⁵. Una situación en la que el hombre se ve violentado en su pensamiento y expresión no deja de ser una situación de coerción; y todo ello lo que hace es sumir al individuo en una coyuntura de inseguridad. El individuo inseguro no se expresa como piensa, no participa sus ideas al resto como naturalmente cree, sino que se ve coaccionado en su libertad individual. Y todo ello contribuye negativamente en la utilidad general. Es obvio que si los estados dejan fluir esas ideas, las dejan circular libremente, todo ello desde la doctrina utilitarista, beneficiará a la mayoría y dará como resultado individuos seguros de sí mismos⁴³⁶.

Podemos decir, con Isaiah Berlin, que "Mill era un empirista, creía que ninguna verdad es establecida racionalmente si no es a través de la observación [...] A

⁴³⁵ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 117.

⁴³⁶ o. c., p. 118. El Estado no debe intervenir para coaccionar las ideas y pensamientos libres, debe favorecer ese fluir de la personalidad de cada individuo para pergeñar un Estado cada vez más libre y tolerante. En el ámbito del discernimiento, ningún Estado tiene derecho a intervenir en la conciencia de un individuo sobre todo si se trata de la búsqueda de su propio bien. Esta idea se deja ver también en la misma obra citada en la p. 120.

menos que se permita total libertad de opinión y de discusión, nada puede ser establecido racionalmente".⁴³⁷

Es, por tanto, necesario que el individuo tenga total libertad para expresar sus opiniones, sus creencias; y es necesario total libertad para poder confrontarlas y discutir las, ya que sólo así se alcanza la verdad, racionalmente. En el pensamiento del autor de *Bentham* la libertad de expresión implica libertad de hacer públicas las ideas. Se trata de una libertad que va totalmente ligada a la de pensamiento y que se fundamenta en los mismos principios, siendo "estas dos libertades inseparables en la práctica"⁴³⁸.

Por lo tanto, no hay que temer la discusión como un mal que sólo provoque desencuentros. Al contrario, para que nos entendamos y para que comprendamos la realidad, es preciso formar nuestras opiniones desde la contrastación y desde la modificación; y eso sólo puede producirse a través de la colisión de nuestros argumentos con otros para conocer nuestras motivaciones. No en vano por todo ello Mill afirma: "Y si nuestro entendimiento debe ocuparse en alguna cosa más que en otra, sobre todo deberá ocuparse en saber los motivos de nuestras propias opiniones"⁴³⁹.

Esa referencia a las opiniones de los seres humanos y a que se ocupen principalmente de los aspectos propios de ellos, es decir, a los aspectos sociales, búsqueda de la felicidad y demás, lleva a nuestro autor a la convicción de que en todo aspecto humano que entrañe diversidad de

⁴³⁷ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, pp. 297-298.

⁴³⁸ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 54.

⁴³⁹ o. c., p. 90.

opiniones, la verdad no es un resultado exacto e inmodificable, como sucede en las ciencias formales, sino que en los aspectos sociales la verdad depende de las fuerzas distintas que chocan por medio de la expresión de las diversas opiniones. Es ese choque el que hace que una salga airosa frente a otras, porque es más fuerte o porque tiene más contenido empírico. Con ello parece que nuestro autor en cierto modo nos recuerda el esquema hegeliano de tesis-antítesis-síntesis y así parece iluminarlo la afirmación de Mill:

En todo tema en que la diferencia de opinión es posible, la verdad depende de un equilibrio a guardar entre dos sistemas de razones contradictorias. Incluso en la filosofía natural, siempre existe en ella alguna otra explicación posible de los hechos: [...]. Y es necesario demostrar por qué la otra teoría no puede ser la verdadera, y hasta que conocemos la demostración no podemos comprender los fundamentos de una u otra opinión⁴⁴⁰.

Esta misma situación acontece en el plano social. Sólo contrastando la diversidad de pareceres llegaremos a un consenso. Esto trae como consecuencia el asumir la imposibilidad de que la totalidad de individuos sepan todo de todo. Por lo tanto, en el aspecto social, dado que eso es imposible, es más oportuno que existan unos representantes encomendados a estas tareas, los cuales puedan dar cabida incluso a las opiniones que en principio no se exhiben.

El problema que sí plantea admitir esta consideración es "¿cómo se podrá responder a esas opiniones si no las

⁴⁴⁰ o. c., p. 90.

exponemos?"⁴⁴¹. Es decir, para Mill el hecho de que deleguemos en unos representantes que se encarguen de responder y aclarar las opiniones y creencias que ellos estimen oportunas, discriminando otras, es admisible y no lesiona el derecho a la libre discusión, porque el resto de los mortales tendrán que tener siempre seguridad racional de que se ha respondido a todas las cuestiones que se hayan planteado.

Hasta ahí, correcto. Pero por otro lado, el problema está en que habrá siempre con carácter de seguridad, opiniones no expuestas, porque esos representantes consideren que no es oportuno para los demás; es decir, existirá un universo de discurso que no se trata, y ello deja un tanto en falso el papel de los representantes y deja a una gran mayoría huérfana de conocimiento y sobre todo del derecho de aumentar o disminuir en cuanto a sus opiniones en libertad. El ejemplo de Mill al respecto puede ser ilustrativo:

La Iglesia Católica lee los libros heréticos; pero los seculares no pueden hacerlo sin un permiso especial, difícil de obtener. Esta disciplina considera útil para los que ejercen el magisterio sacerdotal el conocer la causa contraria; pero juzga conveniente privar de este conocimiento al resto del mundo, dando de esta manera más cultura a la *élite*, pero no más libertad, que a la masa⁴⁴².

Con ello parece que nuestro autor une en binomio la cultura y la libertad. De modo que si bien es cierto que la cultura sin libertad no ha tenido como resultado nunca un

⁴⁴¹ o. c., p. 93.

⁴⁴² o. c., p. 94.

espíritu amplio y liberal, no es menos cierto que sólo y exclusivamente libertad y ejercicio de la misma sin cultura no llevan muy lejos al individuo.

Por lo tanto, y como conclusión a esa idea de los representantes encargados de decirnos qué es lo conveniente y de no dejar aflorar lo que ellos consideran inadecuado, Mill entiende que esos representantes deben permitir la libre expresión y absoluta circulación de ideas, como él mismo bien indica:

Para que los conductores de la humanidad sean competentes en todo aquello que deben saber, debemos poder escribir y publicarlo todo con entera libertad⁴⁴³.

El problema de obrar como esos conductores creen, es que se crea no un mal moral, sino un mal intelectual. Y todo ello por querer evitar la libre expresión y discusión, porque es vista como algo no constructivo y sí como algo que sólo enreda las mentes humanas porque no las lleva a una verdad que sea universal. Frente a esta posición, Mill se muestra contrario a la existencia de verdades universales y objetivas. Y no le parece que la libre discusión se diluya en un enredo infinito que embote las mentes e impida el desarrollo, sino que más bien la ausencia de discusión implica el olvido del sentido de la discusión.

Toda esta manifestación de Mill en torno a la libre expresión remite, de algún modo, al ideal de la Ilustración -bien recogido entre otros por Kant- que defendía el empleo público de la razón. Y digo esto sencillamente porque la

⁴⁴³ o. c., p. 94.

libre expresión y discusión en Mill es libre, entre otras cosas, porque la mente del individuo, la razón en definitiva, se usa de manera pública, sin trabas y sin coacciones. Esta es la línea de su pensamiento, línea que entronca con la tradición ilustrada y la empirista, de la cual también recibe nuestro autor influencias.

Ese uso público y libre de la razón entraña el dejar que el individuo haga uso de la misma sin ninguna traba ni impedimento, con total libertad; sólo que no perjudique a otro. Pero esta actitud proveniente de la Ilustración entronca con otra característica anexa a esta consideración de la razón y que procede de esa misma época: el deseo de alfabetizar, culturizar a los individuos. Este hecho, que es palmario en la etapa ilustrada, también lo recoge Mill influido por su progenitor. De este modo, para nuestro autor el espíritu de la libertad, en concreto el de la libertad de expresión de las ideas, va indefectiblemente unido a un proceso de educación, que permite que el individuo en particular y la sociedad en general sean capaces de conducirse con autonomía, si se permite el librepensamiento. Sobre ello, dice Mill:

Tan absoluta era la fe de mi padre en la influencia de la razón sobre la mente de los hombres, que le parecía que todo estaría ganado si a la población entera se le enseñara a leer, si se permitiera que, tanto de palabra como por escrito, se les expusieran toda clase de opiniones⁴⁴⁴.

⁴⁴⁴ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 118. Tal es la importancia y unión que establece Mill entre la razón, la libertad de expresión y la educación, que en la misma obra indica que un pueblo así sería capaz de escoger libremente a sus representantes, gracias a la posesión de buen conocimiento. La importancia que Mill le da a la lectura y a la escritura muestra la influencia, como él reconoce, de Quintiliano; el

La afirmación es relevante: todo estaría ganado; todo, sólo confiando en la capacidad que desarrolla en los individuos la lectura y la escritura. Admitir la libre discusión significa en Mill atreverse a pensar. Y atreverse a pensar como él lo concibe implica que no debe haber ningún límite al uso público de la razón, la cual debe ser emancipada y libre de quienes dictan lo que se debe pensar. En suma, la razón debe ser en Mill -curiosamente como en Kant- autónoma. Mill ve una exigencia de la naturaleza, que ha dotado a todos los hombres de las mismas facultades racionales, de unos talentos e ingenios que hay que poner a dar fruto. Y así, la razón en el ejercicio de la libre discusión no es sólo expresión del librepensamiento, sino también autonomía de la razón.

En este sentido Mill nos pretende mostrar su defensa de la apertura, sinceridad y libertad de expresión y exposición de ideas y pensamientos por parte de las personas. Una persona no ha de amilanarse porque sus ideas, al expresarlas, puedan causar enojo o disgusto en sus interlocutores, siempre y cuando con la expresión de las mismas no se dañe a nadie. Con ello Mill está una vez más exponiendo su concepto de libertad sin más límite que el daño a otro. Así lo expone Mill:

Concedo que una persona abierta y sincera, no siendo más infalible que los otros hombres, se expone a disgustar a la gente por expresar opiniones que no deberían causar desagrado; pero si esta persona no

calahorrano en el capítulo I, parágrafo 3º, de *Institutio Oratoria* recoge dicha importancia. Parece, quizá de lejos, que subyace aquí la idea de Platón de que el buen gobernante es el sabio.

hace ningún daño a los demás, ni contribuye a que otros lo hagan, entonces no es intolerante⁴⁴⁵.

Pero es más. Nuestro autor no sólo habla de libertad de expresión en el sentido antes indicado, sino que liga esa actitud del individuo con su actitud moral o ética, incluso una actitud de franqueza y sinceridad. Por ello para él "el que exista libertad de opiniones es la única tolerancia posible para los espíritus del más alto nivel moral"⁴⁴⁶. En este sentido de la franqueza y sinceridad como elementos propios del carácter de cada individuo creo que el siguiente ejemplo acaecido en la vida del propio Mill refleja claramente esa actitud que presidió sus actos en su vida, y que el expresar las ideas libremente y desde la sinceridad, lejos de ser algo negativo contribuye al bien:

Pensé que si, tras explicarles cuál era mi postura, persistían en su deseo y aceptaban las condiciones bajo las que únicamente estaba yo dispuesto a servir, tal vez pudiera uno preguntarse si no era este uno de esos casos en los que un miembro de la comunidad es requerido por sus conciudadanos, con una llamada que muy pocas veces hay justificación para rechazar. Consecuentemente, puse a prueba su disposición dándoles una de las más francas explicaciones que jamás ha dado un candidato al cuerpo electoral. Publiqué una oferta diciendo que no tenía un deseo personal en formar parte del

⁴⁴⁵ o. c., p. 73.

⁴⁴⁶ o. c., p. 73. A este respecto sobre la libertad de expresión y discusión de ideas, nuestro autor indica también en *id.*, *Autobiografía*, p. 103, cómo esa dimensión de libertad del individuo se veía en peligro cuando se trataban cuestiones políticas o religiosas. Aquí Mill liga ontología y axiología, la realidad tal cual es y el deber ser; la tolerancia como valor implica libertad de opiniones, pensamientos; para ello hay que cultivar, educar a los individuos.

Parlamento, que no creía que un candidato debería solicitar votos ni pagar dinero, y que yo no estaba dispuesto a hacer ninguna de estas dos cosas. Dije, además, que, si era elegido, no podría dedicar ni mi trabajo ni mi tiempo a la defensa de sus intereses locales. Con respecto a la política general, les dije sin reserva cuáles eran mis ideas acerca de varios asuntos de importancia sobre los que ellos me habían pedido una opinión. Y siendo una de estas cuestiones la que se refería al sufragio, les hice saber, entre otras cosas, mi convicción de que las mujeres tenían derecho a estar representadas en el Parlamento del mismo modo que los hombres⁴⁴⁷.

Con ello deja claro Mill como el expresarse desde el carácter que uno posee, con franqueza y sinceridad, desde la libre discusión, hace "más bien, que el mal que pudieron hacerme mis respuestas, fueran las que fueran"⁴⁴⁸.

El problema que para Mill supone la dinámica de la libre discusión estriba en llegar a un punto de frenada en dicha dinámica. Pareciera que Mill plantea una especie de crítica de la libre discusión queriendo establecer unos límites de la misma.

Esta situación se da, según Mill, en cualquier doctrina, ya sea moral o religiosa, que pretenda imponerse en el ámbito del pensamiento; de modo que siempre se da "dura lucha para dar a la doctrina o a la creencia la supremacía sobre otras creencias"⁴⁴⁹. Pero la lucha que se

⁴⁴⁷ o. c., pp. 263-264.

⁴⁴⁸ o. c., p. 264. Tal es la importancia que da nuestro autor a esa sinceridad que la considera como esencial en cuanto a dirigirse a las clases obreras como refleja en la misma obra en la p. 265.

⁴⁴⁹ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 95.

da no es interminable, sino que finaliza en algún momento, en el cual una doctrina o creencia subordina a la otra, teniendo esto como consecuencia el que "la controversia disminuye y se extingue de modo gradual"⁴⁵⁰. Ahí es donde nuestro autor ve el mal intelectual, moral y de disminución de libertad en este aspecto, en la extinción de esa situación sana de discusión.

Para John Stuart Mill lejos de ser nociva la dinámica de discusión libre permanente, es todo lo contrario; es lo que mantiene el mundo, las ideas, el aumento de conocimiento, la buena salud de la razón. Dar por zanjada una cuestión en materia de doctrinas o creencias de modo que una "verdad" se establezca sobre otras como "definitiva" no lleva más que a un camino sin salida donde el sujeto es el individuo, y por tanto, el gran perjudicado. Eso parece tener claro Mill al afirmar:

La doctrina ha ocupado su lugar (la vencedora), si no como opinión transmitida, al menos como una de las sectas o divisiones admitidas de la opinión. Los que la profesan generalmente, la han heredado, no adoptado; y la conversión de una de estas doctrinas a otra habiéndose transformado esto en un hecho excepcional ocupa poco lugar en las mentes de los creyentes. Estos, en vez de estar, como al principio, en constante vigilancia para defenderse del mundo o para conquistarles, llegan a cierta inercia. Desde este instante podemos decir que proviene la decadencia del poder vivo de una doctrina⁴⁵¹.

⁴⁵⁰ o. c., p. 95.

⁴⁵¹ o. c., p. 96.

Está claro que para Mill, la victoria de la doctrina o modo de pensar en pugna con otras no es más que aparente; y en el fondo lleva al raquitismo mental de los individuos. Su actitud es más a favor de la permanente discusión entre distintos modos de pensamiento desde la tolerancia, lo cual no tiene porqué llevar a una situación de escepticismo, sino que hay que verlo como algo propio de la naturaleza humana. En este sentido John Stuart Mill lo que afirma es esto:

Oímos quejarse a menudo a predicadores de todos los credos de la dificultad de hacer concebir en el espíritu de los creyentes una imagen viva de la verdad, de suerte que pueda influir sobre sus sentimientos e imperar sobre su conducta. No existen quejas de tal dificultad, en tanto que la creencia pugna todavía por establecerse. Entonces, hasta los más débiles combatientes saben y sienten por qué luchan y conocen la diferencia que existe entre su doctrina y la de los demás⁴⁵².

En síntesis Mill pretende mostrar la importancia de revisar siempre nuestras ideas y pensamientos, para que realmente esa manera de pensar sea algo que influya en todos nuestros sentimientos a la hora de actuar. Se trata de que la razón teórica, la verdad, sea algo que puede empapar nuestro ánimo y sentimientos para conducir la razón práctica, la acción, la conducta. Por eso se muestra contrario a la postura que supone asumir pasivamente, desde la tradición o la herencia, el pensamiento que nos es dado sin más. Ese pensamiento no ha de ser heredado -en el sentido de adquirirlo sin más- sino que ha de ser adoptado, en el sentido de incorporarlo a nuestro compendio de saber, pero desde el discernimiento razonado y libre.

⁴⁵² o. c., p. 96.

En suma, para John Stuart Mill parece que la cuestión de la libertad y del libre pensamiento, libre asociación y libre expresión entronca con los conceptos de "libertad", "justicia" y "utilidad", puesto que si los Estados dejan que el individuo libremente exprese y deje fluir sus talentos, ello, siendo de justicia, redundará en mayor felicidad o utilidad para todos.

5.7.- Libertad del Individuo en Gustos, Inclinationes, Asociación.

Otro aspecto importante en el pensamiento de Stuart Mill se refiere a la defensa que hace de la libertad de gustos e inclinaciones, que implica el que cada individuo pueda desarrollar sus caracteres y talentos según crea oportuno, de modo que así pueda llegar a ser feliz. Y así desde estos ejes podemos "organizar nuestra vida siguiendo nuestro modo de ser, de hacer lo que nos plazca, sujetos a las consecuencias de nuestros actos sin perjudicar a los otros"⁴⁵³. De donde se sigue que en lo tocante a determinar cómo será nuestra propia vida, qué fines perseguir, nadie debe imponernos nada, ni existe un único modo certero de conducirnos.

Estas ideas de Mill están presentes igualmente en *El Utilitarismo*, donde muestra que para todo individuo que haya recibido unos mínimos de educación y formación a nivel humano, intelectual y de raciocinio, se sigue que tendrá capacidad suficiente para obrar desde la libertad y así poder elegir entre las distintas alternativas para ser feliz. Esto será así, a menos que se conculque la libertad del individuo. Si ello sucediera las consecuencias serían

⁴⁵³ o. c., p. 54.

nefastas: la existencia de esos individuos será infeliz porque se coarta su libertad. Pero si no se interfiere en ella, estos individuos desde la libertad para elegir tendrán una existencia envidiable porque elegirán desde sus gustos e inclinaciones. Se trata de evitar situaciones desagradables que hay en la vida, y así lo expresa nuestro autor:

A menos que a tales personas se les niegue, mediante leyes nocivas o a causa del sometimiento a la voluntad de otros, la libertad para utilizar las fuentes de la felicidad a su alcance, no dejarán de encontrar esa existencia envidiable, si evitan los males positivos de la vida, las grandes fuentes del sufrimiento físico y psíquico. El verdadero meollo de la cuestión radica, por tanto, en la lucha contra estas calamidades de las que es infrecuente tener la buena fortuna de eludir [...]. Sin embargo, nadie cuya opinión merezca la más momentánea consideración puede dudar de que la mayoría de los grandes males positivos de la vida son en sí mismos superables y que, si la suerte de los humanos continúa mejorando, serán reducidos, en último término, dentro de estrechos límites⁴⁵⁴.

Finalmente Mill, a partir de la libertad de gustos e inclinaciones llevada a cabo particularmente concluirá que

⁴⁵⁴ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 58. Con esos males se refiere Mill, por ejemplo, a la pobreza que traiga consigo cualquier tipo de sufrimiento y dirá que con todo puede ser eliminada por completo mediante las buenas artes de la sociedad, siempre en unión con el buen sentido de y la buena previsión por parte de los individuos. También se refiere a otro mal para el individuo Mill, a saber, la enfermedad, la cual podrá ser mermada bastante desde una excelente educación física y moral y si hay un control adecuado de las influencias nocivas.

dicha libertad tiene eco en la sociedad. Y de ahí surge la libertad de asociación, que persigue el mayor bien para el mayor número y que permita a los individuos agruparse de cara a la consecución de unos fines que no resulten dañinos para los demás; y siempre y cuando tal asociación venga conformada por individuos mayores de edad, que no se sienten en modo alguno coaccionados para llevar a efecto la acción conjunta que se trate. Conviene tener presente que la asociación entre individuos lo es en virtud del reconocimiento de los derechos que tiene el otro frente a mí y de la necesidad de repartir las cargas de la sociedad entre todos⁴⁵⁵.

Con todo, parece que la conclusión de Mill sobre el Estado en relación con esta libertad de expresión, gustos, asociación e inclinaciones es palmaria:

No se puede llamar libre a una sociedad, cualquiera que sea la forma de gobierno, si estas libertades no son respetadas por él a todo evento⁴⁵⁶.

Por lo tanto, es claro que una sociedad que se precie como tal debe propiciar la libertad suficiente para que sus individuos proyecten sus gustos; para que colmen sus inclinaciones y para que puedan asociarse sin trabas; y ello porque Mill ve todas estas características como algo que trae bienestar. ¿Cómo favorecer el que se den esas libertades? La respuesta acaso se encuentra en la educación que muestra ese camino.

⁴⁵⁵ Véase también J. J. JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *La Democracia limitada en J. S. Mill*, p. 139, donde el autor también participa de la afirmación arriba expuesta.

⁴⁵⁶ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 54.

Si bien John Stuart Mill le da importancia a la libertad de expresión, de asociación, gustos e inclinaciones, entiende que el disfrute e incentivo de las mismas vige para sociedades e individuos "que se hallen en la madurez de sus facultades"⁴⁵⁷. ¿Qué hacer, entonces, para el caso concreto de sociedades y grupos humanos menos desarrollados o en situación de infantilismo civil?. Aquí, nuestro autor se muestra maquiavélico, puesto que justifica "a todo soberano, con espíritu de progreso, autorizado a servirse de cuantos medios le lleven a este fin"⁴⁵⁸. Es decir, en Mill, y para este caso concreto de ausencia de progreso, es legítimo valerse del despotismo si ello va a sacar de su situación penosa al grupo en cuestión. Así, el despotismo en Mill aparece para el caso de incivilización como un "modo legítimo de gobierno, siempre que el fin sea el progreso y que los medios se justifiquen al atender tal fin"⁴⁵⁹.

Es, pues, el progreso el que va haciendo al hombre más libre. Cabría plantearse si habría así una relación entre progreso y libertad. Pero la libertad la crea el hombre, nace en el momento en que el hombre junto con los demás hombres es capaz de optimizar la situación existencial que tiene, situación que optimiza, por ejemplo, al ejercitar la libre expresión de sus ideas. Por lo tanto, en un estadio anterior a éste en la humanidad no procede hablar de libertad. Cuando la libertad se abre paso entre los individuos, y se lo abre desde la razón, la fase anterior

⁴⁵⁷ o. c., p. 51. Esta idea de madurez de facultades recuerda la "minoría de edad" que cita Kant en quienes no se atreven a pensar, a usar la razón.

⁴⁵⁸ o. c., p. 51.

⁴⁵⁹ o. c., p. 51.

es ya absolutamente rechazable y para siempre. De este tenor parecen ser las palabras de Mill:

La libertad, como principio, no tiene aplicación a ningún estado de cosas anterior al momento en que la especie humana se hizo capaz de mejorar sus propias condiciones, por medio de una libre y equitativa discusión [...]. Pero desde que el género humano ha sido capaz de ser guiado hacia su propio mejoramiento por la convicción o la persuasión, la imposición no es ya admisible como medio de hacer el bien a los hombres; esta imposición sólo es justificable si atendemos a la seguridad de unos individuos con respecto a otros⁴⁶⁰.

Se desprende así una idea de libertad de expresión que parece fundamental por cuanto que la libre discusión trajo consigo una mejora de condiciones para la humanidad, mejora que no es otra cosa que sinónimo de progreso en la especie humana. De hecho para Mill el hombre "es un ente progresivo"⁴⁶¹. Entonces, con todo esto, podemos concluir que la idea de libertad que Mill maneja pasa porque el hombre y la mujer, desde su espontaneidad y características personales, se desenvuelvan como mejor consideren para un mejor progreso no sólo individual sino colectivo. Y el fin al que tienden en esa dinámica de progreso es la felicidad. Pero las cosas no son tan sencillas como eso, puesto que en esa búsqueda de la felicidad el individuo tiene unos intereses e inquietudes. En esa dinámica de progreso hacia la felicidad, cada individuo desde su libertad está en relación, en choque permanente, con otros individuos que tienen sus intereses y libertad.

⁴⁶⁰ o. c., p. 51.

⁴⁶¹ o. c., p. 52.

En este sentido, Mill entiende que esa idiosincrasia de cada uno, esa espontaneidad que nos hace ser a cada uno como somos, sólo debe ser oprimida por "un control exterior en aquello que se refiere a las acciones de un presunto individuo en contacto con los intereses de otro"⁴⁶². O lo que es lo mismo, cuando "un hombre ejecuta una acción que sea perjudicial a otros, debe ser castigado por la ley, o por la desaprobación general"⁴⁶³. Al fin, encontramos en nuestro autor, una vez más, la misma idea a la hora de llevar a cabo nuestras acciones: no perjudicar al otro en nuestro obrar, y sólo de este modo es como podemos afirmar que somos libres y que actuamos de este mismo modo, a nuestra mejor manera. Con seguridad este modo de obrar comporta libertad, justicia y conduce a la felicidad.

5.8.- Libertad, Justicia y Felicidad.

El utilitarismo como principio moral pretende que el individuo disfrute de la mayor libertad posible; busca también la mayor cantidad de justicia; y persigue el aumento de felicidad para la mayor cantidad de individuos. Que el utilitarismo se presenta como deudor del hedonismo es algo admitido por todos los estudiosos del tema. Ahora bien, en el pensamiento de Mill parece claro que todo el relato del mismo supone una lucha por conectar justicia, libertad y felicidad. Ello parece desprenderse del pensamiento del propio autor objeto de nuestro estudio. Así, en Mill, una vez que la justicia queda libre de sus fundamentos filosóficos más tradicionales, da paso a la libertad. En concreto, primero a las ideas de libertad civil y también a los mercados libres; pero después,

⁴⁶² o. c., p. 52.

⁴⁶³ o. c., p. 52.

también trae consigo su repudio al paternalismo estatal, al totalitarismo, al deseo de vuelta del absolutismo político.

La importancia del individuo como uno, irrepetible, como alguien poseedor de una esfera de libertad privada en la que nadie debe entrar, es un corolario del principio de utilidad que persigue alcanzar la mayor felicidad posible para el mayor número de individuos.

Se ve en el pensamiento milliano un derecho que salpica a todo individuo, a saber el derecho a ser felices, lo que Mill expresa como "el derecho igual de todos a la felicidad"⁴⁶⁴. Por ello es un derecho justo. De este modo la totalidad de individuos, sin distinción social ninguna, tienen que tener acceso a los medios que puedan conducirles a alcanzar esa felicidad que les es inherente a su condición humana, como también expresa Mill⁴⁶⁵.

De entre esos medios para conseguir ese objetivo está el desarrollo de sus genialidades, caracteres y talentos personales, que enlazan con el hecho de poder ejercitar el libre pensamiento y la libertad de expresión y asociación, en aras a obtener la mayor felicidad posible y, por tanto, la justicia. Por lo tanto, parece que en nuestro autor para que haya justicia es necesario que se respete la autonomía y diversidad de las personas⁴⁶⁶. Una vez más aparece la idea de diversidad como fundamental cara a la felicidad del individuo y de la sociedad. De nuevo, si queremos una

⁴⁶⁴ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 131.

⁴⁶⁵ o. c., p. 131.

⁴⁶⁶ Véase también J. GARCÍA AÑÓN, *Libertad, Diversidad y Conflictos Culturales*, p. 54. En esta página este autor parece claramente estar de acuerdo con la afirmación que expongo arriba.

sociedad auténticamente respetuosa y diversa, resuena implícitamente la importancia de la educación.

Todo ello nos recuerda otra vez que Mill señala la importancia del desarrollo de las capacidades superiores de los individuos, y que éstas capacidades se encuentran vinculadas al respeto a los intereses de los individuos, entre los que se encuentran la libertad, la igualdad y la seguridad, todo ello para alcanzar la felicidad. En suma, la dignidad humana. Todo ello parece mostrarse por la vía de la educación, como también entiende Isaiah Berlin, el cual afirma que "Bentham y Mill creían que la educación y las leyes eran los caminos de la felicidad"⁴⁶⁷. Las leyes son las normas que se da un estado para la convivencia; parece que en el terreno de la educación también el estado tiene una tarea, propiciar dicha educación, puesto que el estado ha de ser consciente de que el modo en que se construye una sociedad y el futuro de la misma pasa por el material humano que posee; pasa, indefectiblemente, por saber dicho estado "¿hacia dónde quiere ir?"; y la respuesta a ese "¿hacia dónde?" la proporciona una educación que articula unos ejes referenciales, en el caso de Mill un eje es la libertad.

Así pues, la máxima de justicia en Mill parece ser la de obtener la mayor felicidad posible desde el fomento por parte de los estados de la libertad de sus individuos, desde la diversidad; y eso parece que se consigue desde una educación en la libertad, apostando por ella sin miedo, como bien apunta él mismo:

Una educación que tenga por finalidad hacer de los seres humanos algo más que máquinas, a la larga dará

⁴⁶⁷ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 286.

como resultado el que esos seres humanos pidan tener control sobre sus propias acciones [...] Cualquier cosa que dé vigor a las facultades, aunque sea en pequeña medida, creará un mayor deseo de ejercitarlas libremente. Y una educación democrática será un fracaso si educa al pueblo de otra manera que no sea animar a éste a desear y muy probablemente a exigir.⁴⁶⁸

Se trata de una educación que busca individuos responsables, es decir individuos capaces de dar cuenta de sus actos, de calibrar las consecuencias de todo cuanto hace. El camino es una educación que propicie autonomía en los individuos y capacidad de exigencia y crítica a quienes les gobiernan. Una educación así parece que es lo que más conviene a una sociedad, a la par que trae consigo que la sociedad camine en la justicia. Así la justicia también aparece como un valor enseñable desde la educación; y la idea de justicia que se tenga en una sociedad tampoco es que sea definitiva. Por eso Mill entenderá que esta máxima "como todas las demás máximas de justicia no es tampoco en modo alguno aplicable o mantenible universalmente, sino que se subordina a la conveniencia social"⁴⁶⁹.

Parece así que John Stuart Mill, el concepto de justicia lo enlaza con la idea de conveniencia social. La justicia para Mill tiene connotaciones emotivas y de sentimiento, más incluso que la conveniencia social, y por tanto entra en el terreno de la conciencia interna del individuo. Así, la justicia es un sentimiento natural. Ese sentimiento de justicia es un hecho que existe y que debería estar presente en toda sociedad que quiera tener

⁴⁶⁸ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, p. 79.

⁴⁶⁹ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, p. 131.

una existencia feliz. Esa justicia, en tanto sentimiento, debe ser un concepto implicado en cualquier utilidad de tipo público y debe ser el estandarte de todo estado. Algo así parece expresar John Stuart Mill, al afirmar:

Todos los casos de justicia constituyen también casos de conveniencia, radicando la diferencia en el peculiar sentimiento que acompaña a la primera, en contraposición con la segunda. Si dicho sentimiento coexiste con las demandas del bien social, y si dicho sentimiento no sólo existe, sino que debe existir en todos los tipos de clases a los que corresponde la idea de justicia, esta idea ya no se presenta como un obstáculo insuperable para la ética utilitarista. La justicia sigue siendo el nombre adecuado para determinadas utilidades sociales mucho más importantes y más absolutas que ningunas otras, y que deben ser protegidas por un sentimiento no sólo de diferente grado, sino de diferente calidad, que lo distinga del sentimiento más tibio que acompaña a la simple idea de promover el placer o la conveniencia humanos⁴⁷⁰.

Parece, aunque no lo explicita el autor, que una de las utilidades sociales más importante y absolutas que ninguna otra sea la educación. Por otro lado y al hilo de su afirmación, ese placer y conveniencia humana son la base de la felicidad; y ésta es el auténtico deseo del común de los mortales. Ahora bien, John Stuart Mill en aras de conseguir tan noble y alto fin, entiende que la justicia, la libertad y la felicidad en los estados políticos van unidas. En su época, en la cual hubo un brote de vuelta al absolutismo, Mill se mostró con total serenidad partidario de la democracia social y liberal como

⁴⁷⁰ o. c., p. 133.

fórmula que proporcionaría esa felicidad. Entendía esto desde la perspectiva de la oposición en el seno de los estados; es decir Mill defiende, frente a los absolutistas, un sistema político en el que quepa la opinión del otro, aunque ésta sea distinta de quienes gobiernan. Mill fomenta el espacio dialógico y de encuentro intelectual como lugar adecuado para que una sociedad avance desde la tolerancia mutua y no desde la imposición de quienes tienen el poder, acto este más propio del sistema absoluto y despótico; e incluso de la institución religiosa siempre atenta a dogmatizar en materia de costumbres y acción humana. Pero para que se dé el diálogo, la proposición serena frente a la imposición, el choque de diversidad de opiniones, parece que es necesario que haya educación, sensibilización en estos términos para progresar.

A este respecto es importante notar cómo el propio Mill reconoce -como lo hizo Comte en la misma época- que el progreso ideológico y emotivo de la humanidad ha traído como fruto el que los individuos de cierta altura intelectual hayan mostrado al resto que "las consecuencias inmorales o perniciosas que han sido debidas a la religión son abandonadas una por una"⁴⁷¹. Ello ha hecho que la humanidad haya crecido racionalmente y ello trae consigo que en las sociedades vaya teniendo cabida diversidad de pensamientos, oposición en pareceres, sin que ello sea algo nocivo para la humanidad.

Así, Stuart Mill defiende el papel de la oposición en un sistema de gobierno frente al poder de los gobernantes; y defender esto es defender la libertad de los individuos. Entiende que a lo largo de la historia ha existido progreso humano, no gracias al ejercicio de un poder absoluto que

⁴⁷¹ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 40.

permite actuar con total capricho a quienes lo ostentan, bordeando la libertad, sino que el progreso en libertad y en otros aspectos se produce desde el debate libre, desde la confrontación de diversas ideas, desde la participación mutua, desde el reconocimiento de que no existe una única verdad, sino un conjunto de verdades.

Asume así Mill el papel de la contradicción que supone enfrentar a quienes mandan con quienes tienen que obedecer, siendo estos últimos una oposición organizada, hecho este bastante impensable en su época y en la sociedad europea de aquellos momentos. Su defensa de este sistema liberal se deja ver en sus palabras:

Es necesario que las instituciones de la sociedad se aseguren de que van a conservar [...] como refugio para la libertad de pensamiento e individualidad de carácter, una constante y firme Oposición que haga frente a la voluntad de la mayoría. Todos los países que han continuado progresando [...] lo han logrado porque han tenido una oposición organizada que ha hecho frente al poder gobernante: los plebeyos frente a los patricios, el clero frente a los reyes, los librepensadores frente al clero...⁴⁷².

Es tal la importancia que Mill le da al enfrentamiento de lo diverso, esto es, al debate entre distintas ideas, distintos modos de pensar, diversos intereses, que la eleva al rango de categoría fundamental para que exista en una sociedad humana movilidad, progreso y madurez social, política y humana. Por ello afirmará:

Cuando esta confrontación no ha tenido lugar, allí donde ha sido anulada por la victoria absoluta de

⁴⁷² Cfr. J. S. MILL, *Bentham*, p. 75.

uno de los principios contendientes y ningún nuevo antagonismo ha sucedido al viejo, la sociedad se ha anquilosado en una inmovilidad china o se ha deshecho. Allí donde no existe un tal *point d'appui*, la raza humana degenera⁴⁷³.

Es claro que inmovilismo, anquilosamiento y degeneración es sinónimo de ausencia de confrontación y debate; es reflejo de falta de justicia, libertad y felicidad. De esta forma John Stuart Mill está abordando esa conexión entre justicia, libertad y felicidad desde el seno de una sociedad que aglutina a todos los individuos. Justicia, libertad y felicidad son el deseo de cada uno de los individuos, particularmente para alcanzar su proyecto de bienestar. Y ello se convierte en un deseo que es también del Estado porque sólo desde la sociedad es como el particular puede alcanzar su bienestar; y que tiene que ser algo que se pueda conseguir en una sociedad para que esta sea dichosa. Le corresponde la consecución de ello a quienes tienen el poder. De esta forma, para Mill se distingue por un lado el grupo minoritario que ejerce el poder del grupo mayoritario que es receptor de las decisiones de quienes administran el poder.

Pero en esta dinámica, Mill al tratar el poder político, entiende que entre todos hay que procurar que ese poder quede consolidado. Eso es tarea de todos y el poder que queda fortalecido no queda así casualmente, sino causalmente, por el esfuerzo de todos, porque se trata de la mayor felicidad para el mayor número de individuos. Se trata de superponer el bien común al individual. Ha existido entonces un trabajo de todos. Y eso es bueno para todos, en principio; pero entraña también un peligro: que

⁴⁷³ o. c., p. 76.

ese poder ya consolidado se olvide de las libertades de los individuos, de sus necesidades; y entonces el individuo correría peligro porque a fin de cuentas el poder lo ejercen efectivamente unos pocos, como refleja esta reflexión de nuestro autor:

Es claro que cuando un poder se ha convertido en el poder más fuerte, ello es señal de que se ha hecho lo suficiente por él, y que lo que de entonces en adelante se necesita es impedir que dicho poder fuerte anule a todos los demás [...]. El poder es saludable en la medida en que es utilizado defensivamente; en la medida en que está moderado por un respeto hacia la personalidad del individuo y una deferencia hacia la superioridad de la inteligencia cultivada⁴⁷⁴.

Se sigue de ello que el poder es sano siempre que el individuo y su individualidad, es decir su genialidad, ideas, talentos, queden salvados o protegidos. Y también si se reconoce como algo valioso una mente humana formada, madura, educada a fin de cuentas. Así pues, podemos aseverar que nuestro autor considera que ciertamente el poder público es necesario para la felicidad, equilibrio y libertades de los individuos. Pero el problema se plantea cuando una vez adquirida la madurez y consolidación de ese poder, quienes lo administran pueden olvidarse y distanciarse del individuo real y concreto, cayendo así en una situación de paternalismo en la que el individuo dotado de libertad queda minimizado al papel de mero cliente que espera pacientemente que el estado paternalista le resuelva

⁴⁷⁴ o. c., pp. 76-77. Con este pasaje, Mill también se muestra crítico contra Bentham porque éste se mostraba muy reacio a que en el ejercicio del poder influyesen las minorías, considerando que esto era nocivo para las sociedades.

sus problemas. Esto suele acontecer sobre todo en estados que se encuentran excesivamente burocratizados. La excesiva burocracia, por un lado, y la creciente realidad de nuevos problemas que se le plantean al individuo, termina convirtiéndose en una situación que parece replantear de nuevo el concepto mismo de poder.

En suma, hay que reconocer la complejidad de la cuestión referente al respeto a la libertad del individuo dentro del marco social; y ello porque la convivencia humana es siempre compleja. Y además siempre existe conflicto en lo tocante a la realización de los proyectos individuales y satisfacción de las demandas de cada particular. Es complejo, pero no por ello se deba caer en el escepticismo. Acaso, la educación que potencie la libertad dé pistas para todo esto.

**CAPÍTULO 6: EDUCACIÓN PARA LA
LIBERTAD**

La libertad humana, como acabamos de exponer en los capítulos precedentes y en el pensamiento de Mill, resulta un tema complejo. La complejidad estriba, entre otros aspectos, en lo referente a la necesidad que tiene el ser humano de alcanzar el bienestar personal. Pero ese bienestar personal como proyecto individual no puede ser llevado a cabo nada más que en la sociedad, es decir, con los demás. El tema de la libertad es un tema que se presta a distintas interpretaciones y del que cualquier pensador se siente en el derecho de hacer uso, a veces hasta abuso, por el hecho de ser persona, sujeto de libertad. Dado que la cuestión filosófica de la libertad es susceptible de diversidad de pareceres, lo que resulta oportuno es reconocer la necesidad que hay de educar para el ejercicio de la libertad, de una libertad auténticamente responsable; y ello porque el motor, entre otros, de la libertad es la voluntad. Por ello parece necesaria una educación de dicha voluntad que sea, en suma, educación para la libertad. Así el "¿hacia dónde?" que plantea la educación de Stuart Mill tiene por respuesta: "hacia la sociedad feliz", algo que se sustenta en el principio de utilidad, el cual exige la máxima libertad.

6.1.- Concepto de Educación. Importancia y filosofía en que se funda.

El papel de la educación es algo fundamental para Mill, algo de lo más importante que puede hacer un gobierno a favor del individuo⁴⁷⁵. Para Mill, el individuo va

⁴⁷⁵ Cfr. J. S. MILL, *Essays on Equality, Law and Education*, p. 63. Mill afirma: "In a recent number we briefly announced the appearance of this important document in an English form. We now return to it, because the reception of Mr. Roebuck's motion by the House of Commons, and the appointment of a comité to consider the subject of nacional

formando su propio patrimonio moral a través de una educación plural, abierta, a través de la diversidad de opiniones, de distintos tipos de conducta. Hay en esa educación que postula Stuart Mill una defensa del individuo y de su autonomía moral, con el objeto de que el individuo alcance un estado de civilización, es decir, de progreso y de ciudadanía.

La defensa del individuo y de su autonomía moral, pueden hacernos considerar la educación que propone Mill como una educación para hacer ciudadanos libres, adultos, responsables. Por lo tanto individuo, pluralidad y educación se conexionan en Mill. La educación es crucial en el crecimiento del individuo como ser independiente e individual. Mill cree que en lo concerniente a lo educativo son cruciales los primeros años de vida del individuo, pues son esos años en los que se va estimulando al individuo en sus capacidades racionales, cognoscitivas y también en las emotivas:

Puede ser útil el dejar constancia de un proceso educativo que fue poco común y notable, y que, cualesquiera sean las otras consecuencias a que dio lugar, es prueba de que en esos primeros años de vida que son prácticamente desperdiciados por los sistemas comunes de instrucción puede enseñarse, y enseñarse bien, mucho más de lo que generalmente se supone⁴⁷⁶.

education, are tokens, among many others, that the present is an auspicious momento for inviting the attention of the english public to that highest and most important of all the objects which a government can place before itself, and to the great things which have been accomplished by another nation in the prosecution of that object".

⁴⁷⁶ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 31. esta es una influencia clara en Mill de Quintiliano, el cual en *Institutio Oratoria*, cap. I en el

Al respecto de lo apuntado con anterioridad sobre esa educación a temprana edad, hay que señalar la importancia que jugó un autor clásico, Marco Fabio Quintiliano, en el pensamiento de Stuart Mill en lo tocante a educación, formación, instrucción y cultura, tal y como él lo expresa al afirmar que:

Su libro [el de Quintiliano] es una especie de enciclopedia del pensamiento antiguo sobre todo aquello que se refiere a la educación y a la cultura. A lo largo de mi vida he retenido muchas ideas valiosas cuyo origen está claramente vinculado a mis lecturas de Quintiliano⁴⁷⁷.

Stuart Mill fue educado por su padre rígidamente en un modelo educativo inusual para la época y, sin embargo, actualmente presente, aunque en minorías, en bastantes sociedades. Con todo, Mill pone de relieve lo que ya puso Quintiliano primero y Rousseau más tarde, y que también ha sido incorporado por los sistemas educativos contemporáneos: la capital importancia de los primeros años de vida del niño, la más tierna infancia como el receptáculo clave en el que el niño o la niña van recibiendo de un modo más intenso los conocimientos. Es el momento más importante para enseñar y enseñar bien.

Por otro lado pero en relación con la educación, Mill defiende espléndidamente este principio de libertad

parágrafo segundo hace esta misma mención referente a la importancia de los primeros años de educación, para retener conocimientos; y también en Libro I cap. XI. Así mismo es importante recoger este mismo parecer de la necesidad de educación temprana en nuestros días; para ello Cfr. J. DELORS, *La Educación encierra un tesoro*, p. 14.

⁴⁷⁷ o. c., p. 47.

apoyándose en dos razones: permite a los individuos desarrollar a su propio aire su propio potencial. Y al liberar los talentos de creatividad y dinamismo, establece las condiciones previas del progreso intelectual y moral. Además esta educación no debe ser totalizada por el Estado. Así lo ve Mill en *Sobre la Libertad*:

Todo lo dicho sobre la importancia de la individualidad de carácter y sobre la diversidad de opiniones y modos de conducta implica, en cuanto poseen la misma indecible importancia, una diversidad de educación. Una educación general dada por el Estado sería una mera invención para moldear a las gentes conforme a un mismo patrón y hacerles exactamente iguales. [...]. Una educación establecida y controlada por el Estado no debería existir⁴⁷⁸.

Lo que parece desprenderse de aquí es que John Stuart Mill le está dando una enorme importancia a varios aspectos que configuran su idea de ser humano, de individuo. Esos aspectos cruciales para entender al individuo son su carácter diverso, sus formas de ejercer el pensamiento y opinión y sus diferentes modos de conducirse en la vida. Para todo ello, y al objeto de comprender al hombre en nuestro autor, es de capital relevancia la educación. Pero curiosamente todo esto también resuena hoy en el siglo XXI al oír o leer a Jacques Delors, cuando llama a no soslayar el carácter único de cada individuo. Así dice: "No olvidar el carácter único de cada persona, su vocación de escoger su destino y realizar todo su potencia, en la riqueza mantenida de sus tradiciones y de su propia cultura"⁴⁷⁹.

⁴⁷⁸ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 200.

⁴⁷⁹ Cfr. J. DELORS, *La Educación encierra un tesoro*, p. 11.

La importancia que Stuart Mill le da a la educación al hablar del individuo es bastante notable. De hecho para él "la educación pone al pueblo bajo las influencias comunes"⁴⁸⁰. Su idea sustancial es que el individuo está dotado de unos talentos o genialidades en su interior, idea que él tenía y que parece que proféticamente con ella se anticipaba a nuestros días, donde también se enfatiza la concepción de los talentos y genialidades de cada uno: "La educación tiene la misión de permitir a todos sin excepción hacer fructificar todos sus talentos y todas sus capacidades de creación"⁴⁸¹.

Al hilo de esto, recordamos que "educar" proviene de *educere*, esto es, sacar al exterior lo mejor que tenemos dentro de nosotros. Además, esa educación lo que pretende es que al sacar al exterior lo mejor de nosotros mismos, todo ese caudal benigno sea puesto al servicio de los demás, del interés público. Por lo tanto, podemos hablar en Stuart Mill de una dimensión política de la educación, o mejor de que la democracia es no sólo una forma de gobierno, sino también un modo, una propuesta, una alternativa de educar a los individuos en el que se pretende forjar buenos individuos a la par que ciudadanos que participen activamente. Mill con esta actitud anticipa a Delors la cuestión que éste plantea hoy: "El interrogante central de la democracia es si queremos y si podemos participar en la vida en comunidad"⁴⁸².

El poder de la educación es tal, que Mill defiende que la misma se ejerza desde temprana edad como ya queda dicho, puesto que en el individuo tierno las primeras impresiones

⁴⁸⁰ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 83.

⁴⁸¹ Cfr. J. DELORS, *La Educación encierra un tesoro*, p. 12.

⁴⁸² o. c., p. 10.

que se inserten en su interior van a tener una influencia enorme en el mundo afectivo y de sentimientos del individuo. Esa temprana educación, esas primeras impresiones son cruciales en la configuración del carácter y genio de cada uno, no sólo al nivel de los sentimientos, sino también en el orden de los conocimientos, puesto que Mill afirma que "Hay determinados elementos primarios y medios de conocimiento que es sumamente deseable que adquieran durante su niñez todos los seres humanos nacidos en la comunidad"⁴⁸³. Esa primera y primaria educación es el soporte para que después el individuo dotado de inteligencia pueda, para crecer más noblemente, por medio de la especulación y la investigación aparecer en la sociedad como alguien que merece la pena; como alguien capaz de contraponer a esas primeras impresiones infantiles las que posteriormente él ha incorporado a su ser merced al proceso de investigación:

Es especialmente característico de las impresiones de la primera educación el poseer lo que es tan difícil que obtengan otras convicciones posteriores, a saber, la virtud de apoderarse de los sentimientos. Vemos a diario cómo esas primeras impresiones retienen su gran poder sobre los sentimientos, incluso en aquellas personas que han rechazado las opiniones que les fueron enseñadas en la infancia. Sólo individuos con un alto grado de sensibilidad y de inteligencia son capaces de tener, junto con esos sentimientos primarios, otras oposiciones igualmente fuertes que ellos mismos han alcanzado como resultado de sus investigaciones en etapas posteriores de su vida. [...]. El poder de la educación es casi ilimitado⁴⁸⁴.

⁴⁸³ Cfr. J. S. MILL, *Principios de Economía Política*, pp. 815-816.

⁴⁸⁴ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 47.

Mill da así especial importancia a la educación temprana y a perfilar en ella algo fundamental en los individuos: lo emotivo y lo racional que serán basamentos de la persona. Con razón afirma el casi omnipotente poder de la educación. Todo ello pone de relieve, una vez más, la importancia que tienen para Mill, en el marco de la libertad, el desarrollo y evolución del individuo según sus propios caracteres y la educación. En esa dinámica de respeto al desarrollo de cada uno según sus rasgos, Mill está defendiendo la libertad individual; pero con ello defiende el derecho a pensar de modo distinto, el inconformismo ante la opinión pública. Está, en fin, defendiendo que haya contratendencias. Así, la libertad resulta fundamental para que esas contratendencias dinamicen la sociedad⁴⁸⁵.

Volviendo a la afirmación milliana previa al apunte de Mercado, es llamativa la afirmación del autor de *Sobre la Libertad* del poder ilimitado de la educación. De algún modo Mill quiere mostrar la educación como elemento que está en nuestro interior para ser más libres. Esto contrasta con Pettit, puesto que Pettit, en lo concerniente a la educación, la ve más bien como herramienta que nos permitirá impedir que nos dominen o interfieran:

La educación que se proporciona a alguien para evitar que sea víctima de la explotación, servirá también para defender a esa persona de otras formas de manipulación. Más en general, una inversión de recursos estatales destinada a capacitar a la gente

⁴⁸⁵ Véase también P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, pp. 172-173, donde también él recoge esta idea de contratendencias que hagan de la sociedad una realidad viva.

para evitar un tipo de peligro, probablemente la ayudará también a evitar simultáneamente otros peligros⁴⁸⁶.

Para Mill la educación es algo más al nivel del interior de la persona frente a Pettit. Es desde la perspectiva antes apuntada por Mill como se puede alcanzar una sociedad que respeta de verdad al individuo particular y que le procura los medios para realizarse como persona en su particularidad, siempre y cuando no se lesione al otro en ese desarrollo.

En ese proceso de educar para desarrollar la particularidad también se estima el aspecto racional. Educar al individuo para obtener un ser racional es también un modo de cambiar la sociedad y de mejorar las condiciones materiales y morales de vida de la humanidad. La razón aparece así como la herramienta que permite, como decía Kant en *¿Qué es la Ilustración? ;sapere aude!*, *atrévete a pensar*; o lo que es lo mismo, *se tú mismo, sin miedos, manifiesta tu talento, tu genialidad*. Los seres racionales que defiende Mill son los que se apoyan en una razón que libera, que manifiesta tolerancia ética y religiosa. Es una razón que libera porque defiende los inalienables derechos naturales del hombre y del ciudadano. La educación en este sentido lo que tiene que propiciar es confrontación heterogénea de opiniones, diversidad; y no adoctrinamiento⁴⁸⁷.

Se percibe en el pensamiento de nuestro autor la necesidad de individuos racionales que, como por ejemplo

⁴⁸⁶ Cfr. Ph. PETTIT, *Republicanism*, p. 142.

⁴⁸⁷ Este mismo parecer puede confrontarse en J. M. PÉREZ BERMEJO, *La Promoción estatal de los valores culturales*, p. 153.

recogía en su pensamiento Kant, se sirvan de su propia razón, de su intelecto sin la guía de nadie para pensar, para expresar sus ideas, para transformar la sociedad y el mundo. La razón permite al individuo ir realizando su proyecto de humanización; un proyecto que pasa porque el individuo se sacuda los tutelajes morales en que se ha visto inserto. El ser humano no necesita que nadie se le superponga para decirle qué está bien o qué está mal; ni necesita que dirijan su conducta.

Pero también ese individuo ha de eliminar los tutelajes ideológicos, es decir, las supersticiones, los dogmas que le impiden ejercitar su razón; y que le impiden ser libre en su ser, en sus ideas y pensamientos. Educar en la razón para ser libres implica quitar el miedo a los hombres y convertirlos en amos de sí mismos. Insisto, la razón que defiende Mill va más en la dirección ilustrada que en la racionalista. La razón que defiende Mill no es el artilugio que permite alcanzar verdades eternas. No, para Mill la razón que hay que propiciar es aquella que entiende como un contenido no fijo de conocimientos o verdades; es más bien un instrumento para el progreso moral y personal de la sociedad; es más bien una herramienta constante que el hombre debe utilizar para no caer en la superstición y en el error. Pero nunca es algo fijo, ni un receptáculo lleno de verdades indubitables. Se trata, desde la razón y el sentimiento, de articular la sociedad en que se vive, se siente, se expresan ideas. El objetivo es que en esa sociedad en que hay que convivir siendo diferentes, nos percatemos de algo que fundamenta lo demás, el bien común.

6.2.- Objeto de la Educación: Formar Hombres Maduros y Libres.

Hay que señalar, con Pérez Bermejo, que "La instrucción o la educación son pre-condiciones de la libertad, de modo que negarla no es simplemente negar un derecho peculiar o un tipo de libertad, sino hacer imposible la libertad para todos los que se ven privados de la misma"⁴⁸⁸. Cabe citar en torno a la educación que nuestro autor la considera como un derecho fundamental e inalienable para todos los individuos. En el pensamiento milliano, el papel de la educación es tal que ésta abre las puertas a los individuos para un ejercicio efectivo de otros derechos fundamentales que también considera convenientemente nuestro autor en su pensamiento, o como dice Pérez Bermejo: "El objeto de la educación es el desarrollo de las facultades propiamente humanas del individuo"⁴⁸⁹. Entre los derechos a que apuntábamos podemos citar el derecho a la libre opinión, a la libertad de expresión, a la libre asociación, al sufragio. Con todo lo que se pone de manifiesto en el pensamiento de Stuart Mill es que la educación es la antesala de esa serie de derechos que hemos citado y que se sintetizan en el marco de los derechos civiles, sociales o políticos. La educación para la libertad en nuestro autor debe fomentar el espíritu del genio, del talentoso; debe cultivar, en suma, la individualidad.

Esto recuerda al siglo XVII de Descartes donde humanismo e individualismo se dan la mano, donde el genio es tenido en cuenta, sobre todo para conocer y dominar la naturaleza (aquí es donde Mill acaso se distancie): el ser

⁴⁸⁸ Cfr. J. M. PÉREZ BERMEJO, *La promoción estatal de los valores culturales*, p. 157.

⁴⁸⁹ o. c., p. 157.

humano se percata de que puede ser lo que se proponga, no que tiene que conformarse por lo que es desde la cuna. En Mill lo que se defiende es lo mismo, la construcción de cada individuo desde sí mismo, pudiendo llegar a ser lo que él quiera desde sus elecciones, sin determinismos biológicos. Se trata de que la educación facilite el desarrollo de la persona armónicamente; o como dice Jacques Delors actualmente, recordando a Mill a fin de cuentas: "La convicción respecto a la función esencial de la educación en el desarrollo continuo de la persona y las sociedades [...] Es una vía, ciertamente entre otras pero más que otras, al servicio de un desarrollo humano más armonioso"⁴⁹⁰. En la misma dirección, con quien estoy de acuerdo, va Isaiah Berlin⁴⁹¹ en su estudio sobre Mill. Al respecto, para Berlin también la educación apunta al desarrollo de la persona y debe potenciar la capacidad de elección de los individuos. Es en la elección, en el elegir y desechar donde madura la persona y donde muestra su auténtica esencia, la libertad. Se trata, por tanto, de una educación para la libertad porque es la libertad la que implica capacidad de elegir. Es esa capacidad lo que hace que el ser humano sea tal. La educación trae como efecto la libertad.

La educación, en el pensamiento de Mill, es el fundamento para el disfrute de una vida libre y plena por parte de cada individuo. La educación es considerada como un fundamento sólido, un pilar básico del desarrollo humano. Ese desarrollo pleno de la persona es concebido por Stuart Mill como un proceso de ampliación efectiva de la libertad de las personas y de la capacidad de elección que tiene todo individuo.

⁴⁹⁰ Cfr. J. DELORS, *La Educación encierra un tesoro*, p. 7.

⁴⁹¹ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, pp. 311-ss.

Podemos afirmar que en el pensamiento de John Stuart Mill la educación de los individuos tiene por finalidad el hacerlos más libres, más maduros; libres en el pensamiento, en la asociación, en la expresión de opiniones y de ideas. Así, podemos afirmar que la educación es una herramienta que favorece la construcción del pensamiento propio que nos permite aceptar o rechazar las opiniones, en lugar de hacer de los individuos meros receptáculos de las opiniones de otros y que las repitamos sin más. Así es como podemos, con verdad, decir que la educación para la libertad permite construir una sociedad libre, auténtica y madura. Una sociedad así pone de manifiesto la esencia que constituye al ser humano, la libertad.

En el pensamiento de Mill esa esencia guarda relación con el proyecto del propio individuo, a saber, alcanzar la plena libertad individual que puesta en sociedad beneficiará a todos. El ser humano es constitutivamente y esencialmente libertad, pero a la vez tiene que ir ganando esa libertad. Ahí entra en juego la educación. Y entra en juego porque lo fácil es dejarse someter por la esclavitud de la ignorancia, dejarse llevar por el poder de la opinión pública, de la masa mediocre. De todo eso sólo libra al individuo la educación. Ser libre no supone hacer lo que uno quiera sin más; ser libre implicar saber lo que se hace; y el verbo "saber" alude a procesos racionales, educativos que permiten un cierto control. Por lo tanto, la educación, la enseñanza, va ligada a la libertad inevitablemente.

Ese ir unida a la libertad hace oportuno que recojamos una variante importante de la libertad, la libertad de pensamiento, que lleva anexa la idea de libertad de

expresión de ideas. En síntesis, Mill entiende que la libertad individual se expresa, entre otras vías, a través de la expresión libre de pensamientos e ideas. Esos pensamientos e ideas manifestados desde la libertad son el efecto de una cultura educativa, se refieren a una cultura donde los individuos no quedan disueltos en el poder de las masas, otro aspecto que preocupó a Mill. Para expresar el pensamiento por medio de las ideas parece necesaria una educación adecuada, racional, que ayude a los individuos a formular sólidamente sus ideas.

Ese posible poder de las masas al que alude Mill sólo traerá destrucción del individuo, de sus talentos. Hoy día sucede algo similar con el poder de los medios de comunicación social. La preocupación por lo que Mill llamó masa mediocre; su inquietud por el posible ascenso social de esas masas en detrimento del genio fue notable para nuestro autor. La crítica a la masa es la crítica al espíritu gregario que aporta refugio y seguridad desde la masa. En ella el individuo está en estado de confusión eludiendo su responsabilidad. El hombre se siente seguro en el ejercicio de su individualidad; en la masa ya se encargan otros de pensar por el individuo⁴⁹². Frente a esto, la propuesta de nuestro autor es la educación para la libertad, porque la educación le da al individuo la herramienta adecuada para rebelarse ante la fatalidad de la realidad y ante las jerarquías impuestas o la opinión mayoritaria. En suma, la educación en estos términos saca al hombre de la esclavitud de la ignorancia. Educar y

⁴⁹² Lo cual recuerda aquellas palabras de Kant en *¿Qué es la Ilustración?*: "Si tengo un libro que piensa por mí, un director espiritual que reemplaza mi conciencia moral, entonces no necesito esforzarme, ..., no necesito pensar".

enseñar conlleva preparar al individuo para que no tenga que recurrir a depender de nadie en su vida.

La educación y la libertad van unidas en el pensamiento de Mill, ya que nuestro autor considera que una adecuada educación traerá como efecto una libertad presidida por la razón. Y también, las elecciones que lleven a cabo los individuos racionalmente educados serán elecciones medidas. Pero frente a esto, cabe plantearle a Mill ¿No estará concediendo demasiada confianza a la razón?. ¿No se olvida Mill de que el elemento irracional también está presente en la humanidad?. ¿No es demasiado compleja la existencia de la humanidad en sociedad?

Sí, ciertamente, podemos afirmar que la realidad es compleja porque es diversa, distinta y cambiante. En este sentido es curioso notar, ya en nuestros, como se da un énfasis de la diversidad, de la pluralidad, de lo distinto como elemento integrador. El aspecto de la diversidad y su relación con la libertad y la educación es puesto de manifiesto por nuestro autor a través de un concepto de libertad que subraya la autonomía individual⁴⁹³. De ahí se deriva otra serie de libertades como la opinión, pensamiento y demás, todas ellas se adquieren desde una adecuada educación que tiene en cuenta que el ser humano, el individuo es distinto y diverso.

Pero no es menos cierto que en medio de tanta diversidad, sería bueno que los individuos, los ciudadanos a fin de cuentas, vayan siendo educados e instruidos en el aprecio por lo común. Que bueno sería que se aprendiera a argumentar a favor de lo común, de lo que se estima porque en realidad es de todos; porque puede ser compartido por

⁴⁹³ Véase al efecto el capítulo 4, párrafo 4.2, pp. 221 a 227.

todos, porque es algo universal, esencial para todos los individuos. Eso universal pueden ser valores compartidos, zonas públicas, bienes materiales, económicos o lo que fuere.

Es bueno, ya que apuntamos esa idea de diversidad⁴⁹⁴, anotar que en nuestros días se invoca mucho esa idea, pero al mismo tiempo se comete un error craso, a saber: el igualitarismo que postula una educación que considera a los niños iguales en derechos que los adultos. A este respecto es bueno tener presente aquí el pensamiento de Pettit quien afirma que "no puede darse a los niños las mismas oportunidades que a los adultos. [...] Como sabe cualquier padre, tienen que ser sometidos a las disciplinas necesarias para estimular su educación y su desarrollo"⁴⁹⁵. Efectivamente, y como señala Pettit, la educación requiere del elemento, ya citado con anterioridad, de la disciplina y la negación; del esfuerzo y del sacrificio. Conviene tener presente a los niños al hablar de educación. Los niños, individuos a fin de cuentas, en nuestros días ocupan un protagonismo en el ámbito educativo muy notable, curiosamente como en el pensamiento de Mill dado que éste subraya la importancia de la educación temprana, esto es, en la niñez.

Puede decirse con razón que se ha dado un "giro copernicano" en la educación; giro que consiste en el paso del epistemocentrismo al paidocentrismo. El hacer del niño el centro de todo en la educación; el pretender un igualitarismo en la educación, una democratización de la

⁴⁹⁴ Véase capítulo 2, párrafo 2.5, pp. 133-139; 4, párrafo 4.5, pp. 249-256 y 5, párrafo 5.3, pp. 297-303, donde se habla de diversidad de caracteres, talentos, ideas.

⁴⁹⁵ Cfr. Ph. PETTIT, *Republicanism*, pp. 160-161.

educación y de su institución la escuela no parece del todo acertado. A este respecto hay que indicar que da la sensación de que cuanto más "libre" es la educación, menos libre será el educando. La educación, si realmente pretende pergeñar individuos democráticos, ciudadanos de bien, no debe ser ella democrática. De la misma forma que no es democrática la relación del padre con el hijo. La educación que produce individuos libres, ciudadanos democráticos comprometidos es aquella que exige desde los primeros años a sus niños el aprecio por valores como la responsabilidad, la lealtad, el rigor; aspectos todos estos valorados por el propio Mill.

La educación para la libertad es una forma de pergeñar individuos, ciudadanos, que sean capaces de reconocerse entre ellos como una familia humana, madura, que superpone lo universal frente a lo particular. Siguiendo el rastro del pensamiento milliano y aplicándolo a la idea de educar para la libertad, hay que decir que educar para la libertad tiene por efecto el producir individuos vinculados todos ellos más allá del espacio y del tiempo; más allá de las religiones, de la diversidad de clases, de razas. Una educación para la libertad entraña comprometerse a hacer personas y no autómatas o máquinas que son conducidos por otros; implica que los individuos sean propietarios de sí mismos y responsables de sus acciones, no meros emisores de respuestas ante estímulos externos. La educación para la libertad se compromete a que los individuos deseen y exijan lo que necesiten.

La educación para la libertad se empeña en invertir esfuerzos educativos para superar el individualismo posesivo que perfila a muchos individuos; se esfuerza en alejarse del gasto de energías por solucionar "mis"

problemas sin tener en cuenta los problemas generales, los que afectan a todos. Esto recuerda que Mill se muestra más del lado de Sócrates y Platón en lo tocante a buscar valores objetivos para todos, que tengan en cuenta a todos, antes que ponerse del lado de los sofistas, hábiles en el manejo de la palabra para embaucar y para solucionar casos particulares.

Ciudadanos libres es lo que se quiere obtener. Y parece que en el pensamiento milliano la idea de un gobierno que potencia la libertad es la idea también de un gobierno que debe propiciar una educación del mismo fuste. Así, la educación es en y para la libertad. Una educación de este tipo exige potenciar los aspectos más internos del individuo, lo cual nos lleva a tener presente la conciencia y las emociones del individuo. Educando esos aspectos internos del individuo se pretende conseguir personas "emocionadas", interpeladas por el beneficio de todos más que por el suyo propio. Esto parece que sólo tiene cabida en la democracia. Al respecto de todo lo dicho tengamos presente lo que apunta el operario de la Compañía de Indias Orientales:

Uno de los principales beneficios del Gobierno libre es que la educación de la inteligencia y de los sentimientos desciende hasta las últimas filas del pueblo cuando se lo llama a intervenir en los actos que se relacionan con los grandes intereses del país. He insistido en términos muy enérgicos -apenas los hay bastante enérgicos para expresar la fuerza de mi convicción- sobre la importancia de ese efecto particular de las instituciones libres que consiste en la educación política de los ciudadanos⁴⁹⁶.

⁴⁹⁶ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, p. 170.

Se desprende de todo ello el hecho de que en Stuart Mill, una vez más, la educación juega un papel fundamental, hasta el punto que su filosofía política es tal que la función básica del gobierno, del Estado y de la política es educativa.

Invocar el concepto de libertad ligado a la educación supone el reconocimiento de un espacio público, común, universal, que haga factible la convivencia entre individuos, más allá de sus diferencias o circunstancias determinantes. Una educación para la libertad resulta liberadora y realizadora de los individuos cuando se reconoce en la casa común de los humanos y nos capacita para entendernos más allá de nuestras circunstancias. En este sentido es notable la actitud profética y vanguardista de Stuart Mill frente al papel de la religión en la educación, al entender que se puede enseñar religión sin ser creyente; o también teniendo presente el papel de las familias en relación con la educación religiosa de sus hijos. Todos ellos son problemas de candente actualidad en nuestra sociedad; y problemas muchas veces que remiten a la conciencia; problemas de nuestra sociedad que, como la de Mill, asiste cada día a nuevos cambios y conflictos.

6.3.- Formación de la Conciencia y Educación en Valores de la Persona.

Stuart Mill entiende que en este aspecto, la educación tiene que propiciar el cultivo interno del individuo. Sólo trabajando los talentos que posee cada uno en su interior se podrá obtener un buen ciudadano. En Mill parece que hay una vuelta a la conciencia del individuo; sólo educando desde el interior, desde la conciencia será posible configurar una sociedad más justa, más equilibrada y feliz.

Al fin y al cabo la felicidad es el fin de la existencia humana y así lo entiende también Mill⁴⁹⁷.

El individuo buscador de la felicidad que Mill defiende, es un ser que tiene la oportunidad de perfeccionarse moralmente, gracias a las decisiones que toma a favor de la comunidad, en beneficio de todos. Así, el cultivo o educación de la conciencia es crucial para que las personas tomen conciencia de la importancia del bien general como algo propio de cada uno. Por eso, por ejemplo, la reflexión de Mill en torno al ejercicio de voto como algo fundamental tiene sentido. Sólo si se percata uno de la importancia de su decisión al votar, sólo si el individuo se concienza de que lo que está en juego no es sólo suyo sino de todos, entonces cobra sentido tal ejercicio de votar. Es lo que Mill transmite al afirmar que "en toda elección política, incluso mediante sufragio universal, el individuo que vota está bajo la absoluta obligación moral de tener en cuenta el interés público, no su ventaja privada"⁴⁹⁸. Por eso tiene sentido el que Mill interpele a las personas a que escojan a los individuos más instruidos y capaces; a los más prudentes para que les gobiernen, porque éstos estarán sensibilizados con lo común⁴⁹⁹.

Evidentemente todo ello pone de manifiesto el que un individuo así valora lo común como propio para la felicidad

⁴⁹⁷ Véase capítulo 3, parágrafo 3.3, p. 173.

⁴⁹⁸ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, p. 217.

⁴⁹⁹ Cfr. J. S. MILL, *Essays on Politics and Society, Part I* p. 72. Mill afirma: "The interest of the people is to choose for their rulers the most instructed and the ablest persons who can be found, and having done so, to allow them to exercise their knowledge and ability for the good of the people".

de todos. Pero los valores que permiten la felicidad de las personas sólo pueden darse si hablamos de sociedades dinámicas, libres, no estancadas. Se trata de sociedades en las que no sólo se da un cultivo de la conciencia interior, sino que ese cultivo propicia debate, discusión, choque en juego limpio. Para que las sociedades sean dinámicas es necesario aceptar la diversidad como distintivo del ser humano. Sólo así podremos hablar de auténticas sociedades, de grupos humanos flexibles, plásticos; sólo así se puede trabajar por una sociedad que de verdad quiere ser feliz, libre.

Para cultivar la conciencia y para abonar el terreno de la diversidad es imprescindible superar los prejuicios que implican la opinión pública, la tradición, los dogmas. Todo ello ha de acometerse desde la educación, que es una herramienta que trabaja y reflexiona sobre las opiniones en la historia, la tradición, los dogmas, los prejuicios, en las sociedades en definitiva. En este sentido parece que la educación tiene una dimensión hermeneútica por cuanto que el ser humano, histórico, es el que construye las instituciones y protagoniza los sucesos. Pero además, ese ser humano histórico es el que es capaz de recoger esos acontecimientos; es capaz de recordarlos y de interpretar a la luz de la razón y de la conciencia cada época y cada sociedad.

Es el cultivo de la conciencia, el ejercicio de la razón, la confrontación, la reflexión la que vigoriza una sociedad. Ante esto, hemos de apuntar que en nuestros días asistimos a una sociedad que podemos llamar "líquida", al estilo de Zygmunt Baumann⁵⁰⁰. Se ha pasado de una sociedad moderna, como la de la época de Mill, en la que existían

⁵⁰⁰ Cfr. C. A. TREPAT, *Educación sin instruir*, p. 15.

unos valores de referencia del tipo libertad, individualidad y otros similares para construir los modernos estados y sociedades; se ha pasado, insisto, a una sociedad postmoderna, líquida en la que los valores parecen más bien la superficialidad, la rapidez, la inmediatez. Esos son distintivos de una sociedad no precisamente vigorosa y sí débil; y en una situación así parece que el pensamiento tampoco es fuerte y sí débil. En tal situación el esfuerzo desaparece y con él también desaparecen la reciedumbre, la fuerza de voluntad, el cultivo de la virtud, la reflexión interior, y, en suma, se da un descrédito del saber por el saber.

Por otro lado, hay que apuntar que en nuestro autor no se da una ética de valores objetivos, universales, eternos, válidos para todos. En Stuart Mill el valor es la persona humana, cuya esencia es la libertad. Toda su antropología y ética es de corte más bien relativo y no de corte absoluto. Frente a esto cabe plantearse en Mill el que por una parte defiende esta ética de valores que no son absolutos, pero, por otro lado, defiende como regla moral para conducir nuestras acciones y conductas el principio de utilidad. Esto parece chocante en un empirista. Volviendo a esa ética milliana, nuestro autor defenderá la libertad individual con todo lo que ésta implica, a saber, defender las opiniones minoritarias, no eliminar las opiniones heréticas y la oposición a la opinión pública. Así, podemos decir que frente a una ética de valores objetivos, como por ejemplo la socrática con el Bien, Mill defiende el bien común. Pero una ética así, del bien común, exige educar en esa dirección. Ahora bien, entiendo que todo ello resulta de todo punto utópico puesto que en nuestra sociedad actual la procura del bienestar por parte de los estados parece tener más en

el punto de mira el satisfacer lo material y externo, fomentando el consumo, que preocuparse por el interior del individuo, por su conciencia.

En este aspecto quiero recordar cómo Mill reclama en *Autobiografía* su constatación de la importancia de la conciencia y la necesidad de cultivarla. Esa apuesta por el cultivo interior apunta al pensamiento de Sócrates o de San Agustín con la ética de la vuelta a la conciencia y pareciera que influye en nuestro autor; pero es que ese deseo del cultivo interno de cada uno apuntado por el autor de *On Liberty* no es algo caduco; no, está presente en el pensamiento contemporáneo de Delors cuando reclama como importante en la educación el que "hace falta empezar por comprenderse a sí mismo en esta suerte de viaje interior jalonado por el conocimiento, la meditación y el ejercicio de la autocrítica"⁵⁰¹.

El proyecto utópico de Mill, por qué no de Delors, es mucho más exigente y complicado porque la aparición de auténticos individuos exige una educación en la que el educador es más testigo que acompaña y observa el crecimiento personal del individuo que instructor severo que adoctrina y reconduce cuando observa pensamientos, ideas, opiniones adversas. Porque requiere más esfuerzo y tolerancia y además es la que trae como fruto ciudadanos robustos moralmente.

Una educación que se plantee en la línea de sus fines el obtener ciudadanos futuros sólidos que sean el fundamento de una sociedad del mismo tenor, tiene necesariamente que proporcionar una educación que haga de sus individuos seres críticos, personas en las que la

⁵⁰¹ Cfr. J. DELORS, *La Educación encierra un tesoro*, p. 13.

circulación y expresión de ideas diferentes sea algo cotidiano. Pero, sobre todo, ha de ser una educación que haga del debate, de la confrontación, del diálogo una herramienta básica, un valor. Y esto sólo se consigue si la educación fomenta la libertad por ser ella valiosa, porque propicia el que sus individuos se sientan libres. Ahora bien, esto no es algo que surja de modo espontáneo. No, podríamos decir que la libertad sólo se da si se tienen adquiridos unos hábitos que permiten al individuo resistir a la tentación fisiológica de la ignorancia y la esclavitud, que lo harán manipulable, que lo harán súbdito y no ciudadano. Pero hablar de esos hábitos⁵⁰² entraña que exista práctica, disciplina hasta que lleguen a convertirse en una segunda naturaleza, en una rutina mecánica que no requiere esfuerzo, que sale sola y que posibilita el conocimiento y el pensamiento. La libertad, como el conocimiento y el pensamiento, exigen esfuerzo. La educación implica prepararse para ese esfuerzo fomentándolo, ya que no hay modo de adquirirlo como hábito si no se ejercita.

Pero además hemos apuntado que una educación que quiera como frutos individuos sólidos, debe fomentar el debate y la discusión porque son estimados como algo valioso; y ello sólo se consigue si se educa a los individuos en el cultivo de opiniones argumentadas. El argumentar se convierte así en una herramienta al servicio del pensamiento. Y es que en muchas ocasiones los individuos confunden sus opiniones con los pensamientos, cuando, realmente, el triunfo acrítico de las opiniones como final del debate no es más que el fracaso del pensamiento.

⁵⁰² Véase capítulo 3, parágrafo 3.2, pp. 168-172.

Esa educación es la sociedad entera la que tiene que proporcionarla, y si las diversas estructuras de la sociedad no se coordinan, la institución escuela puede hacer poco o nada para la educación de los individuos.

Ante todo esto, creo, con Pedro Mercado Pacheco, que John Stuart Mill vincula la educación a la organización política. Organizarse políticamente implica diseñar dentro de un sistema pautas para la convivencia. Dentro de la convivencia, la educación juega un papel fundamental. Desde la educación como elemento básico para convivir se pueden crear, modelar y perfeccionar caracteres en aras del bien común. La organización política debe preocuparse por la educación; ésta es algo clave de lo que debe preocuparse la vida pública. Con todo, llama la atención en Stuart Mill esta vinculación de la política y la educación, del carácter público que debe tener la educación, en el sentido de la importancia de la escuela⁵⁰³, cuando realmente él recibió una educación dirigida por su progenitor, rígida y férrea.

John Stuart considera que la sociedad es educativa porque los individuos que la conforman son educables, y, por lo tanto, no nacemos educados, hay que perfilarnos, moldearnos dirigiéndonos hacia el fin: la felicidad, el bien común. Lógicamente estamos presuponiendo en Mill, como en general, que la realidad tiene un origen benéfico y que se construye dicha realidad por las acciones de las personas; acciones que tienen que dirigirse al bien de

⁵⁰³ Cfr. J. S. MILL, *Essays on Equality, Law and Education*, p. 63. El propio Mill al reclamar una reforma en la educación afirma: "Schools for all, without distinction of sect, and without imposing upon any sect the creed or observances of another".

todos. Cabe plantearse acaso ¿qué pasaría si la idea de realidad que se tuviera fuera maléfica?.

Por otro lado, es fundamental también tener presente dentro de la educación un aspecto que el propio Mill echó en falta: las emociones. La dimensión afectiva y emocional forma parte del individuo. Stuart Mill reprochó a su progenitor el que le hubiera formado e instruido en la frialdad de las emociones. Es curioso notar como hoy día resulta difícil también educar para las emociones. Pero es que educar las emociones requiere un enorme esfuerzo, puesto que construir los sentimientos presupone invertir tiempo y ralentizar ritmos; pero también precisa del ejercicio de la admiración. La admiración es como una especie de llave que nos abre el interior a emociones portadoras de universalidad. En mi opinión, uno de los inconvenientes para ejercitar la admiración en la educación es el delirio del igualitarismo que nos impregna en todos los órdenes. Es importante esa educación emocional que también contribuirá después a valorar el esfuerzo y la disciplina.

6.4.- Educación para la Libertad de Pensamiento, Expresión y Acción.

Otro aspecto básico de una educación para la libertad es la que hace referencia al libre pensamiento, expresión de ideas y acción. En los primeros capítulos de su ensayo *Sobre la Libertad*, John Stuart Mill ya deja muy claro que al tratar la cuestión de la libertad no pretende abordarla como tesis general, sino más bien entrar a desbrozar la cuestión por diversas ramificaciones. Él acomete en principio la libertad de pensamiento, a la cual le otorga una importancia crucial en toda su obra. Para Mill, esa libertad de pensamiento salpica todo o casi todo en la

vida del individuo y de la sociedad. Por ello argumentará que junto a ella aparece la libertad de expresión, ya por escrito o de palabra. A su vez esa libertad de expresión es el eje sobre el que pivota toda la acción humana, ya política, ya moral. En definitiva, la libertad de pensamiento es el basamento de toda sociedad que se precie como tal y que procura el desarrollo de sus individuos en sus particularidades. Así lo expresa nuestro autor:

Esta rama es la libertad de pensamiento, de la cual es imposible separar otra libertad congénere suya, la libertad de hablar y de escribir. Aunque estas libertades formen una parte importante de la moralidad política de todos los países que profesan la tolerancia religiosa y las instituciones libres, sin embargo, los fundamentos filosóficos y prácticos sobre los que reposan no son quizá tan familiares al espíritu público, ni tan apreciados por los conductores de la opinión como se podría esperar⁵⁰⁴.

Pero esa idea de libertad, y en concreto la libertad de pensamiento, va íntimamente ligada a una cuestión, y preocupación fundamental, en el pensamiento milliano. Se trata de la educación, una educación que tenga en cuenta el aspecto racional y observacional. John Stuart Mill defiende una educación fundamentada en la libre circulación de ideas, lo cual implica la dimensión de libertad de pensamiento, así como el que los individuos no se sometan a las opiniones al uso sólo porque son machaconamente repetidas en la sociedad. Tampoco acepta el que el estado tutele esa educación en el sentido de influir en el pensamiento de los individuos. El Estado lo que debiera es

⁵⁰⁴ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 57.

controlar el caudal cognoscitivo de sus individuos para que sea lo más correcto posible, pero nada más; así lo expresa:

Todos los esfuerzos del Estado para influir en el modo de pensar de los ciudadanos sobre temas discutibles son perniciosos; pero el Estado puede, perfectamente, averiguar y certificar que una persona posee los conocimientos requeridos para que sus conclusiones sobre cualquier tema sean dignas de atención⁵⁰⁵.

La conclusión de Mill es clara: se puede pensar como uno desee, pero sin falsear la realidad y para ello baste el ejemplo que nuestro autor expone: "Lo mejor para un estudiante de filosofía sería poder sufrir un examen lo mismo sobre Locke que sobre Kant, aunque personalmente se incline a uno de ellos, y aún cuando no se incline a ninguno de los dos".⁵⁰⁶

A este respecto es importante notar cómo la educación es fundamental en esta cuestión, y sobre todo la educación temprana, ya apuntada con anterioridad, puesto que es en los inicios cuando realmente pueden pesar más las opiniones que se reciba⁵⁰⁷. Mill ante esto prefiere educar al

⁵⁰⁵ o. c., p. 202. Al respecto es interesante ver también id. *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, pp. 280-ss, donde Mill hace hincapié en la necesidad de que el gobierno compruebe la competencia de sus funcionarios mediante exámenes y oposiciones; y señala que el gobierno es competente para certificar la capacidad o competencia de quienes poseen títulos académicos o puestos públicos.

⁵⁰⁶ o. c., p. 202.

⁵⁰⁷ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, pp. 34-ss. Se recogen aquí datos que menciona Mill como el hecho de no recordar siquiera la edad en que empezó a estudiar griego; a los ocho años latín; poco después álgebra, cálculo diferencial, geometría; a los doce años, lógica; y de las influencias de Quintiliano en muchas de sus ideas posteriores. Todo

individuo en la capacidad de formar por sí mismo las opiniones que tenga y no que le sean dadas doctrinariamente:

La mayoría de los niños o de gente joven a quienes se les ha imbuido un gran caudal de conocimiento, no han conseguido fortalecer sus facultades mentales, sino anegarlas. Estos jóvenes se ven invadidos por una serie de datos, de opiniones y de frases que son de otros; y todas estas cosas son aceptadas por ellos como sustituto de su propio poder de formar opiniones personales⁵⁰⁸.

Esa libertad de pensamiento lo que trae consigo es despegarse de los prejuicios, tradiciones, y costumbres arraigadas sin más, que impiden la expresión de ideas nuevas y que impiden también la evolución de la razón humana a la par que la dimensión emotiva. Esa libertad de pensamiento trae consigo el que el individuo que ha recibido una educación adecuada puede expresar sus ideas con rigor. Es importante notar cómo para Stuart Mill resulta relevante en este aspecto el lenguaje; es fundamental puesto que es por medio del lenguaje como vamos a expresar lo que anida en nuestro interior, en nuestra conciencia, en nuestro pensamiento. La educación en general, y la instrucción de la lógica en particular, vuelven a jugar un papel relevante en la adquisición de ideas, de pensamiento y eso lo recoge Mill una vez más:

ello se puede ver también I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 284, donde Isaiah Berlin certeramente indica que "Le alimentaron con una dieta intelectual cuidadosamente elaborada por su padre, compuesta de ciencias naturales y literatura clásica [...] John Mill poseía al cumplir los doce años los conocimientos de un hombre de treinta".

⁵⁰⁸ o. c., p. 55.

Y aunque este tipo de capacidad [argumentar] fue adquirida por mí gracias al ejercicio intelectual al que mi padre me sometió con extremada perseverancia, es también cierto que la lógica escolástica y los hábitos mentales que se adquieren al estudiarla fueron instrumentos principales en este aprendizaje. Estoy persuadido de que, en la educación moderna, nada puede contribuir tanto como la lógica escolástica a la formación de pensadores precisos, capaces de asignar un significado exacto a los términos y a las proposiciones, y refractarios a dejarse engañar por palabras vagas, laxas o de ambiguo significado⁵⁰⁹.

Una educación en esta dirección es la que realmente hace que el individuo sea capaz de pensar por sí mismo, de tener ideas y opiniones propias, más allá de lo que otros puedan intentar inculcarnos; es la que hace que el individuo sea riguroso y exacto en la expresión de ideas, alejado de toda ambigüedad. Por eso Mill valorará tanto la educación como herramienta para la libertad de pensamiento; así expresa: "Por lo que se refiere a mi educación, no puedo pensar en nada que me haya ayudado tanto a lograr la capacidad de pensamiento que ahora poseo, sea ésta la que fuere"⁵¹⁰. En suma, una educación en esta dirección redundará en beneficio de los educandos. Tan relevante es la educación en el seno de la vida pública que para nuestro autor el protagonismo del individuo en beneficio de su sociedad pasa porque algo tan esencial como es el derecho a voto sea otorgado no "basándose en su propiedad, sino en la demostrada superioridad de su educación"⁵¹¹. Así se

⁵⁰⁹ o. c., pp. 45-46.

⁵¹⁰ o. c., p. 45.

⁵¹¹ o. c., p. 243.

beneficia la sociedad, que se perfilará como una sociedad viva, en beneficio del intercambio de ideas y pensamiento entre los distintos individuos, lo cual implica dimensión de sociabilidad.

Esa sociabilidad implica confrontación en cuanto a pensamiento se refiere. En este sentido Stuart Mill defiende la constante discusión, por tanto expresión de ideas, para concluir que algo -opinión, creencia, idea- es aceptable y no en grado absoluto. Él entiende que lo único que realmente puede mostrar la verdad de nuestras opiniones es la puesta en marcha sin restricciones de la libertad de expresión y el discutir nuestras propias opiniones; y no la actitud dogmática e infalible, que las postula como inamovibles. Nada es inamovible, todo fluye, todo es revisable y modificable. Por eso, parece que en nuestro autor esa idea de verdad es sólo probable, provisional y nunca pétrea, cerrada:

La libertad completa de contradecir y desaprobar nuestra opinión es la única condición que nos permite admitir lo que tenga de verdad en relación a fines prácticos; y un ser humano no conseguirá de ningún otro modo la seguridad racional de estar en lo cierto⁵¹².

Es claro, dado que todo cambia y que la realidad es fluyente, se sigue que nuestras propias opiniones son también algo modificable. Hoy podemos defender una posición determinada sobre una cuestión concreta y en otra ocasión posterior podemos pensar de modo diferente, eso sí, razonadamente. El error no hay que desterrarlo pero sí rectificarlo; y la única forma es la "discusión y la

⁵¹² Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 65.

experiencia. No basta la experiencia, es necesaria la discusión para mostrar cómo debe interpretarse la experiencia"⁵¹³; de donde parece seguirse una especie de dimensión hermeneútica⁵¹⁴ en la educación. Es claro que esa discusión apunta a la necesidad de gozar de libertad de expresión. ¿Y por qué este modo? Sencillamente porque "las opiniones y costumbres falsas ceden gradualmente ante el hecho y el argumento"⁵¹⁵. Pero el hecho o los hechos pertenecen al ámbito de la experiencia, que es la que nos los muestra. Y el argumento o los argumentos pertenecen al ámbito de la discusión, del debate, de la dialéctica, al ámbito de la libertad de expresión.

Pero hechos y argumentos para que sean robustos han de ser presentados al individuo de modo que éste pueda, mediante la libertad, quedar convencido de su fuerza y solvencia. Esos hechos y argumentos han de ser presentados al individuo en el marco de una discusión en la que fluyen libremente las ideas; y hay que presentarle todo el elenco de posibilidades favorables y contrarias, para que el individuo se pueda formar una idea, creencia, opinión desde la libertad de pensamiento. Así es como el individuo podrá tener un conocimiento auténtico de las situaciones prácticas de la vida, sin que nada ni nadie le influya ni coaccione su libre pensar:

La única forma de que un ser humano pueda conocer a fondo un asunto cualquiera es la de escuchar lo que puedan decir personas de todas las opiniones y estudiar todas las maneras posibles de tratarlo⁵¹⁶.

⁵¹³ o. c., p. 66.

⁵¹⁴ Parecer ya apuntado en p. 362.

⁵¹⁵ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 66.

⁵¹⁶ o. c., pp. 66-67. En ese deseo de estudiar las diversas maneras de tratar un asunto, el propio Mill recoge también esa idea en su ensayo

La afirmación de Mill es contundente al respecto y además el autor remata su argumentación al afirmar que: "Ningún hombre sabio pudo adquirir su sabiduría de otra forma. Y no está en la naturaleza humana el adquirirla de otro modo"⁵¹⁷. Por lo tanto, parece que lo que se desprende de aquí es que el único camino para alcanzar el saber es el de contrastar las diversas opiniones desde la confrontación libre de las ideas y expresiones. Pero ello necesariamente implica una instrucción, una formación, una educación en este aspecto.

Parece que en Mill el individuo parte de una situación de ignorancia y que sólo a través de comprobación y contrastación de diversas ideas va abandonando progresivamente esa situación de primera ignorancia para adentrarse en el terreno del saber y del conocimiento. Pero no es un conocimiento definitivo en lo que a cuestiones de tipo práctico se refiere; es decir, para la vida pública de los individuos, para su convivencia, sino que es un saber o conocimiento sujeto a correcciones futuras. Y el que haya en el futuro correcciones o modificaciones no ha de escandalizar según Mill, antes bien, enriquece:

La costumbre habitual de corregir y completar ideas, comparándolas con otras, lejos de producir dudas y vacilación, es el único fundamento estable de una

Bentham, p. 55, donde también entiende nuestro autor que la adquisición de conocimiento sobre un asunto o sobre el pensamiento de alguien pasa por escudriñar hasta los escritos más irrelevantes de esa persona, sencillamente porque también nos aportan luz sobre él, o sobre el asunto que se esté tratando. En suma, Mill en el deseo de obtener un conocimiento lo más exacto posible sobre algo, valora hasta los detalles más nimios y que otros pasan por alto.

⁵¹⁷ o. c., p. 67.

justa confianza en todo aquello que se desee conocer a fondo⁵¹⁸.

Es altamente valorable por Mill el que en la configuración de nuestro pensamiento libre, tengamos presentes las opiniones adversarias y sus argumentaciones y que no las desechemos ni anatematicemos. Están ahí, para ser oídas, tienen el mismo derecho de libertad de pensamiento que las nuestras. El auténtico individuo que tiene libertad de pensamiento ha formado éste contando con todas las posibilidades contrarias, asumiéndolas como posiciones que son opuestas a las suyas; y con las que se ha de enfrentar. Pero ese individuo es el que de verdad merece que se diga que su pensamiento tiene más valía que el de otra persona que no ha tenido en cuenta a quienes disienten de él. Mill, que parece que en toda esta argumentación se enfrenta con la Iglesia Católica por su actitud dogmática en lo que a epistemología se refiere, llega a hacer valoración positiva de la Iglesia en determinadas ocasiones⁵¹⁹.

La humanidad ganará mucho más si deja que al aire de los caracteres que posee cada individuo se deje que éste crezca en su pensamiento desde la libertad. Y eso sólo sucede cuando se dejan que ante el individuo aparezcan por igual el trigo y la cizaña y que él, desde la libertad, escoja y, por tanto, actúe como mejor estime; y así se potencia la libertad individual.

⁵¹⁸ o. c., p. 67.

⁵¹⁹ o. c., p. 67. Se refiere John Stuart Mill al caso en que la Iglesia católica durante el proceso de canonización de un santo es capaz de escuchar pacientemente al llamado "abogado del diablo", lo que supone escuchar otros discursos e ideas diferentes.

6.5.- Educación en el Esfuerzo y la Disciplina.

En el párrafo anterior discursábamos acerca de la educación para la libertad de pensamiento, expresión y acción; apuntamos desde el propio Mill que para que el individuo adquiriera saber y ciencia ello se logra desde la instrucción y el sometimiento. En lo que ahora concierne hay que indicar que esfuerzo y disciplina son también importantes si el individuo quiere obtener conocimientos, capacidad para tomar decisiones o cualquier otra cuestión. Al apuntar a la educación junto con la instrucción, es importante tener presente el hecho de que Stuart Mill también dio algunas líneas a nivel didáctico en este aspecto. En esas orientaciones didácticas se mostró partidario del esfuerzo y la disciplina, como constitutivos de toda educación e instrucción. Para Mill la utilidad de la instrucción "depende en gran medida de que la escuela logre poner en contacto mentes inferiores con mentes superiores"⁵²⁰.

Esfuerzo y disciplina⁵²¹ llaman la atención puesto que en nuestros días esta didáctica del esfuerzo y la disciplina muchas veces queda al margen; es más, hoy día la didáctica al uso muchas veces guarda relación más bien con todo lo que no tiene que ver con el esfuerzo y la disciplina. Esta didáctica es el resultado de la desaparición del esfuerzo y de la disciplina como elementos de la educación, incluso de un elemento que *a priori* parece desagradable, pero que en el fondo no es algo dramático, como se quiere a veces mostrar. Se trata del hecho palmario de que en ocasiones hay que realizar tareas que nos

⁵²⁰ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, p. 297.

⁵²¹ Otra influencia de Quintiliano, ver *Institutio Oratoria*, cap. I, párrafo 4°.

desagradan; pero es que esto sucede también en la vida ordinaria.

A este respecto creo que son iluminadoras las palabras de Stuart Mill: "La otra única cosa que aprendí formalmente en este período de mi infancia fue Aritmética. También me la enseñó mi padre. Era la tarea de por las tardes; y recuerdo muy bien de lo desagradable que me resultaba"⁵²². Junto a esta situación actual que citamos de la desaparición del esfuerzo y la disciplina, cabe citar que se suma en nuestras sociedades la multiplicación de actividades que incapacita a los niños y niñas para seguir un discurso oral o escrito de cierta extensión. Si admitimos la importancia del esfuerzo y la disciplina, del rigor y del método en la educación para obtener individuos libres; si aceptamos esto como Mill lo acepta, entonces podemos afirmar que al individuo hay que, en algún sentido, forzarlo para que conquiste esa libertad para que sea también un ser responsable. Hay que "violentar" su naturaleza instintiva. De este modo, educar para la libertad, paradójicamente, implica practicar esa "violencia"⁵²³ para que los individuos alcancen la humanidad, sin perder de vista que se alcanza en la sociedad.

⁵²² Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 35. Es curioso notar cómo Mill no tiene mayor inconveniente en reconocer que había materias que le desagradaban; por otro lado, es algo absolutamente normal y es algo que en nuestros días debería ser acogido con naturalidad. Incluso Mill cita en la misma obra los momentos en que su padre se enfadaba con él por no alcanzar el joven Mill los resultados esperados de él.

⁵²³ El término violencia quiero entenderlo como lo hacía Aristóteles en su *Física*, como el movimiento que sin más se opone al natural.

6.6.- Educación para vivir en Sociedad.

La educación no es sólo una cuestión que tenga que ver con la pedagogía, estrictamente; la educación es también una cuestión de la filosofía y es un asunto capital que nos retrotrae a Sócrates, pero que actualmente también es un problema crucial. Así pues, al estudiar el pensamiento de John Stuart Mill sólo cabe afirmar que él también trata el problema con reflexión. Tan importante es la educación a nivel filosófico que puede con razón afirmarse que todos los demás aspectos que son objeto de reflexión en filosofía tales como conocimiento en general, lo social, lo político, la convivencia, todo ello deriva de la educación; y es que la educación es la herramienta o el procedimiento que permite corregir nuestra natural ignorancia; es la educación la que nos libera, nos saca de la esclavitud de la ignorancia. Precisamente lo que nos diferencia del resto de seres vivos es que el ser humano está programado genéticamente para esa herramienta educativa y así poder distanciarse de lo meramente biológico.

Hablar de John Stuart Mill es hablar de manera clara de un pensador reformista que aspiraba a que se realizaran cambios en su sociedad; y como reformista no puede quedar de lado la reforma de la educación⁵²⁴. Pero ese pensador reformista defensor de la igualdad, de la solidaridad, de

⁵²⁴ Cfr. J. S. MILL, *Essays on Equality, Law and Education*, p. 64. De hecho este capítulo se titula *Reform in Education*. Se muestra a lo largo de pp. 61-74 el deseo de una reforma educativa por nuestro autor, una reforma que acontecerá de modo rápido, aunque reconoce el obstáculo que tiene de la apatía popular y la ignorancia: "The education of our people is, or will speedily be, amply provided for. It is the quality which so grievously demands the amending hand of government. And this is the demand which is principally in danger of being obstructed by popular apathy and ignorance".

la libertad del individuo, de la diversidad, de la felicidad ¿cómo plantea la reforma social? Lo hace desde la educación, puesto que si existe alguna forma de cambiar el mundo, de variar el rumbo que tiene, el camino ha de ser educativo. Hasta tal punto está convencido Mill de ello que afirma que le parece que:

El mejoramiento de la inteligencia, de la educación y del amor a la independencia de las clases trabajadoras, no puede por menos que ir acompañado de un aumento de la sensatez⁵²⁵.

En la época de Mill, como en la nuestra, había fanáticos, esto es, individuos adoctrinados carentes de educación; había egoístas que no usaban la razón como herramienta para pensar por sí mismos; había en suma ausencia de valores, de ejes, como hoy afirmamos a veces en nuestra sociedad; y la solución pasaba por la educación.

El papel de la educación en el pensamiento⁵²⁶ de John Stuart Mill es algo que no pasa desapercibido cuando nos asomamos a la lectura de sus obras. Esa función fue sobre todo de apertura de mentes, de sacar lo mejor de los individuos en su interior para que se conduzcan de modo y manera que alcancen la felicidad, el fin de nuestra existencia⁵²⁷. Una educación de verdad facilita las herramientas que permiten pensar, expresar las ideas sin

⁵²⁵ Cfr. J. S. MILL, *Principios de Economía Política*, pp. 649-650.

⁵²⁶ Véase capítulo 5, parágrafo 5.3, pp. 289-295; parágrafo 5.5, pp. 298-305 y parágrafo 5.6, pp. 305-317, donde trato lo concerniente a la libertad de pensamiento, expresión de opiniones y demás. Esa idea de abrir las mentes y sacar lo mejor de los individuos es una influencia de Quintiliano ya contenida en su obra *Instituitones Oratoria*, cap. I donde ya se apunta a la necesidad de sacar lo mejor de los individuos.

⁵²⁷ Véase p. 173, ya citada.

miedo y, por tanto, posibilita la libertad de pensamiento porque no indica, señala o sugiere qué se debe pensar. Francamente sin educación no se es libre en este sentido y por ello no se puede ser plenamente humano, por mucha doctrina políticamente correcta que se suministre. Y al hilo de la doctrina políticamente correcta, Mill se muestra preocupado por el ascenso de las clases sociales baja y media; teme porque se conviertan en clases dominantes que alcancen el poder político; y de ahí su conclusión es que esos gobiernos tienden a la imposición de sus gustos y a la manipulación de la educación, la cual debería estar al margen de lo meramente político.

Es esa situación la que propicia empobrecimiento de la inteligencia de los individuos que pasan a ser clientes estancados y petrificados en la sociedad diseñada por gobiernos de ese tenor⁵²⁸. Ante ello parece necesaria una educación universal, por encima de consideraciones políticas. Por ello, como indica Pérez Bermejo, "La exigencia de información e ilustración de las elecciones autónomas culminan en uno de los principales impulsos reformadores de Mill, como es la demanda de un sistema de educación obligatoria"⁵²⁹.

La educación en el pensamiento de Mill pone de manifiesto la dimensión de socialización y de análisis e interpretación de la realidad que posee. Esto es algo que se ve en la época en que él vivió. Esa centuria se caracterizó, entre otros aspectos, por la creciente instrucción y alfabetización de las capas sociales obreras.

⁵²⁸ Sobre esta cuestión es interesante el trabajo de J. M. PÉREZ BERMEJO, *La Promoción estatal de los valores culturales*, p. 121-ss.

⁵²⁹ Cfr. J. M. PÉREZ BERMEJO, *La Promoción Estatal de los valores culturales*, p. 156.

El aprendizaje de la lectura y escritura y de reglas básicas de cálculo⁵³⁰ fue de unas consecuencias considerables en aquel momento histórico y de importante proyección en el futuro. Es más, el propio Mill llega a afirmar que saber leer es poder⁵³¹, otorgándoles así un papel fundamental a la lectura como capacidad que desarrolla al individuo. Curiosamente, hoy como en la época de Mill se le continúa dando enorme importancia a la lectura y escritura; y así lo apunta Delors cuando llama a reconsiderar la educación y apunta una serie de necesidades fundamentales en educación: "Estas necesidades abarcan tanto las herramientas esenciales para el aprendizaje, como la lectura y la escritura, la expresión oral, el cálculo, la solución de problemas"⁵³².

Volviendo a Mill y a esas necesidades básicas, fue esa educación primaria la que progresivamente hizo tomar conciencia en las clases más desfavorecidas de que sus intereses colisionaban con los de los poderosos; más aún, esas clases se fueron paulatinamente sacudiendo el yugo de la moralidad al uso y costumbre; esas clases fueron percatándose que en asuntos humanos sólo cabe la discusión,

⁵³⁰ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, p. 284, donde nuestro autor reconoce la importancia de la ortografía y la aritmética como aprendizajes sin los cuales se da fracaso educativo.

⁵³¹ Cfr. J. S. MILL, *Essays on Politics and society, Part I*, p. 50. Este fragmento pertenece, dentro de la obra, a *De Tocqueville On Democracy in America I*. El propio Mill afirma: "For the first time, the power and the habit of reading begins to permeate the hitherto insert mass. Raeding is power...". Esa importancia que he apuntado en el texto de la lectura como algo que aumenta el intelecto puede verse también en F. MÚGICA, *John Stuart Mill, lector de Tocqueville I*, p. 25.

⁵³² Cfr. J. DELORS, *La Educación encierra un tesoro*, p. 19.

que no hay una única verdad⁵³³; que en lo tocante a cuestiones humanas no hay verdades como las de la geometría o la aritmética, sino que todo es más bien cuestión de probabilidad. Todo ello pone a las claras la repercusión social de la educación y su importancia en la configuración de una sociedad democrática, libre e igual.

En definitiva, la educación para una sociedad mejor pasa por hacer de los individuos seres racionales, con capacidad de decisión por sí mismos, con buen juicio, con la virtud de la prudencia. Individuos capaces de aceptación libre de normas y valores sin imposiciones. Ahora bien, ¿por qué la racionalidad y el uso del buen juicio?. ¿Por qué es importante la educación del individuo para Mill? Porque parece que sólo así se escogerán democráticamente a los más capaces, a los más instruidos para gobernar, para velar por el bien común, y así parece que lo entiende Mill⁵³⁴. El ejercicio de la razón, y también del sentimiento, permitirá que los individuos, racionalmente y no pasionalmente, antepongan lo de todos a lo particular, es decir, la educación proporcionará lo necesario para que el individuo vea que lo común de todos es también suyo, que lo sienta como algo suyo. En este sentido parece que en la democracia el problema es también ese, sensibilizar al

⁵³³ En mi consideración, el énfasis en la razón realmente es una influencia de Quintiliano que en su obra, ya citada, alude en el capítulo I a que la naturaleza nos dio inteligencia y entendimiento.

⁵³⁴ Cfr. J. S. MILL, *Essays on Politics and Society*, Part I, p. 72. Es un fragmento de *De Tocqueville on Democracy in America* I. Mill afirma: "The best government, (need it be said?) must be the government of the wisest, and these must always be a few". Al respecto véase también F. MÚGICA, *John Stuart Mill, lector de Tocqueville* I, p. 79, donde para este autor, efectivamente, el buen gobierno democrático lo es gracias a los más juiciosos y prudentes.

individuo con el bien común como algo propio, toda una pedagogía.⁵³⁵

La razón es la salvaguarda de una vida pública auténtica, pero en Mill también cobra importancia lo emotivo que guarda relación con la originalidad de carácter. Es tan fundamental para nuestro autor proteger la individualidad dentro de la sociedad, la genialidad de carácter de cada individuo, que de ello se sigue el énfasis que pone en el individuo para que crezca en sus potencialidades⁵³⁶. En este sentido, nuestro autor deja claro a lo largo de sus obras la defensa que hace de la individualidad, del genio, del talentoso, del singular. Sobre ello conviene criticar la postura de Abellán⁵³⁷ para quien Mill se muestra ambivalente con su sociedad al defender la originalidad. Hay que indicar que esa ambivalencia es sólo aceptación de unos valores propios del genio y crítica de otros, como el autocontrol para reprimir los impulsos. Para Abellán, Mill, en su relación con la sociedad victoriana tradicional y burguesa de su época, defiende la originalidad de carácter como los miembros de esa sociedad. Ante esto, cabe decir que Mill más bien defiende el valor de la originalidad pero señala a su sociedad como intolerante frente al original o talentoso; y sí se muestra crítico con su sociedad en lo referente al autocontrol de los impulsos y la espontaneidad porque reprime al individuo e impide el progreso.

⁵³⁵ Cfr. F. MÚGICA, *John Stuart Mill, lector de Tocqueville II*, p. 35. También parece defender esta posición el autor, cuando afirma que en la democracia se trata de que el ciudadano sienta, hasta donde sea posible, el bien general como el interés propio.

⁵³⁶ También entiendo que aquí hay una influencia de Quintiliano y su obra puesto que el clásico ya alude en el capítulo I tercer párrafo en que el maestro tantea los talentos del educando.

⁵³⁷ Véase pp. 20-22.

Por otro lado, el aspecto de la razón es importante para nuestro autor. El hacer a los individuos racionales, como apuntamos antes, traerá consigo el que se trate a unos y a otros como a seres racionales. Tratar a alguien como ser racional es tratarlo como a un ser libre, un individuo que tiene en sus manos la posibilidad de la libertad, que piensa por sí mismo y que se conduce a sí mismo. Parece que este es uno de los motivos por los que educación y libertad van unidos, porque cuando cada uno puede someter a crítica racional la realidad que le rodea entonces podemos librarnos de la servidumbre que genera el engaño. La educación de seres racionales implica la figura de un individuo dotado de autonomía, a quien ningún estado o sociedad le conduce y le guía sin contar con él y con su diversidad. Podría decirse que frente a la educación de seres racionales se sitúa la ignorancia; y la ignorancia de cada uno se muestra en ocasiones más peligrosa que los propios individuos, acaso por aquella sentencia tan proferida por los latinos, *nescencia ne cat*.

Por ello el individuo ha de ser educado, instruido, formado en esos aspectos. Para Mill es así como se evita que entren en el juego de la vida pública individuos insensibles ante el bien común, el cual se presenta como el objeto que sensibilice a las personas.

La educación tiene en Mill una dimensión de carácter público, en el sentido de preocupación por el interés público, de todos. Para Stuart Mill el buen gobierno en una sociedad pasa por esa sensibilidad de los individuos por el bien general, no en vano afirma que: "Siempre que la disposición general de un pueblo es tal que cada individuo sólo se preocupa de sus intereses egoístas y no se detiene

a considerar sus responsabilidades para con el interés general, el buen gobierno es imposible"⁵³⁸. Y parece que esa sensibilidad pasa por educar a los individuos. Como dice Joaquín Abellán: "La educación puede ayudar al individuo a entender que al actuar por el bien común está también actuando por su propio bien"⁵³⁹. Ese interés por lo de todos lleva parejo el tener que actuar con prudencia e inteligencia para procurar el máximo beneficio. Y en este aspecto Mill, cuando acomete la corrección de los actos, pone de manifiesto que el sujeto ha de actuar teniendo en cuenta el interés de la humanidad, incluso antes que los suyos⁵⁴⁰.

Por eso creo que se puede hablar de educación para la libertad y para configurar ciudadanos de ese estilo, libres, cuya individualidad no quede menoscabada. Ciudadanos debidamente instruidos y educados que sean capaces de poner lo mejor de su ser al servicio del interés general. En este aspecto es donde parece que mejor se aprecia la relación entre la democracia y la educación. Para Mill, que habla de una idea de educación en general, es también importante un modo particular de educar, a saber, el que debería proporcionar la democracia.

Lo que proporciona la democracia como modo educativo es que el individuo que se embarca en el proyecto por el beneficio de todos, tiene que acometer cuestiones que atañen a todos. Deben lograr un individuo sensibilizado, concienciado con el hecho de que lo público es de todos y

⁵³⁸ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones...*, p. 57.

⁵³⁹ Cfr. J. ABELLÁN, *John Stuart Mill y el Liberalismo*, p. 368.

⁵⁴⁰ Véase también J. GARCÍA AÑÓN, *Libertad, Diversidad y Conflictos Culturales*, p. 46, donde este autor recoge también la idea que se expone en el texto.

por ello mío. Ese individuo toma conciencia de que sus decisiones tendrán que aparcar el interés personal y privado en beneficio del interés de todos. Se deja ver aquí la consideración en torno al individuo preocupado por lo común, frente al egoísta preocupado por lo suyo; es la contraposición entre el *ιδιων*⁵⁴¹ y el individuo público, entre el idiota en el sentido literal del término, que es incapaz de abandonar sus intereses a favor de lo de todos y el ciudadano auténtico.

Ese individuo descubre así que lo realmente bueno es el interés de la universalidad, de la comunidad; y que esto es crucial para vivir en sociedad. Esto sólo parece lograrse desde una educación consecuente, en una dirección que fomente que el individuo practique hábitos, virtudes de ese tipo para convertirse en auténtico ciudadano, en un ser social de verdad. Ese individuo tendrá que aceptar diversas opiniones, diferencias, confrontaciones, debate, diálogo. Tendrá, en suma, que mostrarse respetuoso, tolerante, solidario. Todo ello contribuirá al crecimiento y desarrollo personal y también de la comunidad.

Es curioso notar cómo encontramos en los planes de estudio la importancia que se da a valores como solidaridad, respeto, tolerancia, expresión de los sentimientos y emociones, importancia del bien común. Pero todo eso implica el cultivo y la vuelta al interior del hombre; y ello porque todo eso implica una educación en conceptos actitudinales, valorativos, en sensibilidad. Parece, por lo tanto, que una de las asignaturas pendientes en la educación, vista por Stuart Mill, es la educación en la inteligencia emocional y en la conciencia, ya indicada

⁵⁴¹ Cfr. E. MORENO CHUMILLAS, *La Democracia reside en la mediocridad*, p. 210-ss, donde el autor hace un estudio detallado de este aspecto.

más arriba. Y para ello es fundamental el papel de los gobiernos, de la política; un papel eminentemente educativo.

Esa preocupación por el otro, por parte de cada uno de nosotros, nos lleva a apuntar el hecho de que dado que vivimos en sociedad, por un lado; y que, por otro, somos seres individuales, tengamos que acometer la tensión entre individuo y sociedad⁵⁴². A este respecto es interesante notar cómo en Mill esa tensión es importante en relación con la defensa de la libertad individual. Y cómo se resuelve esa tensión es una cuestión que parece tener respuesta en el reconocimiento y respeto por el otro, por los derechos que tiene. Es respetando esos derechos el modo en que respeto al otro como a mí mismo. Es desde esos derechos desde donde podemos hablar de una concepción de la libertad en Mill entendida como un derecho y un principio básico para proteger la individualidad humana. Pero es que además la libertad para Mill es un medio para alcanzar los más altos y nobles fines de los seres humanos. Es desde aquí desde donde se siguen derechos fundamentales ya citados como la libertad de pensamiento, de opinión, de discusión, de asociación.

Ahora bien, el individuo que vive en sociedad ha de asumir responsabilidades y también recoger beneficios. Pero la cuestión es: ¿Cómo surge en el individuo el reconocimiento del otro como igual a él? ¿De qué manera se percata el individuo de que tiene que vivir en sociedad asumiendo responsabilidades y repartiendo cargas? No parece que la respuesta sea que de modo natural el individuo hace esto. No, más bien de modo acordado, pactado, dialogado,

⁵⁴² Véase capítulo 1, párrafo 1.4, pp. 48-58 y párrafo 1.5, pp. 58-67.

racional y razonado. Una vez más parece que la constitución de una sociedad libre pasa por la educación de sus individuos en esa dirección. El orden social pasa por la educación para la libertad.

Es necesario notar cómo Stuart Mill también defiende el papel de la institución escuela como institución frente al Estado; un papel absolutamente relevante en la formación de los individuos. Y, sin embargo, el proceso educativo de Stuart Mill, siendo valorado por él de modo muy notable, fue un proceso alejado de la institución educativa. Es cierto que nuestro autor valoró siempre altamente los esfuerzos de su progenitor; pero también es verdad que echó en falta aspectos que tienen también que ver con la educación, y que llevarán a Stuart Mill a señalar que: "Las deficiencias de mi educación tuvieron lugar principalmente en esas cosas que los niños hacen cuando se ven obligados a apañárselas por sí mismos y cuando se crían en compañía de muchos otros"⁵⁴³. Todo ese control ejercido por su padre trajo consigo el que el propio Mill reconozca que: "No podía realizar tareas que exigiesen habilidad o vigor físico, y no sabía hacer ningún ejercicio corporal de tipo ordinario"⁵⁴⁴. Por tanto, deducimos una educación física deficiente.

Volviendo a la cuestión que planteábamos más arriba sobre el modo en que el individuo debe vivir en sociedad repartiendo cargas y beneficios, parece al respecto que la democracia es la fórmula más oportuna⁵⁴⁵. La democracia

⁵⁴³ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 58.

⁵⁴⁴ o. c., pp. 58-59.

⁵⁴⁵ Conviene recordar que para Mill la democracia es democracia representativa; y que la democracia como tal no es el mejor modo de gobierno, ya citado en *Consideraciones...*, p. 182.

aparece así como un modo de educar a los individuos a ser ciudadanos que abandonen sus trincheras individuales para sensibilizarse con el bien de todos, de la comunidad. Teniendo esto en cuenta, Stuart Mill señala los beneficios que trae el que el individuo supere su egoísmo personal y su individualismo al trabajar por el bien general:

Los efectos del acceso a esta escuela de espíritu público son que el individuo se ve llamado a considerar intereses que no son los suyos, a consultar, enfrente de opiniones contradictorias, otras reglas que sus inclinaciones particulares; a llevar necesariamente a la práctica principios y máximas cuya razón de ser se funda en el bien general, y encuentra en esta tarea al lado suyo espíritus familiarizados con esas ideas y aspiraciones, teniendo en ellos una escuela que proporcionará razones a su inteligencia y estímulo a su sentimiento del bien público⁵⁴⁶.

Así, parece que en Mill la participación en la vida pública, lejos de traernos perjuicios materiales y morales, traerá todo un crecimiento intelectual y personal, todo un beneficio para la comunidad. Para ello hay que valorar la educación y sus efectos como algo muy positivo. Es la necesidad de ciudadanos, no sólo individuos, que participen activamente en la sociedad, en la democracia para resolver los problemas que son de todos; es esa necesidad la que hace de la acción por el bien común un efecto de la educación. Lo que parece deducirse es que la actitud individualista y egoísta no nos construye en nada, es una perversión moral. Lo que parece colegirse es que para Mill el individuo tiene que ponerse manos a la obra a favor de

⁵⁴⁶ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, p. 43.

los demás, y haciendo esto trabaja también a favor de sí mismo, como bien afirmar Mill:

La educación y la opinión pública, que tienen un poder tan grande en la formación humana, utilicen de tal modo ese poder que establezcan en la mente de todo individuo una asociación indisoluble entre su propia felicidad y el bien del conjunto⁵⁴⁷.

De donde parece seguirse la necesidad de darse cuenta que no todo lo beneficioso tiene que ser algo contante y sonante, algo puramente material. Existen otros valores altamente beneficiosos para los individuos. Y esos valores sólo nos parecen importantes cuando se le cae al individuo el velo de la indiferencia, propiciado por la ignorancia, ante ellos; y eso parece que se logra por la vía educativa. Por lo tanto, la democracia, como participación activa en la vida pública, reporta esos beneficios intelectuales y de maduración personal; de algún modo implica progresar.

6.7.- Educación y Progreso.

Poner lo mejor a favor de la sociedad es contribuir al progreso humano, el cual para Stuart Mill debe ser más a nivel moral que a nivel científico-tecnológico. En la época de Mill el progreso lo es en virtud de los avances de ciencia y tecnología. Ese progreso busca, como hoy, mejorar la calidad de vida de las personas, el mayor bienestar. Pero el progreso implica la acción del hombre sobre la naturaleza, el dominio de ésta; y ante esto hay que afirmar que la naturaleza y el progreso parece ser que en ocasiones se llevan mal.

⁵⁴⁷ Cfr. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, pp. 62-63.

Es a ese progreso científico-tecnológico al que Mill critica por entender que trae más perjuicios morales que beneficios; por creer que los bienes materiales que nos proporcione traerán consigo una elevada factura moral, como el adormecimiento intelectual y el instalar al individuo de modo que su genio, sus talentos quedan adormecidos o desaparecen. El progreso puede resultar un espejismo por cuanto que, en primer lugar, supone el dominio del hombre sobre la naturaleza, el control de la ciencia, de la técnica; pero, por otro lado, el progreso realmente puede esclavizar al hombre. Así este apunte decimonónico milliano tiene correlato y resulta anticipatorio en el siglo XX, por ejemplo en Heidegger, según el estudio de Berciano: "Según Heidegger, la técnica no es un mero producto humano sino una potencia que solicita al hombre, lo encadena, lo arrastra y lo amenaza"⁵⁴⁸. La concepción de progreso que maneja Mill se deja ver en la idea de *civilization*.

La relación entre educación y progreso hace necesario, en Mill, que exponamos tanto lo que se refiere al progreso científico y técnico en relación con los límites que tiene como que mostremos también esa idea de progreso en tanto que progreso moral. La idea de progreso suele, por lo general, remitirnos a progreso en ciencia y en tecnología; también sucede esto en Stuart Mill. El autor de *Bentham* saluda positivamente los avances de ciencia y tecnología y las mejoras que trae en el bienestar del individuo y la sociedad. De hecho Mill reconoce a la idea de progreso lo perteneciente al progreso que sobreviene por las transformaciones de la sociedad⁵⁴⁹.

⁵⁴⁸ Cfr. M. BERCIANO, *La Crítica de Heidegger al pensar occidental*, p. 190.

⁵⁴⁹ Cfr. J. S. MILL, *Essays on Politic and Society*, Part I, p. 125. Es un fragmento de este ensayo que se titula *Civilization*.

Pero no es menos cierto, y esto creo que es lo importante, que el segundo esposo de Harriet Taylor enfatiza la dimensión moral que tiene la idea de progreso. En este aspecto, Mill tiene presentes los avances tecnológicos, pero le preocupa que las ventajas tecnológicas den al traste con el carácter, el desarrollo individual, los talentos de cada individuo⁵⁵⁰.

En Mill, creo que por influencia de Comte, prenden las ideas de orden y progreso. Pero dado que abordamos el progreso y su relación con la educación es oportuno clarificar qué entiende el hijo de James Mill por progreso: "El progreso es una de las necesidades de la sociedad humana; el progreso es una mejora"⁵⁵¹.

Dado que las sociedades humanas se componen de ciudadanos individuales, aspirantes todos ellos al bienestar, y que el bienestar individual sólo se consigue en el seno de la sociedad; pero teniendo en cuenta que ese bienestar perseguido por los individuos implica la existencia de una serie de ingredientes en la sociedad; de todo ello se sigue la necesidad de una serie de cualidades morales para que la sociedad progrese. Mill es claro:

¿Cuáles son por ejemplo las cualidades ciudadanas individuales que conducen en mayor medida a mantener la cantidad de buena conducta, buen trato, éxito y prosperidad que ya existe en la sociedad? Todo el mundo estará de acuerdo en que esas cualidades son el trabajo, la integridad, la justicia y la prudencia [...]. Si ello es así, cualesquiera

⁵⁵⁰ o. c., p. 135-136.

⁵⁵¹ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, p. 48.

cualidades de gobierno que promuevan el trabajo, la integridad, la justicia y la prudencia conducen igualmente a la permanencia y al progreso; lo único que se necesita para hacer que la sociedad sea decididamente progresiva es una mayor cantidad de esas cualidades.⁵⁵²

Pero es claro que todas esas cualidades hacen referencia al orden moral y ético del individuo, lejos de lo puramente material. Por lo tanto, nótese la importancia de la axiología, de los valores para Stuart Mill en orden a progresar. Y remata Mill sobre el progreso afirmando: "¿Cuáles son, por tanto, los particulares atributos de los seres humanos que parecen referirse más especialmente al progreso? Son principalmente las cualidades de actividad mental, espíritu de empresa y valentía"⁵⁵³. Según esto parece razonable que él mismo pretenda en lo tocante al progreso y la educación "promover [...] la alianza entre los intelectos y caracteres más avanzados de la época"⁵⁵⁴

Lo que parece desprenderse de estas afirmaciones millianas es que la actividad mental deviene importante cara al progreso de una sociedad, ya científico, tecnológico y moral. En este sentido es importante recoger que Stuart Mill le da una categoría de "excelencia"⁵⁵⁵ a la actividad mental sobre otras que pueda desarrollar el

⁵⁵² o. c., p. 50.

⁵⁵³ o. c., p. 50.

⁵⁵⁴ Cfr. J. S. MILL, *The Earlier Letters of John Stuart Mill*, p. 79. El joven Mill, tenía 25 años, muestra su compromiso a favor de la expansión de las inteligencias más notables y de los individuos de carácter. Al respecto véase también F. MÚGICA, *John Stuart Mill, lector de Tocqueville I*, p. 21, donde parece que este autor defiende la opinión que arriba he expuesto.

⁵⁵⁵ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, p. 85.

individuo. Pero en nuestro autor la actividad mental de cada individuo que remite a la capacidad intelectual, a la destreza en el uso de la razón y otros aspectos similares, es algo que remite también a algo personalísimo que él defiende permanentemente, a saber, la idea de originalidad y genio; ideas que son las que realmente posibilitan en progreso. Lo dice el propio Mill:

El atributo mental que parece estar dedicado exclusivamente al progreso y es la culminación de las tendencias que nos llevan a él, es la Originalidad o Invención [...]. Por lo tanto, cualesquiera que sean las cualidades que en un gobierno tienden a fomentar la energía, el valor y la originalidad son requisitos necesarios del Progreso⁵⁵⁶.

Una vez más aparecen unidas intrincadamente la dimensión intelectual y la originalidad como elementos que, parece que desde la educación, traerán progreso. Un gobierno que se precie protegerá el caudal de energía que supone la originalidad de sus individuos y lo fomentará desde la educación; y lo hará desde destrezas tan sencillas como la lectura. Lo afirma Mill: "El triunfo de la democracia depende de las leyes naturales del progreso de la riqueza, de la difusión de la lectura y del aumento de las facilidades para la cooperación humana"⁵⁵⁷.

Parece oportuno al hablar de la educación en relación con el progreso científico y técnico, apuntar lo referente

⁵⁵⁶ o. c., p. 51.

⁵⁵⁷ Cfr. J. S. MILL, *Essays on Politic and Society*, pp. 126-127. Véase también aquí otra vez la importancia que se da a la lectura, ya apuntado en capítulo 6, párrafo 6.6., p. 371.

a la destreza manual, por cuanto ésta se relaciona con la tecnología y la ciencia.

Parece quedar olvidada por el padre de Stuart Mill la importancia educativa de la habilidad social, la dimensión de alteridad que se practica en el encuentro con el otro y que también contribuye a educar al individuo en la libertad y en ser civilizado. No es de extrañar que ante ello Stuart Mill reconozca que: "Fui durante mucho tiempo, y en menor grado siempre, inexperto en todo aquello que requería destreza manual"⁵⁵⁸. Que bien le hubiera venido a Stuart Mill la aportación de José Gaos en torno a la filosofía de la mano entendida como ternura y apertura al otro. Precisamente en Stuart Mill se dan cita también una serie de elementos fundamentales tanto para la instrucción en particular como para la educación en general, a saber, esfuerzo, disciplina y constancia, ya apuntados en este capítulo. Frente al modo en que fue educado nuestro autor, actualmente podemos decir que una de las dificultades que tenemos en la educación es la casi ausencia de esos valores. Para aprender son fundamentales el esfuerzo, la disciplina y, sobre todo, la constancia.

Por otra parte, hay que reconocer la importancia que se atisba en Mill con respecto del elemento de la cultura en su relación con la educación. Sobre la relación entre educación y cultura también es coherente hablar en nuestro autor.

Partiendo de una concepción de la cultura como conjunto de creaciones humanas tanto a nivel material como inmaterial, podríamos afirmar que la educación forma parte de esas herramientas inmateriales, en tanto que transmite

⁵⁵⁸ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 59.

valores; pero también materiales, en tanto que usa unos recursos materiales para mejor ayudar a conseguir los fines. A partir de aquí hay que asumir que cada cultura posee su propia idiosincrasia y que la educación que use para transmitir esa cultura será diversa en cada caso. No se puede olvidar en esta relación entre educación y cultura que cada sociedad con su cultura tiene unos valores por los que siente preferencia, como bien indica Avelino de la Pienda: "La sociedad y cultura en que vivimos nos enseña a tener gusto por determinados valores, incluso tratándose de valores estéticos. Cada pueblo, cada cultura, cada época tiene sus propias jerarquías de valores del gusto en todos sus niveles"⁵⁵⁹.

Teniendo esto en cuenta y considerando la visión de la realidad que defiende Mill, diversa, hemos de indicar que la cultura occidental en que se inserta Mill, como la nuestra, es tal que se relaciona con la educación. La cultura de Mill es la de una sociedad de mediados del XIX en la Inglaterra victoriana que postula unos principios y valores criticados por nuestro autor porque se alejan de la educación para la libertad; educación ésta que defiende la diversidad, la tolerancia, el respeto a lo distinto. La fuerza de la costumbre, la defensa de conocimientos fijos, las normas morales emanadas de una religión protestante y otros aspectos de este tenor, dibujan el paradigma cultural en tiempos de Mill.

Frente a todo esto ya hemos expuesto en este trabajo la postura crítica de Mill ante su sociedad. Esa crítica es también la censura a un paradigma cultural que impide el crecimiento del ser humano. La alternativa es la educación para la libertad. Así, la educación se nos muestra en Mill

⁵⁵⁹ Cfr. A. DE LA PIENDA, *Educación, axiología y utopía*, p. 68.

como un instrumento que transmite un nuevo paradigma cultural, el del respeto a la diversidad, el de la tolerancia, el de la asunción de conocimientos probables, el del valor supremo del bien común, el de la Religión de la Humanidad.

Se trata de un nuevo modelo educativo para un nuevo paradigma cultural; y ello es así porque Mill cree y defiende unos valores que pueden realizarse. Pero no es menos cierto que pueden parecer utópicos. Todo ello recuerda la afirmación de Avelino de la Pienda: "Siempre educamos y somos educados en función de unos valores reales que esperan su realización ideal en la utopía"⁵⁶⁰.

De este modo la educación para la libertad trata de estar en relación con ese nuevo paradigma cultural. La educación se alza así como transmisora de la cultura y de los aspectos fundamentales de una cultura, a saber, el conocimiento, los valores o la moral, la religión, la ontología o visión de la realidad. La educación para la libertad de Mill supone una nueva interpretación de la realidad, una reflexión, un centrarse en lo esencial del individuo, su libertad.

Por ello, puede decirse que la educación aparece no sólo como instrumento que transmite la cultura sino que humaniza igualmente al ser humano. Creo que se puede afirmar en este sentido que la humanización del individuo es algo que depende de la posibilidad de ser educado, instruido, formado. Tal es la importancia que tiene la educación, que si se elimina o se soslaya esa posibilidad, el resultado será desperdiciar a un individuo que podría haber sido educado, humanizado. Con ello puede afirmarse

⁵⁶⁰ o. c., p. 90.

que la educación aparece en Mill como el principal derecho exigible por el ser humano; una exigencia a nivel de subsistencia que puede equipararse incluso con el derecho a la vida⁵⁶¹.

Se puede asumir así que el derecho a la educación es un derecho que da acceso a otros derechos. Por ello en Mill se apunta el derecho a la libertad de expresión, de pensamiento, de ideas, de asociación. Por eso, porque la educación para la libertad supone educar, entrenar al individuo para que ejercite una LIBERTAD que pasa por el ejercicio de otras libertades que en realidad son la extensión y protección de esos derechos citados.

La relación que se puede mostrar entre la educación para la libertad y la cultura pasa por aceptar que el hombre, ser cultural, es esencialmente libertad; libertad como capacidad de autodeterminación y ausencia de necesidad. Aquí la educación juega un papel que pasa por facilitar la posibilidad de acceder a una vida humana. En este sentido, en nuestros días, cabe apuntar que la educación es objeto de discusión y de valoración altísima como herramienta de humanización y de liberalización. Hay que señalar, en el nivel de los estados y gobiernos, que el fundamento de cualquier ordenación legal sobre educación ha de ser precisamente su tratamiento como objeto de una libertad que es esencia de la persona, es un derecho humano capital. Se aprecia así, al igual que en Mill, el papel central de la libertad en el ser humano; y que la educación tiene que respetar esa libertad, pero también educarla.

⁵⁶¹ Recuérdese al respecto la equiparación hecha por Mill entre traer un hijo al mundo y educarle, ya indicada y citada en *Sobre la Libertad*, pp. 200-203.

6.8.- El Estado y la Educación.

Otro aspecto fundamental en la educación para la libertad es el que hace referencia a la educación y el estado. El individuo para progresar moralmente necesita educación; pero las circunstancias culturales, personales, biológicas también son determinantes en lo tocante a esa educación. El estado, nación, sociedad en que vivimos tiene una determinada concepción de la sanidad, del reparto de cargas y beneficios entre los ciudadanos; y también de la educación. Mill tiene esperanza en que esa educación se consiga con cierta rapidez⁵⁶². Al respecto tenemos presente el papel de un estado democrático, defendido por Mill, en relación a la educación. En el Estado Democrático de Mill juega un papel relevante la Élite.

Uno de los aspectos básicos para valorar la acción de un gobierno o estado pasa por "la perfección con que las instituciones organizan el valor moral, intelectual y activo que ya existe, para darle la mayor intervención posible [al ciudadano] en los asuntos públicos"⁵⁶³. O lo que es lo mismo educación y eficiencia⁵⁶⁴ para valorar a un buen gobierno. Ahora bien el gobierno de una sociedad en última instancia es el resultado de las acciones del individuo como bien expresa Stuart Mill: "

El gobierno consiste en actos realizados por seres humanos [...]. El gobierno mejorará de calidad en la

⁵⁶² Cfr. J. S. MILL, *Essays on Equality, Law and Education*, p. 64. Nuestro autor afirma: "We might in this country expect to see all the ends of a national education speedily attained with little asistance from government".

⁵⁶³ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno representativo*, pp. 16-19 y 21-23.

⁵⁶⁴ Véase también P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 176, donde se puede observar también esta opinión.

medida que los hombres suban de nivel; y así se llegará a un punto de excelencia (alcanzable, pero no alcanzado todavía en ningún lugar), en el que los oficiales del gobierno, personas de intelecto y virtud superiores, se rodeen de un ambiente presidido por una opinión pública virtuosa e ilustrada⁵⁶⁵.

Parece quedar claro que la educación juega en Mill un papel básico para el desarrollo humano y de los pueblos, dado que el primer elemento del buen gobierno es "la virtud e inteligencia de los seres humanos de la comunidad"⁵⁶⁶; de donde se sigue que un buen gobierno, parece que lo obvio sea desde la educación, deberá "promover la virtud e inteligencia del pueblo mismo"⁵⁶⁷. Y todo ello para que el pueblo sea capaz de andar por sí mismo, de gobernarse. Pero Mill parece ir con cuidado y como sabe de la falibilidad humana y de todas sus producciones afirma con respecto al aparato político que:

Debe tenerse en cuenta que la maquinaria política no actúa por sí misma. Como fue originariamente creada por hombres, tiene que ser manejada por hombres, incluso por hombres ordinarios. No sólo necesita su simple aquiescencia, sino también su participación activa; y dicha participación debe ser ajustada a la medida de las capacidades y cualidades de los hombres con los que en un momento dado se puede contar⁵⁶⁸.

⁵⁶⁵ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones...*, p. 58.

⁵⁶⁶ o. c., p. 58.

⁵⁶⁷ o. c., p. 58.

⁵⁶⁸ o. c., p. 34.

Así que el individuo vive en sociedad y en ella se da por convención un sistema para el gobierno; pero el ser humano y lo que él crea no es perfecto. En todo esto también parece que la democracia puede presentarse como una especie de institución, no sólo política, sino también educativa. Ese papel educativo pasa por las instituciones que la forman, instituciones creadas por hombres, los cuales tienen que trabajar a favor de todos. Eso es, en palabras de Fernando Múgica lo que se puede llamar ilustración política: participar en los asuntos que conciernen a todos y educación en el hábito de atender el interés público.⁵⁶⁹

El papel educativo de la democracia viene derivado de la idea de la participación del pueblo para construir una comunidad para todos y cada uno de los que la componen. Ese papel educativo de la democracia pone de manifiesto una relación causa-efecto entre actividad pública y dimensión moral, es decir la acción por el bien común trae como efecto el ennoblecimiento moral de cada individuo. El individuo aprende en la democracia actuando, discutiendo, debatiendo, llegando a conclusiones, revocándolas, reconsiderándolas; y todo ello porque, como bien explica Mill, la vida es un problema no un teorema⁵⁷⁰. Es en toda esa actividad donde el individuo educa su carácter, su competencia para asuntos concernientes a todos, adquiere disciplina y muestra nobleza moral. Como apunta Múgica: "la primera ventaja de la democracia es la difusión de la inteligencia"⁵⁷¹.

⁵⁶⁹ Cfr. F. MÚGICA, *John Stuart Mill, lector de Tocqueville*, pp. 55-56.

⁵⁷⁰ Cfr. J. S. MILL, *Essays on Politics and Society*, Part I, p. 169. Se trata del fragmento *De Tocqueville on Democracy in America II*.

⁵⁷¹ Cfr. F. MÚGICA, *John Stuart Mill, lector de Tocqueville II*, p. 59.

Esa tarea es algo que, al menos a nivel teórico, se efectúa sobre la base de la participación en los asuntos públicos. Pero participar en la resolución de asuntos públicos implica el conocimiento muchas veces de legislaciones, normas, decretos y otros aspectos legislativos. Por eso, sí es cierto lo que dice Mercado como recogimos en el párrafo anterior acerca de la participación del individuo en la vida pública, en la acción política. Pero Mill entiende que: "Como la maquinaria política fue creada originariamente por hombres, tiene que ser manejada por hombres, incluso ordinarios"⁵⁷². De ahí que Mill crea oportuno que para que los individuos participen en la acción política esta participación "deba ser ajustada a la medida de las capacidades y cualidades de hombres educados con los que en un momento dado se puede contar"⁵⁷³. Esa participación política no deja de lado a las personas que realizan una función pública en el estado. En este sentido es relevante notar cómo Mill da gran importancia a que el cuerpo de funcionarios públicos sea un cuerpo formado por individuos con un cierto nivel educativo y por medio de un sistema de acceso a los cargos públicos que nos recuerda al de nuestra administración, al tratarse de un sistema de oposición. Claramente lo expresa Mill:

Es de la máxima importancia el que el nombramiento de las mismas [personas] se haga con el mayor cuidado posible [...]. Mediante qué modo de nombramiento puede lograrse mejor este propósito. [...] La única cosa por la que puede saberse si los candidatos son buenos o no, es su preparación en las disciplinas ordinarias de una educación liberal [...]

⁵⁷² Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones...*, p. 34.

⁵⁷³ o. c., p. 34.

Todos los candidatos a un primer nombramiento se han de someter a un examen público dirigido por personas que nada tienen que ver con la política y que pertenecen a la misma clase que los que integran los tribunales de exámenes para honores universitarios [...]. Es también absolutamente necesario que los exámenes sean competitivos y que los nombramientos se asignen a los candidatos que obtienen las mejores calificaciones⁵⁷⁴.

Resulta evidente la importancia que Mill da no sólo a que los individuos que ocupan cargo público sean de sólida formación sino también a los individuos que son funcionarios públicos y permanecen en su tarea sea el gobierno del signo político que fuere. Por otro lado, implica también un desarrollo humano, puesto que la implicación en los asuntos de la vida pública de un municipio, región o nación debe sensibilizar al individuo o individuos que trabajan en esa dirección. Podría añadirse que participar en la vida política favorece y desarrolla las facultades intelectuales y las humanas. Parece que cuando el individuo trabaja en y por los asuntos de interés público desarrolla cualidades como confianza en sí, iniciativa personal, autonomía, disciplina. Por el contrario, parece que quienes ven los asuntos políticos en particular y la política en general como algo a rechazar, lo único que hacen es experimentar la política como una especie de fatalidad.⁵⁷⁵

Parece que aquí se subraya la dimensión educativa de la democracia. El desarrollo personal que ésta supone,

⁵⁷⁴ o. c., pp. 281-283.

⁵⁷⁵ Véase, al respecto de lo que afirmo, también A. DE MIGUEL, *Cómo leer a John Stuart Mill*, p. 46, donde la autora participa de lo afirmado más arriba.

así como el hecho de que facilita al individuo su salida de sí mismo para convertirse en ciudadano. Por ello parece relevante el que dentro de la sociedad haya instituciones sensibles ante la producción de individuos democráticos. La educación no sólo debe proveer al individuo de un buen acervo cultural y de destrezas técnicas; también debe, por medio de la educación, conseguir que los individuos sean capaces de convivir con los demás desde un *αξία*, unos valores y unas normas sobre los cuales encaminar sus acciones y conductas y han de hacerlo en beneficio de todos.⁵⁷⁶ En este sentido parecen oportunas las palabras de Mercado al referirse a Mill: "En Mill, la democracia puede ser una escuela, una escuela para formar ciudadanos, pero es una escuela que, como repite el mismo Mill, "vale lo que vale el maestro", un modelo de enseñanza todavía demasiado heterónimo y que, dada la baja calidad de la mayoría de sus alumnos, exige la excelencia de los maestros"⁵⁷⁷. Se pone así en relación a un modo de gobierno, el demócrata; y a la educación.

6.9.- Democracia, Educación, Elitismo.

En Mill, esa escuela metafórica es la democracia; y el maestro o maestros, los gobernantes. Pero lo que Mill se plantea en el horizonte educativo de esos alumnos ciudadanos hemos de entenderlo desde su contexto sociohistórico y económico, a saber: la época de Mill, mediados del XIX, es una época de continuas confrontaciones sociales; es un tiempo de agitación social de las masas obreras, las cuales viven en permanente situación de

⁵⁷⁶ Véase, al respecto de la afirmación hecha, también P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 180, el cual parece que comparte esta afirmación.

⁵⁷⁷ Cfr. P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 180.

colisión con los patronos; experimentan una dinámica de conquista de unos derechos de tipo social y económico.

Ante todo hay que notar que la democracia que defiende Stuart Mill es democracia representativa, que es "una democracia de todos y no de la mayoría, en la cual los intereses, las opiniones y los grados de inteligencia que, inferiores en número, podrían, sin embargo, hacerse oír y tener la oportunidad de obtener, gracias al peso de su carácter y a la fuerza de sus argumentos; una influencia superior a la de su simple fuerza numérica. Una democracia así es la única verdaderamente imparcial e igualitaria"⁵⁷⁸. Nótese que Mill le da importancia en esta democracia representativa al grado de inteligencia de un grupo de individuos; inteligencias que deberían influir en las decisiones que atañen a todos. Pero es que en una democracia así la constitución del gobierno ha de ser también representativa:

Una constitución representativa es un medio de hacer que el nivel general de inteligencia y honestidad existente en la comunidad, y el intelecto y virtud individuales de sus miembros más sabios influyan en el gobierno; y es también un modo de investirlos de una mayor influencia en dicho gobierno, de la que en general tendrían bajo cualquier otro modo de organización⁵⁷⁹

De donde parece seguirse la defensa que hace Mill de que han de gobernar los más preparados intelectual y

⁵⁷⁸ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones...*, p. 181. Esa opinión de la clase instruida véase J. J. JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *La Democracia limitada de J. S. Mill*, p. 129.

⁵⁷⁹ o. c., p. 61.

moralmente⁵⁸⁰. Ellos han de estar al frente de las instituciones y del aparato político puesto que Mill presupone que cuanto puedan aportar merece ser tenido en cuenta: "Aunque los intelectos y caracteres superiores han de ser superados en número, marca una diferencia importante el que sean o no sean escuchados"⁵⁸¹.

Por lo tanto, podemos afirmar con Joaquín Abellán que: "Para Mill, efectivamente, la mejor forma de gobierno es el gobierno representativo"⁵⁸². Si bien hay que indicar que esta consideración de Mill no significa que nuestro autor sea un pensador arrogante que ha encontrado por fin el sistema de gobierno infalible y unas instituciones perfectas; al contrario, Stuart Mill tiene claro que: "Las instituciones políticas son obra de hombres y deben su origen y toda su existencia a la voluntad humana. Los hombres no se despertaron una mañana de verano y se las encontraron como si hubieran brotado de la tierra"⁵⁸³. Por todo ello es normal que él mismo asuma con respecto a las instituciones y sus gobiernos que: "Igual que todas las cosas hechas por hombres, pueden estar bien o mal hechas"⁵⁸⁴. Es más, Mill reconoce que: "Todos los gobiernos tienen por fuerza que desagradar a muchas personas"⁵⁸⁵.

Por lo tanto, Mill reconoce que esta fórmula tiene imperfecciones como: "El peligro que haya un bajo grado de inteligencia en el cuerpo representativo y en la opinión popular que lo controla, y el peligro de legislación de

⁵⁸⁰ Ya apuntamos esta idea en p. 383-ss.

⁵⁸¹ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones...*, p. 166.

⁵⁸² Cfr. J. ABELLÁN, *John Stuart Mill y el Liberalismo*, p. 390.

⁵⁸³ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones...*, p. 34.

⁵⁸⁴ o. c., p. 34.

⁵⁸⁵ o. c., p. 77.

clase por parte de la mayoría numérica integrada por miembros de una misma clase"⁵⁸⁶. Parece, por tanto, que el bajo nivel de inteligencia remite a la necesidad de instrucción y educación. Y más adelante, a propósito de las imperfecciones de este sistema dice: "Incluso en esta democracia, el poder absoluto, si los componentes de la mayoría decidieran ejercerlo, residiría en la mayoría numérica. Y los miembros de dicha mayoría formarían una clase única, uniforme en sus favoritismos, prejuicios y modos generales de pensar; sería así mismo una clase no particularmente cultivada"⁵⁸⁷. A propósito del gobierno de clase y de las imperfecciones de la democracia, añade Mill: "Uno de los mayores peligros de la democracia, lo mismo que las demás formas de gobierno, reside en los intereses siniestros de quienes ostentan el poder: el peligro de una legislación de clase; de un gobierno dirigido a lograr el beneficio inmediato de la clase dominante"⁵⁸⁸.

En realidad Mill con estas limitaciones que reconoce a este sistema está asumiendo la natural tendencia degenerativa del poder sobre todo en quien o quienes lo ostentan; y así parece aclararlo cuando afirma:

En el momento en que un hombre o una clase de hombres se encuentran con que tienen el poder en sus manos, el interés de dicho hombre o de dicha clase adquiere a sus ojos un nuevo grado de importancia. Al verse venerados por otros, terminan por venerarse a sí mismos y llegan a pensar que tienen derecho a que se les asigne un valor cien veces más alto que el que se le asigna a los demás; y al mismo tiempo, la facilidad que adquieren de hacer lo que les place

⁵⁸⁶ o. c., p. 152.

⁵⁸⁷ o. c., p. 181.

⁵⁸⁸ o. c., p. 149.

sin preocuparse de las consecuencias va poco a poco debilitando incluso esos hábitos que hacen que los hombres anticipen las consecuencias que les afectarán a ellos mismos. Este es el significado de esa tradicional máxima universal, basada en una experiencia igualmente universal, de que el poder corrompe a los hombres⁵⁸⁹.

Parece que Mill nos recuerda lo que otros, antes que él, como Platón o Aristóteles también apreciaron. El peligro que entraña el que gobierne un individuo o una clase no cultivada es la alta siniestralidad en sus acciones, por ello la educación aparece como necesidad en el ejercicio del buen gobierno porque parece que es desde la educación desde donde se podría garantizar que las mentes más sublimes puedan influir, al estar en las instituciones, en las resoluciones y decisiones que conciernen al bien general. Aunque dichos intelectos tengan que confrontarse con otros inferiores; pero lo importante para nuestro autor es garantizar la presencia de las mentes más preclaras en las instituciones:

Pero si en la Asamblea representativa puede garantizarse siquiera la presencia de unas pocas de las mejores mentes del país, aunque el resto consista de inteligencias medias, la influencia de estos espíritus señeros se dejará sentir en las deliberaciones generales, incluso aunque se sepa que son en muchos respectos opuestos al tono de opinión y sentimientos populares⁵⁹⁰.

Nuevamente se aprecia esa apasionada defensa de Mill a favor de las mentes más preparadas. Tal es su convicción de

⁵⁸⁹ o. c., pp. 146-147.

⁵⁹⁰ o. c., p. 168.

que las mentes instruidas están en la mejor disposición de acometer los problemas en una democracia que afirma: "Estimo de gran importancia el que las instituciones del país declaren oficialmente que las opiniones de las personas de una clase más educada tengan derecho a contar más que las de las clases menos educadas"⁵⁹¹.

Con todo, en Mill la democracia no es la fórmula que resuelva todos los problemas. "La democracia no es la forma ideal de gobierno"⁵⁹²; es más bien un mal menor que tiene que mitigarse evitando que la acción conjunta de democracia y opinión pública acabe con la individualidad e impongan la uniformidad; y todo ello, como indica en su estudio sobre Mill, Manuel Escamilla, desde una educación del mismo fuste, pobre.⁵⁹³

En este ambiente de democracia lo que Stuart Mill percibe es un movimiento hacia adelante de la masa obrera, cuantitativamente superior a los patronos. En esa evolución irreversible el temor de Mill es la incorporación a la vida pública de individuos pertenecientes a esa masa y que sean incapaces, faltos de aptitud y actitud. Lo que hay en Mill es el recelo ante el poder de la clase sobre los que reúnen esas actitudes y aptitudes por su espíritu fuerte y original. En esta tensión lo que subyace es la convicción en Mill de que la masa obrera no formada o educada, o instruida muy débilmente, no tiene capacidad para trabajar por los asuntos públicos; y por eso defiende el poder de la educación; y por eso el progreso mental de las clases

⁵⁹¹ o. c., p. 248.

⁵⁹² o. c., p. 182.

⁵⁹³ Cfr. M. ESCAMILLA CASTILLO, *La utilidad y los derechos*, p. 32. En esta misma opinión se expresa Manuel Escamilla Castillo en su estudio sobre Mill.

trabajadoras pasa por su participación en la vida pública en función de sus capacidades y paulatinamente⁵⁹⁴.

Frente a esa masa de trabajadores hay una capa social, menor en número, pero más formada y que engloba individuos de carácter original que sí tienen conciencia de bien general. Así pues, esa escuela que es la democracia necesita alumnos con unos mínimos de instrucción; y necesita, eso es lo crucial, buenos profesores o gobernantes. He ahí la cuestión. Por esto puede tener sentido plantearse ¿por qué es tan importante la educación política? Porque existen más posibilidades de que se escogerá a los individuos más capaces para gobernar; y para ello es necesario que la masa obrera tenga instrucción, formación, educación. Sobre ello, apunta Mill:

Por lo que respecta a los obreros, puede asegurarse, al menos en los países más adelantados de Europa, que no se sujetarán nunca más al gobierno patriarcal o paternal. Esta es una cuestión que se decidió ya cuando se les enseñó a leer y escribir [...] Las clases trabajadoras han tomado sus intereses en sus propias manos, y muestran constantemente que creen que los intereses de sus patrones no son idénticos a los suyos, sino opuestos. Algunos que pertenecen a las clases más altas se hacen ilusiones de que pueden contrarrestarse esas tendencias por una educación moral y religiosa; pero dejaron pasar ya el tiempo en el que hubiera sido eficaz este remedio, los principios de la reforma han llegado hasta las capas más profundas de la sociedad junto con la lectura y la escritura, y los pobres no

⁵⁹⁴ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones...*, pp. 182-183.

aceptarán ya durante mucho tiempo una religión y una moral escrita por otros⁵⁹⁵.

Es importante notar cómo Mill le da una importancia relevante, como en otras obras ya citadas, a lo que podemos denominar una enseñanza primaria, leer y escribir. La instrucción en estas actividades va de la mano de la reforma social, económica y de conquista de derechos por parte de la masa obrera. Lo que se está despachando es la idea de bienestar social; pero el bienestar social ha de serlo de todos y no de unos pocos. Por eso el tipo de estado ante el que nos encontramos es un estado social de derecho.

Ese bienestar es algo público, común, de todos y para ello es necesario educar. Ya la lectura y la escritura han proporcionado a los obreros mayor independencia y libertad; independencia y libertad que les lleva a pedir un orden más justo en lo público. Y todo ello describe un futuro en el que la educación seguirá jugando un papel fundamental:

⁵⁹⁵ Cfr. J. S. MILL, *Principios de Economía Política*, p. 647. Es notable la importancia que nuestro autor le otorga a destrezas como la lectura y la escritura, seguramente influido por la educación que recibió de su padre, ver id. *Autobiografía* p. 49, el cual "Tenía en altísima estima los principios del arte de leer"; igualmente esta importancia de leer y escribir es influencia de Quintiliano en *Institutiones Oratoria*, cap. I, parágrafo cinco; e igualmente en el capítulo IV al hablar de la Gramática y de la importancia de la lectura y la ortografía; así mismo id. *Consideraciones...*, p. 284 donde Mill critica duramente a los jóvenes poco preparados que compiten por nombramientos públicos mediante exámenes, mostrando su fracaso en claras deficiencias de lectura y escritura. Llevando el tema de la lectura y escritura a nuestros días véase en este capítulo VI el parágrafo 6.6, donde recojo la aportación de Delors sobre lectura y escritura.

El bienestar y el buen comportamiento de las clases trabajadoras ha de descansar de aquí en adelante sobre otras bases muy distintas. Los pobres han soltado las andaderas y no se los puede ya gobernar o tratar como si fueran niños. Su destino tiene que depender en lo sucesivo de sus propias cualidades. Las naciones modernas tendrán que aprender la lección de que el bienestar de un pueblo se ha de lograr por medio de la justicia y la libertad de los ciudadanos,... ahora, cuando incluso en lo referente a su situación son cada día menos subalternos y sus espíritus cada vez menos conformes con el grado de dependencia que aún resta, son las virtudes de la independencia las que más necesitan. De ahora en adelante, los consejos, las exhortaciones, las normas de conducta que se les propongan, tienen que ofrecérseles de igual a igual y aceptarlas ellos con los ojos abiertos. La perspectiva del futuro depende del grado en que pueda convertírseles en seres racionales⁵⁹⁶.

Da la sensación de que Mill, al referirse a esas otras bases sobre las que se asiente el bienestar de todos y la conducta entiende que son las que proporciona la educación; y que el destino que depende de las cualidades de los obreros también guarda relación con la educación para dirigir cada uno su camino, bien individual o colectivamente. Parece, pues, que la racionalidad es el apoyo básico para un gobierno representativo y para una sociedad adulta, libre. Para nuestro autor es tan importante la razón, es tal su fuerza depositada en las individualidades fuertes e instruidas, que a través de esas individualidades y mediante terapia educativa se podía progresar moralmente.

⁵⁹⁶ o. c., p. 648.

Esa racionalidad apunta, una vez más, a la educación; será la educación la que haga de los individuos, ciudadanos responsables. Parece que el temor de Mill es que en esta nueva situación social penetren en la vida pública individuos que antepongan sus intereses particulares a los generales, lo cual traería consecuencias dramáticas para la sociedad. De ello se sigue la defensa que hace a favor de una democracia que sea representativa. La cuestión es ¿quién va a ser el maestro o maestros, los educadores o gobernantes? La respuesta parece estar en la élite; una élite formada, educada e instruida que da la sensación de que no tiene intereses siniestros al estar únicamente interesada por el bien común⁵⁹⁷. Y además, esa actuación de la élite es tal porque los representantes de la élite instruida, los hombres de conocimiento y espíritu público, no les preocupa el ganar elecciones, sino educar, inspirar y provocar la emulación de sus colegas, además de llevar al parlamento posturas intrépidas y originales. Se trata de que influyan en la sociedad⁵⁹⁸.

Sólo así parece que se podrá evitar el gobierno de los mediocres. En esos mediocres están incluidos los miembros de esa masa obrera que va ascendiendo socialmente; una masa poco formada e instruida; y esa falta de educación traería consecuencias negativas. Entre esas consecuencias está el hecho de que ante el gobierno de la mediocridad y la

⁵⁹⁷ Véase, a propósito de la afirmación hecha, P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 185, quien también opina en este sentido.

⁵⁹⁸ Véase, al respecto de lo dicho, también F. MÚGICA, *John Stuart Mill, lector de Tocqueville*, II, p. 83, donde esa idea de élites competentes que ejerzan influencia en la sociedad y en la vida pública también parece ser compartida por F. Múgica.

complacencia de la masa, el refugio es el individuo⁵⁹⁹, que se preocupa más de su yo personal y de la resolución de sus problemas, olvidándose de lo nuclear, que es el bien de la comunidad. Una vez más la educación aparece como eje nuclear.

Así pues, en toda esta situación da la sensación de observarse una dicotomía en Mill, la que hace referencia a la defensa de la igualdad y de la individualidad por un lado, y, por otro, la discriminación. Lo apunta certeramente Mercado:

Es difícil encontrar en la época victoriana un pensador más empeñado en la defensa de la justicia social y los derechos de las clases populares, de la libertad individual o de la igualdad entre los sexos, su reformismo progresista es indudable, y sin embargo, detrás de la defensa lúcida de la democracia representativa liberal por ejemplo en el Gobierno Representativo nos aparece, disfrazados de un paternalismo bienintencionado [...] toda una serie de resabios antidemocráticos y elitistas. Mill percibió que la "gran cuestión" de la época era cómo evitar la democracia de clase ante la irreversibilidad de los cambios sociales y de la mayoría numérica de los trabajadores⁶⁰⁰.

⁵⁹⁹ Véase también D. NEGRO PAVÓN, *La idea de civilización en John Stuart Mill*, p. 191, donde Dalmacio Negro recoge la influencia de Carlyle en Mill acerca de la preocupación por la disolución del individuo en la masa.

⁶⁰⁰ Cfr. P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 182. Sobre esta misma opinión, véase en la misma obra, el trabajo de J. D. RUIZ RESA, *La Política social de John Stuart Mill*. pp. 253-254. La autora también recoge que Mill nunca abandonó el individualismo en que fue educado ni el elitismo sobrevenido de dicho individualismo en conjunción con el romanticismo.

Esta presunta idea de elitismo y diferenciación entre individuos en función de sus capacidades intelectuales parece verse con más nitidez cuando el propio Mill recoge una serie de exclusiones relativas a ciudadanos de extracción social débil; exclusiones que guardan relación con uno de los ejercicios más fundamentales en la vida pública: el voto, por medio del cual se expresa una opinión y unas ideas. Si bien es cierto que con anterioridad el propio Mill afirma que: "Es una injusticia personal privar a alguien, a menos que sea para impedir males mayores, del ordinario privilegio de hacer que su voz se oiga en lo tocante a asuntos en los que tiene igual interés que la demás gente"⁶⁰¹. Esa cláusula de "evitar males mayores" es la que salva a Mill de caer en una falta contra un derecho tan fundamental como el del voto. Además Mill afirma que dichas exclusiones "sólo es posible librarse de ellas cuando cesa el estado de cosas que las hizo necesarias"⁶⁰².

Volviendo a esas situaciones de exclusión a que hace referencia Stuart Mill, cita que: "Considero inadmisibile que participe en el sufragio una persona que no sepa leer, escribir y, añadiría yo, realizar las comunes operaciones de aritmética"⁶⁰³. Ante esta situación, Mill vuelve a relacionar esta situación con la necesidad, de justicia, de

⁶⁰¹ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones...*, p. 185.

⁶⁰² o. c., p. 186. Véase también al respecto el trabajo de P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 183, donde el autor entiende que las exclusiones son temporales.

⁶⁰³ o. c., p. 186. Una vez más el autor vuelve a hacer hincapié en la importancia de que los individuos sepan leer, escribir y las reglas fundamentales de la aritmética. Es más, Stuart Mill afirma en la misma obra p. 187 lo deseable que sería que los individuos tuvieran no sólo esos conocimientos, sino también los referentes al ámbito sociológico y geográfico.

educar a los individuos y añade Mill: "La justicia pide, incluso cuando el sufragio no depende de ella, que los medios de lograr estos requisitos elementales deben ponerse al alcance de todas las personas, ya sea gratuitamente, o a un costo que no exceda lo que los más pobres que viven de sus ingresos puedan pagar"⁶⁰⁴.

Lo que parece evidente es que el operario de la Compañía de Indias Orientales lo que está defendiendo es el deber del Estado de proporcionar a todos una instrucción gratuita. Y si alguno queda sin acceso a esa educación, es el estado quien debe reflexionar; así lo afirma:

Cuando la sociedad no ha cumplido con su deber y no ha hecho a todos accesible la indispensable cantidad de instrucción, hay alguna injusticia en el caso, pero es una injusticia que debe asumirse. Si la sociedad ha descuidado cumplir dos solemnes obligaciones, la más importante y más fundamental de las dos debe realizarse primero: la enseñanza universal debe venir antes que el sufragio universal⁶⁰⁵.

Nuevamente, creo que con claridad, la educación es lo fundamental y el eje sobre el que sobrevendrán otras cuestiones, como el sufragio o la vida pública. Y continuando con esas exclusiones al ejercicio de voto puede ser llamativa la afirmación de Mill en torno a quienes no tienen posibles económicos: "Estimo como algo requerido por básicos principios, que quien reciba ayuda de la parroquia debe ser inmediatamente excluido del privilegio de votar. Quien no logra mantenerse con el fruto de su propio trabajo

⁶⁰⁴ o. c., p. 186.

⁶⁰⁵ o. c., pp. 186-187.

no puede reclamar el privilegio de servirse del dinero de la comunidad"⁶⁰⁶.

Lo que parece desprenderse de todas estas exclusiones es que Mill estima que quienes no tienen una instrucción mínima, ignorantes a fin de cuentas, son más proclives al egoísmo. Del mismo modo, quienes se encuentran en situación económica de pobreza y dependen de la caridad social o religiosa, difícilmente estén en disposición de pensar en el bien de todos cuando no tienen el suyo resuelto. Cabe plantearse ¿Mill se refiere a exclusiones o interrupciones? Los textos expresan claramente la idea de exclusión, pero con carácter temporal.

Para evitar situaciones como las anteriores, lo que el estado ha de hacer, también Mill parece entenderlo así, es favorecer, propiciar la educación a todos los niveles; y en este sentido es importante recordar que esta es la excepción que acepta Mill de intervención del estado: instructivo, técnico, político y moral, pero no a garantizarles la felicidad; no a reducirlos a meros clientes que esperan que el estado resuelva sus problemas. Mill no está a favor de un estado paternalista que tutele la educación, que diga qué hay que enseñar y qué no; que les resuelva los problemas a los adultos que esperan pacientemente a que el estado les solvete sus problemas. No, la educación en tanto que socializadora rechaza ese paternalismo.

Lo que sí es importante, es notar la inquietud milliana por evitar incorporaciones a la vida pública de individuos ignorantes, poco instruidos y poco sensibilizados con el interés de todos. De ahí la defensa

⁶⁰⁶ o. c., p. 189.

de una democracia que sea representativa. En esto entiendo que Mill recuerda a Platón cuando se manifestaba crítico con la democracia. Recuerda Mill a Platón también en su defensa de élites que gobiernen; élites sabias. En Mill, como en Platón, resuena la idea del buen gobernante, del sabio, del filósofo; dejemos que Mill se exprese:

Platón tenía una idea mucho más justo de las condiciones de un buen gobierno cuando afirmaba que las personas a quienes debe buscarse para investirlas con el poder político son aquellas que personalmente tienen mayor aversión a él; y que el único motivo que puede inducir a los hombres mejores a asumir sobre sí las cargas del gobierno es el temor de ser gobernados por hombres peores⁶⁰⁷.

El fuerte sentimiento de Mill en lo tocante a la cuestión del bien de la comunidad puesto en relación con la educación y con la democracia, es lo que hace que la reflexión del londinense en esta cuestión sea relevante y por eso tiene sentido afirmar en Stuart Mill su defensa de un estado que auspicie la educación.

6.10.-El Estado debe fomentar la Educación.

La educación, teniendo en cuenta cómo es ese hombre, ha de ser una educación plural, diversa. El responsable de favorecer esa educación ha de ser el Estado. Pero ese Estado no debe jamás moldear al hombre; antes bien, ese Estado debe favorecer, no debe controlar. A eso se opone frontalmente nuestro autor porque eso traería como consecuencia seres encadenados a una doctrina, la del Estado de turno. Stuart Mill es crítico con una educación

⁶⁰⁷ o. c., p. 232.

controlada por el Estado; no con que el Estado gaste energías y recursos en proporcionarla. En este sentido, es importante recoger que Stuart Mill defiende que el Estado frente a la educación se muestre respetuoso, favorecedor de la misma; pero sobre todo que no haga uso ni el Estado ni los partidos políticos de la educación como un arma arrojada contra quienes tienen ideas políticas diferentes. Esto lo considera un flaco favor a la sociedad y una pérdida de tiempo impresionante; así lo recoge nuestro autor:

Si hubiese sido admitida la obligación de imponer la educación universal, se habría puesto fin a las dificultades sobre lo que el Estado debe enseñar y sobre el modo como debe hacerlo; dificultades que, por el momento, hacen del tema un verdadero campo de batalla para las sectas y los partidos. Así, en querellarse sobre la educación, se pierde un tiempo que debería ser empleado en dar esta educación. Si el gobierno se decidiera a exigir para todos los niños una educación buena, se evitaría la preocupación de tener que dársela⁶⁰⁸.

Parece claro que el papel del Estado no es el de dirigir la educación a su modo y manera. Y parece evidente que la educación debería ser algo universal⁶⁰⁹, válido para todos, consensuado para todos. Además, Mill partiendo de la diversidad humana, defiende una educación que sólo tiene sentido si es diversa, plural, que atienda a todos.

Mill parece que da a entender que una sociedad educada es más libre, y en su obra *Sobre la Libertad* se deja ver el

⁶⁰⁸ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 199.

⁶⁰⁹ Cfr. J. S. MILL, *Essays on Equality, Law and Education*, p. 63-ss.

En estas páginas se muestra el deseo de esa educación para todos.

papel que ésta juega en la coordinación de los intereses individuales, sobre su permanencia en el tiempo y sus consecuencias para las sociedades, frente a lo que supone impedir el desarrollo de todas las capacidades de los individuos en las sociedades. Y lo que supone es la existencia de sociedades que contando con individuos adultos en edad, son infantes en cuanto a libertad.

Para Mill, la educación es el mejor instrumento para que las sociedades sean cada vez más libres y de esta forma lleguen a alcanzar su más elevado nivel de felicidad. En torno al concepto clave de *Sobre la Libertad*, esto es, la libertad, han de darse determinadas circunstancias, entre las que se encuentra la de la educación, para poder ser entendido dicho concepto.

Suena bien, eso de la libertad, y suena aún mejor sensibilizar a cada individuo que es poseedor de ella. Pero la vida de cualquier individuo no cambia sólo con prometerle "libertad", si esa persona es esclava de su ignorancia. No puede considerarse libre una persona que no ha recibido educación, o que está expuesta a ser ideologizada, y a este respecto recordemos que Mill es un empecinado enemigo del adoctrinamiento.

Mill defiende que es el Estado quien viene obligado a educar porque la democracia necesita de la fuerza de la razón y de la argumentación para poder aumentar su diversidad. Pero también Mill matiza claramente los límites del Estado en torno a esa educación, para que no caiga en proselitismo. En Mill se trata de educar para la democracia, al individuo como instrumento de la libertad:

Las objeciones que se suelen oponer con razón a que el Estado se encargue de la educación no van en contra de que el Estado la imponga, sino en contra de que el Estado se encargue de dirigirla, lo que es totalmente diferente. Si toda la educación, o la mayor parte de la educación de un pueblo, fuese puesta en manos del Estado, yo me opondría a ello como el que más⁶¹⁰.

Parece evidente que para nuestro autor lo realmente importante en la educación es que ésta sea accesible para todos. Y esto es algo que le toca facilitar al Estado; pero sólo le toca eso, facilitarlo. El Estado tiene esa obligación moral y nada más. A lo que se opone nuestro autor en el ámbito de la educación es al hecho de que ese Estado dirija desde su aparato la educación en los términos que considere oportunos. Eso es más bien adoctrinar que educar. Y la diferencia es palmaria: el adoctrinamiento supone no hacer ningún esfuerzo porque el individuo descubra los talentos que tiene, sino que se trata de almacenar en su interior la doctrina que el Estado desea que ese o esos individuos se traguen, sin más. Por el contrario, educar es arriesgarse a sorprenderse ante los distintos talentos, genialidades, capacidades con que cuentan los individuos.

Queda clara la postura de Mill con respecto al papel del Estado con respecto al individuo en lo tocante a educación. Incluso hemos de indicar que Mill da unas líneas en materia de instrucción para con los jóvenes alumnos, en las que nos recuerda el sentido y significado de la disciplina, del esfuerzo:

⁶¹⁰ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 200.

Pero ello no me impidió tener una infancia feliz. Y no creo que pueda lograrse que los niños se apliquen con vigor y, lo que es más difícil, con perseverancia, al estudio de materias áridas y espinosas, por la sola fuerza de la persuasión y de los amables consejos- Mucho de lo que los niños deben hacer y aprender requiere, como medio indispensable, que se sometan a una rígida disciplina y que sepan que se les puede castigar⁶¹¹.

Pero Mill profundiza más en los contenidos a enseñar a los educandos para preservar al individuo de cualquier intento de adoctrinamiento por parte del Estado. Entiende Mill que los conocimientos exigibles debieran versar sobre cuestiones referentes al ámbito de la experiencia, esto es, lo no sujeto a discusión posible:

Para impedir que el Estado ejerza por ese medio, una influencia nociva sobre la opinión, los conocimientos que se exigieran (además de esas artes instrumentales del saber que son las lenguas y su uso) para aprobar un examen, del grado más elevado

⁶¹¹ Cfr. J. S. MILL, *Autobiografía*, p. 74. Es de notar que no sólo le preocupa la educación en general a Mill, sino que aquí puede verse también la opinión de Mill en lo tocante a metodología pedagógica, llegando Mill a defender la importancia del castigo en la educación, así como del miedo como elemento educativo. Y todo ello porque entiende él que ya en su época se está tendiendo a educar a los individuos sólo en las tareas que les agradan, siendo incapaces de hacer algo que les desagrade. Así mismo en la p. 181 de esta obra insiste Mill en la urgencia de que existan unos fondos destinados a educación y que esos fondos dependan de la demanda de mercado. Esta idea de los fondos también se muestra en id. *Essays on Equality, Law and Education*, pp. 207-ss al hablar de las fundaciones educativas. Todo ello da una idea de su preocupación por la cuestión de la educación como elemento fundamental en el individuo.

incluso, deberían limitarse exclusivamente a los hechos y a las ciencias positivas⁶¹².

Con ello, Stuart Mill está dando claras muestras de su formación empirista y el hecho de que su pensamiento está influido por este movimiento, así como por el positivismo de Comte. Y con respecto a los conocimientos susceptibles de discusión, tal es el caso de las disciplinas de humanidades, como religión, filosofía, política. Aquí Mill exige un conocimiento simplemente expositivo de doctrinas, autores y demás, sin entrar en más disquisiciones, puesto que él mismo reconoce que en estas materias el alcanzar la verdad de una manera robusta es harto complicado; prefiere el fomento de la discusión; así lo expresa:

Los exámenes sobre religión, política o cualquier otra materia de discusión, no versarían sobre la verdad o falsedad de las opiniones, sino sobre el hecho de que tal o cual opinión se profesa por tales motivos, por tales autores, por tales escuelas o por tales iglesias. Con este sistema, los hombres de la generación naciente no se hallarían en peor situación, respecto de todas las verdades discutidas, que los de la actual generación⁶¹³.

Con todo ello parece que Stuart Mill defiende total pluralidad en la educación y lo realmente importante es que el Estado procure la oportuna instrucción para los hombres, sean de la religión o creencia que sean. Lo importante es que el Estado proporcione la instrucción. Se trata de instruir, educar y formar a los individuos para que actúen.

⁶¹² Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 202.

⁶¹³ o. c., p. 202.

Formar esos modos de pensamiento para la acción, para que el individuo ejecute acciones siempre desde la libertad es una especie de imperativo categórico para los estados. Ante ello cabe cuestionarse ¿qué papel juega el estado en relación con la esperanza de Mill en la educación? Parece que el estado debe proporcionar gratis esa educación:

La educación es una de aquellas cosas que en principio puede admitirse que un gobierno debe proveer para el pueblo [...]. Hay determinados elementos primarios y medios de conocimiento que es sumamente deseable que adquieran durante su niñez todos los seres humanos nacidos en la comunidad. Si sus padres o aquellos de quienes dependen pueden darle esa instrucción y no lo hacen, faltan a sus deberes para con sus hijos y para con los miembros de la comunidad en general, todos los cuales están expuestos a sufrir seriamente las consecuencias de la ignorancia y la falta de educación de sus conciudadanos. Por consiguiente, es admisible que el gobierno haga uso de sus facultades para imponer a los padres la obligación legal de proporcionar a sus hijos una instrucción elemental. No obstante, esto no puede hacerse a menos que se tomen medidas para asegurar que esta instrucción les sea siempre accesible, ya en forma gratuita, ya con gasto insignificante. [...] Hay una cosa sobre la cual se ha de insistir con gran vigor: que el gobierno no debe pretender el monopolio de la instrucción. Estará justificado exigiendo a todo el mundo que posea una instrucción adecuada en determinadas cosas, pero no en prescribir cómo y dónde deberá obtenerla.⁶¹⁴

Es como si nos dijese Stuart Mill que el deber del estado es ese, pero otra cosa es lo que la realidad termina

⁶¹⁴ Cfr. J. S. MILL, *Principios de Economía Política*, pp. 815-817.

siendo, algo alejado de ese deber. De la reflexión anterior de Mill se desprende la enorme importancia que tiene la educación en los individuos y la sociedad; se sigue que es fundamental la adquisición de unos conocimientos básicos en el proceso educativo; se colige que la participación de las familias deviene fundamental en dicho proceso y que el desentenderse de esta situación es un mal moral a la vez que condenan a sus hijos a la ignorancia, siendo ésta un gran mal.

Además es importante recoger aquí el hecho de que tan importante considera la educación nuestro autor que, si bien en su defensa de la libertad individual afirma que ni nada ni nadie tiene que intervenir contra el individuo salvo perjuicio a un tercero, no es menos cierto que la única situación excepcional en que contempla Mill la intervención del estado es precisamente la referente a la educación. En palabras de Joaquín Abellán al respecto: "El gobierno puede, y en muchos casos debe, establecer escuelas y colegios, pero no debe obligar ni sobornar a nadie para que vaya a ellos"⁶¹⁵. Y abundando en esta excepción de intervención del estado en el asunto de la educación también Isaiah Berlin afirma que: "[Mill] no se opuso a la intervención estatal en cuanto tal. La consideró favorablemente en lo que a educación y legislación se refería porque pensó que sin ella los más débiles serían oprimidos y aplastados"⁶¹⁶.

Se trata de una educación que llevará a la formación de individuos que posean autonomía, capacidad para obrar por sí mismo y no conducidos por nadie. Debemos actuar individual y colectivamente como mejor sepamos o podamos.

⁶¹⁵ Cfr. J. ABELLÁN, *John Stuart Mill y el Liberalismo*, p. 378.

⁶¹⁶ Cfr. I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 289.

El propio Mill lo dice: "Los hombres y los gobiernos deben obrar lo mejor que puedan; no existe una certeza absoluta sobre cuál es el mejor modo de obrar"⁶¹⁷.

6.11.- Otros Agentes de la Educación.

Dado que en el ámbito de la acción no existen éxitos absolutos ni fracasos concluyentes y sí probabilidad; y dado que la educación pretende formar a los individuos para que autónomamente obren en su existencia teniendo en cuenta el bien general, se sigue de todo ello la necesidad de alguien que acompañe, que sea testigo del crecimiento y desenvolvimiento de los individuos.

En este sentido el papel del educador es fundamental y eso parece mostrar nuestro autor al participarnos que:

Sería una educación muy pobre la que asociase ignorancia con ignorancia y las dejara, si es que aspiran a saber, que buscasen el conocimiento a tientas y sin ayuda alguna, o sin conocimiento alguno si no lo encontraran. Lo que hace falta es hacer que la ignorancia tome conciencia de sí misma y pueda redimirse mediante el conocimiento; hacer que las mentes que sólo conocen la rutina actúen de acuerdo con los principios y sientan el valor de los mismos; enseñarles a que comparen diferentes modos de acción y aprendan, mediante el uso de la razón, a distinguir el mejor.⁶¹⁸

⁶¹⁷ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 64.

⁶¹⁸ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, p. 307. En el mismo tono que Stuart Mill se expresa Pedro Mercado en *Establecer contratendencias*, p. 179, el cual señala las consecuencias de la consideración de la política como algo intrínsecamente educativo más que instrumental, señalando que Mill intenta promover la participación política, pero que también quiere indicar el impacto moralmente educativo de ésta.

Es importante notar cómo para Stuart Mill la ignorancia es un mal del que hay que tomar conciencia. Se trata, pues, de que el individuo despierte de su ignorancia; y eso parece que sólo se logra desde la educación; de cómo desde la educación se consigue que el individuo sea capaz de comparar la diversidad en modos, formas de vivir, de existencia y, desde el ejercicio de la razón, sea capaz de elegir. He ahí un punto fundamental de la educación, hacer que el ser humano sea ser electivo.

De algún modo la ignorancia esclaviza; y el ser humano es esencialmente libre. Ante ello, la educación se alza como herramienta que favorezca ese crecimiento en libertad. Ahora bien, para no dejar a su albur a la ignorancia; para no abandonar al individuo a su suerte en la búsqueda del conocimiento; al objeto de que el individuo tome conciencia de su ignorancia y quiera salir de ella; para que las mentes humanas obren desde principios considerados como valores; para enseñar al individuo cuáles son las mejores acciones; para todo ello parece necesaria la figura del maestro. Parece que es el maestro quien está llamado a ayudar al individuo a insertarse en la sociedad responsablemente. Ese sentimiento de responsabilidad es el que hace también que el maestro sensibilizado con su tarea se sienta feliz por contribuir, al ayudar al individuo en su proceso, al beneficio de la comunidad. Lo señala Mill: "Es un objeto de ambición de todo maestro de escuela, y un camino hacia el éxito, el haber preparado a los alumnos que han ganado un alto puesto público"⁶¹⁹. Un puesto público remite al desempeño por un individuo de un cargo para servir a todos, para velar por el interés de todos y no por el interés particular. Individuos preocupados por los

⁶¹⁹ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones...*, p. 283.

intereses de todos sólo surgen desde una educación y una institución, escuela, en la que el maestro procura desde su acción que el individuo se sensibilice con el interés de todos. También es claro Mill en este aspecto:

La escuela carece de valor y se convierte en una escuela de mal, y no de bien, si por falta de la debida supervisión y de la presencia en ella de personas de alto calibre, se permite que su acción degenera en una descarada y estúpida busca por satisfacer los intereses egoístas de sus miembros.⁶²⁰

Parece, pues, claro, que la educación en general, y la escuela, el maestro en particular, tienen como fin educar, instruir, formar, sensibilizar al individuo libre, independiente y diverso en el hecho de que su bienestar se realiza en la sociedad, con los demás; y que es el interés de todos, el máximo interés, no el particular. Para el autor de *Utilitarismo* es algo difícilmente refutable que la educación tiene como fin abrirnos al otro, socializarnos. La educación nos politiza en el sentido de que nos prepara para preocuparnos por lo de todos, para ser seres responsables con derechos y con obligaciones:

En realidad, nadie se atrevería a negar que uno de los deberes más sagrados de los padres (o del padre, según la ley o la costumbre actual), después de haber traído un nuevo ser al mundo, es dar a ese ser una educación que le capacite para cumplir sus obligaciones para con los demás y para consigo mismo.⁶²¹

⁶²⁰ o. c., p. 297.

⁶²¹ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 199.

Evidentemente es necesario en una sociedad que existan personas capacitadas para enseñar, para educar; se hace necesaria la figura del maestro como agente social, como elemento básico en la configuración de los individuos. También lo deja claro Stuart Mill:

Pero, en general, si el país posee un número suficiente de personas capaces de procurar la educación al pueblo con los auspicios del gobierno, esas mismas personas podrían y querrían dar una educación igualmente buena, sobre la base del principio voluntario, contando con una remuneración asegurada por una ley que hiciera obligatoria la educación, y que garantizase la asistencia del estado a aquellos que fueran incapaces de pagarla.⁶²²

En este párrafo se deja ver la importancia que tiene para Stuart Mill la existencia de un cuerpo de enseñantes remunerados, que lógicamente desarrollarían su función en la institución escuela. Se puede completar esta importancia que se le da al maestro y a la escuela en otras consideraciones del propio Mill, tales como la necesidad de fijar un salario para el maestro; la necesidad de examinar y evaluar a los maestros según el éxito de sus pupilos; evaluación de los alumnos y permanencia en determinados cursos; contribución económica de las familias; necesidad de elegir un cuerpo de inspectores que supervisen la tarea docente⁶²³. Así mismo, Mill aprecia ciertas ventajas de las escuelas grandes frente a las pequeñas. Cuando habla de escuelas grandes se refiere a centros con gran número de alumnos frente a las pequeñas escuelas, de pocos alumnos. Las ventajas son fundamentalmente económicas y de eficacia

⁶²² o. c., p. 201.

⁶²³ Cfr. J. S. MILL, *Essays on Equality, Law and Education*, pp. 209-211.

en la educación. En este sentido la escuela grande permite agrupar a los alumnos del mismo nivel y grado de conocimiento, mientras que la pequeña al tener pocos alumnos y diversos en grados y niveles hace más dificultosa la tarea educativa⁶²⁴. La sensibilidad de Mill por la figura del maestro en el campo de la educación es profética si leemos a Delors: "Es el maestro quien ha de transmitir al alumno lo que la humanidad ha aprendido sobre sí misma y sobre la naturaleza, todo lo que ha creado e inventado de esencial"⁶²⁵.

Con todo ello, se deja ver la importancia del maestro como agente educativo y social. Y entiendo que en el pensamiento de Stuart Mill el concepto de sociedad y de política es un concepto puramente educativo⁶²⁶. Desde esta idea de maestro, Mill proyecta esa figura a la sociedad. Se trata de una idea de la sociedad como una escuela de alumnos o ciudadanos que por medio de la educación del maestro, del gobierno, participan en la vida pública. Con ello Mill se opone al paternalismo de los gobiernos que no cuentan con los ciudadanos para solucionar problemas y contra los gobiernos desidiosos que no enseñan nada. Así parece desprenderse de estas palabras:

Cuando queremos tener una buena escuela no eliminamos al maestro. El viejo proverbio "La escuela vale lo que el maestro" es tan verdadero cuando se aplica a la educación indirecta de gente adulta mediante la gestión pública, como cuando se aplica a la educación de la juventud en academias y colegios. Un gobierno que intenta hacerlo todo es justamente comparado por M. Charles de Rémusat con

⁶²⁴ o. c., p. 212-ss.

⁶²⁵ Cfr. J. DELORS, *La Educación encierra un tesoro*, p. 15.

⁶²⁶ Cfr. J. S. MILL, *Essays on Equality, Law and Education*, p. 58.

un maestro de escuela que hace todas las tareas de sus alumnos; sería un maestro muy popular con sus pupilos, pero les enseñaría muy poco. Por otra parte, un Gobierno que ni hace lo que puede ser hecho por los demás, ni enseña a nadie a hacer nada, es como una escuela en la que no hay maestro, sino sólo alumnos que se meten a enseñar sin haber sido nunca enseñados.⁶²⁷

Podríamos afirmar, parafraseando a Kant, que un maestro sin escuela está ciego; una escuela sin maestro, está vacía. De ahí parece seguirse en Stuart Mill una preocupación por la educación que persigue como objetivo perfilar los caracteres más geniales para que actúen en las instituciones públicas a favor del bien común y así la democracia sea robusta. Parece que para Mill todo puede ser educación⁶²⁸. Añadiría que esa educación es fundamental que sea administrada tempranamente y evaluada y controlada paulatinamente para verificar los progresos del educando; y quien debe realizar esta tarea parece obvio que debe ser el maestro. Por ahí puede ir el sentido de las siguientes palabras de Stuart Mill:

No hay otro medio de robustecer la ley que examinar públicamente a todos los niños, desde sus primeros años. Se podría determinar una edad en que todo niño debería ser examinado para comprobar si él (o ella) sabe leer. Si algún niño no supiera leer, el padre podría ser sometido, a menos que tuviese excusas suficientes, a una multa moderada que pagase, si fuera necesario, con su propio trabajo, para que el niño fuera llevado a la escuela a costa del padre.

⁶²⁷ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones...*, pp. 307-308.

⁶²⁸ Véase, a tenor de la afirmación hecha, P. MERCADO PACHECO, *Establecer contratendencias*, p. 163, donde parece que dicho autor también sostiene esta aseveración expresada antes.

Una vez por año se renovarían el examen, sobre una serie de materias que se extendería gradualmente, de manera que resultase virtualmente obligatoria la adquisición, y lo que es más, la retención de un *mínimum* de conocimientos generales. Superado este *minimum*, existirían otros exámenes voluntarios sobre toda clase de materias, en vista de cuyo resultado todos aquellos que hubieran llegado a un cierto grado de proficiencia, tendrían derecho a un certificado⁶²⁹.

Queda claro que la educación es fundamental. Parece palmario el papel del maestro en lo concerniente a examinar, comprobar el nivel de conocimientos, de lectura, de escritura, de aritmética de los educandos. Y sobre todo es evidente el papel fundamental que le concede Mill al hecho de enseñar, educar a edad temprana. Esto es lo crucial en todo proyecto educacional. Pasemos ahora a valorar la consideración que Mill hace de la religión en relación con la educación.

Para nuestro autor la religión y la opinión pública son dignas de consideración en relación con la educación. En primer lugar, conviene recordar que la educación es un proceso que incluye aspectos tales como enseñanza, instrucción, formación, sensibilización, acompañamiento; y lo incluye todo ello para sacar lo mejor del individuo. Por eso es oportuno recordar la afirmación de Mill acerca del "poder casi ilimitado de la educación"⁶³⁰.

Ciertamente en el pensamiento de John Stuart, la educación puede contribuir a construir sociedades mejores, progresivas, más humanas, más solidarias, más

⁶²⁹ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, pp. 201-202.

⁶³⁰ Cfr. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, p. 47.

concientizadas con el bien común. Así, la educación beneficia al individuo y a la sociedad en sus intereses comunes; la educación puede ennoblecer al individuo y mejorar el bienestar. Esto parece claro por lo ya expuesto, pero cabe preguntarse con el propio Mill: "¿Qué hace la religión por la sociedad y qué hace por el individuo? ¿Qué beneficios a favor de los intereses sociales surgen de la creencia religiosa? ¿Qué influencia tiene en la mejora y ennoblecimiento de la naturaleza humana individual?"⁶³¹.

La pregunta de Mill vale en nuestros días; y, como en nuestra época, no faltan quienes como Mill consideran que la religión "es una construcción de enorme importancia para la humanidad, pero insegura en sus cimientos"⁶³². También Mill afirma, como hoy se asevera, que "vivimos en una época en que se han debilitado las creencias"⁶³³. ¿Entonces donde radica el poder de la religión en relación a la educación?

Al respecto hay que tener presente que en nuestro autor lo realmente importante en el ámbito de la educación es la enseñanza temprana a los individuos, ya apuntada en varias ocasiones. Si esa enseñanza es tal que fomenta, instruye, sensibiliza en una axiología de tipo social, político, que se inspira en la solidaridad, bien común, diversidad y otros valores, entonces tendremos probabilidades altas de tener éxito en ese proyecto, sin revestimiento religioso. Si, por otra parte, la enseñanza de unos valores determinados está filtrada o revestida de cierto manto religioso, entonces la religión prenderá muy probablemente en los individuos y las creencias tendrán un enorme poder en las vidas, en las mentes de los individuos.

⁶³¹ o. c., p. 42.

⁶³² o. c., p. 34.

⁶³³ o. c., p. 35.

Lo crucial es enseñar pronto, otra cuestión es qué se va a enseñar. Por eso Mill afirma que: "Los mayores progresos que han tenido lugar en los sentimientos morales de la humanidad se han realizado sin la religión, y aún a pesar de ella"⁶³⁴. Con esta afirmación se opone frontalmente a los denominados por él hombres religiosos que afirman que: "Es la religión la única capaz de enseñarnos lo que es la moral; que todo lo que la humanidad sabe en este sentido es gracias a la religión"⁶³⁵.

Por todo ello, hemos de afirmar que para Mill existe un reconocimiento de la religión como agente que puede influir en la formación de nuestro carácter, en el dejar fluir o no nuestros talentos y originalidades. Y ello es así porque las creencias religiosas influyen moralmente. Las creencias religiosas influyen en nosotros y si se nos enseñan desde temprano esas influencias tienen mayor incidencia en la mente, en los sentimientos del individuo. Pero esto lo que pone de manifiesto es el poder de la educación porque si lo que se inculca desde pequeños es un sistema de deberes sociales el efectos será el mismo. Así dice Mill:

Consideremos ahora lo tremendo que es el poder de la educación y el efecto indescriptible a que da lugar el hecho de inculcar en las gentes, desde la infancia, una serie de hábitos fundados en la creencia correspondiente. Consideremos también que, en todos los países, desde sus primeros orígenes hasta el presente, no sólo aquellos hombres que en un sentido restringido del término se llaman educados, sino también todos o casi todos los que han crecido bajo la tutela de sus padres o de alguna

⁶³⁴ o. c., p. 40.

⁶³⁵ o. c., p. 65.

otra persona dedicada a ellos, han sido adoctrinados desde los primeros años con algún tipo de ciencia religiosa y con unos preceptos que han sido tomados como si fuesen mandamientos del poder celestial dirigidos a toda la humanidad. Y como no puede imaginarse que los mandamientos de Dios sean para un niño cosa diferente de los mandamientos que recibe de sus propios padres, es razonable pensar que cualquier sistema de deberes sociales que la humanidad pueda adoptar -incluso al margen de la religión- tendrá esa misma ventaja de haber sido inculcado desde la infancia. Y eso ocurrirá todavía más de ahora en adelante, ya que la sociedad está cada vez más dispuesta a esforzarse en educar moralmente a todas estas clase sociales cuya educación había sido antes dejada a la suerte.⁶³⁶

Por lo tanto, con razón afirma Mill, ya dicho con anterioridad, el poder casi ilimitado de la educación, hasta tal punto es casi ilimitado que "no hay inclinación natural, por fuerte que sea, que este poder no pueda reprimir o destruir e impedir su puesta en uso"⁶³⁷. Y tal es el poder de la educación frente a la religión que cita un ejemplo al respecto Mill:

En la más señalada victoria que la educación ha conseguido jamás sobre toda la gama de inclinaciones naturales de todo un pueblo -la supervivencia, durante siglos, de las instituciones de Licurgo-, hubo poco, si es que hubo algo, que se debiera a la religión [...]. No fue la religión lo que dio fuerza a las instituciones espartanas; la raíz del

⁶³⁶ o. c., pp. 46-47.

⁶³⁷ o. c., p. 47.

sistema estuvo en la devoción a esparta, al ideal del país o estado.⁶³⁸

Una vez más lo que se manifiesta es el poder de la educación; una educación en este caso que hizo de la democracia y de los valores proclamados en la oración fúnebre de Pericles los mojones o indicadores a seguir y en los que enseñar tempranamente a sus ciudadanos. Aquí, en este caso concreto, la religión no fue determinante, entre otras cosas porque en la Grecia clásica no existía una casta sacerdotal institucionalizada; de modo que las creencias religiosas no eran lo que se transmitía y se inculcaba para modelar la conducta de los individuos. Si hubiera sido así, si la apuesta educativa estuviera tamizada por lo religioso entonces seguramente la religión hubiera sido determinante. Pero, como dice Mill, "el ejemplo más memorable del poder de la educación sobre la conducta lo procura (como acabo de indicar) este caso excepcional"⁶³⁹. Por lo tanto en Mill la religión tiene su incidencia como forma de educación pero, como él mismo dice ello es porque: "En otros casos en que la enseñanza fue de raíz religiosa, su poder sobre el género humano fue debido a que dichas enseñanzas se inculcaron desde muy temprano, y no al hecho de que estuviesen fundadas en la religión"⁶⁴⁰.

Y en esa consideración educativa de la religión baste citar que para nuestro autor el elemento del miedo dice poco a favor de la religión, porque en algún modo coacciona al individuo. Pero el perdón y la misericordia son valores dignos de inculcar e incorporar por el ser humano, ser

⁶³⁸ o. c., pp. 47-48.

⁶³⁹ o. c., p. 49.

⁶⁴⁰ o. c., pp. 49-50.

social que convive con otros diferentes a él. Quizá por ello Mill hable de malas y buenas religiones:

Las malas religiones enseñan que la venganza divina puede ser calmada mediante sacrificios o renunciaciones personales; las religiones mejores, a fin de que los pecadores no caigan en la desesperación, ponen tanto énfasis en la misericordia divina, que apenas si habría un solo hombre que pudiera considerarse irremediablemente condenado⁶⁴¹.

Por lo tanto, parece que la religión educa en algo también importante, a saber, en soportarnos unos a otros y excusarnos. Y también le da importancia Mill a la religión en su posible fuerza de influencia en las conductas humanas al relacionarla con el poder de la opinión pública, llegando a afirmar que: "La religión ha sido poderosa no por su fuerza intrínseca, sino porque ha controlado esa otra fuerza adicional que es mucho más importante, la opinión pública"⁶⁴². Así mismo, es importante notar en Mill la alta valoración moral que hace de los preceptos de Cristo recogidos en el Evangelio: "ellos han sido incorporados por muchos hombres y mujeres en sus credos y han sido norma para conducirse en la acción". Así Mill alaba las doctrinas evangélicas de Cristo y le parece que una vez que han sido recibidas por los individuos. Éstos, desde su inteligencia y sentimientos, son capaces de asumirlas, interiorizarlas y practicarlas en sus vidas, lo cual manifiesta la dimensión educativa de las enseñanzas cristianas como valores de referencia:

Concedo que algunos preceptos de Cristo tal y como aparecen en el Evangelio llevan algunas clases de

⁶⁴¹ o. c., p. 58.

⁶⁴² o. c., p. 54.

bondad moral hasta alturas que no se habían alcanzado antes. [...]. El mandamiento nuevo de amar al prójimo; el reconocimiento de que los hombres mejores son los que sirven... y otras reglas semejantes que pueden encontrarse en las doctrinas de Jesús de Nazaret: todas estas cosas están, ciertamente, en armonía con la inteligencia y sentimientos de hombres y mujeres buenos, y no hay peligro de que desaparezcan, una vez que han sido ya adoptadas como credo por quienes constituyen lo mejor de nuestra especie⁶⁴³.

De este modo, la doctrina de Cristo aparece como un discurso inteligible y emotivo, es una enseñanza que alcanza a razón y sentimiento; y así puede ayudar al individuo a conducirse en el ámbito de la acción, de la moralidad.

6.12.- Conclusiones.

Fines de la Educación: realización de la persona e integración en la sociedad.

La educación en Mill podemos aseverar que persigue la realización y desarrollo de la persona, a la vez que su integración social. Como conclusiones en torno al asunto de la educación, creo oportuno indicar que en Stuart Mill parecen ser dos los fines de la educación: En primer lugar podríamos afirmar que hay un fin más de tipo personal o privado, en tanto que tiene presente la libertad individual, que se vertebra en ayudar al educando a que no pierda su originalidad natural, su genio. Se trata de que continúe fiel a su propia naturaleza. Ello implica un esfuerzo por naturalizar la convivencia social, al ayudar a que cada individuo se haga a sí mismo, desde la diversidad

⁶⁴³ o. c., pp. 67-68

y en comunicación abierta con los que le rodean, pero siempre conforme a su propia "naturaleza". En esta dinámica se puede resumir la idea de vivir en paz consigo mismo y con el resto. Ese vivir en paz es uno de los fines de la educación; ese vivir en paz bien puede denominarse ser feliz. Por lo tanto el fin de la educación es que el individuo alcance la felicidad.

Es curioso, al hilo de lo antes expuesto, que la educación que incluye aprendizaje, actividades conceptuales, exigencia, esfuerzo, disciplina, en definitiva elementos que no parecen agradables porque piden de nosotros un esfuerzo; es curioso que todo ello sea para contribuir a esa idea tan analizada en todas las tradiciones filosóficas: la felicidad. Y sin embargo, ese se puede decir es el fin de la educación, alcanzar la felicidad.

Como segundo fin de la educación en Stuart Mill hay que señalar que el tal fin se enmarca más en el ámbito público, en tanto que el individuo ha de vivir en sociedad y en una realidad que es diversa. Desde esta segunda finalidad podemos decir que la educación pretende contribuir a que los individuos se sitúen consciente y responsablemente en el lugar que les corresponda en la sociedad y obren en esa sociedad, actúen en ella⁶⁴⁴. Desde esta perspectiva, Stuart Mill defiende una libertad negativa que suponga ausencia de interferencia y así pueda facilitar, desde la educación, el que el individuo exteriorice sus talentos, lo mejor de sí para ponerlo al servicio de los demás. Así la educación para la libertad tiene en la democracia un horizonte concreto.

⁶⁴⁴ Véase la idea de "acción" ya citada en p. 93, nota al pie 115.

La educación, en Mill, iría en la dirección de eliminar o limitar todo lo más posible la interferencia de los factores externos que dificultan o impiden al individuo llegar a ser él mismo; factores externos que nuestro autor vio con claridad en la fuerza de la costumbre o en el poder de las mayorías. También eran factores externos el mantenimiento de las tradiciones o el ahogar las opiniones presuntamente desacostumbradas. Como ya he apuntado en este trabajo, la educación en Mill no es tanto dirección; no es adoctrinamiento; es más bien acompañamiento; es ser testigo de cómo el individuo crece sin imposiciones y sin impedimentos. La apuesta de un estado por la educación ha de ser una apuesta a largo plazo, paciente y consciente de que el de la educación es un proceso lento. Todo ello implica la necesidad de profundas reformas sociales, las cuales siempre están en la mente de Stuart Mill.

John Stuart Mill en su visión de la educación muestra el choque que se produce entre la necesidad de vivir en sociedad y conservar la originalidad individual de cada uno. Sobre este aspecto hay que indicar que el individuo ha de vivir en sociedad. Pero el peligro que corre, incluso en las democracias, es el de que la sociedad diluya con sus pautas, usos, costumbres y opiniones dominantes la individualidad de cada uno. Cuando esto sucede la sociedad anula al individuo e impide que emerja lo más característico de cada uno, lo que hace ser a cada uno lo que es. Por eso tiene sentido la crítica de Mill a la sociedad de su época, victoriana, burguesa, costumbrista; y tiene sentido porque cuando una sociedad, sea la de Mill en el XIX o la nuestra en el XXI, quiere socializar a sus individuos según las pautas dominantes, no hace más que encadenar a los individuos, esclavizarlos. Los convierte en

esclavos porque el esclavo es el que está bien encajado en la sociedad.

Frente a esta situación, la educación para la libertad lo que persigue es conservar nuestro genio, nuestra originalidad, nuestra vocación, todo ello para que el individuo llegue a ser lo que debe ser. Así tiene sentido en Mill afirmar que la educación cualitativamente debe estar por encima de la democracia. Mill defiende la democracia con matices, puesto que él entiende que no es la mejor forma de gobierno, pero que la democracia representativa sí sería más acertada. Pues con todo, la educación, a nivel cualitativo, está por encima del modo de gobierno que nos demos.

Por eso Mill deja muy claro que la única situación de intervención del estado con los individuos es la que dice referencia al asunto de la educación. Ya hemos apuntado que no se trata de que el gobierno controle, sí que posibilite la educación. Por eso en Mill educar entraña el que el individuo sea protegido de los adoctrinamientos y de la socialización perversa que lo único que hacen es reducir al individuo a nivel de un cliente pasivo. Por eso, educar para la libertad implica el que el individuo llegue a ser el que realmente es; y eso pasa por favorecer el que el individuo piense por sí mismo, sea crítico y responsable. Parece que es desde esta perspectiva desde donde el individuo abre su libertad al otro, convive con él en la diversidad, se aleja de su posible egoísmo e intereses particulares y transforma su libertad en libertad en sentido moral. En Mill, de este modo, educar para la libertad supone liberar al individuo de las influencias perversas de la fuerza de la costumbre, del poder de la opinión pública, todos ellos ingredientes de la

socialización siniestra, para sensibilizarle con lo general.

Ciertamente la educación para la libertad que pretende conservar a los individuos, es una educación que teniendo presente la instrucción, no deja de lado lo importante que es el que el individuo aprenda desde el uso de la razón, cuestionando las cosas. La educación para la libertad no pretende enseñar saberes sin más, sino que el individuo aprenda por sí mismo para llegar a ser él mismo. La educación para la libertad y desde la libertad implica que la educación ha de ser crítica consigo mismo y con el mundo que rodea al individuo. Sólo así se obtendrán ciudadanos demócratas. Ciudadanos demócratas en una sociedad que tiene por objetivo la libertad. El asunto es complejo al tratarse de una cuestión humana y por ello es oportuno hacer de todo lo expuesto una valoración.

CAPÍTULO 7: APRECIACIÓN CRÍTICA

7.1.- Autoconstrucción del hombre en libertad.

La pregunta ¿qué es el hombre? es una constante en la historia de la filosofía. No puede ser de otro modo en nuestro autor, también es una pregunta relevante a la que Mill quiere aportar su reflexión filosófica. En Stuart Mill, tras esta investigación, se puede francamente apreciar que el hombre es esencialmente libertad. En este sentido Mill, frente al mecanicismo cartesiano que postula un individuo que es una máquina diseñada por un "geómetra" para hacer exactamente lo que hace, defiende certeramente a mi entender que la naturaleza humana no es un artefacto y sí un ser vivo, una cosa viva que necesita desarrollarse desde sus propias energías internas⁶⁴⁵. Creo que ahí se deja ver la visión metafísica o gnoseológica de lo que es el hombre.

Pero esa cosa viva, como él la llama, que posee unas energías ha de desenvolverse, desarrollarse desde esas energías. Con ello Mill se refiere al genio, talento, carácter que hace que cada individuo sea lo que es. Observo un énfasis en subrayar el carácter único e irrepetible de cada individuo en Mill⁶⁴⁶. Su permanente actitud que subraya ese individualismo recuerda la influencia de Ockam para quien no había más unidad que la individualidad. Mill entiendo que comparte las tesis del franciscano medieval y también las de su predecesor Bentham, si bien pone el acento en la dimensión cualitativa del individuo; y esa dimensión cualitativa se refiere al carácter del mismo.

En mi consideración es el carácter del individuo que defiende Mill lo que acrisola el concepto de personalidad,

⁶⁴⁵ Véase capítulo 1, parágrafo 1.3, pp. 34-47.

⁶⁴⁶ Véase capítulo 1, parágrafo 1.2.1, pp. 17-22.

como idea que supera la pura repetición monótona de individuos idénticos, como si estuvieran desprovistos de carácter. Si no se tiene en cuenta el carácter, el talento, el genio, de cada individuo, entonces no podemos hablar de persona en sentido estricto en nuestro autor. Pero además el carácter del individuo es tal si se ejercita en el interés por los demás, si se ocupa y preocupa por hacer el bien y rechazar el mal⁶⁴⁷. Y esto no es algo natural, esto requiere de la educación, como apunta Mercado⁶⁴⁸. Aspectos con los que estoy de acuerdo.

Por otro lado, pero conectado con lo anterior, ese individuo sólo llega a ser lo que es en la sociedad, percibiéndose aquí claramente influjo aristotélico. Es necesario, pues, dejar bullir en la sociedad el carácter de cada individuo, para que éste alcance su fin, la felicidad. En este sentido hay que apuntar que la permanente insistencia de Stuart Mill en lo valioso que es el carácter de cada individuo, en el aprecio por la libertad individual, por el autodesarrollo de cada uno en relación con los demás, es lo que hace que afecte a su filosofía política, en concreto a sus ideas sobre el gobierno y sus actuaciones.

Aquí entra en juego el estado con su poder y sus capacidades para interferir la libertad del individuo y con ello el carácter. Tras la lectura sobre Mill, teniendo en cuenta su insistencia en el valor del desarrollo y de la iniciativa individuales, no es raro que el autor de *Utilitarismo* se muestre contrario a que el estado se entrometa en las funciones de las instituciones libres. Ahora bien, en mi observación acerca de la importancia que

⁶⁴⁷ Véase capítulo 1, párrafo 1.2.1, pp. 17-22.

⁶⁴⁸ Véase capítulo 1, párrafo 1.2.2, pp. 22-30.

da Mill a este hecho de la intervención estatal en la individualidad he de decir que creo que el hijo de James Mill tiene una opinión muy abierta, no es riguroso. Así, el estado no tiene derecho a coaccionar al individuo ni siquiera cuando considere que sea por su bien; y sin embargo tiene obligación de intervenir en lo tocante a la educación⁶⁴⁹. Cabe preguntarle ¿por qué no intervino en su familia el estado, puesto que él no fue a la escuela? La idea la entiendo en el sentido de que el estado debe intervenir en este aspecto sobre los padres, puesto que el estado debe impedir que perjudiquen a sus hijos; y presupone nuestro autor el gran bien que es la educación.

Frente al caso antes expuesto he de mostrar otro que me parece sorprendente. Digo sorprendente puesto que en el ensayo *Sobre la Libertad*, nuestro autor hace otra interpretación más abierta de que no se perjudique a otro. En este ensayo plantea Mill el caso⁶⁵⁰ de un país en el que la población sea o pueda llegar a ser tan voluminosa que los salarios sean bajos para poder sobrevivir debido al exceso de mano de obra. La consecuencia sería las dificultades de las familias para mantener a sus hijos. Para este caso Mill vería bien una ley que prohibiese los matrimonios, con la excepción de que las familias que pudiesen demostrar tener medios suficientes para mantener a sus hijos quedasen exentas de tal obligación. Viendo uno y otro caso, la consideración de Mill en torno a la idea de no perjudicar al otro parece discutible, cuando menos.

Volviendo a la importancia que le otorga Mill a esa genialidad individual, a ese carácter del individuo considero importante recoger que para Mill el carácter del

⁶⁴⁹ Véase capítulo 1, parágrafo 1.5, pp. 58-67.

⁶⁵⁰ Ejemplo citado en *Sobre la Libertad*, p. 170-ss.

individuo es el que hace que el individuo sea lo que de hecho es. Pero ¿ese carácter pertenece a la naturaleza o al ámbito de la convención? Mill defiende el carácter, sí, como algo natural, pero a la vez existe un ingrediente que más bien se sitúa en el terreno del aprendizaje, de lo adquirido, no de lo dado por naturaleza. Si el carácter del individuo pertenece a la naturaleza, cabe cuestionarse ¿son las acciones del individuo totalmente libres o determinadas? Y si el aprendizaje, la educación, interviene en la configuración del carácter ¿hasta qué punto existe carácter espontáneo y natural? Cuando Mill afirma que: "El carácter que mejora la vida humana es el que lucha con los poderes y tendencias naturales, no el que cede ante ellos"⁶⁵¹ ¿significa que la fisiología, la psicología, la biología nos determina de alguna manera?

En este sentido hay que reconocer a Mill que defiende esa naturaleza del ser humano como algo propio e irrepetible. Hasta aquí eso es aceptable; esa naturaleza, carácter, es lo que él ya apuntó en *Sobre la Libertad* como que: "El fin del hombre es el desarrollo más alto y armonioso de sus potencias hacia un conjunto completo y consistente"⁶⁵². Ahora bien ¿realmente Mill deja suficientemente claro qué es la naturaleza humana? No lo parece; lo que sí parece es que insiste en que esa naturaleza humana tiene enormes posibilidades de perfeccionamiento, de progreso, de desenvolvimiento desde la idea de individualidad. Por eso quizá él afirma que "individualidad es lo mismo que desarrollo" o que "el cultivo de la individualidad produce o puede producir seres humanos bien desarrollados"⁶⁵³.

⁶⁵¹ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones...*, p. 86.

⁶⁵² Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, p. 9.

⁶⁵³ o. c., p. 50.

7.2.- Virtudes Morales y Realización del Hombre.

En esta investigación, en lo tocante a la moral y la ética, se ha intentado mostrar la percepción moral de Stuart Mill. Esa visión de nuestro autor se extiende, por un lado, a lo que se refiere a la realización del hombre; y por otro, a lo que apunta al hombre como un ser virtuoso. Con todo, en mi consideración entiendo que Stuart Mill se muestra muy crítico con la sociedad de su época; sociedad compuesta por individuos conservadores en lo tocante a moral. Ese conservadurismo moral que perfila a esa sociedad hace que los individuos, en general, se comporten en sus conductas y acciones desde los prejuicios.

Los prejuicios, unidos a la fuerza de la costumbre y a la opinión pública mayoritaria, terminan por convertirse en ejes que guían la conducta de los individuos de modo universal y olvidando la singularidad propia de cada individuo. Ante esta situación es claro que Mill se opone frontalmente. Y creo, con Mill, que los individuos cuyas formas de actuar están presididas por los prejuicios lo que hacen es errar porque confunden sus prejuicios con verdades absolutas. En este punto coincido con Mill, o con Berlin, cuando afirman la defensa de la plasticidad en el campo de la moral y de la vida humana, en definitiva la primacía de los derechos del singular⁶⁵⁴. Del mismo modo, estoy de acuerdo con el pensamiento milliano que postula que el mayor error de quienes se dejan guiar por el prejuicio, la costumbre o la opinión pública es la ceguera a que lleva

⁶⁵⁴ Cfr. A. HERRERA GUEVARA, *La Ética en la espiral de la Modernidad*, p. 4. La autora plantea lo positivo que habría en la construcción de una ética procedimental y universal que dé soluciones a cuestiones morales y éticas contemporáneas como el multiculturalismo, los problemas ecológicos y otros.

tal actitud, a saber, que son incapaces de percatarse que lo que les parece obvio puede ser falso⁶⁵⁵.

Por lo tanto, parecería que Mill se muestra crítico contra la corriente moral denominada intuicionista. Parece observarse que frente al intuicionismo ético, John Stuart lo que defiende es una teoría moral utilitarista. Su utilitarismo pone el principio de la mayor felicidad como el principio moral que guíe las acciones. Para Mill las acciones son buenas o correctas si ofrecen la mayor felicidad. Parecería, pues, que Mill une así el principio moral con la idea de justicia.

Frente a esto, parece que cabe cuestionar a Mill algunos aspectos de su moral utilitarista. Realmente su planteamiento entraña una presuposición; tal presuposición es la idea de un hombre entendido como un ser racional; un individuo que tiene que realizarse por medio de sus actos. Tal realización entraña el cálculo de consecuencias y la búsqueda racional y razonable del mayor bien. Pero, en línea con esto, hay que apuntar ¿por qué Mill en este aspecto soslaya el sentimiento?.

La pregunta considero que tiene sentido puesto que Mill en su pensamiento trata, a mi entender, de fusionar razón y sentimiento, racionalismo y romanticismo. ¿Es que puede el individuo dejar de lado sus sentimientos a la hora de actuar y sólo obedecer a lo racional? Da la sensación en este sentido de que, unas veces, Mill se alinea con las morales deontológicas; pero otras veces se separará de ellas. Pareciera que se diera una situación de desdoble o de flexibilidad de ese principio moral. Si para Mill el de utilidad es el principio moral por excelencia, entonces es

⁶⁵⁵ Véase capítulo 2, pp. 91-ss; 133-ss; 151-ss.

algo absoluto. Pero ¿me permite obrar a conveniencia según las circunstancias? ¿No supone esto confusión? ¿Es que este principio protege la idea maquiavélica de que el fin justifica los medios?⁶⁵⁶

Ante ello entiendo, en consonancia con Rodríguez Duplá⁶⁵⁷, que el utilitarismo como principio moral quiere ser tan humanitario, que parece que al final vale cualquier decisión, actuación, conducta si entraña el mayor bien. Y a la vez, el utilitarismo quiere respetar al máximo el individuo. Esto implicaría que la felicidad general, que es la máxima del utilitarismo, se encuentra vinculada a la felicidad del individuo; y que cuando anhele la felicidad de todos, estoy deseando la mía. Desde esta consideración entiendo que el principio de utilidad encierra la posibilidad del altruismo, pero también la del egoísmo.

Lo criticable a Mill es que esta postura a mi entender propicia la doble moral; propicia el que el individuo se comporte diferentemente en público y en privado⁶⁵⁸. Según esto ¿cómo casa un individuo que ostenta cargo público en una democracia, el defender en público una posición y en su vida privada la contraria? ¿No supone todo esto una antropología maniquea, un desdoble del individuo? ¿Es el ser humano uno, entero; o es esto y aquello a la vez? Acaso para contestar aquí sean oportunas las palabras de

⁶⁵⁶ Cfr. L. RODRÍGUEZ DUPLÁ, *Deber y valor*, pp. 57-ss. El autor también plantea esta objeción al utilitarismo.

⁶⁵⁷ o. c., pp. 57-ss. Interesante estudio de esta cuestión en torno a la validez y crítica del principio de utilidad.

⁶⁵⁸ o. c., p. 59. Esta opinión también es recogida por Leonardo Rodríguez Duplá. Así mismo, Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones...*, p. 147, donde Mill afirma que: "Todo el mundo se da cuenta de cuán absurdo sería deducir de lo que un hombre hace o es en privado, que ese hombre hará o será lo mismo cuando sea un déspota en el trono".

Rodríguez Duplá: "La vida moral de cada hombre puede describirse como un tira y afloja entre sus malos deseos y sus convicciones morales"⁶⁵⁹. Lo que se sigue de esto son las consecuencias que tiene esto en la vida moral pública y en la política.

Sobre el principio de utilidad también he de indicar que, en nuestro autor, se presenta como el principio moral. Cabe cuestionar este planteamiento porque Mill parece atacar a la ética intuicionista, se enfrenta también con las éticas deontológicas y con otras corrientes morales. Lo que tienen en común las distintas corrientes en materia de moral es que defienden algo que consideran bueno, objetivo y válido para todos. Y esto ha sido así a lo largo de la historia del pensamiento. Basta echar un vistazo a cualquier manual de historia de la moral. Como ya apunté en el capítulo tercero⁶⁶⁰ creo que se da un paralelismo entre Kant y Mill: para el filósofo de Königsberg el imperativo categórico que se formula en el deseo de querer que un modo de obrar se convierta en máxima universal. Ese deseo implica asumir que tal principio o modo de obrar traerá felicidad a todos. Del mismo modo, en mi parecer, en Mill, el principio de utilidad es un imperativo categórico porque se asume que tal principio es el que proporciona la máxima felicidad.

¿Ha de ser el principio de utilidad el que rija las conductas y acciones de los individuos? ¿Qué garantía existe de que este sea el principio idóneo para que el individuo alcance la felicidad, si bien no total, sí de la mayoría? ¿Cómo aceptar un principio moral universal para una realidad diversa, fluctuante y plural? Da la sensación

⁶⁵⁹ o. c., p. 61.

⁶⁶⁰ Véase capítulo 3, párrafo 3.3, p. 179.

que es necesario concretar el contenido del principio de utilidad; y para ello parece necesario delimitar en ese principio ¿qué cosas son buenas? y ¿hasta qué punto son buenas?⁶⁶¹. Pero aclarar esto implica aceptar diversidad de respuestas. Creo que el utilitarismo como doctrina ética flaquea al pretender respetar la diversidad humana; una diversidad inserta también en una cultura particular; que pide respetar las distintas axiologías de las diversas culturas. En una situación así ¿qué salida ofrece el principio de utilidad?, ¿vale todo? ¿No conduce a un relativismo? Ese es uno de los riesgos del utilitarismo. Y entonces ¿el principio de utilidad es universal o relativo?

Esta idea me parece que presupone que Stuart Mill cree en la capacidad del individuo de sacrificarse por los demás; y creo que Mill lo entiende así al vincular la moral con el sentimiento, puesto que su moral es emotivista. Bajo mi punto de vista, Mill cree que el individuo puede sentir el bien de los demás como si fuera suyo. En mi consideración, Mill es excesivamente optimista desde el enfoque antropológico. Pero Mill no está afirmando que ese sentimiento humano del individuo por el bien de los demás sea una especie de idea innata cartesiana. Como empirista que es, su posición es más próxima a Locke, esto es, ese sentimiento no lo poseemos por naturaleza, sino que puede adquirirse por aprendizaje. Ahí entraría el papel de la educación; también, con Mill, considero que ese aprendizaje se puede adquirir en la sociedad.

⁶⁶¹ Cfr. L. RODRÍGUEZ DUPLÁ, *Deber y valor*, p. 49. También el autor plantea en su obra la necesaria concreción de qué es lo bueno y en qué medida en relación con el principio de utilidad. Así mismo, estas preguntas entrañan diversas corrientes del utilitarismo,

El pensamiento ético de Stuart Mill aborda cuestiones clásicas en este terreno y que han sido acometidas por otros pensadores antes que él. Creo oportuno en este sentido mostrar una cierta crítica al asunto que relaciona la moral con el elemento del sentimiento. Es curioso notar que Mill en *Bentham* describe los aspectos de la acción en general y expresa los sentimientos⁶⁶² como componentes de la misma. Por tanto, en principio, parece irrenunciable dicho elemento del sentimiento en la acción y hay que tenerlo presente. Sin embargo, en *El Utilitarismo* apunta a los instintos y sentidos como rechazados por los filósofos para considerarlos elementos que disciernen el bien y el mal en las acciones⁶⁶³. Y en la misma obra afirma que la facultad moral del individuo se circunscribe a la razón y no al mundo del sentimiento⁶⁶⁴. Y lo mismo defiende en *Bentham* en relación con la felicidad, ya que la esencia de la moralidad está en la razón y no en el sentimiento⁶⁶⁵.

Frente a todo lo antes expuesto, llama la atención que, por ejemplo, en *El Utilitarismo* pondere la necesidad y confianza en los sentimientos en general⁶⁶⁶ y del denominado sentimiento del bien común, en particular⁶⁶⁷. Se trata, en fin, de un sentimiento, de algo que debe emocionar interiormente al individuo de cara a actuar, a conducirse y a tomar decisiones. Y además para Mill ese sentimiento es la esencia de la conciencia moral. Esto plantea, al menos, que por un lado haya desterrado los sentimientos como pertenecientes a la moral, como fundamentos de la misma, ya

⁶⁶² Véase capítulo 2, parágrafo 2.2, pp. 95-104.

⁶⁶³ Véase capítulo 2, parágrafo 2.2, pp. 95-104.

⁶⁶⁴ Véase capítulo 2, parágrafo 2.2, pp. 95-104.

⁶⁶⁵ Véase capítulo 2, parágrafo 2.2, pp. 95-104.

⁶⁶⁶ Véase capítulo 3, parágrafo 3.2, pp. 168-172.

⁶⁶⁷ Véase capítulo 2, parágrafo 2.4, pp. 119-133.

que nada tienen que ver con nuestras acciones, decisiones y conductas. Y que, por otro lado, defiende la existencia de un sentimiento absoluto y fundamento de la conciencia, el bien común. Y más adelante, en esa obra apuntada, lo eleva a la categoría de sanción última de la moralidad, a la par que dice que ese sentimiento ha de ser objeto de la educación para inculcarlo a todos⁶⁶⁸.

Entiendo que este posicionamiento en torno a la moral y el sentimiento es un tanto llamativo y plantea si en nuestro autor existe realmente una teoría moral que coloque a los sentimientos en donde le corresponden o los excluya definitivamente del ámbito moral. Esto no parece quedar aclarado ¿Son o no importantes los sentimientos en relación con la moral, con su fundamento, con las acciones, conductas y todo lo relacionado con esta cuestión? Debería ser así, ya que Mill en *Autobiografía*, como hemos apuntado, considera los sentimientos importantes en lo que a su credo ético y filosófico se refiere⁶⁶⁹.

Otra cuestión criticable dentro de la ética tiene que ver con el asunto referido a la relación entre moral y religión. Es cierto que existe esta relación pero la pregunta es ¿por qué se ha dado a lo largo de los siglos tal relación? Para nuestro autor en lo concerniente a la religión en general, a la cristiana en particular y a la moral cristiana concreta hay que indicar, en mi opinión, que existe cierta ambigüedad. En este sentido llama la atención la afirmación siguiente de Mill referida a lo que una persona es y puede llegar a ser, es decir su individualidad, su personalidad:

⁶⁶⁸ Véase capítulo 2, parágrafo 2.4, pp. 119-133.

⁶⁶⁹ Véase capítulo 2, parágrafo 2.4, pp. 119-133. Ya apunté que Mill en *Autobiografía*, p. 150 hace esta afirmación.

En todos los niveles de progreso humano que hasta ahora han sido alcanzados, la naturaleza y el grado de autoridad ejercidos sobre los individuos, la distribución del poder, y las condiciones de mando y obediencia son, con excepción de la creencia religiosa, las influencias más poderosas que hacen que los individuos sean lo que son y les capaciten para llegar a ser lo que puedan ser⁶⁷⁰

Parece seguirse de dicha afirmación la importancia de la religión a la hora de configurar el individuo su conducta, su actuar. Se sigue que la religión tiene poder sobre el individuo en este aspecto; y de igual tenor es su afirmación en *Sobre la Libertad* al apuntar el poder de la religión en la formación del sentimiento moral y lo mucho que debe la humanidad a la moral cristiana⁶⁷¹. Pero más tarde, en *La Utilidad de la Religión*, afirma que las religiones con promesas y amenazas son un obstáculo para el desarrollo del individuo a nivel moral, cultural y para fomentar la entrega y generosidad⁶⁷². Y también critica a la religión porque impide penetren otros enfoques en la mente humana debido a que lleva al individuo a obrar de un determinado modo sin excepción.

Con respecto a la religión cristiana, se ve en Mill la misma ambigüedad. Por un lado dice que la religión sobrenatural cristiana, aventaja a la religión de la humanidad gracias a su promesa de vida futura⁶⁷³. Pero, en la misma obra, Mill afirma que es una verdad contundente

⁶⁷⁰ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones...*, p. 64.

⁶⁷¹ Véase capítulo 2, párrafo 2.3, pp. 104-119; y capítulo 3, párrafo 3.4, pp. 186-198.

⁶⁷² Véase capítulo 2, párrafo 2.3, pp. 104-119.

⁶⁷³ Véase capítulo 1, párrafo 1.6.3, pp. 82-84.

que los cristianos no se comportan ni conducen, ni actúan en sus vidas siguiendo las leyes y preceptos de la religión cristiana y sí los de la costumbre.

Con lo que su posición parece criticable: una de dos, ¿Con qué nos quedamos? ¿Tiene la religión un poder total en las conciencias de los individuos, hasta el punto de conducirlos en el modo en que lo hacen, o no tiene tal poder y quien lo tiene en realidad es la costumbre social?⁶⁷⁴. Ese choque de afirmaciones millianas en torno a esta cuestión de la religión y la moral cristiana se ve, creo que con claridad, en la misma obra apuntada, cuando Mill entiende que el individuo magnánimo, leal, honesto, coherente, posee dichos valores morales gracias a la educación y para nada tiene que ver la influencia de la religión y la moral cristiana⁶⁷⁵. Sin embargo, dentro de la educación, no ve problema alguno para que se imparta la enseñanza de la religión⁶⁷⁶. Por lo tanto, la religión, quiérase o no, influye en la formación del individuo, a nivel general y a nivel moral. ¿Cómo se sostienen estas afirmaciones, aparentemente excluyentes?. Y sin embargo, tras criticar la religión y la moral cristiana, termina colocando como fundamento de la utilidad las enseñanzas de Cristo, que, al fin y al cabo, son del cristianismo, transmitidas en la escuela y custodiadas por la Iglesia⁶⁷⁷.

Otra cuestión dentro de la filosofía moral de Stuart Mill que parece cuestionable es la que se refiere al deber. El problema del deber es un asunto ampliamente tratado por las distintas corrientes filosófico-morales. El deber

⁶⁷⁴ Véase capítulo 2, parágrafo 2.3, pp. 104-119.

⁶⁷⁵ Véase mismo capítulo, parágrafo y páginas.

⁶⁷⁶ Véase capítulo 3, parágrafo 3.4, pp. 186-198.

⁶⁷⁷ Véase mismo capítulo, parágrafo y páginas.

parece claro que presupone la existencia de uno o de unos principios generales que permiten deducir qué es lo que se debe hacer y qué se debe evitar. Según esto, el deber exige aceptar la existencia de uno o unos principios como si fuesen axiomas.

Desde aquí se puede concluir que las proposiciones morales que parten del "ser" y llegan al "deber ser" caen en lo que Hume denominó falacia naturalista. Ante esto y en relación con Mill, me parece que cae en la misma situación. Es el propio John Stuart el que afirma que: "Una proposición cuyo predicado se expresa mediante las palabras *debe* (*ought*) o *debería ser* (*should be*) es genéricamente distinta de aquella que se expresa mediante *es* o *será*. El hecho afirmado por ellas es que la conducta recomendada produce en la mente del hablante el sentimiento de aprobación [...]. Para los propósitos de la práctica a todos se les debe exigir que justifiquen su aprobación"⁶⁷⁸.

Ante ello, la posible crítica a Mill es que si aceptamos la tesis humeana, como él parece aceptar, de que un "debe" no puede deducirse de un "ser", o lo que es lo mismo, no podemos inferir una norma prescriptiva desde un hecho empírico observable, entonces resulta que esto es lo que Mill y el utilitarismo parece que hacen. ¿Es el principio de utilidad un axioma moral? ¿Es evidente por sí mismo? Dicho principio de la mayor felicidad toma como punto de partida la experiencia, la observación de que el ser humano busca como fin ser feliz. Y a partir de ahí Mill y el utilitarismo deducen que las acciones humanas tienen que ir todas encaminadas al aumento de la felicidad ¿Y si para alguien ser feliz es cosa distinta a lo que entienden

⁶⁷⁸ Cfr. J. S. MILL, *Un Sistema de la Lógica*, en *El Utilitarismo*, pp. 147-148.

los utilitaristas? ¿Qué decirle a los miembros de la tribu amazónica de los Yanomami que entienden que los golpes de los maridos a sus mujeres son un gesto de cariño a sus esposas y así lo entienden ellas? La cuestión en torno a una teoría del deber moral en Mill plantea problemas. Pero habría que agradecerle su aportación, en el sentido de que el londinense presupone que obrar de un determinado modo contribuye al desarrollo de la naturaleza humana y a la cohesión social. En este sentido es de agradecer a Mill el que coloque la educación como la herramienta que permita construir hombres virtuosos⁶⁷⁹.

7.3. Ambigüedad sobre la Libertad.

7.3.1. Consideraciones conceptuales sobre la Libertad como no interferencia frente a la no dominación.

Retomando de nuevo el asunto de la libertad, se puede trasladar a nuestra época contemporánea: sucede que se habla de la libertad con bastante insistencia; que se discursa sobre ella casi con el énfasis de la época ilustrada. Y por otra parte, nuestra sociedad desea orden, seguridad, organización, racionalidad. Teniendo presente la concepción de la libertad que maneja Mill como ausencia de interferencia, parece que cabe plantear si realmente estamos en condiciones de convivir en el marco de una libertad así.

⁶⁷⁹ Véase capítulo 3, parágrafo 3.1, pp. 161-168 y parágrafo 3.2, p. 172. También véase en esa p. 172 la referencia a F. MÚGICA, *John Stuart Mill, lector de Tocqueville I*, pp. 26-27, donde este autor recoge también la idea de la influencia de la educación moral y la opinión pública como factores configurante de excelencia moral en los individuos.

Teniendo en cuenta esa libertad milliana entendida como no-interferencia, parece oportuno cotejarla con la concepción que maneja Philip Pettit de libertad como no-dominación. Cuando Pettit apunta al concepto dominación y al de interferencia, hace una afirmación, referida a la dominación, consistente en que ésta implica la relación amo-esclavo; y que además puede existir dominación y no existir interferencia. Pettit podría parecer que se enfrenta a Mill⁶⁸⁰.

Frente a la concepción de Pettit, se podría señalar que parece que alguien dominado es también alguien interferido; y que el ejemplo de la relación amo-esclavo parece que se presta a debate con otros casos. En la ocupación nazi, los nazis dominaban a los judíos. Estos mayoritariamente se comportaban de modo tal que satisficiesen en todo a los dominadores nazis. Seguramente el obrar así era por un fin o bien mayor, a saber: salvar la vida a pesar de que su existencia era denigrante. Sin embargo, comportarse complaciente y obedientemente con los dominadores no les garantizaba preservar sus vidas. Incluso se delataban entre ellos y tampoco esto garantizaba nada. En suma, estaban en situación de dominación y de interferencia, porque en cualquier momento los dominadores disponían de sus vidas e interferían ellas.

Por otro lado Pettit entiende la interferencia como descargada de moral. Pero también esto parece discutible, ya que interferir sobre alguien significa cruzarse en su camino u obstaculizarle de algún modo. Por lo tanto, se trata de una acción o conducta que se adopta frente a otros y contra ellos. Así pues parece que la interferencia sí tendría carga moral.

⁶⁸⁰ Véase capítulo 4, parágrafo 4.1, pp. 211-221.

Volviendo a la dominación e interferencia, parece que dominar implica interferir, como hemos apuntado más arriba; porque en esa situación de amo-esclavo que Pettit plantea, el esclavo puede que actúe para evitar el castigo y acaso recibir algún "premio". Pero su conducta no es moral en el sentido de moral postconvencional, sino moral preconvencional. No tiene libertad; y por lo tanto es interferido en sus obras. No hay responsabilidad.

Y en el caso de sufrir interferencia pero no dominación, que afirma Pettit, parece también ambiguo. La confusión podría ser terminológica. Pettit hace un análisis de la dominación, y tiene una idea de interferencia en sentido maligno. De hecho para él interferir es siempre para empeorar la situación de alguien, no para beneficiarle⁶⁸¹. Del mismo modo, Pettit entiende que dominar implica interferir arbitrariamente en otro individuo⁶⁸². Por lo tanto, si dominar es interferir arbitrariamente en alguien; y además la interferencia es para perjudicar siempre a alguien: ¿Puede haber interferencia y no haber algún tipo de dominación? De las definiciones de Pettit se sigue que dominar incluye la interferencia; y que ésta es siempre para perjudicar a otro. Parece que en tanto que se perjudica a alguien deliberadamente, en algún aspecto se le domina. Y con respecto al ejemplo⁶⁸³ que él plantea, ahí se observa un concepto de interferencia que nada tiene que ver con lo que previamente ha afirmado; ahí la interferencia la entiende siempre y cuando sea para promover los intereses del individuo.

⁶⁸¹ Véase capítulo 4, parágrafo 4.1, p. 215.

⁶⁸² Véase capítulo 4, parágrafo 4.1, p. 216.

⁶⁸³ Véase capítulo 4, parágrafo 4.1, pp. 217-219.

Abundando más en la distinción en favor de la libertad como no-dominación frente a la no-interferencia, parece que Pettit cae en cierta ambigüedad, puesto que en *Republicanism* recoge ejemplos para ilustrar los beneficios de la no-dominación. Pero da la sensación que Pettit tuviera cierta ambigüedad pues afirma que "si no estamos dominados por nadie, si no estamos sujetos a una capacidad de interferencia arbitraria ajena, de aquí se sigue que la no-interferencia que disfrutamos en el mundo real, la disfrutamos con ánimo y seguridad"⁶⁸⁴. De donde parece seguirse implícitamente que estar dominado es estar sujeto a capacidad de interferencia arbitraria. Sin embargo, en el ejemplo que cita Pettit en la misma obra, recogido en este trabajo⁶⁸⁵, afirma que podemos sufrir dominación -y, por tanto, capacidad de interferencia arbitraria- y disfrutar de no interferencia, es decir que no me interfiere nadie.

En conclusión, parece que Pettit distingue entre interferencia e interferencia arbitraria; pero no es menos cierto que él ha definido la interferencia a secas como algo para empeorar siempre a un individuo. Por eso podría prestarse a duda su aportación. Sí pudiera aceptarse que se pueda ser interferido sin por ello estar sometido a un total dominio; o también que cuando habla de capacidad de interferencia arbitraria quiera decir posibilidad de que eso suceda, no a la situación factual de la posibilidad.

Diferente de la interferencia en general sería el caso del Estado de Derecho y democrático. En él existe una ley que nos somete a todos, esto es, una ley universal. Pero nos somete porque la aceptamos previamente; y eso supone en

⁶⁸⁴ Cfr. Ph. PETTIT, *Republicanism*, p. 43.

⁶⁸⁵ Véase el ejemplo a que se alude en la p. 217.

algún modo reconocer la necesidad que tenemos de someternos todos a algo; de ser en cierto modo dominados por algo.

Por todo ello, parece discutible la demarcación entre dominación e interferencia. En tanto que hay dominación hay interferencia en el obrar. En tanto que la conducta de alguien es interferida por algún poderoso parece que hay algún dominio. Pero sí habría que admitir en las sociedades democráticas que el Estado puede interferir sin que ello implique dominación, como el caso en que una ley impide que compatibilices dos puestos de trabajo en el sector público. Esta situación de interferencia del Estado la contempla Pettit en el ejemplo que se recoge en este trabajo⁶⁸⁶, de donde se sigue que la libertad como no-dominación que defiende Pettit y la libertad en sentido negativo de Mill incluyen la idea de interferencia, en el sentido de que el estado intervenga para proteger a los individuos; con el matiz de que en Mill el estado interviene para proteger a un individuo que pueda ser dañado; y en Pettit, el Estado no interfiere arbitrariamente, porque sirve a todos los individuos por igual.

Como conclusión a la discusión entre libertad republicana y libertad liberal, no interferencia, se podría decir que la libertad como no interferencia implica total ausencia de obstáculos en el camino del individuo, ya sea interferencia para promover mis intereses o para perjudicarlos. Con ello parece que se refuerza la autonomía del individuo y el papel del estado que no se muestra paternalista. En lo que respecta a la libertad republicana que defiende Pettit, parece seguirse que la libertad como no dominación implica ausencia de interferencia arbitraria, esto es, anular la posibilidad de que alguien obstaculice o

⁶⁸⁶ Véase el ejemplo en pp. 217-218.

se cruce en el camino de cualquier individuo para perjudicarles. Lo que sí parece admitir Pettit es la interferencia a secas, que supone que se obstaculice a alguien pero para promover sus intereses. Parece que tanto Pettit como Mill convienen en que lo que buscan sus sistemas es salvar la individualidad de cada persona. En este sentido parece que el sistema milliano al subrayar la no interferencia lo que hace es defender que no se domine a los individuos; y Pettit, desde su libertad republicana pretende también que no se domine a nadie.

Parece, en fin, que el ideal de la libertad como no dominación difiere de la libertad como no interferencia en el sentido de que la libertad republicana para que se considere cumplida exige no sólo que no haya interferencia arbitraria, sino que se tiene que eliminar la posibilidad de que la pueda haber. Parece que este deseo supone un paso más ¿Cómo lograr eliminar dicha posibilidad estando dentro del plano humano? Ello parece que implica compromiso político y social; ello parece que apunta a una educación.

En lo referente a la libertad y su relación con la educación, hay que indicar que Pettit entiende el papel de la educación como importante, por tanto como Mill, en la formación de los individuos y las sociedades. Ahora bien, la educación relacionada con esa idea republicana de libertad como no-dominación, es una educación que pretende instruir al individuo no para que no explote o domine o interfiera en el otro, sino que se pretende educar para que los otros no me puedan explotar, dominar o interferir. La educación que postula Pettit es una herramienta para defenderte de las posibles situaciones de dominación que se puedan dar. Mientras que en Mill la educación como tal te libera, te hace más libre; no es tanto una herramienta para

defenderte de las agresiones de los otros, sino algo que te hace ser más humano, más libre. Pero parece que tanto en Mill como en Pettit las distintas instituciones sociales juegan un papel fundamental en la tarea educativa; y además esa educación ha de enfocarse con un espíritu crítico y no como adoctrinamiento.⁶⁸⁷

7.3.2. Un viejo problema filosófico en torno a la libertad en Mill: ¿Libertad o Determinismo en Stuart Mill?

La defensa incondicional de la libertad que hace nuestro autor parece que es razón suficiente para plantear el problema, clásico en filosofía moral y en antropología, de si el individuo de Mill es enteramente libre o está causalmente determinado.

En esta cuestión podrían venir bien no perder de vista algunas de las afirmaciones que John Stuart hizo en *A System of Logic*; y que según ellas cabe hacer alguna consideración. En primer lugar, parece que Mill se inclina al lado de la doctrina de la libertad de la voluntad cuando entiende que las causas de las conductas y acciones humanas pueden estar determinadas pero no uniformemente desde causas exactas⁶⁸⁸. En algún modo los actos humanos voluntarios tienen alguna causa; y entiende por causalidad en este sentido una "sucesión invariable, cierta e incondicional"⁶⁸⁹; y será esta idea de causa la que aplica a

⁶⁸⁷ Parece que en este aspecto de la educación, tanto Mill como Pettit estuvieran influenciados por Tocqueville, el cual ya defendía que las asociaciones eran o deberían ser auténticas escuelas de democracia.

⁶⁸⁸ Cfr. J. S. MILL, *A system of Logic*, p. 836-ss. En el Libro VI *On the Logic of the Moral Sciences* dice: "That our volitions are not, properly speaking, the effects of causes, or at least have no causes which they uniformly and implicitly obey".

⁶⁸⁹ o. c., p. 838-ss.

los actos humanos. Ahora parece mostrarse más en la línea del determinismo en lo tocante a nuestros actos. Empero, el propio autor señala también que "nuestro carácter está formado tanto por nosotros como previamente a nosotros"⁶⁹⁰, con lo que esa presunta necesidad o determinismo ya no parece serlo tanto en sentido absoluto.

Ante todo esto, en principio es oportuno cuestionar que ese carácter al que tanta importancia da Mill en la acción humana, o resulta que es algo estático, que no cambia; o que dicho carácter resulta que también está pergeñado por otros elementos posteriores. Parece que una forma de salir de esta disyuntiva es la de entender que Mill es determinista, pero con matices. Resulta extraño que en un empirista como él, todas las actuaciones del individuo puedan ser cerradamente predecibles. Es cierto que él entiende que si conocemos bien a una persona podemos anticiparnos a cómo va a actuar en situaciones concretas⁶⁹¹; pero es que Mill entiende que conocer bien a alguien es manejar el dato del carácter y el de las motivaciones. Pareciera que en eso que él llama *Arte de Vivir*⁶⁹², moral, todo puede determinarse.

Pero, con todo y con eso, Mill en sus obras afirma repetidamente que en el terreno de la acción humana no hay exactitudes; y no defiende una predicción exacta de las conductas y acciones humanas. Más bien se trataría de una

⁶⁹⁰ o. c., p. 839-ss.

⁶⁹¹ o. c., p. 836. Esto guarda relación con la doctrina de la necesidad filosófica. Mill dirá: "Given the motives which are present to an individual's mind, and given likewise the carácter an disposition of the individual, the manner in which he will act might be unerringly inferred...".

⁶⁹² Cfr. J. S. MILL, *Un Sistema de la Lógica*, en *El Utilitarismo*, p. 149.

predictibilidad de las acciones en principio, pero no de algo perfecto; y creo que es así debido a su influencia empirista en su formación. Considero que la defensa de esta predictibilidad se debe más bien a que a Mill le resulta inaceptable admitir sucesos incausados.

Es obvio que de ello se sigue si el ser humano es libre o no. Entiendo que aceptar en Mill que se pueden, en principio, predecir ciertas conductas en el individuo no deja en falso la tesis de la existencia de libertad de las acciones humanas. Cuando Mill afirma que el hombre es libre, lo que se está aseverando es que el individuo podría obrar de modo distinto a como lo hace, si su carácter y motivaciones fuesen diferentes; y se asume también que la persona misma contribuye a formar su carácter. Por lo tanto, sería legítimo afirmar que el hombre es libre. Parece obvio que quienes defienden la libertad humana, defienden esto y no pueden defender otra cosa en el terreno de las acciones humanas; a no ser que se posicionen a favor del concurso del azar y de la inexplicabilidad de los sucesos humanos.

Por la importancia que juegan aquí los motivos y el carácter, considero que la educación en este aspecto juega un papel fundamental. Y eso porque para Mill el carácter es educable y una educación moral es posible. De este modo la educación en general y la educación moral en particular tienen una importante tarea en lo tocante al cultivo de los deseos adecuados y los inadecuados en el individuo⁶⁹³. Y recordemos que en Mill los deseos adecuados son los que exige el principio de utilidad, principio que se erige en el rector de las acciones y conductas de las personas. Pero entonces, podemos afirmar en nuestro autor que la educación

⁶⁹³ Véase capítulo 3, parágrafo 3.2, p. 169.

señala un camino, un "hacia dónde" del individuo; y que lo puede señalar cuando, desde la educación, se muestran unos valores que actúan como mojones que indican al individuo "hacia dónde" ir. Y además, el principio de utilidad se erige en uno de esos indicadores; por lo tanto dicho principio deviene fundamental en la educación.

7.3.3. El Problema de la Verdad en relación con la Libertad de Expresión.

John Stuart Mill reflexiona sobre la libertad del individuo. Pero ese individuo es humano, falible. Ese ser humano limitado busca la verdad⁶⁹⁴; y esa verdad se refiere a los modos en que debe actuar y conducirse hacia el fin, ser feliz.

Sobre la cuestión de la verdad, nuestro autor, en mi apreciación, se anticipa a lo que más tarde Karl Popper denominará "pluralismo crítico". Esta corriente, en suma, postula en la búsqueda de la verdad asumir la natural falibilidad del ser humano y, por ende, la ignorancia del individuo⁶⁹⁵. Mill en este aspecto de la verdad estaría vinculado a la ignorancia socrática y a la defensa del diálogo como herramienta que desvela la verdad.

El pluralismo crítico defiende la existencia de una única verdad que le resulta imposible conocer al individuo. No es que Mill defienda la existencia de tal verdad incognoscible para el mortal individuo. Lo que sí declara Mill es la "convicción de que el principio general con el que deben conformarse todas las reglas de la práctica, y el

⁶⁹⁴ Véase capítulo 2, parágrafo 2.5, pp. 133-139.

⁶⁹⁵ Cfr. K. POPPER, *Tolerancia y responsabilidad intelectual*, en *Sociedad abierta, universo abierto*, pp. 144-145.

criterio por el cual deben ser probadas, es el de que conduzcan a la promoción de la mayor felicidad de la humanidad"⁶⁹⁶; o lo que es lo mismo el principio de utilidad.

Por lo tanto, habría un principio universal, también inalcanzable, utópico si se quiere, de donde se sigue que la única forma de avanzar en la búsqueda de la verdad es la discusión racional de las distintas opiniones, ideas, argumentos o teorías y una eliminación crítica. Bajo mi punto de vista, Mill adopta esta concepción de la verdad al construir su argumentación a favor de la libertad de expresión. Al poner el énfasis en la falibilidad humana y en la existencia de verdades parciales, Mill pone la libertad individual como condición para el progreso humano.

Considero positivo que para Mill la única forma de aproximarnos un poco a la verdad sea someter todas nuestras ideas a la crítica y exponerlas a la refutación. En esto, el método para acceder a la verdad en materia de doctrinas morales, políticas o religiosas no dista del método de las ciencias empíricas: a través de la prueba y el error. Es la multiplicidad de puntos de vista, la posibilidad de refutar las ideas tenidas por ciertas, lo que enriquece nuestro conocimiento de las cosas y nos permite librarnos progresivamente del oscurantismo, a la par que nos permite crecer como personas y seres sociales.

Cuando Mill afirma en *Sobre la Libertad* que: "El hábito sostenido de corregir y completar la propia opinión que uno tenga mediante la práctica de compararla con la de otras personas, lejos de producir dudas y vacilaciones a la

⁶⁹⁶ Cfr. J. S. MILL, *Un Sistema de la Lógica*, en *El Utilitarismo*, p. 150.

hora de ponerla en práctica, es el único principio sólido para mostrar sólida confianza en ella"⁶⁹⁷, lo que está afirmando es que una idea o teoría no es rigurosa porque haya sido verificada por la experiencia, sino porque haya superado con éxito el tribunal de la refutación. En este sentido, Mill se adelanta casi un siglo a pensadores como Karl Popper, para quien: "El carácter científico de un sistema está relacionado con el hecho de que es posible contradecir este sistema por medio de una serie de hechos posibles"⁶⁹⁸.

En definitiva, la decidida defensa que Mill hace de la libertad de expresión parece que encuentra su fundamento sólido en la idea de que el conocimiento humano es esencialmente falible e imperfecto; que el hombre jamás puede tener certeza de que posee la verdad. Más bien, al estilo de Ortega y Gasset, cada verdad de cada individuo contribuye a la verdad general. Stuart Mill lo que entiende es que nuestras opiniones, ideas o teorías sólo son parcialmente ciertas. Así mismo estas ideas tendrían diversas consecuencias políticas, ya que colocan la tolerancia como un valor fundamental e irrenunciable de toda sociedad que aspire al progreso; y además establecen la necesidad de representación institucional y protección de las minorías. De esta forma todo cuanto dentro de la sociedad tiene que ver con el *νομος* es algo imperfecto, inexacto y susceptible de modificación; y ello es así porque todo cuanto los individuos se dan a sí mismos para una mejor convivencia social y un mayor bienestar es o debiera ser algo ampliamente dialogado y discutido. Esta posición es actualmente compartida por los defensores de la ética de mínimos o del diálogo, por ejemplo Habermas y

⁶⁹⁷ Cfr. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, pp. 72-73.

⁶⁹⁸ Cfr. K. POPPER, *Sociedad abierta, universo abierto*, p. 14.

Apel. Y dado que la búsqueda de la verdad supone el diálogo permanente tiene sentido defender la libertad de expresión en esta cuestión.

7.3.4. Crítica del derecho a votar entendido como prolongación de la Libertad de Expresión.

Otra cuestión que me parece criticable en el pensamiento de Mill es la que, desde la idea general de libertad, hace referencia a la libertad de expresión y de opiniones. Sobre ello hay que indicar que John Stuart Mill defiende la diversidad de opiniones y que el individuo se exprese como siente ante algo. En *Sobre la Libertad* defiende que en el ámbito de la libertad de expresión no se pueden ahogar las opiniones diversas, ni siquiera por extrañas que sean; hacerlo sería como un atentado contra la razón y contra la libertad de expresión.

Pero, por otro lado y frente a este postulado, nuestro autor defiende en *Consideraciones Sobre el Gobierno Representativo* la necesidad de suspender temporalmente el derecho a voto⁶⁹⁹ a determinados individuos en virtud de sus circunstancias económicas o de alfabetización. Parece oportuno ahora abordar este hecho en relación con la libertad de expresión de ideas, pensamientos u opiniones.

Ante ello cabe plantearse lo siguiente. Parece claro que emitir un voto, por medio del derecho al mismo, es lo mismo que emitir una opinión o expresarla libremente. Igualmente parece claro que cuando un individuo accede a unas elecciones, con su voto está poniendo de manifiesto su opinión, está expresando su valoración a un gobierno, a

⁶⁹⁹ Ya hemos tratado esta cuestión en el epígrafe primero de este capítulo. Véase también esta cuestión en pp. 415-ss.

unos representantes por su gestión en el bien de todos, en la felicidad general; y lo hace o debe hacerlo no pensando en su bien particular sino en el de la comunidad. Al emitir el voto, en tanto que opinión, si aceptamos la tesis de *Sobre la Libertad*, deberíamos aceptar incluso motivos poco ortodoxos o excéntricos; pero no parece claro que se deba suspender del ejercicio a ningún individuo.

Ahora bien, si aceptamos la tesis de *Consideraciones Sobre el Gobierno Representativo*, si suspendemos temporalmente del derecho a votar a quienes no tienen alfabetización o recursos económicos, entonces suspendemos también el derecho de la libre expresión de una opinión u opiniones de personas que pueden tener sentido de lo bueno, de lo malo, de lo correcto, de lo incorrecto o de la felicidad general.

Parece, pues, al menos criticable en Mill la defensa amplia, por un lado, de una libertad de expresión de los individuos que permita admitir todas las opiniones incluidas las heréticas; y por otro lado, la suspensión temporal del derecho a voto, que no es sino una proyección de la libre expresión de opiniones, que supone dar una valoración, que implica exhibir unas ideas por medio del voto. Y todo ello porque el individuo o los individuos no saben leer, escribir, aritmética o porque son menesterosos. Parece que Mill presupone que sólo el individuo competente en esas destrezas está habilitado para votar ¿No es demasiado presuponer?

En todo este asunto es cierto que el relieve de unas elecciones es capital, ya que en juego está lo que nos interesa a todos. Y es cierto que la ciudadanía que decide eso debería ser una ciudadanía tal que estuviera

concienciada de lo general sobre lo particular. Por otra parte, también es cierto que existen individuos criminales, empecinados en anteponer lo propio a lo general.

El asunto de la libertad de expresión y de pensamiento⁷⁰⁰ en Mill juega, como vemos, un papel fundamental en su filosofía. Aquí parece evidente la relación con el derecho a votar entendido éste como un modo de expresar unas ideas, una valoración. Como cuestión a criticar a nuestro autor y a propósito de esa libertad de expresión y de pensamiento, parece que cabe plantearse lo siguiente: Stuart Mill, defensor de una total libertad de expresión y de pensamiento, postula la necesidad de admitir incluso opiniones heréticas, como él las llama⁷⁰¹. Defiende esto como consecuencia de su defensa de la diversidad como nota propia de la realidad humana. Pero ¿hasta qué punto ha de admitirse cualquier opinión desde el principio de libertad de expresión? En medio de todo ello, la educación parece que juega también aquí un papel fundamental.

Pero, por otro lado, la educación debe propiciar el debate, la discusión; y para ello debe haber esa apasionada diversidad de opiniones tan defendida por Mill. Ahora bien su apertura e inconcreción hace que surjan cuestiones sobre este asunto. Por ejemplo: ¿hasta qué punto hay que admitir todo tipo de opiniones amparándose en la libertad de expresión? ¿No resulta una exageración, un riesgo, aceptar opiniones que defienden, por ejemplo la pena de muerte, o

⁷⁰⁰ En pp. 415-ss Mill trata esta cuestión subrayando esa idea de necesidad de aceptar todas las opiniones y en relación con la educación.

⁷⁰¹ Véase la cita literal en p. 277 y nota al pie 371; y también la p. 293. En ambas páginas Mill defiende la admisión de las opiniones erróneas o heréticas.

las ideas y opiniones que se oponen al fenómeno de la inmigración por cuestión racial? Opiniones de este tenor al ser permitidas ¿no suponen que puedan ir progresivamente creciendo con el consiguiente perjuicio social? ¿No sería legítimo ahogar opiniones con las que una enorme mayoría, desde el sentido común, se opondría? Defender una idea de libertad en general, y de expresión de ideas en particular, hasta ese extremo ¿no supone darle espacio a los inmorales e intolerantes para que se aprovechen de tan ancho margen de libertad? ¿No supone esto pervertir la propia idea de libertad, ya que puede ser invocada por quienes tienen intereses siniestros?

Pero entonces, si admitimos como tesis mayor ese derecho a la libertad de expresión en su más amplia extensión; y si por otro lado, votar es un modo de expresar las ideas, una forma de enjuiciar acerca del bien común, y se suspende de ese derecho a determinados individuos por circunstancias concretas ¿no se niega la mayor? ¿Votar no es emitir una idea? ¿No es fruto de una reflexión, de una deliberación, de una valoración? Se trata de una cuestión que Mill aborda pero que en nuestros días también se plantea, puesto que este problema de si todos tienen derecho a votar es algo que cuestionan políticos, militantes de partidos o sociólogos. ¿Hasta que punto un individuo de dieciocho años es maduro para votar? ¿Hasta qué punto tiene conciencia formada sobre el bien de todos?

Con todo, en mi opinión y tras este trabajo sobre Stuart Mill, parece que el asunto de la libertad de expresión de ideas, ya verbalmente, ya por medio de un voto, pone en la mesa de debate un asunto más importante, que también hemos abordado en este trabajo, a saber, la LIBERTAD. Y en todo caso ni las soluciones de Mill ni

probablemente otras que se aportasen son definitivas. Eso sí, las aportaciones de Mill son valorables por el momento histórico en que las hace y por la proyección que tuvieron posteriormente e incluso en la actualidad, hasta el punto que pudiera ser conveniente plantear en las modernas sociedades este asunto del derecho a voto.

Así, podemos decir, creo que sin temor a error, que todo su discurso de la libertad y de la educación para la libertad puede estar presente en pensadores contemporáneos, como Jürgen Habermas⁷⁰². Igualmente, Mill lo que ha puesto de manifiesto son unas líneas generales de una nueva línea cultural, la que desea para su época y las etapas venideras. Esa línea pasa por la educación para la libertad; y pasa por ahí sencillamente porque para Stuart Mill es la educación lo que realmente salvará a un pueblo de las tinieblas y esclavitud que provoca la ignorancia; esclavitud que implica creer lo primero que se ve, se oye o se lee, sin filtrarlo por la razón y la crítica.

La nueva cultura, la que proporciona la educación para la libertad es el reflejo de un modo de estar el individuo en la realidad que le rodea, en la cual respeta y tolera la diversidad de expresiones, de talentos, de ideas. Con ello quisiera hacer hincapié en la necesidad de esa educación para la libertad que traerá individuos más libres porque

⁷⁰² Jürgen Habermas defiende la ética dialógica, la cual pretende que la razón se despliegue a lo largo de la historia. Parece que este despliegue de la razón implica lógicamente una educación para que el individuo puede de verdad actuar racionalmente y ser protagonista y constructor de la historia a través de los distintos hechos o acontecimientos. Sobre esta cuestión véase A. HERRERA GUEVARA, *La Ética en la espiral de la Modernidad*, pp. 111-ss., donde la autora también consiera esa ética dialógica en estos términos.

estarán más educados. Y ello es así porque un individuo educado es un ser libre.

7.4.- Interrogantes sobre la Educación.

La educación es uno de los factores sociales, políticos más importantes en el pensamiento de Mill. Su teoría de la educación cobra un gran relieve de cara a que el individuo no pierda su esencia, la libertad. El individuo es libre por naturaleza, pero debe conquistar después en la sociedad en que vive esa libertad primigenia; y en Mill esa conquista o se hace desde la educación o no se hace. Creo, con Mill, que hay que indicar que no puede haber educación sin instrucción. Aquí juega un papel importante la institución instructiva, la escuela⁷⁰³; y dentro de la escuela, la escuela pública⁷⁰⁴. Es en la escuela donde se aprende todo aquello que no se aprende en casa o en la calle. Fuera de la institución escolar, ordinariamente nadie aprende a leer, a escribir, a resolver ecuaciones, a reconocer el nombre de las notas en el pentagrama o a pensar y argumentar, salvando casos particulares como el de John Stuart Mill. Esa educación lo que pretende es ir construyendo al individuo, que no es una isla, para convivir y enfrentarse en la sociedad y en la vida pública.

7.4.1. Importancia de la Razón y la Conciencia Individual en la Educación.

Una de las cuestiones abordadas ya en esta investigación hacía referencia a la educación para vivir en

⁷⁰³ Véase capítulo 6, párrafo 6.11, pp. 426-438, donde se aborda la importancia de la instrucción del maestro y de la escuela.

⁷⁰⁴ Otra influencia de Quintiliano, que en su obra, capítulo I, párrafo segundo ensalza las virtudes de la escuela pública.

sociedad⁷⁰⁵; y al hilo de ello Mill le daba importancia al elemento de la razón. Ahora bien, cabe plantearse en torno a Mill y la importancia que le da a la razón la cuestión de si no será demasiado optimista nuestro autor con el poder de la razón. ¿No cae Mill, de algún modo, en aquel dogmatismo racionalista cartesiano, creyendo que todo es acometible desde la razón?. ¿No le da importancia también al sentimiento?. ¿No le da demasiada relevancia a la racionalidad de los seres humanos? Una libertad madura pasa por el hecho de que los individuos usen adecuadamente la razón en sus elecciones, pero ¿no es propio de seres maduros esto? ¿Cuántos seres de estos ha habido en otras épocas y hay en estas?

La explicación que cabe al respecto, parece que guarda relación con la idea de razón que maneja Mill. Nuestro autor, parece, al ser empirista es también un defensor de la razón crítica, analítica, observacional, en definitiva Mill está influido por el espíritu de la Ilustración y no por el racionalismo. No en vano la época en que vive Mill es cercana a la de la Ilustración. En esos momentos históricos la Ilustración es un movimiento filosófico, ideológico y político que no ha hecho más que empezar.

Además, la Ilustración corre pareja con el endiosamiento de la razón. Pero esa razón nada tiene que ver con la de los racionalistas seguros de alcanzar verdades inamovibles por la sola vía racional. No, esta razón ilustrada es limitada por la experiencia, por la observación y no pretende alcanzar verdades eternas como las certezas que proporciona la matemática o la geometría. De esa idea de razón participa Mill; de una razón que se enfrenta bruscamente a la tradición, a la ignorancia, a la

⁷⁰⁵ Véase capítulo 6, parágrafo 6.6, pp. 378-390.

superstición, al poder de la costumbre; y que se enfrenta porque todo eso no ha hecho más que oprimir al individuo, esclavizarlo y no liberarlo. Todo ello no ha hecho más que impedir que se desarrolle su genialidad de carácter. La razón en que hay que educar para ser libres es, en Mill, como en los ilustrados, la razón que transforme a los individuos y a las sociedades, que transforme al mundo.

Con todo lo importante que resulta el elemento de la razón en Mill, da la sensación que ciertamente resulta paradójico el que Mill se presente como un filósofo hondamente comprometido con la racionalidad de las pruebas, de las conductas, de las acciones. Y por otro lado, resulta que las más relevantes concepciones millianas eran intuitivas; eran el resultado de una profunda sensibilidad moral y una gran conciencia de la obligación social.

Si importante es la razón y su relación con la educación en Mill, no menos relevante es el papel de la conciencia del individuo y su capacidad para valorar⁷⁰⁶. Se observa en Mill, desde esa importancia de la conciencia, que la educación implica provocar la duda, el escándalo incluso, llevar al otro a un punto en que se da de bruces con sus propias ideas; más aún, con su propia ignorancia. ¿Por qué parece ser esto así? Sencillamente porque esos prejuicios y dogmas antes aludidos estaban presentes en la sociedad de Mill. El autor de *On Liberty*, de quien ya hemos apuntado su carácter crítico con los prejuicios y la opinión pública, arremete contra la sociedad de su época sobre la base de que son los prejuicios y la fuerza de la opinión pública los que impiden que los individuos sean felices, libres. Se deja ver en esta consideración un paralelismo entre los prisioneros del mito platónico de la

⁷⁰⁶ Véase capítulo 6, parágrafo 6.3, pp. 360-367.

caverna y la masa mediocre a la que apunta Mill, que se deja llevar por un pequeño conjunto de "verdades", que no se suelta de las andaderas⁷⁰⁷ como indica él mismo en *Principios de Economía Política*.

Pareciera que al igual que los prisioneros de la caverna creían como auténticas realidades las sombras que se proyectaban en la pared, la masa mediocre a la que alude Mill, con casi nula educación e instrucción, creía en un reducido grupo de prejuicios o dogmas. Y lo que es peor, creían que eran libres y tenían verdadero conocimiento. A los individuos de Mill les faltaba educación, instrucción; carecían de una educación desde su interior, desde la conciencia. Esto comenzó a darse con algo tan simple como enseñar a leer y escribir y así soltar las andaderas.

Educar la conciencia es educar para ser libre. Ser un individuo libre en Mill implica conducirse por sí mismo en la vida, ser una persona que piensa por sí misma, que yerra, que corrige, que muda de opinión para mejorar, para ser feliz, porque el ser humano es responsable, no responsivo como el animal. Parece que la naturaleza del individuo reclama educación para alcanzar el fin, ser feliz⁷⁰⁸. Una educación para la libertad implica aceptar que el ascenso por la escarpada cuesta es costoso y sorprendente; costoso porque requiere esfuerzo, igual que el prisionero que asciende con esfuerzo porque sus músculos estaban entumecidos por no usarlos. Así, del mismo modo, es

⁷⁰⁷ Esta expresión, ya recogida y tratada en este trabajo, es de Mill en *Principios de Economía Política*, p. 648.

⁷⁰⁸ Véase también A. HERRERA GUEVARA, *La Ética en la espiral de la Modernidad*, p. 11, donde la autora también entiende que nuestra naturaleza humana necesita de la educación como herramienta que nos conduzca a la felicidad.

costoso el proceso educativo y de conocimiento porque se trata de ejercitar la razón tan defendida por Mill, una razón que también en muchas ocasiones está entumecida; sorprendente porque el individuo ha de aceptar que en una realidad como la defendida por Mill, diversa y plural, se puede encontrar con distintas opiniones, ideas, pensamientos, conjeturas. Ante esta situación el único lenguaje es el de la razón, que hace abstracción de sexos, razas, credos, gustos o clases sociales.

La defensa de Mill de la educación en general, es la defensa de una educación que ayuda al individuo a madurar, a ser persona. Posiblemente por todo ello Mill le dé importancia en la educación a la escuela como institución instructiva que colabora y ayuda a desentumecer las mentes humanas para que piensen por sí mismas.

La importancia que Mill le da a la educación parece de plena actualidad. Es importante notar cómo en nuestros días parece más bien que se adolece en la praxis de esta dimensión tan importante del individuo, de su reducto más íntimo. Esta dimensión parece menoscabada porque se le da más importancia, como en época de Mill, a lo inmediato y placentero, a lo tecnológico. También porque nuestra sociedad parece que se esfuerza más en que el individuo se olvide de su conciencia, de su interior y viva en la epidermis, en lo efímero.

El resultado es un debilitamiento de la conciencia en general y de la conciencia moral en particular. Nuestra sociedad tiene también numerosas sombras que quieren erigirse en realidades; sombras como el mito del consumo al que se pretende presentar como algo racional, cuando es irracional; el mito de la publicidad, del fútbol y tantos

otros, proyectados todos ellos en la pared de turno, en la televisión o en los medios de comunicación. En ocasiones nuestras escuelas albergan demasiados alumnos devotos de esos nuevos mitos de esta época y olvidan la oportunidad que les brinda la vida de educar la conciencia para ser libres y conducirse en sus vidas adecuadamente, sin creer en lo primero que les aparece ante sus ojos. Educar la conciencia para ser libres implica forjar personas con capacidad de observación, de análisis de la realidad y de crítica de la misma; y no acomodarse en una masa mediocre.

En este aspecto de dar importancia a la conciencia, Mill recuerda a Sócrates. Para ambos el cultivo interior del individuo es fundamental, es como si ciertamente la verdad estuviera en nuestro interior y sólo bastase la instrucción, la formación, la guía, la educación adecuada para perfilar ese carácter. Para Mill es desde la educación desde donde se perfilan los "caracteres" de los individuos en *pro* de la sociedad.

En este sentido parece oportuno señalar que se le puede criticar a Mill en la dirección de que da demasiada importancia a los obstáculos de tipo inmaterial o espiritual que frenan el enriquecimiento de nuestra conciencia; y que posiblemente no preste toda la atención necesaria a cuestiones de índole material. Esto puede admitirse. Pero volver al cultivo y educación de la conciencia es importante. No se puede anular ni obviar la conciencia, el interior del hombre como elemento fundamental y enriquecedor. Se da demasiada importancia a lo técnico, a lo práctico y no a lo contemplativo, a aquello que se inserta en el interior del hombre. Es desde ese interior y sólo desde él desde donde podemos hablar de

educación, de razón, de responsabilidad⁷⁰⁹. Una responsabilidad que nos hará reflexionar siempre sobre las consecuencias de nuestras acciones y que nos permitirá evaluar nuestro progreso. Igualmente hay que indicar las implicaciones políticas que tiene una educación de la conciencia, puesto que sólo cultivando desde la educación las conciencias de los individuos es como se pueden construir auténticos ciudadanos concientizados con la felicidad de todos.

7.4.2. La Dimensión Educativa de la Vida Pública.

Acabamos de apuntar la importancia de educar a los individuos en sus conciencias de modo que entiendan, sientan y anhelan la felicidad de todos, de la comunidad. Evidentemente esto supone que la educación sirva para formar ciudadanos y facilite el vivir en sociedad.

De todo ello parece poder concluirse que en Stuart Mill se percibe una convicción acerca de los efectos morales y educativos de la vida política; y se observa también que en su defensa cerrada por la libertad individual y la autonomía personal el individuo sea capaz de gestionar la comunidad; o como afirma Josefa Dolores Ruiz Resa⁷¹⁰: "La intención de Mill es que el individuo se ocupe de lo público también, sin esperar a que el gobierno lo haga"⁷¹¹. Así Stuart Mill ve en la educación todas las posibilidades de crear individuos talentosos, buenos. Pero habría que añadir que Stuart Mill recuerda en esta cuestión

⁷⁰⁹ Véase la misma opinión también en I. BERLIN, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, p. 311.

⁷¹⁰ Cfr. J. D. RUIZ RESA, *La Política Social de John Stuart Mill*, p. 245.

⁷¹¹ o. c., p. 247.

a Platón, al entender la educación como proceso de formación del buen gobernante, del que "conociendo" el bien no puede ya por menos que obrar conforme a él.

Esto nos recordaría lo que ya apuntaron los clásicos sobre el hecho de que el individuo alcance la moralidad sólo en la ciudadanía, en lo público. Puede aceptarse esto en el sentido de que la historia nos ha mostrado individuos virtuosos moralmente, con conciencia pública. Pero, por otro lado, Stuart Mill parece que, aún percibiéndolo, minimiza el hecho de que la política, como educación, tiene mucha tarea a nivel de crear conciencia pública, puesto que el egoísmo, el individualismo, el interés personal muchas veces prima sobre el general; y eso se constata incluso en nuestra sociedad; algo que también parece entender Mercado y el propio Mill, éste en su época.

Ante esto, cabe plantear si la solución es educativa, es decir ¿será la educación la que creará una sociedad más moral y mejor?. ¿No es cierto que el realismo político muchas veces fagocita a gobernantes sumiéndolos incluso en la corrupción?. Pero por otro lado, también habría que preguntarse: Si renunciamos a la educación para crear individuos morales ¿cuál es la alternativa?. Acaso en este sentido sea interesante recordar la importancia de tener un eje valorativo sobre el cual giren las acciones. Y esto plantea a su vez qué eje y por qué. Es el viejo problema de escoger unos u otros valores.

En este sentido, referido a democracia y educación, parece importante poner de manifiesto que para Mill el arte más noble que existe es aquel que trae consigo el "gastarse" por los demás, esto es, trabajar por el bien común de todos los ciudadanos, incluido uno mismo. Pero, en

mi opinión, parece que esa idea de ciudadano que maneja Mill está salpicada de platonismo. Parece que el individuo no es nada, no es ciudadano, si no participa en la vida pública de la comunidad. Pareciera que el individuo, nace sólo, pero tiene todas las posibilidades de acrisolarse en relación con los demás; y un modo de relación es la vida pública y su ejercicio; es decir, la política, que suele ser vituperada y mal vista, en realidad ofrece al individuo la posibilidad de educación. El individuo, también como en Aristóteles, debe saber gobernar y gobernarse. La política podrá ser un arte muy noble al disponer trabajar por el bien de todos, al menos en el plano teórico; pero no es menos cierto que la política, la democracia, también tiene un reverso desagradable. En el terreno más empírico, la política muchas veces lleva a darle la espalda a la ética, a la moral.

Pareciera que Ana de Miguel, Mercado e incluso Stuart Mill son excesivamente optimistas a nivel antropológico. Además, y en torno a la idea de ciudadano, cabe cuestionar ¿qué es ser ciudadano?. Porque parece que sólo lo es el que participa activamente en la vida pública. Sobre esto la experiencia también muestra otras situaciones en las que en el individuo anida y sale a la luz su rechazo a la vida pública porque la situación social, económica o del tipo que fuere no parece entusiasmar a muchos. Ante esto, cabe inquirirse ¿acaso quien decide libremente no tomar partido en la vida pública como militante es menos recomendable que quien sí lo decide?. Una persona puede ser activa en la vida pública con su crítica y con su voto. También esto es un modo de participar activamente en la vida pública.

Trasladándolo a nuestros días, parece que la democracia es una cuestión que implica dos actitudes en la

ciudadanía. Por un lado, la democracia de mercado, consistente en una especie de escaparate en la que se muestran las distintas formaciones políticas con sus correspondientes programas. Y ante ese escaparate al individuo demócrata de mercado lo único que le cabe es decidirse por un "producto" u otro. Y por otro lado, la democracia como acción pública, en la que el ciudadano participa, no ya sólo pagando impuestos o votando, sino también como activista, sensibilizado con las cuestiones que atañen a todos. Es el asunto del bien común la cuestión fundamental, una cuestión que exige la convivencia de individuos diversos, con sus características particulares en la llamada aldea global, para satisfacer el bien de todos. En este aspecto me parece oportuna la pregunta que plantea Jacques Delors desde la educación: "¿Cómo aprender a vivir juntos en la "aldea planetaria" sino podemos vivir en las comunidades a las que pertenecemos por naturaleza: la nación, la región, el pueblo, la vecindad?"⁷¹²

Por otro lado, y en lo tocante a lo arriba expuesto sobre la democracia y la educación, en el pensamiento de Stuart Mill está presente la idea de bien común, que va ligada a la de felicidad general o principio de utilidad. Con ello, Stuart Mill está defendiendo algo objetivamente bueno, universal y querido por todos. Quien llega al conocimiento, a nivel intelectual y de la conciencia interior, de ese valor no podría por menos que quedar seducido por él. Pero no se trata sólo reconocer el bien común como algo que nos beneficia a todos, hay que sentirlo⁷¹³; es decir, el reconocimiento de ese bien común debería producir un sentimiento de apego hacia el mismo. Pero ese sentimiento es, una vez más, algo que tiene que

⁷¹² Cfr. J. DELORS, *La Educación encierra un tesoro*, p. 10.

⁷¹³ Véase capítulo 6, parágrafo 6.6, pp. 382-383.

ver, así parece, con la ética emotivista. En este aspecto, Mill cae en la utopía. En suma, podríamos decir que Stuart Mill entiende que una sociedad será más habitable y humana cuanto más educados estén los individuos que la componen en la idea de que es beneficioso ser bueno, cuanto más acostumbrados estén a comportarse bien unos con otros⁷¹⁴. Pero habría que preguntarse si este ideal no es un poco utópico

7.4.3. La Crítica a la Democracia Representativa.

La idea de democracia que Mill defiende es la democracia representativa⁷¹⁵. Ante la defensa que hace Mill de ésta, cabe apuntar la siguiente reflexión. Es cierto que Mill duda de la democracia tradicional. La grandeza de la democracia tradicional es que cualquier individuo puede acceder a las instituciones públicas. Decir "cualquier individuo" puede resultar demasiado exagerado; y seguramente por eso Mill no se muestra del todo favorable a la fórmula democrática tradicional. Por otra parte, al poder cualquiera acceder a las instituciones públicas y de poder, la democracia tradicional se arriesga a que accedan a los puestos de responsabilidad individuos con intereses siniestros. Se entiende que Mill, percibiendo esto, abogue por la fórmula representativa, en virtud de la cual -eso es lo que Mill defiende- accederán al poder y a las instituciones públicas, como él mismo dice en varios pasajes, las mentes más preparadas, los individuos con más

⁷¹⁴ Sobre los posibles beneficios que trae el comportarse bien, moralmente, hay que indicar que quizá Mill olvida algo que Kant recogió en *Sobre el fracaso de todo ensayo filosófico en la teodicea*, donde el de Königsberg pone de manifiesto que esta moraleja de la vida no se cumple siempre de modo exacto; es más, en bastantes ocasiones sucede lo contrario.

⁷¹⁵ Véase capítulo 6, parágrafo 6.9, pp. 404-418.

talento, los espíritus más formados, las mentes más educadas e instruidas⁷¹⁶.

Lo que haría Stuart Mill defendiendo la democracia representativa, sería presuponer que la educación, la instrucción, la formación de los individuos que acceden a los puestos de relieve público y a las instituciones les va a envolver el cuerpo y la mente, de modo que actúen siempre desde la sensibilidad por la felicidad general, por el bien común o lo que es lo mismo desde el principio de utilidad.

Frente a esto habría que preguntarse si el razonamiento de Mill anticipa el consecuente, es decir, él pone como antecedente que si los individuos tienen educación y formación, se seguirá que son una garantía en aras del bien común. Pero esto no se puede asumir con exactitud matemática. Sí parece, a favor del autor de *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, que es cierto el hecho de que en general en las sociedades es bien visto por los ciudadanos que sus gobernantes, sus políticos sean personas formadas sólidamente para los puestos que ocupen. Tiene sentido, por ejemplo que un servidor público encargado de la economía y de la hacienda de un estado sea un individuo con robusta formación económica. Y al contrario, parece claro que la sociedad se escandaliza cuando comprueba que los responsables políticos de las distintas áreas administrativas públicas son individuos con muy poca formación, o que poseen una formación que nada de utilidad puede prestar al servicio público que desempeñen.

⁷¹⁶ Véase mismo capítulo, párrafos y páginas donde Mill va mostrando todas esas afirmaciones acerca de los más preparados. Dichas afirmaciones son básicamente de *Consideraciones del Gobierno Representativo*

Pero, por otro lado, Mill parece olvidar que el sujeto de la educación es un ser humano, mortal, imperfecto y limitado, que bien pudiera valerse de sus conocimientos y destrezas para obtener beneficios particulares y siniestros, olvidándose de la felicidad general. Y por otra parte pueden existir individuos de menor nivel intelectual que estén altamente sensibilizados con la felicidad general. En suma, la democracia representativa es una fórmula como la democracia tradicional, seguramente es la menos mala, pero no es una fórmula infalible.

7.4.4. Crítica a la relación entre Educación y Progreso. Gobierno de Elites.

La educación es una fórmula que permite al individuo progresar humanamente y técnicamente. La relación entre educación y progreso es reflexionada por Mill⁷¹⁷; y curiosamente su reflexión encuentra eco en Jacques Delors quien afirma como un aspecto fundamental de la educación el que el individuo logre "adaptarse sin negarse a sí mismo, edificar su autonomía en dialéctica con la libertad y la evolución de los demás, dominar el progreso científico"⁷¹⁸. En concreto Mill defiende la primacía del progreso moral sobre el tecnológico por el temor a que éste acabe con la originalidad del individuo.

La desaparición de esa originalidad del genio, parece que en nuestros días también acontece, como en época de Mill. En nuestra época da la sensación de que el ser humano se preocupa más por el progreso de ciencia y tecnología y

⁷¹⁷ Véase capítulo 1, parágrafo 1.2.2, pp. 22-30, donde Mill subraya la esperanza que pone en la educación y su relación con el progreso y la libertad; y capítulo 6, parágrafo 6.7, pp. 390-398.

⁷¹⁸ Cfr. J. DELORS, *La Educación encierra un tesoro*, p. 11.

por los problemas particulares que sus resultados le resuelvan que por el progreso moral, por el crecimiento personal. Pareciera que se haya olvidado de eso y que el proyecto de hacerse persona se queda al margen. Nuestra civilización actual olvida claramente el carácter ideal de la libertad que recoge Stuart Mill cuando afirma su carácter permanente. Realmente, Stuart Mill desde una perspectiva optimista antropológica confía en la mejora moral de la humanidad y fruto de ello sería el que exista una sociedad libre. E igual que en su época no se había conseguido ese objetivo, podemos hacer proyección de esta visión; y en nuestros días se podría afirmar que la situación es parecida: la sociedad de Mill era una sociedad en progreso de ciencia y tecnología, con fe ciega en la ciencia, pero que dejaba de lado el crecimiento humano y moral, un crecimiento que no acontece espontáneamente, sino que necesita de una herramienta fundamental, la educación⁷¹⁹.

Pero la sociedad de la época de Mill -como a veces parece hoy- prefería perfilar el *homo aeconomicus* al *homo sapiens*. Nuestro autor se muestra crítico con su sociedad, pero su crítica nos sirve como punto de partida para reflexionar sobre nuestra sociedad actual. Entonces, como ahora, la falta de una educación sólida tiene como efecto el crecimiento en la desconfianza en el ser humano por crear un universo mejor, un universo donde el hombre tenga más esperanza y fe en el hombre; y no sea un lobo para el hombre, dicho hobbesianamente. El hombre de hoy, como el milleano, parece más bien egoísta, narcisista, individualista; un hombre que pervierte la educación y los valores; un hombre capaz de llamar al truhán "listo" y al

⁷¹⁹ En la misma dirección va la opinión de Delors en *La Educación encierra un tesoro*, p. 8.

educado y honesto, "ingenuo" o "tonto"; un individuo capaz de ver en el arribismo, en el pisoteo⁷²⁰ al otro el modo de avance en la sociedad; aspectos estos que nada tienen que ver con los valores que pretenden la educación y los diversos planes educativos. Son más bien disvalores. El narcisismo, el individualismo posesivo, el egoísmo son aspectos que repugnan al concepto educación y que manifiestan nulo progreso moral.

Nuevamente la confianza en la educación como ingrediente que sirva para encarar las ambivalencias del progreso se hace presente en el pensamiento de Mill. Ese progreso del ser humano debe ser un progreso moral y para ello es necesario que la sociedad y el estado tomen conciencia del mismo, hagan autorreflexión. Pero si las posibilidades de la sociedad y del estado no son suficientes, entonces parece que, cara a un progreso moral, sólo cabe la educación; una educación que tenga la capacidad para formar auténticos individuos que revisen y cambien, si es preciso, las implicaciones del progreso económico, político y científico-técnico.

Al hilo de lo expuesto en el capítulo primero sobre la relación de progreso y libertad⁷²¹, cabe afirmar que lo que se manifiesta a lo largo de la historia es el deseo del hombre por "ser". Pero el hombre se equivoca al querer conseguir su objetivo desde el "tener". Por eso en las distintas etapas de la historia, que son etapas de progreso, hemos asistido a cómo el ser humano ha querido

⁷²⁰ Recordemos que Mill en *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, p. 170 repugna que el individuo se abra camino en la vida y en la sociedad a base de medrar, empujar, pisotear o dar codazos.

⁷²¹ Véase capítulo 1, párrafo 1.2.2, pp. 22-30.

conquistar el ser mediante la guerra. Una actividad, la bélica, que implica violencia física y que sólo busca el reconocimiento del vencido. Más adelante, en la modernidad y desde el surgimiento del capitalismo, ese reconocimiento es desde el lucro, la riqueza. Otra actividad más que lo que hizo fue esclavizar al hombre, en lugar de liberarlo.

Mill, ante esto, parece que alberga en su pensamiento un futuro que será positivo creyendo que el progreso traerá, por medio de la educación, la superación del pasado y una nueva etapa de la sociedad, en la que las inteligencias más elevadas educarán al resto para lograr que el ser se superponga al tener. Una etapa en la que se consiga que las personas sean tenidas en cuenta por sus capacidades, por su individualidad y no por el tener ni por los pseudoargumentos de la fuerza. Viene muy bien esta consideración de Stuart Mill para traerla a nuestra época que también muestra, en general, una fe ciega en el progreso científico y tecnológico, así como en el consumo y el dinero. Lo que cabe cuestionarle a Mill es ¿quiénes son esas inteligencias más elevadas?; ¿cae Stuart Mill en el elitismo intelectual de Comte; o en la idea de los mejores, de la república de Platón?.

Mill, con su pensamiento, está poniendo de relieve la importancia del ser sobre el tener y que el progreso debe ser progreso humano, moral, ético, de valores, de atención de unos a otros y no de utilización de los unos a los otros. El ser humano está obligado a dar razones de su obrar; y a obrar desde unos criterios éticos o morales, desde unos valores para saber a dónde va. Esta idea creo tiene eco en nuestros días, como apunta Berciano:

El hombre no carece de orientación y sentido. Por eso puede ver una dirección y referencias que le permitan orientarse. Por eso puede ver ciertos valores y dirigirse a alguna parte en su vivir, aunque no tenga una idea clara y distinta de su "a dónde". Por eso puede comparar, asumir, rechazar, proyectar, establecer consensos y perseguir fines y objetivos. Aquí estaría el fundamento de la praxis vital, social, ética, etc. Y aquí estaría también el fundamento más profundo de una educación, tanto por parte del educando como del educador⁷²².

Parece que para ello sólo exista un camino: la educación, que es un "hacia dónde" que le da al individuo referencias, valores para vivir en una existencia finita y mudable permanentemente. Y así lo estima también Mill para una realidad diversa, cambiante en la que el hombre necesita referencias porque no es una bestia que está programada genéticamente por la naturaleza.

Por todo ello, el propio Mill cree en las serias posibilidades de perfeccionamiento moral del individuo, y lo cree desde la educación. Así, será la educación la que realmente saque al individuo del obcecamiento en la razón instrumental y le lleve a dar importancia a lo teórico, a la reflexión y al saber por el saber. Ahora bien, en mi opinión, en nuestros días hasta la institución educativa parece fomentar más los aspectos manipulativos, las destrezas técnicas y mecánicas que la reflexión, la interiorización personal. Puede que la cuestión que hemos de plantearnos sea ¿qué tipo de ser, de persona humana queremos para nuestra sociedad? Y desde esa pregunta, y por medio del análisis, podemos apreciar diversos aspectos: el

⁷²² Cfr. M. BERCIANO, *Pensamiento débil, postmodernidad y educación*, 109.

ser humano es ser racional, pero también busca la utilidad; somos *homo sapiens*, pero también *homo faber*; existe en nosotros una razón teórica y otra instrumental. Pero para saber qué tipo de ser humano queremos el camino parece que es la educación.

¿Cómo lo educaremos?. Teniendo presentes las facetas anteriormente citadas. Puede que el problema, vislumbrado por Mill y presente en nuestra época, sea que a lo largo de la historia, y sobre todo en las últimas etapas, ha preocupado más lo instrumental práctico que lo teórico, que la reflexión interior, lo emocional, la conciencia; y que así hayamos llegado al estado actual.

Por otro lado, pero relacionado con este discurso, en Mill hay que educar desde una élite, a partir de una clase de individuos que aparecen como más capaces o idóneos; se trata de proteger el bien general desde la élite⁷²³. Mill, cara a la protección de ese bien común, parece defender que gobiernen los mejores. Sobre esto ya se ha recogido que parece que Mill vuelve así al viejo deseo de Platón en torno al gobernante ideal, que hubo de ser sustituido por las leyes al no existir en este mundo real.

Ante todo ello cabe preguntarse: ¿No es una incoherencia en la línea de pensamiento de Mill? ¿Cuál es el criterio para decidir quiénes son los mejores para gobernar? ¿La educación?. En este sentido, Platón defendía un sistema educativo muy férreo y duro que permitiera al conjunto de la sociedad encontrar certeramente al sabio. ¿Acaso desde el sistema educativo milliano que propicia la diversidad y la libre circulación de ideas, se garantiza encontrar al idóneo? Un sistema educativo y político que

⁷²³ Véase capítulo 6, parágrafo 6.8, pp. 399-404.

subraya a la élite como estadio social destinado a gobernar, al estilo de Comte ¿no plantea el por qué la élite ha de tener como destino la política? ¿Carecen estos seres humanos de intereses individuales?

7.4.5. Crítica a la suspensión del derecho a votar y su relación con la Educación.

El derecho al sufragio de los individuos es también enfocado por Mill desde la vertiente de la educación y los conocimientos básicos. Parece importante mostrar una crítica en relación con el derecho a voto y en relación con la educación como presupuesto básico para que los individuos puedan participar en el sufragio. Este aspecto ya ha sido tratado más arriba en relación con la libertad de expresión⁷²⁴.

Volviendo de nuevo a la cuestión de la sensibilidad por el bien común, a propósito de esta cuestión, parece que es digno de crítica el argumento milliano sobre exclusiones en el ejercicio del derecho a votar y su relación, en este caso, con la educación, si bien es cierto que las exclusiones no son definitivas y sí temporales.

Mill apuntó hacia quienes no tienen una mínima alfabetización y hacia los más pobres económicamente. John Stuart defiende que leer, escribir y unos conocimientos básicos de aritmética son fundamentales para la educación de los individuos que así se irán soltando de las andaderas, como él mismo dice. Realmente para Mill el individuo con educación e instrucción está facultado para participar en la vida pública, por ejemplo para votar. Así,

⁷²⁴ Véase dentro de este capítulo el parágrafo 7.3. Ambigüedades Sobre la Libertad.

alguien iletrado para Mill se supone que al no haber recibido instrucción ni educación, muy difícilmente puede tener perfilada su razón y sus sentimientos para ver qué es lo bueno y lo malo, para percibir lo que nos pide el principio de utilidad, esto es, la felicidad general.

Lo que parece desprenderse es que un individuo educado e instruido, gracias a la educación ha iluminado sus ideas, pensamientos y es capaz de expresarlos; pero el que no haya recibido un mínimo de educación e instrucción es como si estuviera ciego, como si su mente estuviera apagada y sus posibles ideas estarían a oscuras. Cabe aquí interpretar en Mill que su consideración general va en la dirección de que la educación, la instrucción, la formación, normalmente y por lo general traerá efectos morales positivos. Y al contrario, la falta de formación y de educación, por lo general, traerá perjuicios morales y prejuicios. Pero esto no es algo dogmático porque estamos, una vez más, ante cuestiones humanas donde no cabe la perfección.

Así, pues, lo que se podría afirmar es que esa educación y formación de los individuos que buscan la felicidad deberá ser una educación de modo que quienes hayan sido instruidos en la conciencia de lo público se sentirán afectados por lo de todos y no por lo suyo. Pero esto, no parece del todo exacto, ya que una vez más estamos en el plano de la acción humana y no de la geometría.

En la acción humana no existe lo exacto y no parece que vaya a existir. Pueden existir individuos educados, instruidos y formados que usan sus talentos al servicio de lo siniestro. Piénsese, por ejemplo, en la época de la ocupación nazi. Los generales nazis, sus altos cargos, eran personas muy instruidas y con formación intelectual; había

profesores universitarios, ingenieros, médicos, científicos; eran individuos capaces de sensibilizarse escuchando música clásica. Pero exterminaban en las cámaras de gas a los judíos sin dudar que lo que hacían contribuía al bien general de su país. Se trataría no sólo de educación más instrucción, sino de una educación global de la persona.

Retomando nuevamente la crítica a las exclusiones temporales del derecho a votar en su relación con la educación y la formación, parece susceptible de crítica en Mill toda esta cuestión porque ¿cómo se concibe que defienda a ultranza la libertad del individuo para dirigirse como mejor crea en sus asuntos, que son también los del bien común, sin interferencias de nada ni de nadie; y que por otro lado pueda defender la necesidad de excluir del derecho a votar a esos individuos pobres, iletrados? ¿No parece contradictorio? ¿Por qué se suspende temporalmente del derecho a voto a un iletrado o a un menesteroso que puede tener mejores sentimientos que un instruido con intereses siniestros? ¿Acaso un burgués decimonónico cuyo perfil es el típico, esto es, con posibilidades económicas y con instrucción puede votar sólo por eso?. ¿No puede albergar sentimientos e intereses aviesos y aún votar por cumplir esos requisitos? ¿Es que un proletario del tiempo de Mill, normalmente iletrado y menesteroso, no tiene derecho a votar por sus circunstancias? ¿Es que esas circunstancias son razón suficiente para excluirle, aún temporalmente? ¿No significa esto conferirle, por parte de Mill, demasiada perfección y seguridad a la instrucción?. Es como si de la instrucción se siguiese indefectiblemente el bien. Parece que, a parte de la razón, se trata de sentir el bien, lo común como propio; es una cuestión también de sentimientos y ahí la

cosa se complica. Todo ello plantea cuestionamiento en torno a la tesis milliana de suspender temporalmente el derecho a voto de estos individuos

Ante esto cabe preguntarle a Mill: ¿Cómo casa la libertad individual de hacer lo que uno quiera sin dañar a otro y el derecho del individuo a participar en los asuntos que le atañen?. ¿O es que a un indigente, a un discapacitado, no le tiene que preocupar -y de qué manera- qué va a pasar en su sociedad con él y con otros como él? ¿No es discriminatorio el aspecto de la determinación social, si por naturaleza somos todos iguales? Y, por otro lado, ¿quién representa a esa margen del pueblo desfavorecido, quién es su portavoz, el de esos intereses y no de los suyos?.

El derecho a votar es un derecho adquirido por el individuo por el mero hecho de ser persona. La nota distintiva de la persona es la dignidad. Es en virtud de esa dignidad por la que el individuo tiene, entre otros, derecho a votar. Y no son sus circunstancias intelectuales o económicas las que deben impedirle para ejercer un derecho que hoy día es recogido por la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Quizá pueda comprenderse la actitud de Mill en el sentido de que en su época había absoluta convicción de la superioridad de la raza europea frente a los aborígenes e indígenas⁷²⁵. Es posible que Mill estuviese también fuertemente convencido de esto y del hecho irrefutable del progreso de Europa, entendido como progreso científico y técnico. Pero nuevamente choca esto porque ya hemos

⁷²⁵ Véase también J. GARCÍA AÑÓN, *Libertad, Diversidad y Conflictos Culturales*, p. 49, donde el autor también parece entenderlo así.

expuesto que Mill constata ese progreso, pero hecha en falta el desarrollo moral, más humano. Un desarrollo moral y más humano que parece pasa necesariamente por educar a los individuos en los diversos aspectos.

Por ello, en lo tocante a tomar decisiones por medio del ejercicio y derecho al voto, Mill afirma: "La persona debe dar su voto de acuerdo con la que sea su mejor y más responsable opinión acerca del bien público"⁷²⁶. Esto plantea nuevamente polémica, ya que esta cuestión del derecho a voto la tratamos más arriba con motivo de las suspensiones temporales y paternalismo⁷²⁷. Pero podría ser el caso que no deba ser entendido como contradictorio, puesto que Mill habla de lo que debe hacer la persona que vota. Su tesis es en el orden de lo deseable no de lo que de hecho sea. Por ello Mill, a renglón seguido de lo antes expuesto, afirma: "Todo aquel que tenga otra idea sobre esto no está preparado para poseer el sufragio, pues éste pervertirá su espíritu en lugar de elevarlo"⁷²⁸.

7.5. Libertad, Educación y Democracia, ejes filosóficos de Mill.

Dado que la realidad es diversa y que difícilmente puede haber un único camino que lleve a todos los individuos a colmar sus fines; y dado que la libertad es la esencia del individuo, resulta elemental tener en cuenta en nuestro autor cómo combina la libertad, la educación y la vida en común, en sociedad.

⁷²⁶ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones Sobre el Gobierno Representativo*, p. 216.

⁷²⁷ Véase pp. 415-ss.

⁷²⁸ Cfr. J. S. MILL, *Consideraciones Sobre el Gobierno Representativo*, p. 216.

Al respecto hay que volver a indicar que la educación que plantea nuestro autor es una educación para la libertad. La educación se plantea desde el hecho de comprender la libertad no sólo como esencia del individuo, sino como capacidad de autonomía para vivir en sociedad. Ahora bien, la sociedad que presenta Mill -como en nuestros días- es deficiente en el terreno moral. Rica en progreso científico y técnico, no es precisamente un dechado de virtudes morales; ni siquiera la democracia salva de esta laguna a la sociedad. Por ello, la educación aparece como una especie de elemento que completa las deficiencias del sistema político. La educación para la libertad quiere aparecer como un aspecto que está en el nivel de máximos, del "deber ser" frente a las carencias políticas. Pareciera que el educador es el que tiene que resolver lo que el político es incapaz de solventar.

Por todo ello, la democracia existente en tiempos de Mill se las había de ver con dos frentes, por una parte el frente que hace referencia a la educación que trata de facilitar la integración social del individuo, puesto que Mill entiende que difícilmente hay vida plenamente humana en solitario. Y, por otro lado, el frente de tener que salvar que el individuo, al que no le cabe otro medio que vivir en sociedad, no sea absorbido por una sociedad avanzada en progreso técnico pero degenerada moralmente.

La democracia en relación con la libertad y la educación es algo que en nuestro autor va unido. Es importante mostrar que la educación en relación con la democracia implica de algún modo que el educador, el maestro, el profesor completa o trata de llevar a término lo que no se puede concluir desde la política. De ahí la importancia de la educación, como medio, en parte

sustitutivo o complementario de la democracia. Es como aceptar que el pedagogo entra en acción donde el político se ve desbordado. La constatación de Mill acerca de que la sociedad de su época es una sociedad con avances técnicos pero con poca o nula capacidad de progreso moral, le lleva a defender la educación para la libertad como herramienta transformadora. Se trata de que sea posible transformar esa natural esencia del individuo, la libertad natural, en libertad moral. Esta tarea ha de llevarse en la sociedad que toca, como es el caso de la de Mill. Y en cada sociedad siempre aparece como enemigo de ese crecimiento moral la opinión de la mayoría, la fuerza de la costumbre o el poder de la tradición y los prejuicios. En medio de este panorama, que se da en tiempos de Mill, la tarea de la educación para la libertad pasa por incorporar a los individuos a la realidad que toca vivir, sin disolverlos en ella.

Así en nuestro autor parece que la educación pretende que los individuos se contaminen lo menos posible del ambiente social para no perder su originalidad. Pero también se trata de que sin renunciar a vivir en la sociedad, ésta vaya mejorando progresivamente. Por eso Mill defenderá cambio social en las costumbres públicas.

7.6. Aplicaciones a la Actualidad.

En el siglo XXI que nos toca vivir, podemos afirmar que hay dos elementos que son fundamentales, a saber, la educación y el individuo con las características diversas que le son propias. Desde este apunte, podemos decir que el poder decisivo de la educación y el papel básico del individuo, del ciudadano, se convierten en ingredientes de las sociedades del futuro, incluso de las que vivimos en nuestros días. Y es curioso notar cómo en este siglo XXI

también acontece que el asunto de la educación es un tema en el que, sobre todo en nuestro país, no existe un acuerdo que permita llevar a cabo un itinerario franco, sin confusiones. No sucede así porque, del mismo modo que recogía Stuart Mill, desgraciadamente la educación sigue siendo un campo de batalla para los partidos; y porque se sigue perdiendo mucho tiempo en usar la educación como arma arrojadiza en lugar de proporcionarla a los educandos y formar individuos adultos.

Del mismo modo que Stuart Mill confía en el poder de la educación, de ese mismo modo podría parecer que la calidad de vida y de desarrollo personal pasa en gran parte por una educación e instrucción adecuadas. En este sentido, la exclusión de la educación de los países menos desarrollados es un indicador del nivel de marginalidad existente en este aspecto en nuestros días y es un indicador que determina inexorablemente el que sean países excluidos.

En nuestro primer mundo educar para la libertad a los individuos es ni más ni menos, recordando a Mill, que pergeñar individuos responsables en derechos y obligaciones cívicas. Pero esa educación para la libertad trae también consigo el desarrollo personal y social de cada individuo y de la sociedad. Leyendo a Mill observamos cómo la defensa que hace él del fomento de la convivencia en la diferencia y la diversidad, como cualidad de las relaciones humanas en el espacio público, es algo de lo que adolecía la sociedad de su época. Pero es que nuestra sociedad actual también demanda ese fomento de convivencia en la diversidad⁷²⁹ precisamente por el descuido histórico que ha habido de ella. Parece seguirse del pensamiento milliano en su época,

⁷²⁹ Cfr. J. DELORS, *La Educación encierra un tesoro*, p. 12.

pero también en nuestros días, la necesidad de una educación que fomente las relaciones de confianza entre los individuos y que fomente la decencia de las instituciones.

Parece que es desde ese fomento de los gobiernos y de las instituciones, desde donde podemos hablar de que se estime lo común, universal como algo propio de todos. Parece que la educación para la libertad tiene, entre otros ingredientes, el ayudar a los individuos a que, sin menoscabar su propia particularidad, salgan de las trincheras del individualismo y den el paso a lo colectivo, a la conciencia de sociedad, de estado. Y es que en el momento en que se valora lo común, universal como algo compartido por todos, entonces nos encontramos en situación de apreciar lo propio, como elemento que proyecta nuestra identidad personal y social.

La libertad dice referencia al ciudadano, a la persona que decide autónoma y libremente y que participa en las decisiones que le afectan. El individuo que postulaba Mill, y que también cabe en nuestros días, es un individuo que debe ser ciudadano, individuo cívico; no un súbdito, ni un vasallo, ni un cliente del Estado. En este sentido Stuart Mill, pero parece que también vale para hoy día, defendía la libertad individual y la autonomía moral como constituyentes de la educación para la libertad; una educación que dará ciudadanos adultos. Así pues, esa defensa de la libertad individual y de la autonomía moral puede considerarse como ingredientes de la educación de la libertad en el plano personal, social y político.

Pero no podemos quedarnos sólo en el asunto de la defender de la libertad individual y de la autonomía moral. Estas son importantes y es fundamental que se desarrollen

en los individuos, puesto que lo contrario diluye al individuo en la masa. Precisamente a Mill le preocupa lo que él llamaba "masa mediocre", conjunto amplio de individuos sin formación, sin alfabetización ni educación. Le preocupaba sencillamente porque desde la ignorancia ascendían incluso socialmente. Sucede que la educación de las masas fue algo de preocupación para nuestro autor. Acontece en nuestros días que la educación de las masas es el problema fundamental que tienen los países en desarrollo. Una educación que pretenda ser fuerza que posibilite cambios sociales era para Mill, creo que también vale para hoy, una educación que impulse la libertad; sólo en la educación puede aparecer la auténtica sociedad humana y ningún hombre vive al margen de ella.

Parece que en Mill, incluso en nuestros días, la sociedad, los estados, los gobiernos se encuentran ante dos alternativas, a saber, optar por una educación para la domesticación, educación que aliena; u optar por una educación para la libertad. En Mill se ve claramente la denuncia de una sociedad avanzada a nivel científico y técnico pero que educa en unos valores propios de una sociedad victoriana, tradicional, con prejuicios; una sociedad que educa para el hombre-objeto. Su alternativa es la de una sociedad que educa para el hombre-sujeto; para que el individuo, respetando su idiosincrasia, sea auténtico, no pierda su originalidad y gane en responsabilidad.

Stuart Mill considera el contexto social e histórico de su época y entiende que es indispensable una amplia concienciación de las masas, para que por medio de una educación para la libertad haga posible la autorreflexión sobre el momento histórico y social de su época. Stuart

Mill está convencido de que la enseñanza primaria⁷³⁰ de los individuos, la alfabetización de las masas, su posterior elevación del pensamiento, comienza todo ello con la educación y sigue con la autorreflexión. Todo ello les llevará a la consiguiente profundización y toma de conciencia, resultando así su inserción en la sociedad, no como meros espectadores pasivos sino como actores y autores.

Creo que se puede afirmar que la educación para la libertad que postula Mill es un modelo de educación para provocar la ruptura, el cambio y la transformación social desde la transformación de los individuos. Así, el hecho puntual de la alfabetización y el general de la tarea de educar son aspectos humanistas siempre y cuando integren al individuo en su realidad y le hagan tomar conciencia de ella. Una educación así, sólo es plausible si obtiene por resultado la pérdida, por parte del individuo, del miedo a ser libre. Una educación así vale si es capaz de crear en el educando un proceso de recreación, de independencia. La educación es así práctica de la libertad.

Con todo, la educación es considerada por gobiernos y estados como un derecho humano, pero no es menos cierto que se trata de un derecho que viene siendo negado a muchas personas en diversos lugares. La educación remite al individuo, a su interior, donde se halla lo mejor de él; y como tarea que es para construir al individuo y a las sociedades, es algo que demanda carácter permanente⁷³¹; por

⁷³⁰ o. c., pp. 10-ss- También Delors señala la importancia de la enseñanza primaria.

⁷³¹ Cfr. J. DELORS, *La Educación encierra un tesoro*, pp. 14-ss. Es una de las principales ideas que subraya el autor, la necesidad de reconocer que la educación no es algo finito y cerrado, sino que

ello tiene sentido hablar de una educación permanente, para toda la vida.

requiere dedicación durante toda la existencia del individuo; y así lo recogen además distintas leyes educativas de diversos estados.

CONCLUSIONES

Como síntesis final de este trabajo y a modo de conclusiones finales cabe decir, al situarnos ante la filosofía y la educación en Mill, ¿qué filosofía moral, política, educativa subyace en el pensamiento de Stuart Mill?; cabe apuntar lo siguiente:

John Stuart Mill en su pensamiento concibe la realidad como algo que se encuentra en permanente cambio, fluctuación. Dentro de esa realidad el ser humano, el individuo no es ajeno a la mutabilidad; el individuo también es una realidad fluyente. Pero ese individuo, a diferencia del resto de seres, es esencialmente electivo; esta nota constitutiva remite a su sustrato último, la libertad. El individuo de Mill se sustancia en la libertad y por eso es electivo. Ese ser libre lo es porque está dotado de razón; y es la razón la que le permite ejercitar su capacidad electiva. Todo ello muestra la importancia que tienen en este aspecto elementos como la voluntad, los deseos, los hábitos, la virtud.

El individuo de Mill, libre, racional, electivo es diverso en medio de una realidad del mismo fuste. Es en esa realidad diferente donde tiene que habérselas con otros individuos, con otras personas dotadas también de dignidad. Ahí es donde tiene que con-vivir con el resto. Entra aquí en juego la sociedad y con ella los distintos modos de organizarse políticamente la misma. En Mill, como en Kant, el individuo experimenta su esencia, la conquista y la disfruta en el marco social. Es la sociedad el *locus* preferente donde el individuo disfruta más y mejor de la libertad; y ello es así porque el individuo milliano es tal que tiene, como consecuencia de su esencia libre, un carácter que le hace distinto. El carácter remite al talento, a las capacidades que el ser humano posee y que se

encuentran en su interior. Por eso, ese individuo original, electivo, libre disfrutará mejor de su libertad en relación con otros, en la sociedad.

La sociedad juega un papel fundamental. Es un compuesto de diversos individuos con caracteres diferentes y en permanente situación de conflicto. Pero como el fin del individuo es ser feliz, esa felicidad apuntada por el principio de utilidad sólo se obtiene si se deja que los individuos conduzcan sus vidas como mejor crean sin más obstáculo que el perjuicio a otro individuo. Así, el principio de utilidad como principio ético o moral exige el despliegue de la máxima libertad de los individuos. Pero dicho principio requiere normas, referencias, valores. En Mill, las normas morales, sólo pueden surgir del ejercicio de la racionalidad basada en conocimientos reales: los sentimientos de solidaridad, tolerancia o respeto se despiertan en la persona por la comprensión intelectual de situaciones injustas, por el descubrimiento de realidades precisas y concretas de dominación, por el simple hecho de que el conocimiento está involucrado en un proceso de emancipación y no al servicio exclusivo del desarrollo científico y tecnológico.

Parece, tras este estudio, que Stuart Mill en lo tocante a la razón se anticipa a nuestra época contemporánea. Y lo parece porque la razón para Mill es el elemento que desde la dimensión comunicativa pacífica, desde el intercambio de ideas y opiniones devendrá una razón emancipatoria, la cual logre una sociedad mejor. Por eso creo que Mill se anticipa a quienes contemporáneamente defendieron y defienden la razón comunicativa y emancipatoria frente a la instrumental que disuelve al individuo.

El temor de Mill era la amenaza a la esencia del individuo, su libertad. Pero hay que apuntar que ese temor en Mill no es tanto hacia el gobierno cuanto a una mayoría intolerante frente a lo distinto y diverso por opuesto a lo convencional. En esas mayorías cabe su pesimismo ante la democracia, porque la democratización social puede resultar letal para la individualidad que él tanto defiende. Su temor a las mayorías proviene del hecho de que dichas mayorías se muestren con suspicacia frente a las minorías heterodoxas, distintas. Y ante esto el temor es que puedan usar esas mayorías la represión y la violencia. Ante esta situación la herramienta, el elemento fundamental es la educación. En Mill la educación va unida a la libertad y por eso es oportuno hablar de educación para la libertad porque es la educación la que puede garantizar la protección de la esencia del ser humano. Es la educación, suministradora de valores, de referencias, de conocimientos, de destrezas intelectuales, la que francamente puede garantizar una sociedad libre en la cual los individuos gozan y disfrutan de su esencia en niveles máximos. Es la educación con sus valores la que muestra el camino, el "¿hacia dónde?".

Por ello podemos afirmar en Mill que su ética es una educación ética que pretende sacar lo mejor del individuo para que sea un ser moral y virtuoso. Creo que con razón se puede afirmar en Mill que su idea moral fundamental es, como en Kant, el respeto a los seres humanos, los cuales deben ser tratados con máximo respeto y consideración debido a la nota distintiva que poseen, la dignidad. Es la dignidad la que apunta a la libertad, a la responsabilidad moral. Sin dignidad no podemos hablar ni de libertad ni de responsabilidad moral. La filosofía moral de Mill se apoya

en el utilitarismo porque John Stuart entendía que la esencia del individuo, la libertad, es algo que debe realizarse en las condiciones reales de una sociedad libre.

La filosofía de Mill defiende la libertad en su más amplio sentido. Aquí entra la filosofía política, de modo que nuestro autor acepta la libertad política y social como un *bonum per se* porque la libertad es la nota, el rasgo crucial de un individuo responsable. En John Stuart Mill el vivir la propia vida, el desenvolver las características propias de cada uno, el desarrollar las capacidades de cada individuo no es el medio para ser feliz. No, es más bien parte sustancial de la felicidad. Por eso la auténtica sociedad es la que permite la libertad y la oportunidad de diversas formas de vida y para ello la educación ha de ser educación para la libertad, o para ser felices que eso es lo que se pretende desde la educación.

Es cierto que Mill defiende insistentemente la libertad individual, pero en realidad la libertad no se queda ahí en un mero bien individual. No, la libertad del individuo es un bien social. Por eso, por ejemplo, en Mill acallar una opinión violentamente es algo que priva a la sociedad de una posible investigación en torno a ese asunto. Por todo ello, la educación se erige en Mill como algo que humaniza al hombre, que le hará más feliz.

Es la educación para la libertad la fórmula que mejor responde para interpretar, aprender y aprehender una realidad en permanente cambio. Es la educación la que no deja al individuo confuso ni perplejo ante el cambio, sino que le ilumina y le hace adaptarse. La educación para la libertad de Mill es la que contribuye a satisfacer las exigencias de entendimiento mutuo, de diálogo pacífico, de

armonía, algo de lo cual carecía su sociedad y, curiosamente, la nuestra.

La educación para la libertad de Mill entiendo que se sustenta en un deseo de que el individuo aprenda a vivir con los demás, conociendo mejor a los que le rodean, conociendo sus tradiciones, su historia, su espiritualidad. Por eso, como dijimos en la Introducción, el hombre de Mill es conocimiento, acción y esperanza. Y curiosamente las inquietudes de Mill en torno a la educación están presentes en la actualidad como se puede observar en las aportaciones de J. Delors. Por tanto, el pensamiento de Stuart Mill en lo tocante a la educación, en el deseo de una sociedad mejor, más humana, más perfecta y feliz, es un pensamiento que tiene sentido y que tiene eco en nuestra época. Parece que con razón se puede afirmar la dimensión utópica también de su proyecto. Desde ahí, quiere crear un espíritu nuevo que ayude a la realización de proyectos comunes o que ayude a la solución pacífica de los conflictos. El conflicto es visto en nuestro autor como un motor positivo de cambio y no como algo negativo. Es la educación para la libertad la que ayuda a que el individuo supere la diferencia, la diversidad, la realidad que se manifiesta como es y no quede subsumido por ella. Es la educación una tarea que ha de ser permanente, para toda la vida.

BIBLIOGRAFÍA

I.- FUENTES**A) EDICIÓN DE LAS OBRAS COMPLETAS**

- ROBSON, J. M., *Collected Works of John Stuart Mill*, vol. I, Toronto, University Press, 1981.
- ROBSON, J. M., *Collected Works of John Stuart Mill*, vol V. Toronto, University Press, 1967.
- ROBSON, J. M., *Collected Works of John Stuart Mill*, vol. VII, Toronto, Universidad de Toronto Press, 1981.
- ROBSON, J. M., *Collected Works of John Stuart Mill*, vol. VIII, Toronto, University Press, 1974.
- ROBSON, J. M., *Collected Works of John Stuart Mill*, vol IX, Toronto, University Press, 1979.
- ROBSON, J. M., *Collected Works of John Stuart Mill*, vol. X, Toronto, University Press, 1969.
- ROBSON, J. M., *Collected Works of John Stuart Mill*, vol. XII, Toronto, University Press, 1988.
- ROBSON, J. M., *Collected Works of John Stuart Mill*, vol. XIV, Toronto, University Press, 1986.
- ROBSON, J. M., *Collected Works of John Stuart Mill*, vol. XVIII, Toronto, University Press, 1977.
- ROBSON, J. M., *Collected Works of John Stuart Mill*, vol. XIX, Toronto, University Press, 1977.
- ROBSON, J. M., *Collected Works of John Stuart Mill*, vol. XXI, Toronto, University Press, 1984.
- ROBSON, J. M., *Collected Works of John Stuart Mill*, vol. XXII, Toronto, University Press, 1986.
- ROBSON, J. M., *Collected Works of John Stuart Mill*, vol. XXVI, Toronto, University Press, 1988.
- ROBSON, J. M., *Collected Works of John Stuart Mill*, vol. XXXI, Toronto, University Press, 1989.

B) OBRAS DE JOHN STUART MILL

- MILL, J. S., *Sobre La Libertad*, Buenos Aires, Aguilar, 1962.

- MILL, J. S., *Autobiography and literary essays*, en *Collected Works of John Stuart Mill* (ed. J. M. Robson, vol. I, Toronto, University Press, 1981).
- MILL, J. S., *Augusto Comte y el positivismo*, Buenos Aires, Aguilar, 1972.
- MILL, J. S. *Capítulos sobre socialismo y otros escritos*, Madrid, Aguilar, 1979. Editor literario Dalmacio Negro Pavón.
- MILL, J. S., *Essays on Equality, law and Education*, en *Collected Works of John Stuart Mill* (ed. J. M. Robson, vol. XXI, Toronto, University Press, 1984), pp. 1-35; pp. 61-74; pp. 208-214; pp. 259-340.
- MILL, J. S., *Essays on Ethic, Religion and Society*, en *Collected Works of John Stuart Mill* (ed. J. M. Robson, vol. X, Toronto, University Press, 1981), pp. 262-398.
- MILL, J. S., *An examination of William Hamilton's philosophy*, en *Collected Works Of John Stuart Mill* (ed. J. M. Robson, vol IX, Toronto, University Press, 1979), pp 490-540.
- MILL, J. S., *Tres ensayos sobre la religión*, Buenos Aires, Aguilar, 1975.
- MILL, J. S., *Liberalismo y Socialismo*, Madrid, Pirámide, 1996.
- MILL, J. S., *Three Essays on Religion*, en *Collected Works of John Stuart Mill* (ed. J. M. Robson, vol X, Toronto, UNiversity Press, 1969)
- MILL, J. S., *La Naturaleza*, Madrid, Alianza, 1998.
- MILL, J. S., *The Earlier Letters of John Stuart Mill*, en *Collected Works of John Stuart Mill*, (ed. J. M. ROBSON, vol. XII, Toronto, University Press), pp. 56-123.
- MILL, J. S., *The Later Letters, 1848-1873*, en *Collected Works of John Stuart Mill*, (ed. J. M. Robson, vol XIV, Toronto, University Press, 1986).

- MILL, J. S., *The positive philosophy of Augusto Comte*, Boston, Lee and Shepard, 1871.
- MILL, J. S., *Miscellaneous writings*, en *Collected Works of John Stuart Mill* (ed. J. M. Robson, vol. XXXI, Toronto, University Press, 1989).
- MILL, J. S. *Perfectibility, Journals and Debating*, en *Collected Works of John Stuart Mill* (ed. J. M. Robson, vol. XXVI, Toronto, University Press, 1988).
- MILL, J. S., *La Utilidad de la Religión*, Madrid, Alianza, 1986.
- MILL, J. S., *Essays on Politics and Society, Part I*, en *Collected Works of John Stuart Mill*, (ed. J. M. Robson, Toronto, vol. XVIII, University Press, 1977), pp. 50-300.
- MILL, J. S., *Essays on Politics and Society, Part II*, en *Collected Works of John Stuart Mill*, (ed. J. M. Robson, vol. XIX, Toronto, University Press, 1977), pp. 40-135.
- MILL, J. S., *Ensayos sobre la igualdad sexual*, Madrid, Cátedra, 2001.
- MILL, J. S., *Mes mémoires. Histoires de ma vie et de mes idées*, 2ª Edición, París, 1885.
- MILL, J. S., *Bentham*, Madrid, Tecnos, 1993.
- MILL, J. S., *El Utilitarismo*, Madrid, Alianza, 1984.
- MILL, J. S., *Autobiografía*, Madrid, Alianza, 1986.
- MILL, J. S., *A system of logic ratiocinative and inductive*, en *Collected Works of John Stuart Mill* (ed. J. M. Robson, vol. VIII, Toronto, University Press, 1974), pp. 800-900.
- MILL, J. S., *La igualdad de los sexos*, Madrid, Guadarrama, 1973.
- MILL, J. S., *La esclavitud femenina*, Madrid, Tecnos, 1965.
- MILL, J. S., *Sobre la libertad y otros escritos*, Madrid, Ministerio de Trabajo y seguridad Social Centro de Publicaciones, 1991.

- MILL, J. S., *Newspapers writings*, en *Collected Works of John Stuart Mill* (ed. J. M. Robson, vol. XXII, Toronto, University Press, 1986), pp.
- MILL, J. S., *Ensayos sobre algunas cuestiones disputadas en economía política*, Madrid, Alianza, 1997.
- MILL, J. S., *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*, Madrid, Alianza, 2001.
- MILL, J. S., *Principios de Economía Política México*, FCE, 1951.
- MILL, J. S., *El valor de la poesía*, Madrid, Hiperión, 2001.

II.- BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- ABELLÁN, J., *John Stuart Mill y el Liberalismo*, en *Historia de la Teoría Política*, (cap. 6, pp. 358-418).
- ANSCHUTZ, R. P., *The Philosophy of John Stuart Mill*, Oxford, Clarendon Press, 1963.
- ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, Madrid, Alianza, 2007.
- BERCIANO, M., *La Crítica de Heidegger al pensar occidental*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1990.
- BERCIANO, M., *Pensamiento débil, postmodernidad y educación*, en *Magister 13*, Oviedo, (1995), pp. 93-112.
- BERGER, F., *Happiness, Justice and Freedom: The Moral and Political Philosophy of John Stuart Mill*, California, University press, Berkeley, 1984.
- BERLIN, I., *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 2003.
- BERLIN, I., *John Stuart Mill y los fines de la vida*, en *Cuatro ensayos sobre la Libertad*, pp. 281-323.
- CONSTANT, B., *Curso de política constitucional*, Madrid, Comares, 2006.
- COPPLESTON, F., *Historia de la Filosofía*, vol. VIII Barcelona, Ariel, 1985.

- CORTINA, A., *Ética aplicada y democracia radical*, Madrid, Tecnos, 1993.
- DE LA PIENDA, A., *Educación, Axiología y Utopía*, Madrid, Dykinson, 1998.
- DELORS, J., *La Educación encierra un tesoro*, Madrid, UNESCO, 1995.
- DE MIGUEL, A., *Cómo leer a John Stuart Mill*, Madrid, Júcar, 1994.
- DIEGUEZ LUCENA, A. J., *La teoría de las Ciencias Morales en John Stuart Mill*, Málaga, Universidad de Málaga, 1987.
- DONNER, W., *The Liberal Self, John Stuart Mill's Moral and Political Philosophy*, London, Cornell University Press, 1991.
- ESCAMILLA CASTILLO, M., (ed.) y otros, *John Stuart Mill y las fronteras del liberalismo*, Granada, Universidad de Granada, 2004.
- ESCAMILLA CASTILLO, M., *La utilidad y los derechos*, en *John Stuart Mill y las fronteras del liberalismo*, pp. 13-38.
- GARCÍA AÑÓN, J., *Libertad, diversidad y conflictos culturales*, en *John Stuart Mill y las fronteras del liberalismo*, pp. 39-65.
- GARCÍA AÑÓN, J., *Una aproximación al concepto de derecho a la intimidad en John Stuart Mill*, en *Telos 2* (1993), pp. 17-30.
- GARCÍA HOZ, V., *Principios de Pedagogía Sistemática*, Madrid, Rialp, 1970.
- GARCÍA ROCA, J., *Educación para la Ciudadanía*, en *Cristianismo y Justicia 149*, (2007) pp. 7-28.
- GUISÁN, E., *Una ética de la libertad y la solidaridad: J. S. Mill*, Rubí (Barcelona), Anthropos, 2008.

- GUISÁN, E., *Harriet Taylor, John Stuart Mill y la ética del siglo XXI*, en *John Stuart Mill y las fronteras del liberalismo*, pp. 99-122.
- HAMBURGER, J., *John Stuart Mill on liberty and control*, Princeton N. J., University Press, 1995.
- HAYEK, F. A., *John Stuart Mill and Harriet Taylor: their friendship subsequent marriage*, Chicago, University Press, 1951.
- HERRERA GUEVARA, A., *La Ética en la espiral de la modernidad*, Gijón, vtp, 2000.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ, J. J., *La democracia limitada de J. S. Mill*, en *John Stuart Mill y las fronteras del liberalismo*, pp. 123-145.
- KANT, I., *Sobre el fracaso de todo ensayo filosófico en la teodicea*, Madrid, Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense, 1992.
- KANT, I., *Qué es la Ilustración*, Madrid, Alianza, 2004.
- MELLIZO, C., *Diario de John Stuart Mill*, Madrid, Alianza, 1996.
- MELLIZO, C., *John Stuart Mill, teólogo*, en *John Stuart Mill y las fronteras del liberalismo*, pp. 145-163.
- MERCADO PACHECO, P., *Establecer contratendencias: Progreso, educación política y selección de las élites en J. S. Mill*, en *John Stuart Mill y las fronteras del liberalismo*, pp. 163-189.
- MORENO CHUMILLAS, E., *La democracia reside en la mediocridad*, en *Telos 9* (2000), pp. 207-224.
- MÚGICA, F., *John Stuart Mill, lector de Tocqueville: liberalismo y democracia*, vol. I, en *Cuadernos de Anuario Filosófico*. Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1999.
- MÚGICA, F., *John Stuart Mill, lector de Tocqueville: liberalismo y democracia*, vol. II, en *Cuadernos de Anuario*

Filosófico. Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1999.

- NEGRO PAVÓN, D., *La idea de civilización en J. S. Mill*, en *John Stuart Mill y las fronteras del liberalismo*, pp. 189-205.

- O'ROURKE, K. C., *John Stuart Mill and the freedom of expresión. The genesis a theory*, London and New York, Routledge, 2001.

- PÉREZ BERMEJO, J. M., *La promoción estatal de los valores culturales: en busca de una justificación desde la Teoría de John Stuart Mill*, en *Telos* (2000), pp. 121-163.

- PETTIT, Ph., *Republicanismo*, Barcelona, Paidós, 1999.

- PITARCH NAVARRO, A., *John Stuart Mill*, Valencia, Editibel, 2006.

- PLATÓN, *Menón*, Madrid, Gredos, 1996.

- PLATÓN, *Protágoras*, Madrid, Gredos, 1996.

- POPPER, K., *Sociedad abierta, universo abierto*, Madrid, Tecnos, 1984.

- POPPER, K., *Tolerancia y responsabilidad intelectual*, en *Sociedad abierta, universo abierto*, Madrid, Tecnos, 1984, pp. 139-160

- QUINTILIANO, M. F., *Institutio Oratoria*, Madrid, Hernando, 1942.

- RAWLS, J., *Teoría de la Justicia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

- REALE, G., *Historia del Pensamiento Filosófico y Científico*, vol III, Barcelona, Herder, 1988.

- RILEY, J., *Liberal Utilitarianism: Social Choice theory and J. S. Mill's Philosophy*, Cambridge, Unviversity Press, 1989.

- RODRÍGUEZ DUPLÁ, L., *Deber y Valor*, Madrid, Tecnos, 1992.

- ROSEN, F., *El hedonismo de J. S. Mill*, en *John Stuart Mill y las fronteras del liberalismo*, pp. 205-231.
- ROUSSEAU, J. J., *Emilio o De la Educación*, Madrid, Alianza, 1990.
- RUIZ RESA, J. D., *John Stuart Mill y la democracia del siglo XXI*, Madrid, Dykinson, 2008.
- RUIZ RESA, J. D., *La política social de John Stuart Mill*, en *John Stuart Mill y las fronteras del liberalismo*, pp. 231-263.
- RYAN, A., *The philosophy of John Stuart Mill*, London, McMillan, 1987.
- SABINE, G. H., *Historia de la Teoría Política*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1974.
- SKORUPSKI, J., *John Stuart Mill*, London, Routledge, 2006.
- TEN, C. L., *Mill on self-regarding actions*, en *Philosophy* 143 (1968), pp. 34-49.
- THOMPSON, D. F., *John Stuart Mill and Representative Government*, Princeton, University Press, 1976.
- TOCQUEVILLE, A., *La Democracia en América*, FCE, México, 1953.
- TREPAT, C. A., *¿Educar sin instruir?*, en *Cristianismo y Justicia* 146(2007), pp. 5-25.
- VALLESPÍN, F., *Historia de la Teoría Política*, vol. III, Madrid, Alianza, 2002.
- VAROUXAKIS, G., *John Stuart Mill on Race*, en *Utilitas* 10 (1998), pp. 17-32.
- VON HILDEBRAND, D., *Ética*, Madrid, Encuentro, 1997.

-
-
-

- -
-
- -
-
- -

-
-